

Mercedes Perles Ortola

A muscular man is shown from the back, his torso and arms highly defined. A woman's face, with striking purple eyes, is superimposed on his chest. The scene is surrounded by vibrant orange and yellow flames, creating a dramatic and intense atmosphere. The background is dark with some faint circular patterns.

*Entre el cielo
y el infierno*

ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO

Mercedes Perles Ortolá

Copyright © 2019 Mercedes Perles Ortolá

Nº Registro Propiedad Intelectual: A531-2019

Diseño de la portada: Chris Axcán

Maquetación: Chris Axcán

Corrección: Carol RZ

Fotografías de la portada: ©Conrado, ©Italo, ©Weerachai Khamfu / Sutterstock

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Esta novela es producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad, es pura coincidencia.

ISBN: 9781707801282

A mi madre, por ser mi mejor amiga, mi confidente y mi apoyo incondicional.

Gracias por enseñarme a no rendirme jamás.

Te quiero.

ÍNDICE

ÍNDICE

UNAS PALABRAS ANTES DE EMPEZAR

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[PLAYLIST](#)

[ACERCA DE LA AUTORA](#)

UNAS PALABRAS ANTES DE EMPEZAR

Como autora de esta novela, me gustaría que leyeras atentamente esto antes de que empieces a leer esta historia. Creo que te va a interesar. Vamos allá.

Como toda historia, *Entre el cielo y el infierno* no es más que el fruto de mi mente, a veces descerebrada y alocada, otras perversa, maquiavélica y puede que hasta cruel. Así que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

¿A qué viene esto?, te estarás preguntando. Bien, la respuesta es sencilla. A medida que pases las hojas de esta novela, vas a ir viendo que se «tocan» diferentes temas y puede que haya algunas personas que sientan que se hieren sus sensibilidades. Porque te puedo asegurar que, en esta historia, nada es lo que parece.

Si no estás dispuesta o dispuesto a amar sin límites ni condiciones, a sufrir —porque sufrirás—, a llorar, a soñar, a planear mi asesinato con premeditación y alevosía, no leas esta novela. Si por el contrario decides leerla, a medida que pases los capítulos o cuando la hayas terminado, tienes carta blanca para buscarme por redes sociales, por WhatsApp, por teléfono si tienes mi número o incluso plantarte en mi casa si sabes dónde vivo para llamarme todo lo que se te pase por la cabeza. No te preocupes, mis lectoras cero ya lo han hecho, no me vas a asustar. Solo te repetiré sus palabras: «Cuando quieras, Satanás es un niño de teta a tu lado».

Sí, como autora de esta historia, lo he sido, he llorado, he necesitado duchas de agua fría —muchas—, he amado, me he desgarrado por dentro, ha habido momentos en los que el dolor no me dejaba escribir, en lo que he necesitado escaparme durante un rato a mi particular fin del mundo para cargar pilas y recuperarme de algunas escenas que he escrito. No he dormido, no he comido, no he podido hacer nada más que vivir junto a Endika y Nayra su historia. Porque su historia de amor no es lo que parece. Es única, de esas que queman, que abrasan, que arrasan, que te elevan al cielo para arrastrarte al infierno, épica, tan grande que no se le puede poner nombre.

Es tu decisión leer esta novela. Si lo haces, no digas que no te lo advertí y espero despertar en ti todo lo que despertó en mí. Si no lo haces, te habrás perdido una historia única.

Recuérdalo: nada es lo que parece, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Pero ¿quién te dice que no podría suceder en la realidad?

Feliz lectura... o no.

Bienvenidos al cielo y que se abran las puertas del infierno.



CAPÍTULO I

Lanzarote, 2016

Sé que no debo estar aquí, pero me importa una mierda. No puede hacerme eso y no esperar sufrir las consecuencias. Sé que lo ha hecho adrede para provocarme y lo ha conseguido. Aporreó la puerta de la habitación de su *suite* y espero, aunque no demasiado.

Abre y ahí está ella, con su pelo negro como la más oscura noche, su tez bronceada, sus desconcertantes e indescriptibles ojos color violeta y su menudo cuerpo, consiguiendo que, con solo mirarla, pierda el juicio y el control. Me observa, se relame y me reta con la mirada. Agacho la cabeza para salvar la distancia que me separa de ella. A veces, odio nuestra diferencia de altura. No cierra los ojos, sabe que no la voy a besar. Nos seguimos retando unos segundos con la mirada. Será pequeña, pero tiene más agallas que la mitad de los hombres que conozco. Sé que no se va a doblegar, que no se va a rendir, que haga lo que haga, ella siempre ganará.

—¿Te has divertido esta noche, Nayra? —Sonríe con esa maldita sonrisa irónica dibujada en su rostro.

—No lo suficiente —responde, mientras pasea su lengua por sus labios y escanea mi cuerpo de arriba abajo. Mi pene reacciona ante su escrutinio y ella se fija en él. Vuelve a sonreír.

—¿No era lo bastante hombre el estirado ese? —Solo lleva puesta la camiseta que me robó hace dos años. Le queda como unas tres tallas grande, pero así solo vistiera un maldito saco de patatas, estaría igual de preciosa y sexi.

—No. Solo conozco a una persona que sea lo suficientemente hombre para mí.

—Sabes por qué estoy aquí, ¿verdad? —Sonríe, abre la puerta del todo y me deja pasar tras poner el cartel de «no molestar» en el pomo y cerrar. Se apoya en la puerta, cruza los brazos delante de su pecho y me vuelve a retar con la mirada.

—Lo sé. Lo que no comprendo es a qué demonios esperas, Endika. —Salvo la distancia que me separa de ella con tres enormes zancadas, la agarro por la cintura, la alzo y la estampo contra la puerta. Ella rodea mis caderas con sus esbeltas piernas y abre la boca para que la devore. Gruño mientras la beso sin ninguna dulzura, con furia, con tanta ansia que creo que voy a explotar sin necesidad de hundirme en ella. Su lengua se enrosca en la mía, jadea y trata de tirar de mi camiseta. Dejo que me la quite. Mis manos se aferran con más fuerza a sus nalgas y la aprieto más contra mi erección—. Fóllame —me ordena cuando me quita la parte superior de la ropa.

—¿Y a qué coño te crees que he venido? —respondo antes de volver a meterle la lengua hasta la garganta. Giro sobre mis talones y, de un manotazo, tiro lo que hay sobre la cómoda de la habitación. La siento allí y le quito la camiseta, dejándola solo con el tanga puesto. Me relamo los labios al ver sus perfectos pechos desnudos ante mí. Saco un par de condones del bolsillo trasero del pantalón y me lo desabrocho. La punta roma de mi polla asoma por encima de mis calzoncillos—. ¿Lo quieres duro? —pregunto mientras me quito las zapatillas, los pantalones y la ropa interior a patadas.

—Siempre. Ya sabes que no me gusta que seas blando —responde mientras mira mi pene, hambrienta.

—Pues que así sea —digo antes de volver a besarla. Agarro el tanga con las dos manos, lo rompo y meto una mano entre sus piernas para masajear su clítoris con el pulgar mientras mi dedo índice la penetra. Arquea su espalda, pidiéndome más. Dejo de lado sus labios para comerme sus pechos. Los lamo, los succiono, le muerdo los pezones y ella gime, consiguiendo ponérmela más dura.

—Endika... —jadea, desesperada porque me hunda en ella. Mi dedo la penetra con mayor rapidez, masajeo con más dureza su clítoris y cuando siento que se va a correr, paro—. Si me dejas así, te corto los huevos —me advierte.

—Perderás la cuenta de las veces que te correrás y no podrás andar con las piernas juntas en una semana, Nayra —sentencio, antes de bajar mi cabeza hasta su sexo y hundir mi lengua entre sus pliegues para succionar su clítoris y arrancarle su primer orgasmo.

—¡¡¡Dios!!! —grita mientras los espasmos de placer hacen que tiemble. Me agarra por el pelo y me obliga a seguir con la cabeza metida entre sus piernas—. ¡¡¡Joder!!! —brama cuando muerdo con suavidad su botón de placer. El segundo orgasmo la sacude de pies a cabeza y tira de mis cabellos, impidiendo que siga devorando su sexo—. Quiero sentirte dentro —me exige con los ojos derretidos de placer. Agarro uno de los preservativos, rasgo el envoltorio con los dientes, me lo pongo y, de una fuerte y certera estocada, me hundo en ella—. ¡Joder, Endika! —vuelve a gritar mientras su vagina se amolda al tamaño de mi pene. Yo soy grande, ella, pequeña. Tal vez por eso nunca he sentido tanto placer como el que ella es capaz de darme, aunque sé que ese no es el único motivo.

—Eso es lo que estoy haciendo, joderte como no te ha jodido nadie —respondo mientras le embisto con fiereza. La cómoda se tambalea ante mis estocadas por hundirme más en su interior, por arrancarle otro orgasmo. Hundo mi cabeza en su cuello y la agarro por las nalgas para llegar hasta el fondo de su ser. Muerdo su clavícula conteniendo mi orgasmo y dejo que se corra por tercera vez. Sigo embistiendo hasta liberarme dentro de ella, mientras gruño en su cuello. Rodea mi nuca con sus brazos y apoya su cabeza en mi hombro—. ¿Ya has tenido suficiente? —Sé que no es así, nunca tenemos bastante ni ella ni yo, pero me gusta verla suplicar.

—No. Solo dame dos segundos para reponerme. —Su vagina se contrae contra mi pene, liberándose de los últimos retazos del tercer orgasmo—. Llévame a la cama. —Obedezco sin salir de su interior, solo lo hago cuando llegamos a nuestro destino. La saco, me quito el condón y preparo otro para cuando sea el momento de volver a penetrarla—. Túmbate —me ordena mientras se muerde el labio inferior. Lo hago y ella empieza a recorrer mis pectorales, mis abdominales, mis oblicuos con sus labios y con su lengua. Sus dedos me pellizcan los pezones, arrancándome un gruñido, justo antes de meterse mi falo en su boca. Solo le cabe el glande y un poco del tronco de mi verga, pero succiona al tiempo que sus dientes me raspan, consiguiendo que lance un jadeo de placer. Si sigue así, me correré en su boca, así que enrosco mi mano en sus cabellos y tiro de ellos para que pare—. ¿No te gusta? —pregunta con sus ojos clavados en los míos. Sabe la respuesta, sabe que todo lo que tenga que ver con ella me gusta y si es sexo, aún más.

—Sí, me gusta, pero quiero correrme en tu coño, no en tu boca. —Alargo el brazo y cojo el condón que he dejado cerca de nosotros—. Pónmelo y métetela hasta el fondo —le ordeno—. Y esta vez, quiero que me mires a los ojos cuando te corras.

Sonríe, sabiendo que en la cama siempre ha hecho de mí lo que le ha dado la gana. En realidad, lo ha hecho con toda mi vida desde que la conocí, porque por ella soy capaz de arrastrarme al más profundo de los infiernos, como estoy haciendo ahora mismo. Obedece y cuando se empala, siento

el placer recorriendo cada fibra de mi cuerpo. La tomo por las caderas y la ayudo a subir y a bajar a lo largo de mi pene. Siento cómo toco su fondo, cómo mi pene roza ese punto en su interior que hace que ella explote de nuevo, mientras sus pezones se vuelven a poner tiesos a causa de su cuarto orgasmo y sus uñas arañan mi pecho.

Cinco embestidas más tarde, me dejo llevar. Cae desmadejada sobre mí con su respiración agitada y su piel sudorosa pegándose a la mía. Cuelo mi mano entre su cuerpo y el mío hasta alcanzar de nuevo su clítoris. Sigo hundido en ella, masajeo ese botón de placer que tiene y siento cómo su vagina se contrae contra mi pene. Vuelve a jadear mi nombre y creo que voy a explotar el preservativo que llevo porque me correré junto a ella de nuevo. El orgasmo nos sacude a los dos a la vez y, tras él, la obligo a bajar y salgo de su interior.

Por suerte, el condón no ha reventado, pero no le cabe ni una gota más de semen. Me lo quito, lo ato y lo tiro al suelo. Me quedo tirado en la cama, ella se acerca a mí y recuesta la cabeza sobre mi pecho. Las yemas de sus dedos recorren los tatuajes de mi brazo, sus labios besan con delicadeza mis pectorales. Podría quedarme así para el resto de mi puta vida si ella no fuera quien es y si no nos separa lo que nos separa.

—Endika... —ronronea como una gatita. Aunque ella siempre ha sido más como una pantera. Salvaje, peligrosa, indomable, única y extraordinaria.

—Dame cinco minutos. Esto no ha terminado. —Bajo la mirada y me encuentro con la de ella, con esa mirada violácea que hace que pierda la razón.

—Quédate. No te vayas. —Cierro los ojos y aprieto la mandíbula, porque eso es en lo único que no la puedo complacer.

—No.

—Por favor... —Me pinzo el tabique nasal antes de frotarme la cabeza—. Mírame, —Abro los ojos y obedezco—. Por favor, Endika, quédate.

—No lo voy a hacer, Nayra. La cosa no va así. Yo vengo, te follo como nadie te follará en la vida, ni siquiera ese gilipollas con el que tonteabas en la discoteca, te dejo satisfecha y me largo. Así que decide, ¿te echo el último polvo de la noche o me voy vistiendo? —Me mira durante unos segundos antes de responder.

—En ese cajón hay más preservativos. —Señala con la cabeza el primer cajón de la mesilla.

Lo abro, saco un condón y el succionador de clítoris que guarda y con el que de vez en cuando jugamos. Me pongo el preservativo, la obligo a ponerse a cuatro patas, me hundo en ella al tiempo que enciendo el aparatito y se lo pongo sobre su botón de placer. La embisto con fuerza. Mientras apoyo mi pecho sobre su espalda para poder alcanzar mejor su clítoris, le subo intensidad al aparato y a mis embestidas. Ahoga un grito de placer sobre la almohada, corriéndose de nuevo. Suelto el chisme que tengo en mi mano, la agarro por las caderas para llegar hasta lo más profundo de ella, acelero mis entradas y salidas en ella hasta que la oigo gritar de nuevo. Entonces echo mi cabeza atrás y bramo al tiempo que me corro.

Salgo de ella. Sus rodillas y sus manos son incapaces de sostener el peso de su cuerpo y cae desmadejada sobre la cama. Me doy una ducha rápida y cuando salgo, ella está plácidamente dormida, con sus cabellos esparcidos sobre la almohada, con sus mejillas sonrosadas a causa de los orgasmos, con sus indescriptibles ojos cerrados. Desnuda, satisfecha y hermosa. Le acaricio una de sus mejillas, me inclino sobre ella, le doy un beso en la frente y me largo de allí, sabiendo que para mí nunca ha sido simple sexo lo que me ata a ella.

Cuando salgo de la recepción del hotel, el sol de Playa Blanca me golpea en el rostro. Creo que nunca me acostumbraré al sol y al calor de Lanzarote. Dan vida cuando yo estoy muerto y

condenado a la oscuridad. Me pongo mis gafas de sol y me dirijo al aparcamiento de empleados. Allí me cruzo con Yeray, mi compañero de trabajo y, probablemente, el único amigo que tengo.

—¿Qué haces aquí todavía, colega? Creí que te habías ido hace horas.

—Tenía cosas que resolver —me limito a responder antes de subir a mi coche. No hace preguntas porque sabe que soy poco dado a hablar—. Nos vemos esta noche —le digo mientras arranco y me voy. Al cabo de quince minutos, llego a mi adosado en el residencial El Pueblito. El coche de Leire está aparcado frente la puerta. Resoplo antes de abrir, esperando no tener que volver a discutir con ella. Pero sé que no tendré tanta suerte cuando la veo.

—Llegas tarde —dice mientras señala el reloj de la pared. Marca que son casi las diez de la mañana—. Creí que salías a las seis —me recrimina mientras paso por su lado.

—No me apetece discutir. Estoy cansado —respondo mientras entro en la cocina, abro la nevera, saco el zumo de naranja y me sirvo un buen vaso.

—Endika, tenemos que hablar. No podemos seguir así. —La miro impasible mientras me bebo el zumo—. ¡Por Dios! Dime algo. Estoy tratando de arreglar las cosas entre nosotros.

—¿Cuándo ha habido un nosotros, Leire? —pregunto mientras dejo el vaso en la pila. Me apoyo en el banco, cruzo los brazos en el pecho y la miro fríamente—. Nunca ha habido un nosotros. Te has limitado a seguirme, mientras yo me limito a echarte. Eso es todo.

—Te quiero, Endika. Te he seguido hasta aquí porque te amo.

—Pero yo a ti no. Ya te dije que no vinieras, que te quedaras en Bilbao, pero no te dio la gana escucharme. —Está a punto de romper a llorar, pero sus lágrimas me son indiferentes. Solo hay unas que me importan y no son las de ella—. ¿Por qué no coges tus cosas, te largas y me dejas en paz de una puta vez?

—Eres un cabrón —masculla entre dientes.

—¿Y lo descubres ahora? Creí que ya lo sabías desde hace tiempo —respondo sin alterarme. En realidad, solo hay una persona en el mundo que hace que pierda los estribos y se ha quedado durmiendo en la *suite* del hotel.

—A veces, pienso que no tienes corazón.

—Es que no lo tengo, así que no sé por qué te empeñas en pensar lo contrario. —Sigo impasible ante ella, frío como un glaciar, como soy con todo el mundo, excepto con Nayra.

—Entonces, dime, ¿solo ha sido sexo lo que ha habido entre nosotros?

—Ni siquiera ha llegado a eso. —¡Plas! Me cruza la cara de un bofetón, pero yo sigo impertérrito ante su ataque.

—Me largo. Ya no te soporto más. ¡Y no pienso volver! —Su cara de cabreo no me inmuta.

—Aleluya —respondo, mientras dejo de apoyarme en el banco y me dispongo a largarme a mi habitación.

—Ella no te merece —sentencia, consiguiendo enfurecerme. Me detengo en seco, giro sobre mis talones y doy tres enormes zancadas. Ella recula hasta tropezar con la nevera. Estampo mi puño contra la pared antes de encararla.

—Ni se te ocurra volver a hablar de ella, ¿entendido? —Tiembla ante mi furia. No la golpearé, ni a ella ni a ninguna mujer, pero no permitiré que la meta en esto—. Coge tus cosas, lárgate y déjame en paz de una puta vez. Si cuando me despierte te veo aquí, te saco a patadas, ¿lo has comprendido? —Asiente. Doy media vuelta, me meto en mi dormitorio, escucho cómo Leire arrastra una maleta por el pasillo y me duermo. Será mejor que descanse, porque como esta noche a Nayra se le ocurra volver a cometer una gilipollez como la de anoche, tendré que regresar a su *suite*.

Me despierto a las cinco de la tarde. Rebusco en el frigorífico, saco un par de pechugas de pollo y pongo agua a hervir. Media hora más tarde, me estoy comiendo un plato de arroz blanco y las dos pechugas a la plancha mientras miro la tele. Cuando termino, recojo la cocina, me cambio y salgo a correr. Tras una carrera de casi una hora en la que voy hasta Playa Flamingo y regreso, me doy una ducha y preparo mis cosas para ir a trabajar. Son las nueve de la noche cuando entro por la puerta de empleados del hotel y me dirijo a la zona de vestuarios. Yeray está allí, poniéndose su uniforme de empleado de seguridad.

—Tienes mala cara, Endika.

—Cuéntame algo que no sepa —le respondo mientras abro la taquilla y me quito la ropa de calle para ponerme el uniforme.

—¿Te pasa algo, colega? Últimamente, estás más arisco de lo normal —me pregunta mientras se abrocha los pantalones.

—No, nada. Leire se ha largado por fin, así que no te preocupes. —Me quito mi polo y me pongo la camisa del uniforme.

—Volverá, ¿lo sabes? —Cierra su taquilla y se apoya en ella para mirarme a la cara.

—Lo dudo y si lo hace, la echaré a patadas. —Me termino de vestir—. Vamos. Hay que controlar a los grupos de ingleses y alemanes que están de despedida de soltero antes de que monten demasiado follón. —Pasamos por la entrada del hotel y la veo con ese vestido ajustado de color amarillo que realza su bronceado y su pelo, saludando a su querida amiga May. Me recoloco la entrepierna y seguimos andando hasta nuestro destino, el bufé libre donde dos grupos de guiris cenan y se emborrachan con litros de cerveza—. ¿Sabes si luego se largan de marcha por ahí o si se van a quedar en la discoteca del hotel? —le pregunto a Yeray.

—Ni idea, pero hagan lo que hagan, creo que vamos a tener problemas. Roberto me ha dicho que llevan bebiendo desde las once de la mañana.

—Llama a los demás. No me apetece tener que partirle la cara a nadie esta noche —le ordeno mientras regreso a la recepción. Nayra no está, así que respiro tranquilo. Un problema menos, porque con ese maldito vestido está espectacular y seguro que alguno de los gilipollas que hay en el bufé si la ve, intentará llevársela a la cama.

Son las doce de la noche. En la discoteca del hotel están los grupos de guiris, los clientes más jóvenes y la música resuena a todo volumen. Observo a mi alrededor, esperando que estos borrachos no se sobrepasen con ninguna clienta y fijo mi mirada en la puerta de la discoteca cuando se abre.

—Mierda —mascullo entre dientes. Nayra acaba de entrar y ni siquiera ha dado diez pasos cuando ya tiene a la mitad de los tíos de la sala babeando por ella. La sigue acompañando su amiga May. Cruzan la sala y se dirigen a una de las mesas bajo la atenta mirada de tres tipos que están sentados en la barra. Uno le susurra algo al oído a otro y este último se levanta y se dirige a la mesa de Nayra. Lo intercepto por el camino. Alza la cabeza para poder mirarme a la cara porque no me llega ni a la barbilla. Es lo que tiene medir dos metros, la mitad de la gente tiene que partirse el cuello para poder mirarte a los ojos.

—¿Hablas mi idioma? —Asiente—. Bien, así nos ahorramos que tenga que partirte la cara si te acercas a esa mesa —le digo señalando con la cabeza el lugar exacto donde May y Nayra se están tomando una copa, ajenas a mi numerito de matón de discoteca—. ¿Lo captas? No están a vuestro alcance.

—Vale, lo que tú digas, tío —responde asustado, ya que he hecho crujir mis nudillos. Se larga por donde ha venido y yo me quedo más cerca de la mesa por si a algún otro gilipollas se le

ocurre acercarse. Media hora más tarde, Nayra y May salen a la pista a bailar. Tendrá cara de ángel, pero es una bruja, una mujer perversa que me reta y provoca mientras baila en la pista, moviendo sus caderas de la forma más sensual que hay sin apartar sus ojos de mí.

—*Sigue así y sabrás lo que es bueno, Nayra* —le dicen mis ojos.

—*No tienes lo que hay que tener para dármelo ahora mismo* —me responde su mirada.

—*No me provoques.*

—*A lo mejor alguno de los aquí presentes me satisface antes que tú.* —Se acerca a uno de los ingleses meciéndose sobre esos tacones de aguja.

—*Bruja.* —Aprieto mi mandíbula y mis puños cuando veo que el inglés de los cojones se atreve a rodear su cintura. La acerca a él y empieza a restregar su paquete en el trasero de Nayra.

—*No está mal dotado, nada mal.* —Sonríe maquiavélicamente.

—*Vas a lamentar lo que acabas de hacer.* —Aparto a la gente de la pista, la agarro por el brazo, la arrastro, aunque en realidad ella no opone resistencia, y la saco por la puerta trasera de la discoteca. La espachurro contra la pared, le meto la lengua hasta la garganta, cuelo mi mano entre el vestido y su tanga y la penetro con un dedo. Está húmeda, como siempre.

—¿Es esto lo que querías? —gruño en su boca mientras sigo penetrándola y masajeando su clitoris al mismo tiempo—. Responde —le ordeno separando solo unos milímetros nuestros labios.

—No. Quiero más —dice mientras se arquea para que mi dedo se hunda más en su interior.

—Estoy trabajando, por si no te habías dado cuenta. —Sigo embistiéndola con el dedo y ella alza una pierna para que pueda acceder con mayor facilidad.

—Me importa un bledo. Fóllame —exige cogiéndome por el pelo y obligándome a besarla. Vuelvo a devorar su boca mientras mi falange sale y entra con más rapidez en ella.

—¿Te gusta cómo te folla mi dedo? —pregunto mientras se corre. La sujeto por la cintura con mi mano libre para que no caiga al suelo a causa de los espasmos del orgasmo—. ¿Satisfecha? —Sus ojos parecen derretirse de placer.

—Nunca —responde mientras saca mi mano de su entrepierna, me desabrocha el pantalón del uniforme, se levanta el vestido para no manchárselo y se arrodilla frente a mí. Se mete mi polla en la boca, lo que le cabe, y empieza a hacerme una mamada en toda regla. La sujeto por el pelo, me hundo un poco en su interior sin ser demasiado brusco o le haré daño, y cuando estoy a punto de correrme, la obligo a dejar de chupármela. Mi semen sale disparado contra la pared mientras yo ahogo un gruñido—. ¿Y tú, satisfecho?

—Sabes de sobra que no —le respondo mientras la miro a los ojos. La cojo de la mano y la ayudo a ponerse en pie. Ella se recoloca el tanga y el vestido mientras yo me abrocho los pantalones.

—Te espero en la *suite* —dice mientras me da una copia de la tarjeta de la puerta.

—No termino hasta las cinco.

—No importa, te esperaré. ¿Cómo prefieres que lo haga? ¿Desnuda o vestida? —Sus manos se pasean por mi pecho. Se agarra a mis hombros, me obliga a inclinarme, se pone de puntillas y me mete la lengua hasta la garganta.

—Vestida. Pienso arrancarte ese puñetero vestido a bocados. —Sonríe y se marcha, meciendo de nuevo sus caderas. Me tomo dos minutos antes de regresar a la discoteca. Cuando entro por la puerta trasera, Nayra abandona la sala por la principal.

—Dime que no acabas de follarte a la hija del jefe ahí detrás —me suelta Yeray cuando llego a su lado.

—No te metas —respondo mientras veo cómo la puerta se cierra y ella desaparece de mi vista.

—¿Tú eres imbécil o qué te pasa? Si su padre se entera, te quedas en la puta calle. —Ese sería el menor de mis problemas.

—He dicho que no te metas. —Yeray me mira con mala cara—. ¿Me meto yo con quién te follas o dejas de follar?

—Es la hija del jefe, Endika, ¡por el amor de Dios! Te cortará los huevos si se entera.

—No es tu problema —replico mientras me aparto de él. Me coloco en un lateral de la pista y vigilo a los guiris, que poco a poco van cayendo como moscas y abandonando la sala a trompicones a causa de los litros de alcohol que se han bebido. Mi móvil vibra en el bolsillo del pantalón. Lo saco y veo que tengo un mensaje de Nayra. Me acaba de mandar una foto en la que se la ve tirada en la cama, con el vestido puesto, las piernas abiertas y sin el tanga.

Más te vale que la espera merezca la pena.

Lo de antes me ha sabido a poco.

Veremos si mañana eres capaz de andar.

Me guardo el teléfono. Yeray me mira con mala cara desde la otra punta de la pista. Sí, me follo a la hija de mi jefe, pero ese no es el verdadero problema. La verdadera causa de que esto esté mal no es esa. La verdad solo la sabemos el cabrón de su padre y yo. Y si se entera, me arrancará los huevos, aunque me importa una mierda. Puede intentar apartarme de ella, pero no lo conseguirá. Hace años que sé que estoy condenado al infierno, así que cuando vaya, pienso entrar por la puerta grande. Porque ella es mía y solo mía. Pobre de aquel que se interponga.

CAPÍTULO II

Bilbao, 2014

—Nayra, ¿de verdad tenemos que ir? Hace mucho frío —se queja May, mi mejor amiga—. Además, está lloviendo.

—¿Tienes miedo de encogerte o qué? Aquí siempre llueve —le respondo mientras me calzo las botas de piel—. ¿Vas a venir o voy sola?

—Está bien, voy contigo —responde resignada—. Pero si pillo una pulmonía, me tendrás que cuidar.

—Siempre te cuido, tontita. —Me siento al lado de ella—. Anda, dime qué te pasa. Desde que hemos vuelto de las vacaciones de navidad, estás así. —Me mira desconcertada sin llegar a comprender a qué me refiero—. Estás mustia, apagada, triste. ¿Qué te ocurre, May?

—Echo de menos el sol de Lanzarote, la arena, el calor —musita—, y Aday me dejó el día de Año Nuevo.

—¿Cómo que te dejó? —Ahora la sorprendida soy yo—. ¿Por qué?

—Porque está liado con Yurena. Bueno, en realidad, no me dejó, los pillé juntos. —Dos enormes lagrimones caen por sus mejillas. La abrazo y ella llora. Le acaricio la espalda y trato de consolarla. El cerdo de Aday nunca me gustó para May.

—Tranquila, cielo. No merece la pena que llores por alguien que no se merece ni una sola de tus lágrimas. —Levanta la cabeza de mi hombro y me mira—. Anda, arréglate y vamos a esa sala a quemar la noche. O al final nos apolillaremos aquí dentro. —Se levanta de mi lado y se encamina a su armario—. Y ponte sexi, a ver si encontramos algún tío con el que te desquites del imbécil de Aday.

El paseo desde el apartamento que ocupamos hasta la sala Rock Star apenas dura veinte minutos. Hubiéramos podido ir en taxi, pero ha dejado de llover y la caminata nos vendrá bien para que May se despeje. Por el camino, me cuenta que ella siempre ha sospechado que Aday salía con ella por su dinero, pero que le ponía los cuernos con Yurena. Dejo que se desahogue y que me lo cuente todo, para acabar diciéndole que esta noche se va a olvidar de ese idiota y que nos vamos a divertir. Bueno, eso tras soltar una retahíla de insultos dirigidos hacia la persona de Aday.

Las dos necesitamos despejarnos, porque desde que estamos en Bilbao, apenas hemos salido. Nos matamos a estudiar para terminar el máster en Empresariales. May y yo somos inseparables desde que nos conocimos con seis años en el colegio. Hemos ido juntas al instituto, a la universidad, a todas partes. Somos las mejores amigas del mundo y me duele verla así, hecha polvo por un indeseable que no se la merece. May es todo corazón, calma y serenidad. Solo saca su genio cuando se trata de protegerme o defenderme. Yo, por el contrario, me muevo por impulsos, hago las cosas sin pensar. Soy temperamental o, como dice May, una delicada señorita con ataques de albañil.

Dejamos nuestros abrigos en el guardarropa y nos vamos a una de las dos barras que hay a pedir algo para beber. Nos pedimos dos vodkas con naranja y nos acercamos a la pista a bailar.

La música es buena, muy buena, porque hoy hacen una fiesta temática de los años ochenta y noventa y todas las canciones que suenan son de esa época. Me chifla esta música. Bailamos, bebemos y volvemos a bailar. May se va soltando poco a poco y empieza a disfrutar de la noche. Nos pedimos dos copas más y seguimos bailando. Una hora más tarde, regresamos a la barra. Las dos estamos sedientas.

—Pídemme agua, por favor —me dice May mientras se queda a mis espaldas. Hay mucha gente en la barra y apenas queda espacio para poder acercarse a ella.

—Perdona, ¿me pones dos botellines de agua? —le digo a un camarero cuando pasa por delante de mí. No me escucha—. Disculpa. —Esta vez levanto la mano y la voz—. Perdona. —Nada, sigue sin hacerme caso, así que me decido a sacar al albañil que habita en mí, pero alguien a mi espalda se me adelanta.

—¡Eh, tú! —Suen a voz masculina, potente y grave tras de mí—. Dos botellines de agua para esta morena. —Me giro para decirle al tío en cuestión que ya me las apaño yo solita y me estampo contra una especie de gigante de dos metros de altura, de anchos hombros, rubio, con barba, ojos de un azul tan claro que parecen esquirlas de hielo, unos labios apetecibles y una nariz perfecta. Lleva una camiseta de manga corta que se pega a su torso con demasiada facilidad, mostrando todos y cada uno de sus músculos. Es guapo, atractivo, una especie de dios Apolo sexi, y lo sabe porque cuando sus ojos se fijan en los míos, solo les falta decir: «Te gusta lo que ves, ¿verdad?». Alza su brazo por encima de mi cabeza, porque apenas le llego a las axilas, coge los dos botellines de agua y me los da—. De nada —me suelta. Me he quedado como una gilipueñas mirándolo de los pies a la cabeza.

—Perdona, ¿qué te debo? —Abro mi bolso, el cual llevo colgando en bandolera, y busco el dinero.

—Un baile. —Alzo la cabeza y lo miro a los ojos. Sonríe maliciosamente, agacha su cabeza a la altura de mi oído y susurra—: Llevo toda la noche sin poder quitarte los ojos de encima viendo cómo mueves esas caderas que tienes. —Una de sus manos se aferra a mi cintura. Podría alzarme con una sola mano si quisiera de lo grande que es, me acerca con suavidad a su descomunal cuerpo y siento algo que roza mi vientre. Abro los ojos desmesuradamente. ¿Eso que me roza es lo que creo que es?—. Aunque si lo prefieres, podemos ir a mi coche a que saldes tu deuda, ojos violeta. El asiento trasero es muy cómodo. —Su voz es ronca y sexi, y consigue que pierda durante unos segundos la lucidez mental.

—¿A tu coche por dos botellines de agua? —Lo miro con una media sonrisa de lado—. Eso no te lo crees ni tú, guapito de cara. De hecho, no creo ni que te deba ese baile. —Sus ojos parecen tornarse más oscuros, consiguiendo que me quede de nuevo sin riego sanguíneo en el cerebro.

—Bailaremos, ojos violeta, y después ya veremos si vienes a mi coche o no —me dice con esa voz cargada de deseo y lujuria, antes de succionar mi lóbulo derecho, darse media vuelta y dejarme al borde de la combustión espontánea.

—¿Quién era ese, Nayra? —me pregunta May cuando llego a su lado. Abro el botellín de agua y me lo bebo de un trago. Ahora mismo estoy ardiendo y la culpa la tiene ese hombre.

—Un imbécil que quiere llevarme al asiento trasero de su coche —respondo sin poder apartar mis ojos de él, que se ha quedado a pie de pista mirándome como si fuera un halcón acechando a su presa.

—¿A ese espécimen lo llamas imbécil? Porque parece la encarnación del dios Zeus. —Los ojos de May chispean y no sé si es por el alcohol o por el embrujo que ejerce ese hombre en todas las mujeres. Todas las féminas que están a mi alrededor se lo comen con los ojos.

—Se lo tiene demasiado creído —respondo mientras aparto mis ojos de él.

—Como para no creérselo, cielo —me suelta May mientras le da un trago a su agua y seguimos bailando. Llevamos media hora moviendo el esqueleto cuando un par de chicos de nuestra edad se nos acercan, pero de pronto miran algo que hay a mi espalda, dan media vuelta y se van por donde habían venido. Giro para ver qué ocurre y me tropiezo de nuevo con un torso que parece esculpido en mármol.

—¿Espantando a los moscones, guapito? —Lo reto con la mirada—. ¿O es que le temes a la competencia?

—Ese par no llegan ni a mosca cojonera, así que mucho menos a competencia, ojos violeta. —Su mano vuelve a posarse en mi cintura y me pega a su cuerpo—. Vengo a que saldes tu deuda. —Me pierdo en sus ojos mientras mece mi cuerpo pegado al suyo con *Cadillac Solitario*, de Loquillo, sonando de fondo. La gente salta a nuestro alrededor, mueven las caderas, agitan sus melenas mientras nosotros permanecemos ajenos, perdidos uno en la mirada del otro.

—¿Cómo te llamas? —me atrevo a preguntarle.

—Necesitarás algo más que un baile para que te diga mi nombre, preciosa. —Alguien me empuja y caigo más sobre él. Sin ser consciente de lo que hago, rodeo su cuello con mis brazos. Me agarra por el pelo y me obliga a levantar la cabeza, con suavidad, para mirarlo a los ojos porque los he apartado de los de él—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Necesitarás algo más que esa mirada de hielo para que te lo diga, guapito de cara. —Alza la comisura de sus labios y dibuja una arrebatadora, sexi y lujuriosa sonrisa.

—No sabes lo que acabas de hacer —dice antes de estampar sus labios contra los míos, devorarlos, meterme la lengua hasta la garganta y arrancarme un gemido de placer. Succiona mi labio inferior y su lengua se enreda con la mía. Siento su erección contra mi vientre y un cosquilleo en mi entrepierna. Nunca en mi vida me habían besado así—. Y bien, ¿me vas a decir cómo te llamas? —pregunta con sus labios a pocos milímetros de los míos.

—No besas tan bien, guapito. —A chula, no me gana nadie.

—Eso no te lo crees ni tú —me suelta muy pagado de sí mismo—. Me apuesto cincuenta euros a que tienes las bragas empapadas.

—Te lo tienes demasiado creído. —Pero sí, ahora mismo estoy chorreando, aunque no se lo voy a reconocer.

—Ya veremos si al final de la noche no me has dicho tu nombre y dado tu teléfono. —Me agarra por la nuca y vuelve a besarme con más fuerza, si es que eso es posible. Me libera de su influjo de golpe y se aleja de mí, dejándome sin respiración.

—¡Por Dios, Nayra! ¿Estás bien? —me pregunta May apareciendo a mi lado—. Estás más roja que un tomate.

—Acompáñame fuera. Necesito que me dé el aire o sufriré una combustión espontánea. —Salimos y andamos un par de metros para que yo apoye mi espalda en la pared del local de al lado de la sala de fiestas. El aire frío se lleva los retazos de lava que corrían por mi piel.

—Cielo, tiene que besar como un ángel para que te haya entrado semejante calentón —me dice May apoyada a mi lado.

—Más bien como un demonio —le digo tratando de recobrar el aliento, porque hasta eso me ha quitado ese hombre.

—¿Y cómo besa un demonio? —me pregunta aguantándose la risa.

—Dura, sexi y lujuriosamente —le respondo, consiguiendo que nos riamos las dos.

—Pues se acaban de abrir las puertas del infierno y el demonio viene a por ti —me dice May

mirando hacia la puerta del local—. ¡Madre mía, Nayra! Pero ¿tú has visto lo bueno que está? — Definitivamente, a mi amiga se le ha subido el alcohol a la cabeza.

—No grites, idiota, que te va a oír. —Pero creo que ya es tarde, porque ha sonreído antes de acercarse. Se planta frente a nosotras, apoyando su ancha espalda en un árbol y cruzando los brazos delante de su pecho, marcando cada uno de sus bíceps. Hace un frío tremendo, pero a él parece no afectarle. Ahí está, en manga corta, en plena noche y en pleno mes de enero, como si nada.

—¿Tomando el fresco, preciosa?

—No, estaba tratando de quitarme de encima a un idiota con ínfulas de Adonis. —Solo con mirarlo siento que voy a volver a arder.

—Dirás a un dios, ¿no? —Su chulería me exaspera y me excita, todo al mismo tiempo.

—Oye, ¿tú eres así todo el tiempo o es que te dan apagones cerebrales? —Prefiero pasar al contraataque antes de que se dé cuenta de lo que provoca y enciende en mí.

—Mi cerebro ha dejado de funcionar en el preciso instante en el que te he visto. —Con tres enormes zancadas, se planta frente a mí. Pienso que me voy a partir el cuello para conseguir mirarlo a los ojos. Los suyos han vuelto a tornarse oscuros, lujuriosos, ardientes—. Y, desde ese momento, solo puedo pensar en una cosa. —Vuelve a atraparme entre sus brazos, a pegar mi cuerpo al suyo y a besarme con furia. De nuevo, su hinchado pene roza mi vientre, consiguiendo que tenga espasmos en la vagina, que parece gruñir furiosa por ser invadida. Poco a poco, separa sus labios de los míos, succionándome el inferior y tirando de él, arrancándome un gemido de placer. Se queda unos segundo mirándome fijamente, estudiando mis reacciones. Ahora mismo, si me dijera de ir a su coche, ni lo dudaría—. Toma, te lo has ganado —dice mientras me pone un papel en la mano. Lo abro y leo lo que pone: su nombre y su teléfono. Cuando alzo la cabeza, él ya no está frente a mí. Camina despacio hacia la puerta de la discoteca.

—¡Me llamo Nayra! —grito antes de que él entre. Se detiene un segundo y me mira, clavándome esos ojos hasta lo más profundo—. Te llamaré —respondo pareciendo una gilipueñas embelesada por el típico chulo de discoteca.

—De eso no tenía la menor duda, ojos violeta —me suelta con chulería antes de desaparecer de mi vista.

Jugueteo con el móvil en mis manos sin saber qué hacer. Han pasado dos días desde lo de la discoteca y no me quito de la cabeza a ese hombre. ¡Dios, si hasta he soñado con él! Un sueño demasiado caliente y húmedo, para ser más explícita.

—No lo hagas, Nayra —dice May, que está sentada frente a mí, en mi cama—. Sabes que lo único que quiere es echarte un polvo, ¿verdad?

—Sí, lo sé —respondo sin mirarla. Mi vientre se contrae ante esa simple idea.

—Nayra, de verdad, piensa con la cabeza. Te follará y si te he visto, no me acuerdo. Es un chulo.

—Ya lo sé, May —suelto el móvil sobre la cama y apoyo la espalda en la pared—, pero no consigo quitármelo de la cabeza.

—Pues ya tuvo que ser espectacular ese beso.

—Ni te lo imaginas. Por poco se me cae el tanga al suelo. —Nos echamos a reír. Pasados unos minutos, nos quedamos mirándonos—. ¿Tan mal estaría que quedara con él simplemente para echar un buen polvo? Al final, me van a salir telarañas —digo señalando mi entrepierna.

—¡Mira qué eres bruta cuando te lo propones! —me responde riéndose—. No, cielo, no estaría tan mal si lo dejás claro desde un principio y si no te encoñas con él.

—¿Y por qué me iba a encoñar con él?

—Porque llevas dos días en una nube y solo te besó. No quiero ni pensar lo que pasaría si te echa un buen polvo. Creo que llevas demasiado tiempo en dique seco. —Volvemos a reír—. Si te apetece, hazlo, pero no te encoñes. ¡Ah! Y avísale de que, si te rompe el corazón, le arranco los huevos y se los meto por el culo.

—¡Y luego la bruta soy yo! —respondo mientras nos carcajamos. Al cabo de un rato, cuando conseguimos dejar de reír, May se levanta y coge su mochila.

—Me voy a la biblioteca, ¿te vienes?

—Ve tú delante. Ahora iré yo —digo cogiendo el móvil.

—Espero que sepas lo que haces —me dice antes de salir de mi habitación.

—Y yo. —Le respondo a la nada porque me he quedado sola. Abro el WhatsApp y busco su contacto. Pienso unos segundos en qué ponerle para no sonar demasiado desesperada por verlo.

Hola, guapito de cara.

Espero unos segundos que se me hacen interminables hasta que veo que está en línea y escribiendo.

Veo que te haces de rogar, ojos violeta.

Bueno, creí que necesitabas un poquito de tiempo para que se te pasara el calentón.

¿A mí? No, preciosa. Eres tú la que me debe cincuenta euros.

¡Dios! Es tan chulo que me dan ganas de estrangularlo.

Pues tendremos que quedar para saldar mi deuda, ¿no?

Decididamente, me he vuelto loca.

¿Tienes planes para esta tarde? No sé, nos podríamos ver en una hora.

Eso ha sonado a desesperada total.

*Estoy trabajando. No salgo hasta las diez de la noche.
¿Podrás esperar a que termine o estás demasiado desesperada por verme?*

¡Será imbécil!

*¿Sabes qué? Se me han pasado las ganas.
¡Olvidalo!*

*Ojos violeta, eres imposible de olvidar.
Paso a por ti a las diez y media.*

No pienso darte mi dirección.

Sonríó maquiavélicamente.
No necesito que me la des. Sé dónde vives.

Me quedo con los ojos abiertos como platos mirando la pantalla. A ver si resulta que es un perturbado.

*¿Sigues ahí, preciosa? ¡Oh, vamos!
No estarás pensando en que soy un loco acosador, ¿verdad?*

No, si encima será telépata.

Asómate a la ventana del balcón, Nayra.

Sin pensármelo, obedezco. Veo un coche de la Ertzaintza y a él sentado en el lugar del copiloto, asomándose por la ventanilla. Me mira y se pone a teclear en el móvil.

Seguí al taxi que os trajo a casa a tu amiga y a ti. Tienes demasiado peligro para dejarte por ahí sola y sin vigilancia.

Sigo sin dar crédito a lo que veo. ¿Es policía? ¿Un tío así de chulo puede ser policía?

*Paso a por ti a la diez y media, ojos violeta.
Y me cobraré el hecho de que hayas tardado cuarenta
y cuatro horas y diecisiete minutos en dar señales de vida.*

¿Lleva la cuenta de las horas que hace que nos vimos?

Me debes cincuenta euros y un buen morreo, como mínimo.

Le hace una señal a su compañero y el coche se pone en marcha, dejándome estupefacta y al borde de la combustión.

Aunque me he vestido y arreglado para salir con Endika, el chulo ertzaina, no estoy segura de si debería hacerlo. Doy vueltas por mi dormitorio y me miro de nuevo en el espejo. No me he puesto nada demasiado espectacular. Vaqueros, botines, suéter de lana y maquillaje ligero. Nada del otro mundo. El sonido de las notificaciones del WhatsApp me saca de mi ensimismamiento.

Llevo esperándote cinco minutos.

La paciencia no es una de sus virtudes, desde luego. Así que decido chincharlo un poco.

Te dije que lo olvidarás.

Vuelvo a sonreír maquiavélicamente.

Y yo te dije que eso es imposible. O bajas en dos minutos o subo a por ti.

¡Dios! ¿Cómo puede ser así de prepotente?

No te atreverás, guapito de cara.

A ver cuál de los dos es más chulo.

*¿De verdad quieres apostar contra mí, ojos violeta?
Perderás, y esta vez no me conformaré con un morreo.
Te queda un minuto y medio.*

¡Por lo más sagrado! Decido no tentar a la suerte, cojo mi abrigo, ignoro el cosquilleo que tengo en la entepierna y bajo a la calle. Ahí está, apoyado en la carrocería de un Audi A3 Sportback negro, vestido con unos vaqueros que se le pegan a los muslos y al paquete de manera indecente, una cazadora de cuero, los brazos cruzados delante de su pecho, sus ojos azules clavándose en mí y esa sonrisa de soberbia en su cara. Chulo a más no poder. Y sexi. Mira su reloj y clava sus ojos en los míos cuando me paro frente a él.

—Te han sobrado quince segundos, preciosa.

—Vámonos antes de que me arrepienta y regrese a mi piso.

—Nunca te arrepentirás de haberme conocido —me responde mientras abre la puerta del copiloto para que me suba. Admiro el interior del coche y su tapicería de cuero.

—¿Siempre vas así de sobrado o es que te entrenas para el premio Guinness? —lo chincho cuando sube y arranca. Me mira de reojo y sonrío. ¡Maldita sonrisa! Pasan un par de minutos hasta que me atrevo a preguntar—: ¿Dónde vamos?

—A que saldes tu deuda —responde mientras cruza uno de los puentes que une las dos orillas del río Nervión y se mete por las calles del centro de Bilbao.

—No pretenderás llevarme a tu casa, ¿verdad? —digo sin dejar de mirarlo. Ahí está otra vez esa puñetera sonrisa.

—No eres tan especial, ojos violeta. Vamos a cenar, y pagas tú —me responde. Aparca unos minutos después y andamos unos metros hasta un local llamado Colombo Bilbao. Abre la puerta y me deja pasar primero. Me siento diminuta a su lado—. Por aquí —me dice mientras pone su enorme mano en la parte baja de mi espalda, me conduce hasta el interior de local y nos sentamos en una mesa justo al fondo. Me quito el abrigo y lo dejo colgando del respaldo. Una camarera viene a atendernos.

—Hola, Endika, ¿quieres lo de siempre? —¿Le está poniendo ojitos? Me tengo que tragar una carcajada porque sí, se los está poniendo. Está claro que se conocen y que a ella le gusta.

—Hola, Leire. No, hoy no. ¿Qué quieres? —me pregunta sin mirar a la camarera.

—No lo sé. Si pudiese traerme la carta, se lo agradecería —le digo a la chica, que no deja de mirar a Endika por el rabillo del ojo.

—¿Te gusta el vino o prefieres cerveza? —me pregunta él.

—Vino. El tinto me gusta mucho —respondo sin poder dejar de mirarlo a los ojos.

—Tráenos una botella de Entre Lobos y dos hamburguesas México Lindo con patatas. —La camarera anota el pedido—. Gracias, Leire.

—Me hubiera gustado decidir qué cenar —le digo cruzando mis brazos delante de mi pecho.

Me mira, se muerde el labio inferior y me sonrío—. ¿Y si soy vegetariana?

—Imposible. —Apoya los codos en la mesa y se inclina hacia mí—. Esas curvas no se consiguen a base de comer lechuga. —Su voz vuelve a ser ronca, sexi y hace que regrese el cosquilleo entre mis piernas. Quiero responderle con alguna pulla, pero la camarera nos trae el vino. Abre la botella, sirve a Endika y espera a que lo pruebe, todo eso comiéndoselo con los ojos. Creo que me estoy poniendo celosa porque lo está devorando con la mirada—. Excelente —dice él tras degustarlo—. Gracias.

—De nada, si necesitas algo más, dímelo —le responde ella poniendo su mano sobre el hombro de Endika y sonriéndole como una tonta antes de dejarnos solos de nuevo.

—¿La conoces? —pregunto cuando se marcha.

—¿Celosa? —Su altanería empieza a sacarme de mis casillas.

—No te lo tengas tan creído, guapito de cara. Como tú, hay miles de tíos por ahí —respondo antes de darle un pequeño sorbo al vino. No se lo voy a reconocer, pero sí, estoy celosa de esa tal Leire.

—No hay ningún tío como yo por ahí. —Voy a acabar estrangulándolo como siga así. Nos miramos a los ojos unos segundos—. Me gusta tu acento. ¿De dónde eres?

—Soy canaria. De Lanzarote, de una pequeña ciudad llamada Playa Blanca, pero ahora vivo en La Geria con mi abuela.

—¿Y qué hace una guanche por las frías y húmedas tierras de Bilbao? —me pregunta después de que la camarera nos traiga las hamburguesas.

—Estoy haciendo el máster en ADE^[1] en la Universidad de Deusto. Después, quiero ir un año de prácticas a Inglaterra o Francia y así adquirir la experiencia necesaria para poder ayudar a mi padre en sus empresas. —Le doy un bocado a la hamburguesa, está riquísima.

—¿Tu padre es empresario? —pregunta tras tragarse un par de patatas fritas.

—Sí, posee varios hoteles en las Islas Canarias y un par en la costa de Marruecos. Ahora está con las gestiones para abrir uno en el Caribe, en Santo Domingo.

—¡Vaya! Así que eres una niña de papá, ¿no? —Le sonrío con arrogancia—. Si lo llego a saber antes, hubiéramos ido a un sitio más caro para que saldaras tu deuda, preciosa.

—Confórmate con que no te haya dejado plantado, guapito de cara. —Chasquea la lengua y pone los ojos en blanco. Sabe de sobra que es un farol. Decido seguir con la conversación antes de que vuelva a soltarme alguna chulería—. ¿Y tú eres de por aquí?

—De Ondárroa, una pequeña ciudad costera a una hora de camino de aquí. Si te portas bien, puede que algún día te lleve. —Resoplo, pongo los ojos en blanco y le suelto una pulla.

—Me pregunto cómo un tío tan chulo, soberbio y prepotente es ertzaina.

—Una cosa no es incompatible con la otra —responde tan tranquilo mientras se termina su hamburguesa. Luego me vuelve a mirar de arriba abajo—. ¿Cuántos años tienes, ojos violeta?

—¿Te preocupa que te detengan por corrupción de menores, guapito de cara? —Vuelve a chasquear la lengua y a dibujar esa maldita sonrisa—. Veintitrés. ¿Y tú?

—Treinta, recién cumplidos. —La camarera vuelve a retirar nuestros platos y a preguntar si queremos postre—. Ponnos una degustación de helados, Leire. —Esta asiente y se marcha después de comérselo con los ojos. Empieza a molestarme el descaro con el que lo mira.

—¿Nunca pides las cosas con un por favor? —Una cosa es que sea un chulo y otra, un maleducado.

—Por regla general, no. —No sé si me lo está diciendo en serio o me está vacilando, aunque

puede que esté haciendo las dos cosas a la vez. La camarera nos trae el postre. Él coge una cucharilla y me la pasa—. Pruébalos. Te gustarán. —La verdad es que tienen muy buena pinta, así que decido obedecerle. Están exquisitos. Miro a Endika, que observa cómo degusto los helados. De repente, dibuja una petulante sonrisa, se levanta de su silla, se pone a mi lado y se agacha para quedar a mi altura. Sus ojos se tornan oscuros y yo lo miro sin saber qué decir o qué hacer. Con solo mirarme, es capaz de fundir mis neuronas—. Tienes helado aquí —dice señalando la comisura de mis labios. Voy a coger la servilleta para limpiarme, pero me lo impide. Se inclina un poco más y, de pronto, su lengua es la que está limpiando los restos de helado de mi boca de la manera más sexi y sensual que existe. Un escalofrío de placer me sacude—. Delicioso —me susurra al oído antes de regresar a su sitio. Juraría que se ha recolocado la entrepierna antes de sentarse—. ¿Te apetece café? —Niego con la cabeza porque soy incapaz de decir palabra alguna. Se me han quedado enredadas en la garganta—. ¿Nos traes la cuenta, Leire, por favor? —dice sin dejar de mirarme. Sabe que ahora mismo estoy ardiendo por su culpa—. Paga —me ordena cuando nos trae la cuenta. Abro el bolso y saco mi tarjeta de débito. La camarera trae el datáfono, me acribilla con la mirada, pasa mi tarjeta y la deja sobre la mesa mientras yo tecleo mi número secreto. Cuando voy a coger mi tarjeta, Endika la tiene entre sus enormes manos—. Nayra Santana Quintero —dice leyendo mis datos en la tarjeta. Extiende la mano derecha y me la pasa—. Ahora ya sé cómo te llamas, ojos violeta. —Su voz vuelve a ser ronca. La guardo en la cartera y saco un par de euros para dejarlos de propina—. Vámonos —dice mientras se levanta y se pone su chaqueta de cuero.

Su mano vuelve a posarse en la parte baja de mi espalda mientras andamos hacia la salida. Soy incapaz de decir nada, de pensar o de hablar. Bastante tengo con tratar de calmar las llamas que corren por mis venas. En silencio, regresamos al apartamento y estaciona cerca del portal. Me atrevo a mirarlo, porque he sido incapaz de hacerlo en todo el trayecto de regreso. Sus ojos siguen siendo oscuros.

—Gracias por traerme, Endika —le digo mientras me quito el cinturón de seguridad.

—¿Dónde te crees que vas, preciosa? —De repente, sus manos me agarran por la cintura, me alzan como si fuera una simple pluma y me hace caer sobre sus muslos—. Todavía me debes algo. —Su mano derecha me agarra por la nuca mientras la izquierda me retiene sobre sus piernas, me obliga a agachar la cabeza y sus labios atrapan los míos. Los entreabro y su lengua invade mi boca salvajemente, enredándose con la mía. Haciendo que jadee, succiona mi labio inferior, vuelve a meterme la lengua y gime en mi boca. Sin querer, rozo su abultado paquete con mi mulso, lo que provoca que gruñan con fuerza mientras me devora con más ansia. Poco a poco, separa sus labios de los míos y nos quedamos mirándonos a los ojos—. Tienes treinta segundos para bajarte del coche y meterte en ese edificio, o arrancaré y te llevaré a mi casa. —¡Dios!, su voz no puede ser más sexi—. Veinticinco segundos —me dice mientras se relame los labios. Estoy bloqueada, sin ser capaz de pensar, presa del deseo que acaba de despertar en mí—. Veinte segundos, Nayra. Si no bajas, te llevo a mi casa y te follo durante toda la noche. Tú decides.

—Creía que eso era lo que querías —consigo decir al final.

—No tienes ni puta idea de lo que quiero. —Sus ojos me tienen atrapada—. Quince segundos, ojos violeta. —Consigo reaccionar, me levanto de su regazo, abro la puerta y el frío de la noche me sacude. Cierro y escucho cómo se baja la ventanilla—. Esta vez, te salvas. Veremos si a la próxima tienes tanta suerte —me dice. Lo miro durante un instante—. Diez segundos, Nayra. —Corro hacia el portal, meto la llave en la cerradura y entro. A través del cristal, veo cómo se marcha con esa petulante sonrisa en su rostro. Sabe que me tiene atrapada y que voy a necesitar

una ducha fría. Lo sabe más que de sobra. Y lo peor de todo es que me gusta que lo sepa.

CAPÍTULO III

Lanzarote, 2016

Son las nueve de la mañana cuando consigo llegar a casa, agotado, exhausto y con los testículos vacíos. Son las consecuencias de un maratón de tres horas de sexo con Nayra. Me doy una ducha rápida y me meto en la cama. Necesito dormir, aunque no sé si lo conseguiré. Su imagen sigue en mi mente.

He esperado a que se quedara dormida para vestirme y marcharme. La sábana solo le cubría ese precioso trasero que tiene, su espalda desnuda era una auténtica provocación, con esa hada de alas violeta tatuada en su omóplato izquierdo, su pelo esparcido en la almohada, sus ojos cerrados y su suave respiración. Parecía un ángel, uno que conseguí elevarme hasta el cielo para luego arrastrarme al infierno. Mi ángel y mi demonio, eso es ella para mí. Si fuera valiente, me marcharía para siempre, pero no lo soy. Hace tiempo que comprendí que jamás podré apartarme de ella.

Desde el preciso instante en que la vi entrar en la sala Rock Star hace dos años, supe que nada volvería a ser lo mismo, que mi vida quedaba atada a esa pequeña mujer de curvas sexis, indescriptibles ojos, endemoniado carácter y sonrisa perversa. Intenté no enamorarme de ella, pero eso era misión imposible. Le bastó una sola mirada para atraparme. No pudieron ponerle un nombre más apropiado. Nayra significa «la que es maravillosa, de ojos grandes y guerrera». Y eso es ella. Una mujer capaz de detener mi mundo y mi vida con una sola mirada y una guerrera que me castiga con su simple presencia cada día, que hace que pague la osadía de enamorarme de ella cada noche.

Porque, aunque ella siga pensando que solo es sexo lo que quiero, no es cierto. Nada más lejos de la realidad. Pero no puedo tener lo que realmente deseo con ella, así que me conformo con dejarme arrastrar al infierno noche tras noche, como llevo haciendo desde que descubrí la verdad. Decidí ser yo el que cargara con el peso de nuestro pecado sobre mis hombros, el que condenó su alma al infierno, si es que la tengo, el que decidió vivir entre las sombras y el dolor, salvando su alma y, probablemente, su vida. Sí, Nayra cree que solo quiero follármela, por eso me provoca de la forma en que lo hace, cuando realmente es la única forma que me queda de tenerla, de amarla. Con la imagen de ella desnuda en su cama, el cansancio me vence y caigo en los brazos de Morfeo.

Son las tres de la tarde cuando despierto. Me levanto, rebusco en la nevera, me preparo algo para comer y decido ir al supermercado a comprar porque el frigorífico está bajo mínimos. Estoy guardando la compra cuando recibo un mensaje de Yeray. Pregunta si me apetece ir a la playa, a Caleta de Famara, a hacer *windsurf*. Sé que lo hace porque quiere seguir echándome la charla sobre lo de anoche, pero aun así, accedo.

No trabajo en el hotel durante dos días, así que no la veré y probablemente acabe volviéndome loco porque da igual si estoy cerca o lejos de ella, enloquezco a cada instante que la tengo, a cada segundo que permanezco alejado. Soy un yonqui y mi droga es ella. Meterme en el mar y dejarme arrastrar por las olas no me vendrá mal para despejarme un rato y si Yeray se pone muy pesado

con el tema, siempre puedo mandarlo a la mierda. Pasa a por mí a las cinco y media de la tarde y, tras un viaje de poco más de cincuenta minutos en el que ninguno de los dos dice ni pío, aparcamos en Playa Famara, descargamos las tablas y nos metemos en el mar. Sé que está buscando el momento apropiado para hablar conmigo, así que cuando salimos del mar y veo cómo me mira, decido ser yo el que inicie la conversación.

—Escúpelo de una vez, Yeray, o te saldrá una úlcera —le digo mientras me seco con la toalla.

—Es que no lo entiendo, Endika. ¿Cómo se te ocurre liarte con Nayra, tronco?

—No estoy liado con ella, solo me la follo.

—¿Y lo dices tan tranquilo?

—¿Y cómo quieres que te lo diga? ¿Llorando? —Yeray pone los ojos en blanco—. Mira, te lo dije anoche, no te metas, no es asunto tuyo.

—Sabes que estás jugando con fuego, ¿verdad? Si su padre se entera, te matará. Ella es intocable.

—Me da igual. Hace años que estoy condenado al infierno, así que me la suda.

—De verdad, tío, a veces creo que eres gilipollas. ¿Cuánto llevas liado con ella?

—Déjalo, Yeray —respondo mientras me pongo mi camiseta.

—¿Cuánto, Endika?

—Dos años. —Creo que se le van a salir los ojos de las órbitas—. ¿Sorprendido?

—A ver si me aclaro. ¿Me estás diciendo que hace dos años que te acuestas con la hija del jefe, incluso cuando vivías con Leire? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

—Exactamente eso, ¿por qué? —No es exactamente así, pero no necesita más explicaciones.

—Porque ahora entiendo por qué tratabas a Leire como lo hacías. Nunca la has querido ni te ha importado. Estás enamorado de Nayra.

—Qué sabrás tú lo que es el amor —mascullo mientras me calzo las deportivas.

—Nada, ¿verdad? Eso es lo que piensas, que no tengo ni puñetera idea de lo que es. Pero uno no deja toda su vida a miles de kilómetros de aquí para seguir a una mujer simplemente para follársela. ¿Me equivoco?

—Yeray, déjalo de una vez. No me apetece acabar liado a golpes contigo.

—Díselo —replica.

—¿El qué y a quién? —Se me está acabando la paciencia.

—A Nayra. Dile que la quieres.

—Tío, te lo digo en serio, déjalo correr. No es tu problema.

—Endika...

—¡Basta, Yeray! —grito mientras doy dos pasos y lo encaro—. No te metas, no es asunto tuyo y déjame en paz de una puta vez antes de que te parta la cara, ¿entendido? —Tengo los puños cerrados, las venas del cuello hinchadas y las aletas de mi nariz se mueven frenéticas.

Sabe que estoy a punto de explotar, así que alza las manos y responde:

—Tú verás lo que haces. —Agarra su camiseta, se la pone y se monta en el coche.

El camino de regreso también lo hacemos en silencio. Al llegar a mi casa, me propone ir a cenar algo por ahí. Accedo porque promete no volver a sacar el tema. Sé que no lo entiende, pero no puedo explicarle por qué no puedo estar con ella, por qué ella debe creer que solo es sexo lo que nos une. Nadie debe saberlo nunca. Yo cometí el pecado de enamorarme de ella, yo cargo con el castigo. Seguro que Satanás está deseando verme entrar al infierno. Se lo va a pasar en grande, el muy cabrito, castigándome el resto de la eternidad. Vamos al restaurante Playa Blanca, en la avenida Marítima, un paseo peatonal a la orilla del mar. Pedimos unas tapas, unas cervezas y

charlamos de cosas triviales. Me doy cuenta de que las dos chicas de la mesa de al lado no dejan de observarnos. Tienen pinta de extranjeras, inglesas o alemanas, no lo tengo muy claro.

—¿Les entras tú o lo hago yo? —me pregunta Yeray.

—No me interesa ninguna de las dos —respondo mientras le doy el último trago a la cerveza.

—Supongo que no te van las rubias, ¿no? —Su sonrisa es irónica.

—No, prefiero a las morenas. —Abro la cartera y dejo cincuenta euros en la mesa—. Compra condones con lo que te sobre y disfruta del trío —le digo mientras me levanto, cojo las llaves de mi coche y me largo a mi casa. Por lo menos, unos de los dos follará esta noche.

Son las nueve de la mañana cuando salgo de casa. Cojo el coche y me dirijo a Arrecife. Cuarenta minutos más tarde, aparco cerca del estudio de tatuajes y me tomo un café antes de acudir a mi cita. A las diez en punto, entro al salón de tatuajes, donde Carlos me espera. Tras el riguroso buenos días, pasamos a su sala.

—¿Esto es lo que querías? —me dice pasándome un dibujo.

—Sí, es perfecto —respondo tras pasar las yemas de mis dedos por encima de las líneas que ha dibujado Carlos, como si pudiera acariciarla desde la distancia, y devolverle el dibujo.

—No lo vamos a poder hacer en un solo día. Vas a necesitar un par de sesiones, Endika. Y te va a costar un dinerito.

—Hazlo. Ya sabes que el dinero no es el problema y el tiempo, tampoco. —Me quito la camiseta y me siento en la silla de tatuajes—. Y pon la canción.

—Espero que algún día me cuentes la historia de este tatuaje y esa canción, tío —me dice mientras enciende el equipo de música y carga su pistola de tatuar con tinta.

—Tal vez algún día lo haga —respondo, mientras cierro los ojos, dejo que la aguja llene mi piel de tinta y la letra de la canción desgare mi alma.

Hay muchas formas de castigarse, de fustigar tu alma, de flagelarse, de mortificarse, y yo he encontrado una nueva, tal vez la más macabra o puede que la más hermosa, no lo tengo muy claro. Ahogar mis penas en el alcohol ya no funciona, arrastrarme al infierno de sus brazos ya no me calma. No puedo tener lo que anhelo, lo que deseo, lo que quiero. No la puedo tener a ella. No puedo despertar a su lado cada mañana ni dormirme abrazado a su pequeño cuerpo ni compartir sus risas, esas que parecen el repicar de campanillas, o secar sus lágrimas con mis dedos. No puedo ser el hombro sobre el que se apoye, el hombre que la proteja, el que la cuide. No puedo ser nada más que el cerdo que le partió el corazón y el hijo de puta que se la folla. Y como castigo por el pecado que cometí, el de enamorarme de la única mujer que estaba prohibida para mí, decido marcar mi piel a sangre y tinta con su imagen.

La primera noche que pasamos juntos, esa en la que sí dormimos abrazados tras amarnos, desperté al alba y ella estaba de pie, junto a la ventana, desnuda, contemplando el despertar de algo que parecía ser una maravillosa vida juntos. Recuerdo que cogí mi móvil, la llamé por su nombre y cuando se giró a mirarme, le hice una foto. Una instantánea del ángel más hermoso que hayas visto, de mi hada. De perfil, con sus brazos cruzados delante de su pecho aferrándose a sus hombros, con aquella violácea mirada que me traspasa el alma, así es como la retraté.

Y esa es la imagen que Carlos está tatuando en mi espalda. Pero le he añadido dos matices. El primero, un haz de luz violeta, como sus ojos, que la envuelve y te atrapa. El segundo, las llamas del infierno grabadas en la parte baja de mi espalda, esas llamas que me consumen día a día, noche tras noche, segundo a segundo. Hermoso y macabro a la vez. Al menos, para mí. Y no va a ser un tatuaje pequeño, va a ocupar toda mi espalda. Así, nunca nadie tendrá duda alguna de a

quién le pertenece mi cuerpo, mi corazón y mi alma. A ella y solo a ella. Y mientras, de fondo suena *Labios Compartidos*, de Maná. Una tortura más para mi alma y mi corazón. Porque esa canción se compuso para nosotros. Nada describe mejor nuestra historia y no es porque ella le pertenezca a otro hombre, es porque nunca podrá ser mía como quiero que lo sea.

Ella es mi cielo y mi infierno. Me toma, me exprime y me deja a un lado cuando quiere, me tiene como un perro a sus pies y ni siquiera me importa. Una y otra vez, caigo en su piel, en ella, y caeré miles de veces más hasta que deje de existir. La aguja no duele, duele su ausencia, duele saber que tuve que partírla el corazón para salvarla, duele y quema no tenerla para siempre. Siete horas más tarde, salgo del salón de tatuajes con su rostro grabado en mi espalda.

A las diez de la noche, mi móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón. Una vez más, mi ángel y demonio me reclama.

*Sé que no trabajas esta noche, así que
te quiero en mi habitación en una hora.*

No voy a ir.

No te lo estoy pidiendo, Endika, te lo estoy ordenando.

Te he dicho que no.

Lo pagarás.

—Ya lo estoy haciendo, nena —le digo a la nada mientras cojo la botella de vodka y me la empino. Espero que el alcohol me lleve hasta Morfeo y rezo para no soñar con ella esta noche, aunque en eso es probable que fracase estrepitosamente.

Me duele la cabeza, tengo resaca y la boca pastosa. Ni siquiera llegué a la cama, me dormí en el sofá tras beberme tres cuartos de la botella de vodka. Voy a la cocina, me trago dos aspirinas con un vaso de agua, me cambio y me marcho al gimnasio. Necesito quemar la mala leche y sudar el alcohol que queda en mi cuerpo. Dos horas más tarde, regreso a casa, me ducho, como y me tumbo un rato en la cama. Consigo dormir un par de horas más y me preparo para ir a trabajar, teniendo cuál será mi castigo por no acudir a su llamada la pasada noche. Me visto, cojo un par de preservativos y me marcho al hotel.

—¿Qué tenemos esta noche? —le pregunto a Yeray en los vestuarios.

—Nada nuevo, que yo sepa —responde mientras se termina de poner el uniforme.

—Mejor. Vamos a ver qué se cuece por ahí —le digo tras salir detrás de él.

Empecé trabajando de camarero en este hotel. No me gustaba el trabajo, pero era la única forma que tenía de estar cerca de ella. El hotel no está mal, nada mal, la verdad, para algo es un cinco estrellas y está situado en un lugar privilegiado. Pero como pasa mucho últimamente, la moda ir a las Islas Baleares o a la Costa del Sol para emborracharse, hacer *balconing* y follarse a todo lo que se menea se trasladó también a estas islas, y los ingleses y los alemanes decidieron hacer lo mismo en estos hoteles.

Al principio, solo eran pequeños alborotos cuando llegaban demasiado borrachos, o pillarlos fornicando como conejos en la piscina del hotel o en algún pasillo. Se llamaba a la policía, se les echaba del hotel y poco más. Pero toda acción tiene su reacción y las reservas del hotel empezaron a caer. Nayra, que aparte de ser la hija del dueño es la directora del mismo, decidió crear un servicio de seguridad y me puso al cargo. Lo hizo adrede, para controlarme, para vigilarme, para tenerme comiendo de su mano, y yo me dejé, como siempre. Nos limitábamos a

controlar a los huéspedes y si alguno daba problemas, se le sacaba por la puerta de atrás, sin espectáculos y sin que los demás clientes se enteraran.

Funcionó porque al año siguiente las reservas se dispararon, llegando a estar el hotel completo casi todo el año. Me encargo de los turnos de los demás, de distribuir las zonas de vigilancia, de revisar imágenes, de hacer rondas para que no se desmadren los clientes más problemáticos y de tener una reunión semanal con Nayra para pasarle las incidencias, si es que las hay. Decidió mudarse al hotel cuando creó el servicio de seguridad para fustigarme más con su presencia constante, para que supiera que unos metros me separaban de ella y que si ella quería, haría que yo saltara esos metros para caer en sus brazos. Lo hace. Continuamente, me tienta, me provoca, me reta y siempre gana. Lo de anoche fue una excepción, una de las escasas veces en que mi cerebro decide funcionar. El resto del tiempo es mi corazón el que manda.

Pasamos por la recepción del hotel y nos dirigimos a la zona de restaurantes que hay dentro del mismo. Parece que todo está tranquilo, hasta que mis ojos se fijan en una pareja que cena en la terraza de uno de los restaurantes.

—¿Cuándo ha llegado ese desgraciado? —le pregunto a Yeray.

—No lo sé.

—Averígualo. —Me ha visto, el muy mamón me ha visto y posa su mano sobre la de ella. Aprieto la mandíbula sin poder quitar los ojos de esa asquerosa mano que se atreve a tocarla.

—Endika...

—Haz lo que te he dicho de una maldita vez, Yeray —mascullo entre dientes. Mi compañero refunfuña algo por lo bajo que no llego a comprender y llama a recepción. No le presto atención, porque sigo con la mirada clavada en ellos. Nayra juguetea con un mechón de sus cabellos entre sus dedos. Siempre hace eso cuando está nerviosa o incómoda. Sonrío porque sé que la compañía no es de su agrado.

—*Así que esta es tu forma de hacérmelo pagar, ¿no?* —le dicen mis ojos cuando ella me mira.

—*Esto solo es el principio. Debiste venir cuando te lo ordené* —me responden los suyos.

—*Veremos hasta dónde eres capaz de llegar.* —Es lo último que le dicen los míos antes de darme la vuelta y seguir con mi trabajo.

—Ha llegado a media tarde, sobre las cinco. Se hospeda en la habitación contigua a la de Nayra —me explica Yeray cuando deja de hablar con los de recepción.

—Bien. —«Eres la bruja más grande de la historia, nena», pienso mientras voy con Yeray a la zona de la piscina. Espero no encontrarme a ninguna parejita follando porque pagaré con ellos los platos rotos.

Hemos tenido que echar a dos huéspedes que iban demasiado borrachos y estaban montando un escándalo de cojones en su habitación. Los hemos metido en su coche de alquiler a que duerman la borrachera, después de hacerles tragar tres cafés para ver si se les pasa el pedo. Entro por la recepción del hotel y veo pasar a Nayra cogida del brazo del cabrón de Marcos, la mano derecha de su padre, un niño bien de treinta años y con el que su padre quiere que se case, aunque ella se sigue negando. Cuando entran en el ascensor, ella me dedica su última y retadora mirada, acompañada de una sonrisa maquiavélica. Ni Maléfica es tan cruel como ella.

—Dile a Roberto y a Ancor que hagan una ronda por el pasillo de las *suites* en diez minutos. Y que me digan si escuchan algo raro en la habitación de Nayra.

—Endika... —farfulla Yeray.

—Deja de tocarme los huevos y haz lo que te he dicho —le espeto antes de salir a que me dé el aire. Si ese tipo se atreve a tocarla, lo mato a palos. No llevo ni quince minutos cuando mi

teléfono suena. Es Ancor.

—Endika, será mejor que subas. Y dile al de recepción que traiga la tarjeta maestra —me dice en cuanto descuelgo sin darme tiempo a preguntar.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras entro de nuevo en el hotel.

—Sube cagando leches a la habitación de la señorita Santana. Algo está pasando ahí dentro y no es nada bueno —me dice antes de colgarme.

Cual vendaval, paso por recepción, exijo la puñetera tarjeta maestra y ni siquiera espero al ascensor, tomo las escaleras y subo los peldaños de tres en tres. Cuando llego a la última planta, me falta el aire, pero empujo la puerta de servicio y corro por el pasillo hasta llegar a la puerta de su habitación. Ancor está llamando a la puerta.

—Señorita Santana, ¿se encuentra bien?

—¿Qué sucede? —pregunto sacando la tarjeta maestra del bolsillo de mi pantalón.

—La señorita está bien —grita Marcos desde el otro lado de la puerta—. Largaos de aquí —interfero con la mirada a Ancor, que decide responderme al ver mi estado de furia.

—Hemos oído algo caer al suelo y a ella gritar diciendo que la dejara en paz y que se marchara. Y juraría que he escuchado un bofetón.

—Hijo de puta —mascullo mientras abro la puerta. Nayra está en el suelo, con el tirante del vestido rojo que lleva puesto desgarrado y el labio partido. Me mira, asustada y con las lágrimas despuntando en sus bellos ojos. Aprieto la mandíbula tanto que me chirrían los dientes, me clavo las uñas en las palmas de las manos a causa de la fuerza con la que tengo los puños cerrados y avanzo, sin poder quitarle los ojos de encima a Nayra.

—Fuera de aquí. Esto no va contigo —osa decir Marcos, y pierdo la poca cordura que me queda. Lo agarro por la pechera de su traje y lo estampo contra la pared.

—¿Te has atrevido a tocarla? —Me reta con la mirada. Sabe que si lo golpeo, puedo perder mi trabajo, pero ahora mismo, me importa una mierda—. ¡Responde! —le bramo.

—Endika... —Oigo que me llama ella.

—¿Te ha pegado? —le pregunto, mirándola por el rabillo del ojo. No me responde, pero tampoco necesito que lo haga. Sé que es así—. ¿Ha intentado abusar de ti? —Sigue sin pronunciar palabra alguna, pero agacha la cabeza avergonzada—. Acabas de firmar tu sentencia de muerte, hijo de puta —le digo a Marcos antes de estampar mi puño contra su cara.

—¡Endika! —grita ella y alguien más, que supongo que será Ancor. Pero no escucho, no oigo, solo me dejo llevar por la ira que me ciega, que hace que vuelva a golpear a este malnacido. Alguien tira de mí, unos brazos tratan de atrapar los míos para que no mate a golpes a este desgraciado. Consiguen separarme de él y Nayra se interpone entre nosotros—. Endika, por favor, para. —Miro con furia a Marcos, que ha caído al suelo y trata de detener la sangre que le brota de su nariz rota. Creo que le he saltado un diente y no va a poder ver por su ojo izquierdo en una semana como mínimo—. Detente o lo matarás. —Sigo sin escuchar, revolviéndome entre los brazos que me sujetan e impiden que acabe con esa sabandija—. Mírame, por favor —me suplica ella—. Por favor, mírame. —Mis ojos deciden obedecerla—. Sácame de aquí. —Me muestro reticente hasta que posa su mano en mi mejilla—. Por favor, sácame de aquí, te lo suplico.

Los brazos que me sujetaban e impedían que siguiera machacando a ese cabrón dejan de agarrarme. La miro, ella tiembla y decido obedecerla. La cojo en brazos, la acuno contra mi pecho y salgo de su habitación a grandes zancadas.

—Ocupaos de ese malnacido —le ordeno a Ancor y Roberto, que eran los que me sujetaban. Nayra rodea mi cuello con sus brazos y apoya su cabeza en mi pecho. Cojo el ascensor de los

empleados y llegamos a la planta baja. Yeray está esperándonos en la salida. Supongo que alguien le ha dicho lo que ha pasado—. Trae mis cosas de la taquilla.

—Ya lo he hecho —me dice mostrando mi mochila y las llaves de mi coche. Acciona el mando y abre la puerta del copiloto para que pueda sentar a Nayra—. ¿Se encuentra bien, señorita Santana? —Ella se limita a asentir mientras se abrocha el cinturón. Cierro la puerta y le arrebato las llaves y la mochila a Yeray—. ¿Dónde vais?

—No importa. Te quedas al mando lo que resta de noche —respondo mientras meto la mochila en el maletero y abro la puerta del conductor.

—Endika...

—Se me están hinchando los cojones, Yeray. Por una puta vez, haz lo que te ordeno sin rechistar —le digo antes de subir al coche, arrancar y llevarme a Nayra de allí. El escaso trayecto que separa el hotel de mi casa lo hacemos en silencio. Al llegar, la ayudo a bajar del coche, abro la puerta de mi casa, dejo que pase ella primero y la conduzco hasta el salón—. Ahora vuelvo. —Voy al baño, cojo el botiquín que tengo debajo del lavabo y regreso. Se ha sentado en el sofá y una lágrima ha escapado de sus bellos ojos—. Déjame ver ese labio. —Ella duda unos segundos, hasta que obedece. Podría ser peor, solo tiene un pequeño corte en la comisura, pero aun así, verla herida, saber que ese grandísimo hijo de puta se ha atrevido a ponerle la mano encima, hace que me hierva la sangre. Cojo una gasa, un poco de antiséptico y, con cuidado, le curo la herida. Estoy furioso con ella, conmigo, con el destino y el puto mundo, y Nayra lo percibe. Posa una de sus manos sobre la mía, la que está curando su herida. Instintivamente, mis ojos buscan los suyos y se quedan atrapados. Nayra trata de calmarme con su mirada, pero no lo consigue—. Estarás contenta, ¿no? Porque de todas la gilipolleces que has hecho durante este tiempo, esta se lleva el premio gordo. —Agacha la cabeza, avergonzada. La tomo por la barbilla y la obligo a seguir mirándome—. ¿Por qué lo has hecho? —No responde, las lágrimas siguen cayendo por sus mejillas—. ¿Por qué, Nayra?

—Porque ya no sé qué hacer para volver a tenerte —me responde, esta vez sin apartar la mirada.

—Nunca me tuviste —miento vilmente y oigo cómo, una vez más, se le parte el corazón. «Ojalá pudiera decirte la verdad, nena. Ojalá pudiéramos tenernos el uno al otro para siempre».

—Lo sé —responde mientras rompe a llorar con fuerza. En un instinto de protección, la cojo por la cintura, la siento en mis muslos, rodeo su pequeño cuerpo con mis brazos y dejo que lllore sobre mi hombro, al tiempo que acaricio su espalda. No sé cuánto tiempo permanecemos así, pueden ser minutos, tal vez horas, pero para mí parecen segundos. Su llanto se calma, su respiración se normaliza y alza la cabeza para volver a buscar mi mirada. Lo veo en sus ojos, hace tiempo que aprendí a leer en ellos, sé lo que quiere y sé que si se lo doy, pagaré las consecuencias, aquí, sobre la faz de la tierra, y en el infierno.

—¿Quieres que te folle? —pregunto, sabiendo que es la única forma que tengo de no ceder a lo que realmente desea. Solo espero tener el valor y la autodeterminación suficientes para no caer esta vez.

—No. —Cierro los ojos una milésima de segundo porque si me sigue mirando así, una vez más, ella vencerá—. Mírame. —Obedezco como un perro fiel. Su mano acaricia mi barba, sus ojos atrapan los míos y mi valor se va al garete—. Bésame. —Niego con la cabeza porque soy incapaz de abrir la boca. Si lo hago, cumpliré sus deseos—. Bésame, Endika. Hazlo como solo tú sabes hacerlo. —Sigo negando con la cabeza—. Bésame y hazme olvidar que no soy lo suficientemente buena para ti, por favor.

No es su súplica la que derrumba el último resquicio de coraje que me queda, es esa callada, suplicante y desesperada lágrima que cae por su mejilla la que vence, la que traspasa mi muro, la que me arrastra, la que toma las riendas. Mi mano se desliza por su nuca, mis dedos se enredan en sus preciosos cabellos azabaches, mis labios atrapan los suyos, con suavidad, delicadeza, con dulzura. Mi lengua recorre el interior de su boca, danza con la suya, le hace el amor. Esta vez no hay furia, no hay dolor, no hay desesperación. Ha vencido. Una vez más, me ha derrotado. No necesito quitarle la ropa, desnudarla y hundirme en ella para amarla. Hoy no. Porque hay veces en las que se puede hacer el amor con un beso. Y aquí, en mi salón, en mi sofá, por una maldita vez desde que supe la verdad, dejo de lado todo y tomo lo único que deseo. A ella.

CAPÍTULO IV

Bilbao, 2014

—Has quedado con él, ¿verdad? —pregunta May mientras me observa de arriba abajo. Me estoy terminando de arreglar para mi segunda salida con Endika.

—Solo va a acompañarme a la librería y a tomarnos un café —respondo mientras me abrocho el abrigo.

—¿Y te pones vestido, medias, tacones y perfume para ir a una librería y a tomar café?

—May... —protesto.

—Tú verás lo que haces. Yo, por si acaso, no te espero despierta —sentencia al tiempo que sale de mi dormitorio.

Salgo de casa y ahí, en la acera de enfrente, apoyado una vez más en su coche, está esperándome, con esa pose de chulo de discoteca que me vuelve loca, aunque no pienso reconocérselo en la vida.

—Hola, guapito de cara. —Sus labios se curvan, dibujando esa soberbia sonrisa, y sus ojos me devoran, se tornan oscuros mientras recorre cada centímetro de mi cuerpo.

—Hola, ojos violeta. —Me abre la puerta del coche, la cierra cuando subo, rodea el coche y se monta en el asiento del conductor—. ¿A qué librería quieres ir? —pregunta mientras arranca y se pone el cinturón.

—A la librería Libu. ¿Sabes dónde es? —Sofoca una risa mientras me mira de soslayo. Creo que mi pregunta ha sido la más estúpida del mundo, pero es que cuando estoy cerca de él, me falta el riego sanguíneo y no dejo de decir o hacer estupideces. Cuando llegamos y consigue aparcar un par de calles más abajo de la librería, empieza a llover. No es una lluvia fuerte, más bien es sirimiri, pero no llevo paraguas y encima no he tenido otra brillante idea que ponerme mis botas de tacón de aguja, que serán todo lo sexi que quieras, pero nada prácticas para andar por las mojadas y resbaladizas aceras. Al girar la esquina, me resbalo y por poco aterrizo en el suelo. Gracias al cielo, Endika ha tenido los reflejos suficientes para atraparme al vuelo e impedir que caiga espatarrada en mitad de la calle.

—No es necesario que beses el suelo que piso, preciosa —me suelta el muy cretino, atrapándome en su febril mirada.

—Qué más quisieras. Sigue soñando, guapito de cara —le respondo.

—Explícame por qué te has puesto esos tacones. Te vas a matar. —Sigo entre sus brazos y lo cierto es que me encanta estar entre ellos.

—Porque me siento diminuta a tu lado. —Esta vez decido decirle la verdad—. Eres enorme.

—Pues a mí me encanta que seas así de pequeña. —Siento sus manos en mi cintura, apretándome contra su pecho. Me duele el cuello al tener que alzar tanto mi cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos.

—¿Me estás llamando enana? —Creo que mi cerebro ha vuelto a dejar de funcionar.

—Pequeña no es lo mismo que enana. —Su voz se torna ronca—. ¿Sabes qué es lo mejor de que seas una especie de llaverito andante? —Le voy a cruzar la cara de un sopapo como me siga

llamando enana. Niego con la cabeza—. Esto —responde antes de alzarme como si nada, espachurrar mi cuerpo contra el suyo y meterme la lengua hasta la garganta, dejándome sin respiración. Mis manos se aferran a sus cabellos y mis piernas tratan de rodear su cintura, gruñe en mi boca y tiemblo entre sus brazos—. Será mejor que entremos a esa puñetera librería antes de que te lleve a mi casa —me dice con sus labios a escasos milímetros de los míos—. Tienes cinco segundos para soltarme el pelo, ojos violeta, o ya sabes lo que haré —me reta apretando mi vientre contra su abultado pene. Obedezco y él deja que mis pies vuelvan a posarse sobre el piso. Consigo mantener el equilibrio, porque su beso ha llegado a marearme, y andamos hacia la librería, con él pegado a mi espalda como si fuera una gigantesca sombra, oscura, siniestra, sexi y lujuriosa. Doy vueltas por la librería, rebuscando en sus estantes lo que quiero, mientras él permanece a unos metros de mí, con los brazos cruzados en su pecho, observándome o, más bien, devorándome con la mirada. Al cabo de no sé cuánto tiempo, se acerca a mí por detrás, su mano se posa en mi estómago y pega mi espalda a su pecho—. Te espero fuera. Aquí dentro hace demasiado calor. —Su voz vuelve a ser ronca y hace que el libro que sostenía entre mis manos se me caiga al suelo, puesto que he notado su hinchado miembro en mi espalda. Sofoca una risa antes de apartarme el pelo y succionar débilmente mi lóbulo—. Será mejor que no vuelvas a ponerte ese vestido. Te hace un culo espectacular —me dice antes de darme una cachetada en el trasero y dejarme al borde del colapso. Necesito unos minutos para recobrar mi respiración. Voy al mostrador, pago y salgo a la calle. Endika está apoyado en la pared de la librería y tiene los ojos cerrados. Lo observo, deleitándome en sus rasgos, en su cuerpo, en todo él. Supongo que también ha necesitado su tiempo para calmarse—. ¿Ya tienes lo qué querías? —me pregunta abriéndolos. Asiento—. Pues vámonos. —Regresamos al coche, pero esta vez, Endika pasa su brazo por mi cintura, pegándome a su costado, evitando que vuelva a hacer patinaje artístico por la acera. Vuelve a abrirme la puerta del copiloto para que sea yo la primera en subir. Esos arranques de galantería chocan contra su prepotencia y chulería de tal forma que me desconciertan. Permanecemos en silencio hasta llegar a nuestro destino, el Kubrick Bar, un local situado a la orilla del Nervión. Entramos y nos sentamos en una de las mesas que hay pegadas al cristal que da a la terraza—. ¿Qué te apetece tomar?

—Una infusión de lo que sea, me da igual. Mientras esté calentita, me conformo. Estoy muerta de frío.

—Solo a una guanche se le ocurre ponerse medias finas y vestido en pleno mes de enero en Bilbao. —Vuelve a dibujar esa maldita sonrisa—. Si quieres, sé cómo hacer que entres en calor, ojos violeta.

—¿Tienes complejo de estufa o de manta eléctrica? —se me ocurre decirle, consiguiendo que estalle en carcajadas.

—De ninguna de las dos. Pero se te pasaría el frío, créeme. —Y lo creo, vaya sí lo hago, máxime cuando me mira de esa forma.

—¿A qué juegas conmigo, Endika? —Mi pregunta lo pilla con la guardia baja y me mira desconcertado.

—¿Qué te hace pensar que estoy jugando contigo? —me dice después de que el camarero nos traiga una infusión de poleo para mí y un café con leche para él.

—No sé nada de ti, ni siquiera tus apellidos ni dónde vives. Solo sé tu nombre, a lo que te dedicas y que tienes treinta años...

—Me llamo Endika Basarrate Fernández y vivo justo ahí —dice señalando el edificio que hay frente el local—. Tercer piso, puerta nueve, con vistas al río.

—No me refiero a eso —replico.

—Entonces, ¿no quieres subir a ver mi piso? —responde sacando a relucir su soberbia.

—Vale, lo pillo. Solo quieres metérmela hasta el hígado. —Me pongo en pie y cojo mi abrigo —. Pues nada, vamos y terminemos con esto de una vez.

—Siéntate —me ordena, pero me niego a obedecer—. Siéntate de una puta vez, Nayra. — Levanto las cejas. A mí este gilipollas no me habla así. Achico los ojos y lo fulmino con la mirada —. Si quieres saber qué quiero de ti, siéntate. —Su voz se ha agravado un par de tonos. Creo que está cabreado.

—Está bien —respondo mientras obedezco—. Ilumíname, guapito de cara.

—Si quisiera follarte, ya lo habría hecho. La noche que nos conocimos solo tendría que haberte dicho que me acompañaras al coche y lo hubieras hecho.

—No te pases. No soy tan fácil. —Juro que me están entrando ganas de abofetearlo.

—Yo no digo que seas una mujer fácil, digo que te hubiera follado porque los dos lo deseamos desde el momento que nos vimos, ¿me equivoco? —Lo voy a estrangular en cualquier momento—. Tiembles cuando me acerco a ti, me devoras con la mirada, te quedas sin aliento cuando te beso, te has retorcido de placer mientras te he metido la lengua hasta la garganta. ¿Quiero follarte, arrancarte la ropa y metértela hasta el fondo? Sí, pero no lo haré. No, de momento.

—¿Por qué? —Juro que ya no sé si quiero asesinarlo o que haga eso que acaba de decir. Me turba demasiado.

—Porque cuando lo haga, tocarás el cielo con las manos. Y eso, tendrás que ganártelo, ojos violeta.

—¿Te crees que eres una especie de dios del sexo? —Mi entrepierna palpita.

—Soy el puto dios del sexo, que no es lo mismo. —Voy a acabar retorciéndole el pescuezo.

—Eres un creído, ¿lo sabías? ¿Qué te hace pensar que no me he tropezado con alguien como tú antes? —Puestos a chulear, pues que seamos los dos.

—No estarías aquí si así fuese. —Es imposible hablar con él. Me exaspera, me saca de mis casillas, me turba y me excita. Todo a la vez.

—Entonces, ¿cómo se supone que me lo tengo que ganar? Anda, explícamelo. —Creo que mi cerebro sigue sin funcionar como es debido.

—Me gustas, Nayra. Me atraes como un puto imán, se me pone dura solo con pensar en ti. — Vaya mierda de declaración, si es que lo es—. No consigo arrancarte de mi cabeza, no pienso en nada más que no seas tú, tus curvas, tus cabellos, tus labios y esos ojos que tienes capaces de hacerme perder el raciocinio cuando me miran como lo estás haciendo ahora, con deseo, timidez y lujuria. Y sé que cuando te folle, querré más, una y mil veces. Así que no tengas prisa, porque cuando lo haga, te reclamaré para siempre.

—¿Y eso qué significa? —No llego a comprender lo que se esconde tras esas palabras.

—Ya lo averiguarás. De momento, término la infusión. Quiero llevarte a un sitio antes de dejarte en tu casa —me dice mientras se bebe de un trago su café. Esta vez paga él, salimos a la calle, de nuevo abre la puerta del coche para mí y permanecemos en silencio los más de veinte minutos que nos separan del bar hasta el Mirador de Artxanda. Nunca he estado aquí, pero, por nuestras compañeras de universidad, sé que aquí vienen muchos tortolitos a pasear y a admirar la puesta de sol. Algo parecido a mariposas revoloteando se instala en mi estómago cuando me coge de la mano para llegar hasta el mirador. Las vistas de la ciudad son espectaculares, con el reflejo del río en el Guggenheim, las colinas de fondo y el sol escondiéndose tras ellas. Nos acercamos a la barandilla, me apoyo en ella y él rodea mi cintura con sus brazos antes de recostar su barbilla

en mi hombro—. ¿Te gusta?

—Es precioso —consigo decir, embelesada por el paisaje y por el calor que siento entre sus brazos. Me podría morir de gusto ahora mismo.

—Nada comparado contigo, ojos violeta —me susurra al oído, consiguiendo que tiemble de los pies a la cabeza—. Tu perfume me está volviendo loco —ronronea como un felino antes de devorar a su presa. Siento su hinchazón en la parte baja de mi espalda. Sus labios se posan en mi cuello y se me olvida respirar cuando su lengua recorre sensualmente mi yugular. Otra vez el dichoso cosquilleo se instala en mi entrepierna—. Estás temblando, preciosa. —¡Dios! Como me siga hablando de esa forma, voy a tener una combustión espontánea.

—La culpa es tuya —consigo decir tras recobrar mi respiración.

—No sabes cómo me gusta oír eso. —Me obliga a girar sobre mis talones y a mirarlo a la cara—. No tienes ni puta idea de lo que haría contigo ahora mismo. —El deseo vuelve a oscurecer sus preciosos ojos.

—Hazlo —le ordeno, temblando de los pies a la cabeza. Las rodillas empiezan a fallarme y él me sostiene para no caer al suelo.

—Estamos en un lugar público. —Voy a arder en cualquier momento. Sus enormes manos me pegan a su descomunal cuerpo, su erección se me clava en el vientre, no cabe ni una gota de aire entre nosotros y me pongo de puntillas para poder alcanzar sus labios. ¡Maldita diferencia de altura!

—Hazlo —le ordenan mis ojos.

—Como deseas —me responden los suyos. Lentamente, agacha la cabeza, salva la distancia que separa nuestros labios y los atrapa, con suavidad al principio, imprimiéndole más fuerza al beso cuando abro la boca para dejar que su lengua recorra cada recoveco de mi interior. Se enreda con la mía, gimo y me estrecha más contra él. Mis pies dejan de tocar el suelo y gruñe en mi boca cuando su lengua se enreda con la mía. Mi vagina palpita furiosa, me aferro a su pelo y un cosquilleo recorre todo mi cuerpo, al tiempo que mi grito de placer se ahoga en sus labios. Ha conseguido que me corra con solo besarme. Me deja en el suelo, separa lentamente sus labios de los míos y recorre su perfil con la yema de su pulgar. Sus ojos vuelven a ser esquiras de hielo azul que me llegan al alma—. Será mejor que te lleve a casa, preciosa —me dice con mi cuerpo aún pegado al suyo.

—¿A la tuya o a la mía? —se me ocurre decir. Suelta una carcajada.

—A la tuya —responde volviendo a acariciar mis labios con sus dedos.

—¡Pues vaya mierda! —exclamo, y él se vuelve a reír.

—Cuidado con lo que deseas, ojos violeta, no se vaya a cumplir —me dice antes de darme un pico, recolocarse la entrepierna y agarrarme de la mano. No sé si son mis pies los que andan por ellos mismos o que estoy flotando en una nube. No puedo dejar de mirarlo mientras conduce hasta mi casa. No sé qué demonios ha pasado esta tarde, solo sé que quiero más, que lo quiero todo con él, que tiene razón en todo lo que me ha dicho. Aparca cerca del portal y también se me queda mirando. Esta vez no hay lujuria en sus ojos. Hay algo que no sé describir—. Será mejor que bajas. —Me muestro reticente y es él quien me quita el cinturón de seguridad—. Baja —me ordena.

—No quiero —respondo, tentando a la suerte.

—Baja de una puta vez, Nayra, o te juro que te arranco las bragas aquí mismo. —Me voy a tener que dar una ducha fría si esto sigue así—. Te quedan treinta segundos —dice quitándose el cinturón de seguridad. No está bromeando, si no bajo ya, me follará en el coche, en plena calle—.

Veinte segundos. Estás tentando demasiado tu suerte, preciosa. —Bajo la mirada, veo que está cachondo, que su pene brama porque lo liberen, y mi vientre vuelve a gruñir—. Quince segundos —me dice mientras se inclina ante mí. Mi cerebro decide funcionar, le doy un rápido beso en los labios y bajo a toda velocidad, consiguiendo recobrar la respiración y no matarme encima de los malditos tacones—. ¡Ojos violeta! —me grita bajando la ventanilla del copiloto—. Sigue jugando con fuego y verás cómo al final te quemas —me dice con chulería.

—Por si no te habías dado cuenta, guapito de cara, ya estoy ardiendo —le respondo con una maquiavélica sonrisa. Abre la puerta del coche y se dispone a bajar. Meto la llave a todo correr en la cerradura y consigo entrar en el portal y cerrarle la puerta en las narices. Me mira a través del cristal, con esa mirada oscura cargada de deseo. Decido retarlo un poco más—. Me parece que no soy la única que va a necesitar una ducha fría —le digo mirando su paquete.

—Sube de una puta vez antes de que reviente el cristal. —Veo que ha cerrado uno de sus puños. Lo dice en serio, es capaz de atravesar el cristal para atraparme—. Sube —me vuelve a ordenar. Doy dos pasos atrás y me alejo de él. Antes de entrar en el ascensor, lo miro por última vez. Sigue ahí, plantado como si fuera la estatua de algún dios olvidado, devorándome con la mirada. Mi móvil suena en mi bolso, lo cojo y veo que es él quien me llama. No me había dado cuenta de que tiene su teléfono en la mano—. Si te vuelvo a ver con ese puñetero vestido puesto, te lo arrancaré a mordiscos —me dice su sexi voz cuando descuelgo.

—Tengo otro muy parecido, aunque es un poco más corto. —A mí se me va la pinza. Eso o quiero morir abrasada en el infierno. Sus labios dibujan una péfida sonrisa.

—Tú póntelo y verás lo que te pasa. —Decidido, voy a tener que llenar la bañera de cubitos de hielo—. Sube de una maldita vez —me ordena antes de colgar. Lo último que veo antes de que las puertas del ascensor se cierren es a Endika recolocándose el paquete y devorándome con la mirada.

No he podido verlo en tres días porque tenía turno de noche y yo estaba liadísima con uno de los exámenes. Sí, me tuve que dar esa ducha fría, pero no fue suficiente para calmarme y, al final, tras dar miles de vueltas en la cama sin poder quitarme su imagen de la cabeza, saqué uno de los juguetitos que tengo en el cajón de la mesilla y me lo tuve que montar yo solita imaginando que era él quien me tomaba. Frustrante.

Nos hemos estado mandando mensajes; algunos de ellos demasiado picantes, otros, triviales. Me desconcierta porque no sé ni con qué me va a salir ni qué es realmente lo que espera o lo que quiere. Tengo la sensación de que estamos jugando al gato y al ratón, y me gusta. Todo en él me gusta, desde su descaro, su prepotencia, su chulería, sus increíbles ojos azules, sus labios, esas enormes manos que me levantan como si fuera una pluma, sus brazos cuando me rodean, su marmóreo pecho, su envergadura, aunque me sienta como Pulgarcita a su lado, su voz ronca cuando refleja el deseo. ¡Si hasta me gusta que me dé órdenes! Y lo peor de todo es esa sensación de desconcierto, de estar viviendo al límite, de andar sobre la cuerda floja, que se está convirtiendo en una especie de adicción.

Me llamó ayer por la tarde, a eso de las siete, y me preguntó por mi examen. Yo quise saber si había conseguido descansar y cuando me dijo que sí, creí que querría que nos viéramos. Pero no, el muy puñetero me dijo que lo dejábamos para hoy, que pasaría a por mí a las ocho y media de la mañana y que pasaríamos el sábado fuera de casa. Sabía que me moría de ganas de verlo y me dijo que no. «Todo lo bueno se hace esperar», me respondió con esa chulería tan típica de él. Y se lo pienso hacer pagar porque me ha dicho que me ponga ropa cómoda, que me calce deportivas,

nada de tacones, pero no lo voy a obedecer en todo. Así que he rebuscado en todo mi armario para buscar algo cómodo y sexi a la vez. He sacado mis mejores vaqueros, esos que se me pegan como un guante y me hacen un trasero de anuncio; me he puesto un suéter de lana que tengo del mismo color de mis ojos y con un enorme cuello de barco, tan grande que, en cuanto me muevo un poco, uno de mis hombros se queda desnudo; y en vez de coger mi abrigo de plumas, he sacado la cazadora de cuero que tengo negra. Me maquillo ligeramente, me pongo perfume, ese que dice que lo vuelve loco, y me calzo las deportivas. Mi teléfono vibra sobre la cama.

¿Bajas o tengo que subir a por ti?

Llevo cinco minutos esperando.

¡Dios, dame paciencia porque acabará volviéndome loca!

*Impaciente. Todavía son las ocho y veintisiete minutos.
No habíamos quedado hasta y media.*

Te vas a aguantar. No pienso bajar hasta la hora exacta.

Baja, ojos violeta, o lo lamentarás.

«Te vas a caer de culo cuando me veas», pienso. Me miro por última vez en el espejo, cojo el móvil y salgo de casa. Pero como soy muy bruja, en vez de coger el ascensor, bajo lentamente por las escaleras y no asomo las narices por el portal hasta que son las ocho y treinta y un minutos. Mira su reloj mientras me acerco a él que, como siempre, está apoyado en su coche.

—Un minuto tarde —me suelta cuando llego a su altura.

—Me estaba terminando de arreglar —le respondo sacudiendo ligeramente mi pelo con las manos. Me hace un escaneo en toda regla con esos ojos cargados de deseo, aprieta la mandíbula y dibuja esa sonrisa chulesca.

—Esta vez, te perdono. La espera ha merecido la pena —dice mientras me abre la puerta del coche. Intenta besarme antes de que yo suba, pero le hago una cobra en toda regla, me monto en el coche y le cierro la puerta en las narices. Me acribilla con la mirada antes de dar la vuelta al vehículo, arrancar e irnos—. ¿Me explicas a qué coño ha venido eso? —pregunta pasados unos minutos cuando ya hemos salido del túnel Artxanda-Ugasko y se incorpora al corredor del Txorierre.

—A que estoy cabreada contigo. —Trato de que resulte creíble, porque como se dé cuenta de que es un farol, no sé de lo que será capaz.

—¿Y se puede saber por qué? —Me tomo unos segundos para desquiciarlo un poco más. Me lo estoy pasando en grande—. Responde. —Ya estamos con la manía de dar órdenes.

—Porque la última vez que me besaste me dejaste a dos velas. —Aparta sus ojos de la calzada y me mira estupefacto—. Mira a la carretera o nos la vamos a pegar.

—¿Que te dejé a dos velas? —Me mira de reojo y yo asiento—. Si no recuerdo mal, te corriste la última vez que te besé.

—Pues me supo a poco. —¡Dios, qué manera de jugar con fuego! Verás cómo al final acabo chamuscada.

—¿A poco? —Vuelvo a asentir y él dibuja esa pendenciera sonrisa—. ¿No te bastó con la

ducha fría, ojos violeta?

—No. Tuve que sacar uno de mis juguetitos y montármelo yo sola, ya que tú no estabas por la labor. —Me acabo de pasar tres pueblos. Lo sé cuando me mira—. ¿Te importaría fijarte en la carretera y no en mí? Vamos a acabar teniendo un accidente. —De repente, da un volantazo y detiene el coche en el arcén de un enorme frenazo. Huele a goma quemada—. ¡Joder, Endika! ¿Qué pretendes, matarme de un susto? —le chillo cuando consigo recobrar el aire. No sé cómo cuernos lo ha hecho, pero ya no llevo el cinturón de seguridad puesto ni estoy en el asiento del copiloto, estoy sobre sus piernas y en sus ojos veo que voy a pagar con creces la osadía de haberlo retado de esta forma.

—¿Acabas de decir que te masturbaste después de nuestra última cita, imaginándote que era yo el que te follaba? ¿Es eso lo que acabas de decir?

—¡Ah!, pero ¿fue una cita? —Decididamente, se me han fundido todas las neuronas.

—No te salgas por la tangente y responde. ¿Lo hiciste o te estás tirando un farol? —Sus ojos cada vez son más oscuros—. Contéstame.

—Lo hice —consigo decir en un susurro apenas audible. Su mirada me ha atrapado y ahora no soy más que una muñequita entre sus brazos. Va a hacer conmigo lo que le dé la gana.

—¿Con qué te masturbaste? ¿Con un consolador? —Esta conversación me parece de lo más surrealista, pero soy incapaz de pensar con claridad.

—No, con un succionador de clítoris, ¿por qué? —Voy a arder en cualquier momento como me siga mirando así.

—Porque desde este momento, ahí dentro —dice poniendo su enorme mano sobre mi sexo y apretando con firmeza por encima de mis vaqueros—, no va a entrar nada más que no sean mis dedos, mi lengua o mi polla. —Y, acto seguido, me besa con furia, con rabia, con pasión, con lujuria, dejándome sin aliento, mientras su mano sigue aferrada a mi entrepierna y la mueve ligeramente para que la tela de mi ropa interior me encienda más y más. Creo que voy a morir de placer cuando gruñe sobre mis labios y su mano se mueve a mayor velocidad por encima de mis vaqueros. Si sigue así cinco segundos más, va a conseguir que me corra. Pero se detiene en el momento exacto en que voy a alcanzar el orgasmo. Me agarra por el pelo con firmeza, pero suavidad y separa sus labios de los míos—. A eso se le llama dejarte a dos velas. —Voy a despellejarlo cuando consiga recuperar el aliento y la cordura—. ¿Qué prefieres, regresar a tu asiento o pasamos al de detrás? —me pregunta mientras abre el reposabrazos y saca una caja de condones de doce unidades sin estrenar—. ¿Qué me dices, ojos violeta? Porque me he cansado de cascármela estos tres días pensando en ti.

—Eso es una ordinariez —consigo responder en un atisbo de claridad mental que no me dura más de dos segundos.

—No más de lo que es que tú hayas reconocido que te masturbaste mientras imaginabas que yo te la metía hasta el fondo. —Tira del precinto de cierre de la caja de preservativos con sus dientes y le quita el envoltorio—. Decídetes. ¿A tu asiento o al de atrás?

—Estamos en mitad de una carretera. —No sería capaz, ¿o sí?

—Me importa una mierda. —Lo haría, lo veo en sus ojos, me tumbaría en el asiento de atrás sin dudarle ni un segundo—. Tienes quince segundos —dice mientras abre la caja de condones y saca uno—. Diez segundos. —Se está desabrochando los vaqueros—. Cinco.

—A mi asiento —consigo decir, y no es porque lo desee menos que él, es que no quiero que nuestro primer polvo sea aquí, en mitad de una carretera, donde todo el mundo será capaz de oír mis gritos de placer.

—Buena chica —me suelta el muy cretino mientras me deja en mi asiento, se abrocha los pantalones, guarda los preservativos en su sitio y se pone el cinturón de seguridad—. Si tienes calor, puedes bajar la ventanilla —dice con sorna mientras me mira de reojo y se incorpora a la carretera. Ha visto que tengo las mejillas ardiendo.

—Idiota —consigo decirle mientras me abrocho el cinturón y bajo la maldita ventanilla. Al final, con tanto contraste de temperatura, voy a acabar pillando una pulmonía—. ¿Dónde vamos? —pregunto al cabo de unos cinco minutos, en los cuales ya se me ha pasado el calentón.

—Ya lo verás. De momento, vamos a parar a desayunar. —Toma una de las salidas de la autovía Bilbao-Mungia y paramos en una cafetería de Derio. Él se pide una tostada tamaño elefante con tomate y jamón serrano y yo un *croissant*. Lo acompañamos de dos cafés con leche bien calentitos y zumo de naranja—. ¿Por qué me miras así? —Llevo un buen rato sin poder quitarle los ojos de encima—. ¿Quieres ir al asiento de atrás o prefieres el baño?

—A veces, pienso que la sangre no te llega al cerebro, y me refiero al de arriba —lo chincho y él se ríe—. Me pregunto cómo es posible que el tío más chulo, prepotente, soberbio y creído del mundo sea ertzaina.

—Te dije que no era incompatible una cosa con la otra. Y gracias por el cumplido, aunque se te ha olvidado añadir que también soy el que más bueno está. —Y ahí está de nuevo esa puñetera sonrisa.

—No, te lo digo en serio. ¿En el trabajo también eres así o solo te lo reservas para cuando estás conmigo? —Le doy un trago al café mientras espero que me responda.

—No soy así todo el tiempo, aunque reconozco que no me viene mal tener este carácter en mi trabajo. No pretenderás que le pida a un carterista que, por favor, devuelva lo que ha robado, ¿no? Por no ponerte otro ejemplo más chungo.

—¿Y por qué eres así conmigo? No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, que me vuelves loco, que no puedo dejar de pensar en ti o que no hago más que imaginar cómo será hundirme en ti?

—Así que todo esto no se limita a nada más que a unas ganas locas de follarme, ¿no?

—Te dije que no. Va más allá de echarte el polvo más increíble de la historia de la humanidad.

—Pues te juro que sigo sin saber qué más quieres.

—Abre bien los oídos, ojos violeta, porque no lo voy a repetir. —Se toma unos segundos antes de seguir hablando—. Quiero desnudarte, comerte entera, recorrer cada curva de tu cuerpo con mi lengua, follarte como nadie te follará jamás, dormirme contigo desnuda a mi lado, ser lo primero que veas cuando despiertes. Lo quiero todo contigo, ¿lo pillas? —Las mariposas empiezan a revolotear en mi estómago—. Y cuando lo consiga, no te dejaré escapar. —Me falta el aire y creo que estoy empezando a derretirme—. Termina de desayunar —me ordena al tiempo que levanta la mano para pedir la cuenta. Me termino el café de un trago y engullo lo que queda de mi desayuno mientras él paga. Cuando regresamos al coche, lo hacemos cogidos de la mano. ¿Será cierto que lo quiere todo conmigo? No lo sé, pero me gusta pensar que es así. Veinte minutos más tarde, llegamos a las afueras de Bakio y Endika se dirige a las Bodegas Ados Basarte, un caserío que hace las veces de casa rural, ubicado entre campos de vid, donde se respira paz. El paisaje es precioso y el aire, puro—. ¿Te gusta?

—Sí, mucho, pero ¿qué hacemos aquí?

—Vamos a hacer una visita guiada a las bodegas y los campos de vid. Luego, degustaremos el mejor txakoli^[2] del mundo, comeremos y puede que esta tarde vayamos a dar un paseo por la playa

de Bakio. ¿Me acompañas? —dice mientras me ofrece su mano para que me baje del coche.

—¿Sabes, guapito de cara? Creo que ahora mismo podría acompañarte hasta el fin del mundo —le respondo mientras me apeo del coche. Él cierra la puerta y rodea mi cintura con su brazo para pegarme a su costado.

—No sabes cómo me gusta oír eso —me susurra al oído antes de darme un beso en la mejilla —. Y deja de usar ese maldito perfume. Vas a acabar volviéndome loco. —Me rio, me aferro a su cintura y entramos a la bodega abrazados. Vuelvo a tener la sensación de flotar en una nube.

La visita guiada es muy amena, la cata de vinos, excelente y la comida, exquisita. Lo mejor de todo, que Endika ha estado pendiente de mí todo el tiempo, sacando a relucir esa galantería y caballerosidad que posee y que esconde bajo toneladas de chulería y prepotencia. Hemos bajado hasta la playa de Bakio y, a pesar del frío, hemos dado un paseo hasta el mirador del Espigón. Después, nos hemos tomado un café en uno de los bares de Bakio y me ha estado haciendo preguntas sobre mí, mi vida en Lanzarote y cómo es mi isla. Me ha escuchado atentamente y he descubierto una nueva faceta en él, la de un hombre que sabe escuchar sin interrumpir. Y también que es un celoso, pero no uno de esos compulsivos que ve cuernos allá donde no los hay. No, me refiero a uno de esos que no permitirá que se metan contigo sin que se vayan de rositas. Cuando he ido al baño de la cafetería, a un gracioso se le ha ocurrido soltarme una ordinariez y Endika se ha levantado de su silla y lo ha increpado.

—Ni se te ocurra volver a mirarla o te arranco los ojos, ¿entendido, cretino? —El tipo en cuestión ha agachado la cabeza y Endika ha cogido mi cazadora y ha esperado a que saliera del baño para irnos. Creo que no llevamos ni dos minutos en el coche cuando empiezo a marearme.

—Endika, ¿puedes parar en el arcén, por favor? —Me mira y, sin hacer preguntas, saca el coche con suavidad de la carretera y se detiene.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta preocupado.

—No —respondo mientras bajo del coche y me alejo unos metros para echar hasta la primera papilla que me dio mi madre.

—¡Ey!, preciosa, ¿qué te pasa? —pregunta acercándose a mí.

—Endika... —contengo una arcada—, no es necesario que veas esto —consigo decir antes de que una punzada de dolor me doble por la mitad y vuelvo a vomitar. No caigo de rodillas porque sus brazos me sujetan con suavidad por la cintura.

—No seas idiota, Nayra. ¿Crees que me voy a quedar en el coche mientras tú vomitas como si fueras un géiser? —Me sujeta el pelo con una mano para que no me caiga en la cara mientras vuelvo a devolver. Me sostiene así unos minutos en los que consigo dejar de vomitar—. ¿Quieres un poco de agua? Tengo una botella en el coche. —Asiento porque creo que si abro la boca, será para seguir devolviendo—. Vale, vamos. Agárrate a mí, ojos violeta —me dice mientras me sigue rodeando con su brazo. Me deja apoyada en la carrocería y me pasa la botella de agua—. Bebe a pequeños sorbos o te sentará mal. —Obedezco y echo la cabeza hacia atrás cuando me vuelven las arcadas. Un nuevo pinchazo en el estómago hace que me doble por la mitad.

—¡Dios, qué dolor! —mascullo cuando consigo recuperar el aire. Endika vuelve a estar a mi lado, sujetándome por los hombros para que no caiga.

—Será mejor que busquemos una farmacia o al médico de urgencias. —Asiento mientras mojo una de mis manos con el agua de la botella y me froto la nuca, porque estoy empezando a sudar y a tener calor—. Vamos, preciosa. —Me ayuda a subir al coche y baja mi ventanilla para que me dé el aire mientras busca con su móvil la dirección del ambulatorio o del médico de urgencias o de la farmacia. Consigue llevarme hasta el servicio médico de urgencias, donde me diagnostican una

gastroenteritis provocada por un virus y me inyectan algo para que deje de vomitar. Me recomiendan reposo, que beba mucha agua, que no coma nada en veinticuatro horas y que si no remiten los vómitos ni las náuseas, que vaya al hospital. Regresamos al coche y observo que va de camino a la bodega en la que hemos estado esta mañana.

—¿Qué hacemos aquí? —consigo preguntar sin que me entren arcadas.

—En tu estado, no vamos a volver a Bilbao. Pasaremos aquí la noche.

—Pero Endika...

—Sin peros, Nayra. Nos quedamos aquí y yo cuidaré de ti. Ya te cobraré los servicios de enfermero cuando estés bien. —Me ayuda a bajar del coche, a entrar en el caserío, a subir las escaleras, a quitarme las zapatillas y baja a pedir varias botellas de agua para mí. Aprovecho para llamar a May y explicarle lo que me pasa para que no se preocupe. Endika entra en la habitación en ese momento, me mira con mala cara, me obliga a despedirme de mi amiga y a meterme en la cama. Me quito los vaqueros y el suéter de lana, quedándome en ropa interior. Tirito de frío bajo la manta y la colcha. Endika se despoja de sus pantalones y su camisa, se queda en calzoncillos y camiseta interior y se mete en la cama, junto a mí. Me abraza con suavidad, pegando mi espalda a su pecho, dándome calor—. Duérmete, ojos violeta —me ordena tras darme un beso en la coronilla. Cierro los ojos y trato de dormir, aunque no sé si lo conseguiré. Y no es por el hecho de que tenga náuseas, es que no sé por qué mi corazón late de esta forma ni por qué las mariposas siguen revoloteando. Sospecho que la culpa la tiene el prepotente hombre que me abraza, me mimaba y me cuida como jamás lo han hecho en mi vida.

CAPÍTULO V

Lanzarote, 2016

Despierto y lo primero que veo es el menudo cuerpo de Nayra pegado a mí. Observo su labio partido y su vestido roto y tengo que contenerme para no salir por la puerta e ir a buscar al cabrón de Marcos para matarlo. Aparto un mechón de pelo del rostro de Nayra y la miro, embelesado por su belleza. Sí, esa palabra se creó para ella. Porque no hay nada más hermoso ni bello en el mundo que ella. Respira tranquila, duerme plácidamente entre mis brazos. Podría ser el mejor momento de mi vida si no fuera por lo que nos separa.

Intenté no enamorarme de ella y fracasé estrepitosamente, luche por olvidarla, por arrancarla de mi corazón y tampoco lo conseguí, traté de mantenerme alejado de ella y no lo logré. Y aquí sigo, amándola como nadie lo hará, partiéndole el corazón cada vez que estoy con ella. Hay amores que duelen, que queman, que hieren, que son épicos a pesar de todo. Así es el mío por ella. Cierro los ojos un instante y sueño con lo que realmente deseo. No es solo sexo lo que anhelo de ella. No se trata de que me enloquezca hundirme en su pequeño cuerpo, en sentir el placer recorrer su cuerpo. No, no es eso.

Desearía poder despertar así cada mañana del resto de mi vida, poder compartirlo todo con ella, poder cuidarla, protegerla, amarla, no hierla más. Quisiera tenerla por y para siempre, pero no es posible. Abro los ojos, la miró por enésima vez, me deshago con suavidad de su abrazo, le doy un beso en la frente y salgo en silencio del dormitorio, cerrando la puerta tras de mí. Cojo mi móvil y veo que tengo quince llamadas perdidas de May y un mensaje de lo más amenazante:

*Como le vuelvas a partir el corazón, te arranco los huevos,
te los meto por el culo y te los saco por la boca.*

Sofoco una carcajada. La dulce May y su endemoniado carácter cuando se trata de proteger a su mejor amiga. Todavía recuerdo el rodillazo que me metió en todos los testículos la primera vez que le rompí el corazón a Nayra. Decido llamarla para que se quede tranquila y porque aprecio enormemente mis pelotas. Responde al segundo tono.

—¿Se puede saber por qué cojones no me respondiste anoche, cretino?

—Buenos días, May. Yo también me alegro de oírte.

—Déjate de gilipolleces. ¿Nayra está contigo?

—Sí, está aquí, en mi casa...

—Como te la hayas vuelto a follar... —me amenaza.

—Basta, May. No estoy de humor para discutir contigo de buena mañana. Dile a uno de los chicos que te deje entrar en su *suite* y trae ropa y el neceser de Nayra.

—¿Qué pasó anoche, Endika? —Parece que se le está pasando el cabreo—. Porque me he enterado de que le partiste la cara a Marcos.

—Olvidalo y haz lo que te he pedido —respondo antes de colgar y dejarla con la palabra en la boca. Voy al baño, me ducho, me arreglo la barba, me cepillo los dientes y me peino. Estoy

preparando café cuando se oye cómo alguien golpea con suavidad la puerta principal. Abro y me tropiezo con la furiosa May, que lleva una pequeña bolsa de viaje con lo que le he encargado—. Pasa —le digo dejándola entrar.

—¿Dónde está? —pregunta acribillándome con la mirada.

Decido darle la espalda.

—En mi habitación. Está durmiendo. ¿Quieres café? —No me responde y cuando me doy la vuelta, May no está en el salón. Me dirijo a mi dormitorio y la veo, en el umbral de la puerta, mirando a su amiga. Sus ojos destilan furia, rabia e ira. Cierra la puerta con cuidado y me mira. Por si acaso, pongo mis manos delante de mis huevos.

—¿Quién le ha hecho eso? —Sé a lo que se refiere, al labio partido y el desgarrado vestido de Nayra—. ¿Has sido tú?

—¿De verdad crees que soy capaz de eso? —Ahora el que se está cabreando soy yo.

—No lo sé, Endika. Tal vez has encontrado una nueva forma de hacerle daño.

—Vete a la mierda, May —le respondo, y me largo a la cocina para perderla de vista o acabaré estrangulándola.

—Fue Marcos, ¿verdad? Por eso le rompiste la cara, ¿me equivoco? —me dice entrando en mi cocina y sirviéndose un café. May es capaz de pasar de la furia a la calma, y viceversa, en menos de dos segundos. Siempre me ha desconcertado.

—No, no te equivocas. —Le doy un largo trago al mío y trato de apartar la imagen de ella en el suelo de su *suite*, con el labio partido, el vestido desgarrado y el miedo en sus ojos.

—¿Cuándo dejaréis de haceros daño? —La miro con cara de pocos amigos, pero ella ni se inmuta—. Nunca he visto a dos personas que se amen tanto y que se hagan tanto daño.

—No es amor lo que nos une, May —respondo, dejando la taza de café en la pila porque temo romperla entre mis manos.

—¡Y una mierda, Endika! Ve con ese cuento a quien te salga de las narices, pero a mí no me engañas. Puedes decirle millones de veces a Nayra que solo quieres follártela, pero tú y yo sabemos que no es así.

—May... —farfulto.

—¿Qué? ¿Me lo vas a negar? Dejaste tu vida, tu trabajo y tus amigos en Bilbao para seguirla hasta aquí. Vas detrás de ella como un perro faldero, la cuidas y proteges de las gilipolceas que se le pasan por la cabeza, corres a su lado cuando ella te lo ordena y le haces el amor cuando ella te lo pide. Porque sí, hazle creer a Nayra que solo te la follas, pero yo sé que no es así. Llevo demasiado tiempo viendo cómo la miras, cómo te mueves a su alrededor, cómo la amas desde la distancia. No sé qué os pasó, por qué hiciste aquello ni por qué la sigues hiriendo, pero no podéis seguir haciéndoos tanto daño. Tiene que haber una solución para lo vuestro.

—No la hay. Créeme, no la hay.

—La hay, solo tenéis que encontrarla. —Me gustaría decirle la verdad, que alguien más cargara con el peso de la verdad y del pecado de nuestra historia, pero no lo hago. Me limito a negar con la cabeza, mientras reprimo la traicionera lágrima que trata de escapar de mis ojos—. ¡Dios! Eres el hombre más terco del mundo —me dice exasperada.

—Lo sé —le respondo. Alguien llama a la puerta—. Voy a ver quién es. —May me sigue hasta el salón y permanece detrás de mí. Cuando abro, dos policías están plantados frente a mi casa.

—¿Es usted Endika Basarrate Fernández? —Asiento. Sé por qué han venido—. Tiene que acompañarnos a la comisaria, señor. —Tras soltar un suspiro, cojo mi cartera y miro a May antes de irme con la policía—. Cuida de ella —le pido antes de cerrar la puerta.

Me siento en la parte trasera del coche policial y observo el paisaje de esta preciosa isla mientras vamos hasta Arrecife. La oscura tierra volcánica me recuerda a su piel, el sol a su calor, las azules aguas del mar a sus saladas lágrimas. Quisiera llorar, pero dejé de hacerlo hace mucho tiempo. Solo sé caer una y otra vez en el infierno. ¡Qué fácil sería todo si mi vida terminara y, con ella, mi desesperado amor por Nayra! Pero soy demasiado cobarde para acabar con nuestra agonía.

Estoy detenido por agresión, puesto que Marcos me ha denunciado. ¡Menuda sorpresa! Uno de los policías que me ha traído me lee los cargos. Escucho atentamente y me dan ganas de levantarme y buscar al malnacido de Marcos para acabar con él.

—Quiero llamar a mi abogado —le digo al policía. Si Marcos se piensa que se va a salir con la suya, lo lleva claro.

—Su abogado ya está aquí, pero quería que supiera de qué se le acusa antes de que hable con él. —¿Cómo que ya está aquí mi abogado?—. ¿Quiere que lo haga pasar?

—Sí, por favor. —No sé quién es ese abogado, pero me hago una idea de quién lo ha mandado. No tengo que esperar mucho para que un hombre de unos cincuenta años, vestido con traje y demasiada gomina en su pelo, aparezca.

—Buenos días, señor Basarrate. Soy Jesús Matalascañas, su abogado. Vengo por orden de la señorita Nayra Santana Quintero. Cuénteme qué pasó anoche para poder contrarrestar su versión de los hechos con la que me ha ofrecido la señorita Santana y poder defenderlo en caso de que ella no convenza al señor Perdomo de que retire la denuncia.

—¿Nayra está aquí? —No debería asombrarme, pero lo hace. Todo lo que ella hace siempre consigue sorprenderme.

—Así es. Está hablando con el señor Perdomo en estos momentos en una sala próxima a esta. —Aprieto los puños ante la simple idea de que ese malnacido pueda estar respirando el mismo aire que ella—. No se preocupe por ellos, señor Basarrate. Cuénteme qué pasó.

No tengo por qué contarle toda la verdad, solo lo que necesita saber, que, probablemente, será una versión muy parecida a la que le habrá dado Nayra. Me froto la cara y le explico mi particular versión de los hechos.

—Los chicos de seguridad estaban haciendo una ronda por los pasillos, escucharon algo caer en el dormitorio de la señorita Santana, cómo ella gritaba que la dejaran en paz y lo que pareció ser una bofetada. Me llamaron, subí, abrí la puerta con la tarjeta maestra y vi a la señorita Santana en el suelo, con el labio partido y el vestido desgarrado. Perdí el control y golpeé a ese desgraciado.

—¿Eso es todo?

A otro perro con ese hueso, picapleitos. Sé que piensas que hay algo más, pero te vas a quedar con las ganas.

—Sí, eso es todo.

—¿Por qué se llevó a la señorita Santana a su casa? —me pregunta mientras anota todo lo que le he contado en unos folios.

—¿Y a usted qué cojones le importa?

Levanta la mirada de los folios y me mira de una forma que no sé qué significa.

—Necesito saberlo para poder defenderlo, señor Basarrate. Su vida personal y la de la señorita Santana no me interesan en lo más mínimo.

Me froto la barba y suspiro antes de responder.

—Soy el jefe de seguridad del hotel y eso implica la seguridad de la señorita Santana. La llevé

a mi casa para curarle el labio y que descansara en un lugar tranquilo, por si a ese desgraciado no le había quedado claro que no debía acercarse a ella. Punto y final de la conversación. Haga su trabajo con lo que tiene.

—Bien, veré qué puedo hacer —dice mientras se levanta y yo me quedo aquí, en esta mierda de sala, rezando para que Nayra no cometa la enésima de sus locuras. Marcos siempre ha ido detrás de ella, de su dinero y de su cuerpo, y siempre contando con el beneplácito del padre de Nayra. No la ama, solo quiere atraparla en un matrimonio de mierda que le dé el poder que le falta y así ser el «heredero» del imperio de la familia Santana Quintero. Y temo que Nayra ceda a su chantaje y a los deseos de su familia por sacarme de aquí. Es capaz de eso y de mucho más—. Señor Basarrate, podemos irnos —me dice el abogado entrando de nuevo en la sala. No sé cuánto tiempo ha pasado—. El señor Perdomo ha retirado la denuncia.

—¿Dónde está Nayra? —pregunto mientras me dirijo hacia la puerta.

—Esperándolo abajo —responde mientras me sigue. Veo al malnacido de Marcos firmando unos papeles. Me observa y no me gusta lo que veo en su mirada. Aprieto el paso para ir a buscarla, más le vale no haber hecho lo que creo que ha hecho. La encuentro apoyada en su Mercedes clase S descapotable—. Señorita Santana —la saluda el abogado, que está a mi lado, tendiéndole la mano—. Si necesita algo más, hágamelo saber.

—Lo haré, señor Matalascañas. Gracias por su tiempo y sus servicios. Páseme sus honorarios y le haré una transferencia —le responde ella sin dejar de mirarme.

—Así lo haré. Que pase un buen día. —El picapleitos se marcha y yo la encaro.

—¿Qué has hecho esta vez, Nayra? —le pregunto a escasos centímetros de su cuerpo.

—Con un simple gracias, me conformo. —Ahí está de nuevo mi guerrera. Nunca dará su brazo a torcer así como así, nunca me dará lo que quiero, solo puedo conformarme con las migajas de lo que un día tuvimos y perdimos.

—¿Qué le has prometido a ese desgraciado para que retirara la denuncia? ¿Has cedido a su chantaje? —Intento intimidarla con la mirada cuando sé que siempre ha sido inmune a ella.

—¿Crees que he aceptado casarme con él para sacarte del calabozo? No vales tanto, Endika. Cierto. No valgo una mierda.

—Entonces, ¿qué has hecho? —Permanece callada, retándome con la mirada—. Responde.

—Tal vez si pidieras las cosas con un «por favor», obtendrías las respuestas a la primera. —Solo ella es capaz de sacarme de mis casillas con tanta facilidad.

—Deja de tocarme los cojones y responde de una puta vez, Nayra —le digo, pero ella permanece impassible ante mí. Decido eliminar la escasa distancia que nos separa y pego mi cuerpo al de ella, espachurrándola contra la carrocería—. ¡Contéstame de una maldita vez! —le grito. Tiembla y sé que no es porque me tema, es que siempre lo hace cuando estoy tan cerca de ella, cuando nuestros cuerpos se rozan—. ¡¡¡Responde!!! —bramo esta vez.

—Amenazarlo con sacar a la luz las imágenes de las cámaras de seguridad que hay en mi *suite* y denunciarlo por agresión e intento de violación. Eso es lo que he hecho. ¿Contento?

—¿Tienes cámaras en tu dormitorio? —pregunto desconcertado.

—¿Te preocupa que alguien pueda ver cómo me follas cada vez que vienes a mi habitación? —me pregunta con total tranquilidad. Resoplo y trato de contar hasta diez antes de explotar—. Tranquilo, guapito de cara. No hay cámaras en mi *suite*, pero eso el imbécil de Marcos no lo sabe. —Me pierdo en sus ojos por unos segundos—. Esto te va a salir caro.

—No te preocupes, pasaré por tu habitación cuando termine de trabajar esta noche —le respondo mientras me aparto de ella. Ese maldito perfume que usa me va a volver loco.

—¿Y quién te ha dicho que con un polvo vas a saldar la deuda, Endika? —me pregunta mientras se acerca a mí. Su mano me agarra la entrepierna con firmeza.

—¿Qué quieres esta vez, Nayra? —pregunto mientras trato de no empalmarme.

—Ya lo averiguarás —me responde antes de agarrarme por la camiseta, obligarme a agachar la cabeza y devorar mis labios. Esta vez no puedo hacer nada por evitar que mi polla se ponga tiesa. Gime en mi boca y me acaricia la entrepierna, pero, de pronto, separa sus labios de los míos y me deja besando al aire—. ¿Te llevo a algún sitio? —dice mientras rodea su coche y se sube al asiento del conductor.

—No, llamaré a Yeray para que venga a recogerme. Antes, tengo que ir a un par de sitios.

—Como quieras. —Se pones las gafas de sol y arranca el motor—. Nos vemos en el hotel. —Y se marcha, dejándome con el agridulce sabor de sus besos.

Ando por las calles de Arrecife hasta que llego al salón de tatuajes. Pregunto por Carlos y, tras esperar unos minutos, sale y me hace pasar a su sala, donde me quito la camiseta, me tumbo en la camilla y dejo que la aguja y la tinta terminen de dibujar las líneas de mi tatuaje, ese que le muestra al mundo quién es mi dueña. Cierro los ojos y la vuelvo a ver, a ella, a mi ángel y mi hada, vestida con aquellos vaqueros y aquella blusa, entrando en el Rock Star dos años atrás, con su preciosa sonrisa, con sus indescriptibles ojos, con su espectacular y menudo cuerpo, haciendo que mi mundo dejara de girar y que cayera de rodillas ante ella.

Ni siquiera necesitó hablarme o mirarme, le bastó su presencia para cambiar mi vida, para atrapar me en su telaraña, para convertirme en un muñeco. Podríamos haber tenido una vida juntos, una maravillosa vida uno al lado del otro, amándonos, riéndonos, siendo felices. En eso, May tiene razón. Nadie en el mundo es capaz de amar como nosotros lo hacemos. Pero hay amores que están condenados al fracaso, a convertirse en algo cruel, doloroso, tormentoso, feroz y despiadado. Así es el nuestro. Uno capaz de hacerte alcanzar el cielo para luego arrojarte al infierno.

Cuando Carlos termina, llamo a un taxi y le doy la dirección de mi siguiente destino: visitar al padre de Nayra y enfrentarlo por enésima vez. Entro en el edificio donde tiene su oficina y, sin tan siquiera decirle a la secretaria quién soy, paso a su despacho. Cómo no, el cretino de Marcos está con él.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta el gilipollas al que le partí la cara anoche.

—¿Y a ti qué coño te importa? Tú y yo tenemos que hablar, en privado —le espeto al padre de Nayra mientras aprieto los puños y me tenso.

—Sal de aquí, Marcos.

—Pero Carmelo...

—¡¡¡Sal!!! —le grita. Marcos recoge sus cosas y abandona la estancia—. ¿Y bien?, tú dirás —me pregunta mientras se sienta en su sillón.

—Renuncié a ella con la condición de que Marcos desapareciera de su vida, así que ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Y de verdad has renunciado a ella? —Me mira repantigándose en el sillón.

—No me jodas porque no estoy de humor —le reto, dando un manotazo sobre la mesa tras la que está sentado—. Sabes por qué estoy aquí, por qué dejé Bilbao y mi vida. Y sabes lo que haré si ese malnacido no se aparta de ella.

—Ha sido ella la que lo ha llamado, la que lo ha seducido y la...

—Me importa una mierda. Hazlo o atente a las consecuencias. —Nos retamos con la mirada y ninguno de los dos parece dispuesto de dar su brazo a torcer.

—No deberías amenazarme. Ya sabes de lo que soy capaz —responde con esa soberbia sonrisa pintada en su cara.

—Ni tú a mí. Nunca deberías desafiar a un hombre que lo ha perdido todo. —Giro sobre mis talones—. Por cierto, la tarifa por mi silencio ha subido —le digo antes de abrir la puerta, mirándolo por encima de mi hombro.

—¿Cuánto quieres ahora? —pregunta pasados unos segundos.

—Eres un hombre de negocios. Ponle tú el precio, aunque espero que seas generoso —sentencio antes de cerrar la puerta de su despacho. Salgo de allí, me tropiezo con el gilipollas de Marcos, lo empujo para que se aparte de mi camino y me voy a casa furioso conmigo, con ese par de cabrones, con el mundo y con el destino que me apartó de ella.

Llego al hotel a las diez menos veinte, me dirijo a la zona de empleados, abro mi taquilla para cambiarme y hay dos sobres en ella. El primero contiene el precio de mi silencio, una considerable cantidad de dinero en billetes de cincuenta euros. Carmelo ha vuelto a ser generoso. Me froto el rostro, suspiro y lo guardo. Cojo el segundo sobre y veo mi nombre escrito en él. Reconozco la letra, es la de Nayra. Lo abro y dentro hay un billete de avión para Bilbao y la reserva de un hotel en esa misma ciudad. Arrugo la frente y achico los ojos porque no comprendo de qué va esto. ¿Qué quiere? ¿Sacarme de su vida de una vez para siempre? ¿A eso se refería cuando me ha dicho que me iba a salir caro? Tal vez sea lo mejor, dejar esta isla, dejarla a ella, poner kilómetros de distancia entre los dos, olvidarla. Pero sé que no va a funcionar. Solo hay una forma de que esto termine y no es esta. Me cambio, meto el sobre en el bolsillo de mi pantalón, saco el móvil y le mando un mensaje.

¿Dónde estás?

En mi suite.

Me responde de inmediato.

¿Por qué?

No le contesto. Cojo el ascensor de servicio y subo hasta su dormitorio. Ella me está esperando en la puerta. Me conoce demasiado bien.

—¿Qué significa esto? —le pregunto mientras saco el sobre y se lo planto en la cara.

—El precio de tu deuda. —Nunca se achantará ante mí. Jamás. Eso lo aprendí hace tiempo.

—Así que quieres que desaparezca de tu vida, ¿no? —Su mirada violácea me atrapa.

—No. Te espero dentro de diez días en la sala Rock Star, en Bilbao. Me debes un baile. Ese es el precio de tu deuda. —Trata de cerrarme la puerta en las narices, pero se lo impido.

—No voy a ir —le digo mientras estampo el sobre en su pecho.

Lo coge, sonrío maliciosamente y me lo devuelve.

—Vendrás —dice antes de cerrarme la puerta en toda la cara.

No sé qué pretende haciéndome ir hasta allí, no tengo ni la más remota idea. Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Es ella.

Si no vienes, atente a las consecuencias.

Cierro los ojos y suspiro. Sabe que no tengo opciones, que, una vez más, acudiré cual perro fiel

hasta ella, pero le gusta tensar la cuerda, llevarme al límite, exasperarme.

Allí estaré.

Le respondo dándome por derrotado, por vencido. Ella siempre gana, lleva las riendas de mi vida desde el instante en que la conocí y, una vez más, me dejo arrastrar al infierno donde ella es el ángel que reina.

El paseo de veinticinco minutos desde el hotel Barceló Bilbao Nervión hasta la sala Rock Star me sirve para calmar los nervios. Sigo sin saber qué quiere de mí esta vez y eso me exaspera. En realidad, todo en ella me excita, me crispa, me perturba. Dejo mi cazadora de cuero en el guardarropa y entro en la sala. La música suena, la gente baila, bebe, se ríe, se divierte, mientras ella me espera en la barra, bebiéndose una copa. Me observa, me devora con la mirada, recorriendo cada centímetro de mi cuerpo y me llama con el dedo. Sin oponer resistencia, acudo a su lado.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta.

—No —respondo comiéndomela con los ojos. Lleva un vestido morado ajustado, que se le pega a la piel como un guante, y corto, solo le llega a la mitad de esos magníficos muslos que tiene. Se ha puesto medias, tacones de aguja y se ha maquillado ligeramente, como a mí me gusta. Es la tentación personificada, para mí y para cualquiera que la mire—. Terminemos con esto de una vez —le digo agarrándola por el brazo, pero se zafa de mi agarre y me agarra por la camisa, obligándome a inclinarme ante ella.

—Esto terminará cuando yo lo diga, guapito de cara —me advierte a escasos centímetros de mis labios. Me suelta, coge su copa y llama a la camarera—. Ponle un *whisky* con hielo —le ordena antes de darle un sensual sorbo a su copa, con sus ojos clavándose en mi alma. La camarera me sirve, cojo el vaso y dejo que el calor del alcohol resbale por mi garganta. No deja de observarme, de desnudarme con la mirada, consiguiendo que tenga una erección. Sonríe perversamente cuando descubre que ha conseguido lo que quería. Un tipo se acerca a ella y me tenso cuando le toca el hombro para reclamar su atención. Ella se gira, lo mira y lo manda a tomar fresco en menos de un segundo—. Lárgate —le espeta antes de eliminar la escasa distancia que nos separa, arrebatarme el vaso, tomarme de la mano y dirigirnos a la pista—. Hora de que saldes tu deuda —dice mientras alza sus brazos para rodear mi cuello. De fondo, suena *Disparos*, de Dani Fernández. Cuando escucho la letra, comprendo que estaba esperando esta canción para arrastrarme a la pista y al infierno. Porque sí, porque como dice la letra, para ella es fácil jugar, yo nunca gano, siempre soy el que pierde, no puedo controlar mi cuerpo, viví una especie de ficción mientras la cruda realidad estaba en otra parte, juré que no caería en sus manos y soy culpable de no evitar lo inevitable. Sonríe diabólicamente cuando se da cuenta de que he comprendido que esta canción es para mí, para decirme que, por mucho que intente alejarme, ella me tendrá comiendo de su mano cuando le plazca. Bailamos, pega su cuerpo al mío, se pone de puntillas, la agarro por las nalgas y dejo que me meta la lengua hasta la garganta. Su jadeo se ahoga en mi boca, su lengua se enreda con la mía, succiona mi labio inferior, consiguiendo que tenga una nueva erección y que desee hundirme en ella—. Vámonos —me dice al oído cuando separa sus labios de los míos. Me toma de la mano, recogemos nuestras cosas del guardarropa y la sigo como un manso cordero hasta el coche de alquiler que hay aparcado un par de calles más abajo.

—¿Dónde vamos? —me atrevo a preguntar cuando arranca.

—A tu hotel —me responde mirándome de reojo y sonriendo pérfidamente.

—Creí que solo te debía un baile.

—Pues creíste mal —me responde.

—Comprendo. —Es lo que me limito a decir.

—Nunca lo has comprendido, Endika. Ese ha sido nuestro problema —sentencia ella. Puede ser, tal vez nunca comprendí que ella era la única mujer del mundo que estaba vetada para mí y, aun así, me dejé arrastrar hasta ella cometiendo el mayor pecado del mundo: enamorarme.

Subimos a mi habitación en silencio, nos despojamos de nuestras respectivas chaquetas, dejándolas sobre la silla, junto a su bolso, mi teléfono y mi cartera. Me toma de la mano y me conduce hasta el sofá que hay.

—Siéntate —me ordena.

Obedezco, como casi siempre. Coge el mando de la tele, busca un canal de música y deja que la melodía envuelva la estancia. Supongo que lo hace para que no se oigan nuestros gritos, porque ambos lo haremos, ambos gritaremos de placer. Se coloca frente a mí y se despoja de su vestido. Lleva un conjunto de ropa interior negro compuesto por un sujetador, tanga y ligüero de encaje negro. Ni siquiera se ha quitado los tacones. Es la viva imagen de la seducción y el deseo. Se acerca lentamente a mí, se sienta a horcajadas sobre mis muslos, pegando su sexo al mío, y acaricia mi barba hasta que sus manos rodean mi cuello, enredando sus dedos en mis cabellos sin dejar de mirarme ni un solo instante. Posa sus labios sobre los míos, sin prisa, deleitándose con el lento, largo y húmedo beso que me da.

La oigo jadear, la siento apretarse más contra mí, le acaricio las piernas y deseo morir aquí, justo ahora, en este preciso instante en el que me hace el amor con un beso. Sus manos dejan de acariciar mi pelo para empezar a desbotonarme la camisa, sus dedos acarician cada uno de los músculos de mi pecho, descendiendo lentamente hasta el botón de mis vaqueros. Los desabrocha y la punta roma de mi pene asoma por encima de la goma de mis calzoncillos. Se levanta de mi regazo, me quita los zapatos y tira de mis vaqueros y mis calzoncillos, dejándome desnudo ante ella. Con suma lentitud, dejando que cada prenda resbale por su piel, se desnuda ante mi atenta mirada.

—Hay condones en mi maleta —le digo cuando se acerca a mí.

—Esta vez no, Endika —me dice mientras vuelve a sentarse a horcajadas sobre mí—. Por una sola vez, no dejemos que nada se interponga entre nosotros. Por una sola vez, hazme creer que me amas —me dice tomando mi pene entre una de sus manos y acercándolo a su entrada.

«Siempre te he amado, *maitia*^[3], y siempre te amaré».

Desciende lentamente a lo largo de mi verga, siento su calor y humedad, creo que voy a morir. Ninguna vez fue como esta, ninguna lo volverá a ser. Este instante nunca se repetirá, así que decido amarla como jamás la he amado ni la amarán. Cuelo mis dedos entre su sexo y acaricio con suavidad su clítoris. Ella se arquea ligeramente para darme más ángulo y hace que me hunda más en su interior. Admiro su cuerpo mecerse sobre mí, subiendo y bajando lentamente a lo largo de mi pene, me extasio cuando las paredes de su vagina se contraen sobre él, me embelesa ver sus pezones duros y me deleito cuando los espasmos del orgasmo sacuden su ser. Me dejo llevar por ella y me derramo en su interior. Sus labios se posan una última vez sobre los míos, en un suave y delicado acariciar, antes de recostar su cuerpo sobre mi pecho y su cabeza sobre mi hombro.

—Gracias por amarme —me susurra al tiempo que besa mi cuello.

Cierro los ojos, pero no consigo reprimir la lágrima que escapa de ellos. Le acaricio la espalda hasta que mis manos se aferran a su cintura, reteniéndola contra mí y mientras permanezco hundido en su interior, me levanto y me encamino al baño. Abro el grifo de la ducha, espero que el agua tenga la temperatura adecuada y me meto en ella con Nayra entre mis brazos. Cuando el agua empieza a recorrer nuestros cuerpos, salgo de su interior, cojo el gel y lo extiendo entre mis manos. Enjabono con mimo cada centímetro de su cuerpo, acaricio con suavidad cada parte de ella, incluso las partes íntimas, amándola en cada roce de mis dedos sobre su piel.

Le lavo el cabello, acariciando su cuero cabelludo con mimo. Ella recuesta su cabeza en mi pecho y deja que la cuide, que la proteja, que la ame. El agua se lleva los restos de jabón de su piel y su pelo, cojo una toalla y la envuelvo con ella. Yo ni siquiera me seco. La pongo frente el espejo, peino sus cabellos mientras ella me observa en el reflejo, seco su cuerpo con delicadeza y cuando termino, la cojo en brazos y la conduzco a la cama. Deshago la cama con una mano, la deposito con suavidad en ella y Nayra se mete debajo de las sábanas.

—Endika... —susurra. Sé por qué tiene ese tono de voz mezcla de amor, esperanza y deseo. Ha visto mi espalda tatuada con su imagen. La miro mientras entro en la cama, le hablo con los ojos, con la voz, con el corazón y con el alma.

—Eres tú la que nunca lo comprendiste, Nayra. Te amo desde el primer instante en que te vi. Nunca tuve opciones a lo contrario. —Sus ojos se anegan en lágrimas—. Fuiste, eres y serás mi más bonita casualidad. —Llora y seco las saladas gotas que corren por sus mejillas con mis dedos. Beso sus ojos violeta, la abrazo y acaricio su espalda. Recuesta su cabeza sobre mi pecho y besa mi piel en el lugar exacto donde está mi corazón.

—Yo también te amo desde que te vi. —Es lo último que me dice antes de dormirse.

Cierro los ojos y me dejo llevar hasta Morfeo con su menudo cuerpo pegado al mío, con su calor acariciando mi alma, disfrutando de nuestro último instante juntos. Porque esto no se volverá a repetir, jamás. Salvaré la única distancia que me queda para protegerla, condenaré mi alma al infierno para salvaguardar la suya, moriré para liberarla de nuestro pecado. Solo espero que algún día comprenda por qué nuestro amor estaba prohibido y pueda perdonarme.

CAPÍTULO VI

Bakio, 2014

Cuando despierto, lo primero que siento es un enorme brazo rodeándome por la cintura, apretando con suavidad mi espalda a un marmóreo pecho y una descomunal mano acariciando con dulzura mi vientre. Me muevo ligeramente para acurrucarme más contra su cuerpo y suspiro. Su otra mano aparta mis cabellos de mi cuello, su nariz recorre el curso de mi yugular, aspirando mi aroma, y un tierno y cariñoso beso se posa en mi hombro. Me pregunto cómo puede ser tan grande y tan dulce al mismo tiempo cuando se lo propone.

Ha estado toda la noche cuidando de mí, acompañándome al baño cuando tenía náuseas, sujetando mi pelo cuando me entraban arcadas y parecía que iba a vomitar, dándome agua, llevándome en brazos a la cama, mimándome. Si sigue tratándome así, con esa chulería y delicadeza al mismo tiempo, conseguirá que me enamore de él. Me regala otro casto beso en el hueco de mi cuello y yo suspiro de nuevo.

—Buenos días, ojos violeta. —Su voz es grave y dulce a la vez. Ronroneo como una gatita y me acurruco más contra su pecho. Su mano sigue acariciando con delicadeza mi vientre—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te sigue doliendo el estómago?

—Mmm... estoy mejor. Solo tengo ligeros pinchazos. Nada comparado con lo de anoche. —Trato de girarme para poder mirarlo a la cara, pero me retiene con suavidad contra él. Pienso que, en cualquier momento, notaré su abultado miembro en mi espalda, pero no es así. Simplemente, me está cuidando y disfrutando de este momento tan íntimo y tierno a la vez, con los dos semidesnudos en la cama, con él prodigándome amorosas caricias. Definitivamente, me voy a enamorar de él—. Endika, ¿por qué no me dejas darme la vuelta? —le pregunto cuando veo que me retiene con mayor firmeza contra él.

—Porque quiero disfrutar de esto, *maitia*. —Vuelve a besar mi cuello y siento que voy a morir de gusto—. Si te das la vuelta y me miras con esos increíbles ojos que tienes, mandarás mi autodeterminación al carajo. —Sus labios se posan de nuevo en mi hombro, sus dedos siguen recorriendo mi vientre, su aliento acaricia mi cuello.

—¿De qué autodeterminación hablas?

—La de que no se me ponga dura, preciosa —me dice sofocando una risa en mi cuello.

—Eres un bruto, ¿lo sabías? —Ahí está de nuevo su chulería.

—Lo sé, pero recuerda que llevo toda la noche viéndote medio desnuda y eres lo más hermoso, sexi y sensual que han visto mis ojos en toda su vida. —Su mano sigue en mi vientre, pero esta vez, su dedo meñique se desliza hasta la goma de mi tanga y roza con suavidad mi pubis. Un escalofrío de placer me sacude cuando siento esa caricia tan sensual—. Veo que vas depilada, ojos violeta. —Su voz se ha vuelto más ronca—. ¡Qué suave está! —me dice con la voz cargada de deseo mientras su dedo sigue paseándose por mi monte de Venus. El cosquilleo vuelve a instalarse en mi entrepierna.

—Lo sé. Me hice la depilación láser hace un par de años para quitarme todo el vello. Estaba harta de tener que ir cada dos por tres a depilarme.

—Así que no hay ni un pelo aquí abajo, ¿no? —dice mientras desliza un poco más su mano hasta llegar a rozar con su meñique uno de mis labios vaginales.

—No —consigo decir intentado hacer que el aire entre en mis pulmones.

—Suave como el culito de un bebé. —¡Dios, cómo me siga hablando y acariciando así, voy a sufrir una combustión espontánea!—. Lo que voy a disfrutar cuando te lo coma.

—Eso es una ordinariez —le respondo, aunque, en realidad, deseo que lo haga.

—No, ojos violeta, es la constatación de un hecho. Ya te dije que ahí dentro no va a entrar nada más que no sean mis dedos, mi lengua o mi polla. —Saca con lentitud su mano de mi entrepierna, rozando mi clítoris y haciendo que un escalofrío recorra mi cuerpo. Esta vez sí que siento su abultado miembro en mi espalda—. Te comeré entera, Nayra, deleitándome en el sabor de todas y cada una de las partes de tu cuerpo. Eso dalo por sentado —me dice con la voz más sexi que pueda existir—. Me voy a la ducha, preciosa. Has conseguido ponerme cachondo. —Me libera de su abrazo y se pone en pie.

Me giro para observarlo y veo cómo oculta la punta roma de su pene, que asoma por encima de la goma de sus calzoncillos, con su camiseta interior. Entonces es cuando me doy cuenta de que hasta eso, su pene, es enorme. Con tres enormes zancadas, se mete en el baño mientras yo me quedo al borde de una combustión en la cama. Tengo calor y sed, así que me levanto para coger uno de los botellines de agua y beber a pequeños sorbos, porque si me bebo el botellín de un trago para tratar de sofocar el incendio que recorre mi piel, me sentará mal y volveré a vomitar.

Me doy cuenta de que la puerta del baño no ha llegado a cerrarse del todo, solo está entornada. No lo puedo evitar y mis pies se encaminan hacia allí. Quiero verlo desnudo. No, en realidad, no es que quiera, es que lo necesito. Empujo un poco la puerta para entreabrir la más y lo veo tras la mampara de la ducha. El agua recorre su cuerpo, resbala por cada uno de sus músculos, de sus bíceps, pectorales, abdominales, oblicuos. Parece la estatua de un olvidado dios de la belleza y la lujuria. Se agarra con una mano a la mampara mientras que con la otra veo que se está masturbando. Abro los ojos como platos al ver el tamaño de su falo. Gruñe mi nombre, lo oigo perfectamente.

Mientras sigue masturbándose, mi vagina palpita furiosa, anhelando sentirlo en su interior. Observo su rostro, tiene los ojos cerrados y su nuez de Adán sube y baja por su garganta mientras trata de contener sus jadeos de placer. Al final, un gutural sonido sale de su garganta mientras se corre y decido dejar de espíarlo antes de que me pille. Pero sé que no me voy a poder quitar su imagen de mi cabeza en mucho tiempo. Ha sido lo más hermoso, sexi y libidinoso que he visto en toda mi vida.

Cuando sale del baño como si no hubiera pasado nada, me meto a la velocidad de la luz para darme una rápida ducha, cerciorándome de cerrar la puerta. No puedo desterrar esa imagen de él bajo la ducha y, al final, termino imitándolo y masturbándome yo también. Con mi sexo más calmado, que no satisfecho, salgo de la ducha, me visto y bajamos. Endika paga la habitación, a pesar de que he querido hacerlo yo, pero no me deja.

—Ese no es el precio que te voy a cobrar por cuidarte toda la noche, ojos violeta —me susurra al oído, y yo vuelvo a sentir las lenguas de lava recorrer mi cuerpo.

—Con gusto pagaré lo que sea —se me ocurre decirle.

—No sabes lo que acabas de decir —responde con esa sonrisa en sus labios—. Porque pienso cobrarte cada segundo, *maitia* —me suelta, consiguiendo encenderme de nuevo. No soy capaz de decir nada más ni de pensar cuando me mira con esos ojos oscurecidos por el deseo. Solo quiero que lo haga, que cumpla eso que me dijo ayer, porque si tarda en hacerlo, al final, moriré de un

calentón.

Paramos de regreso a Bilbao a desayunar. Tengo hambre y, aunque el médico me dijo que no comiera nada en veinticuatro horas, Endika me ha pedido una manzanilla y una tostada con aceite. Él está devorando un desayuno completo, compuesto por una tostada con tomate y jamón serrano, un *croissant*, café con leche y un zumo de naranja.

—¿No te terminas el desayuno? —me pregunta cuando ve que dejo la tostada de lado. Esta vez se ha sentado a mi lado, no frente a mí.

—No, no quiero forzar el estómago —le respondo perdiéndome en sus increíbles ojos.

—¿Por qué me miras así? —me interroga tras beberse el zumo.

—Así ¿cómo?

—Es la primera vez desde que te conozco que no sé leer o descifrar tu mirada. ¿Qué ocurre?

—¿Qué significa *maitia*, Endika? Me has llamado así en el dormitorio.

—¿Eso es lo que te pasa? —Asiento sin poder dejar de perderme en su mirada—. Búscalo en Google —me responde con chulería.

—Eres imposible —replico mientras cojo mi móvil y hago lo que me ha dicho. Cuando veo lo que significa, vuelvo a mirar a sus ojos, desconcertada—. ¿Me has llamado «querida»?

—Esa es la traducción literal, pero no significa eso. Es más bien como llamarte cariño o nena, pero de una forma cariñosa. —Sigo mirándolo desconcertada—. ¿Te molesta que te llame así?

—No, me confunde, que no es lo mismo. —Sonríe pícaramente y se muerde el labio inferior—. ¿Por qué lo haces?

—Porque me gusta llamarte así —responde.

—No me refiero a eso. Te he visto en el baño, no habías cerrado la puerta. —No sé si es deseo o furia lo que veo ahora en sus ojos, aunque tal vez sean las dos cosas.

—¿Me has espiado mientras me duchaba?

—Has hecho algo más que ducharte —respondo con la voz cargada de deseo al recordarlo desnudo baja el agua, con su enorme falo.

—¿Y te ha gustado ver cómo me la machacaba mientras pensaba en ti? —me susurra con lujuria al oído.

—Eso es una vulgaridad —le digo tratando de recobrar la respiración.

—Responde —me ordena mientras su aliento roza mi cuello, poniéndome la piel de gallina.

—Sí —alcanzo a decir con el poco aire que me quedaba en los pulmones—. De hecho, yo también lo he hecho cuando me he duchado.

—Pues muy mal hecho, ojos violeta. —Su mano se cuela entre mi piernas—. Ya sabes que lo único que va a entrar ahí dentro soy yo.

¡Dios, estoy ardiendo de nuevo!

—Pero no lo has hecho. Me desconciertas, Endika. Hay momentos en los que pienso que lo único que quieres es follarme y otros, como esta noche, en los que creo que quieres algo más conmigo. Consigues hacerme arder para luego no apagar me, me das esperanzas de que esto podría ser algo más y luego las borras de un plumazo. No sé qué pensar ni qué esperar ni en qué situación estamos, si solo nos estamos conociendo, si tenemos una relación o si todo se limita a jugar al gato y al ratón hasta que te canses, me empotres contra una pared, me la metas hasta el fondo y te marches sin mirar atrás. —Su mano ha dejado de estar entre mis piernas y ahora soy yo la que no sé descifrar lo que hay en sus ojos.

—Solo te estoy dando una oportunidad para que te alejes de mí, preciosa.

—¿Y por qué quieres que haga eso?

—Porque cuando te tenga, te reclamaré para mí para siempre, Nayra. Nunca tendré suficiente de ti, te deseo demasiado como para satisfacer esa ansia con un par de polvos. Te tendré, te retendré, te poseeré una y mil veces, y no me cansaré de ti. No permitiré que te alejes de mí, me volveré posesivo, te querré a mi lado a cada segundo y te perseguiré hasta el fin del mundo si es necesario. ¿Comprendes lo que te quiero decir? —Asiento con las palabras enredadas en mi garganta—. Por eso te doy la opción de que te alejes antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde, Endika, muy tarde. No voy a apartarme de ti. —Su pulgar acaricia el perfil de mis labios, sus ojos se oscurecen.

—¿Estás segura? Porque si te conviertes en mi chica, seré tu peor pesadilla, tu tormento, tu único anhelo. Te perseguiré, te exasperaré, te cuidaré, satisfaré cualquier deseo que tengas, por muy bajo e instintivo que sea. Te lo daré todo y te lo reclamaré todo. ¿Seguro que es eso lo que quieres, ojos violeta?

Si esto no es una declaración, que baje Dios y lo vea.

—Completamente segura, guapito de cara. —Me sonrío pícaramente, chasquea la lengua, vuelve a morderse el labio inferior y las llamas del deseo se reflejan en esas hermosas esquirlas de hielo azul que tiene por ojos.

—No tienes ni puta idea de lo que acabas de hacer, *maitia* —me dice antes de agarrarme por la nuca y besarme como solo él sabe hacerlo, hasta dejarme sin respiración y al borde de la combustión espontánea. Cuando deja de besarme, retiene mi frente pegada a la suya, sujetándose por la nuca, y su pulgar vuelve a recorrer mis labios. Los entreabro y mordisqueo ligeramente su dedo, mientras trato de recordar cómo se respira—. Voy a hacerte mía, te retendré para siempre a mi lado, no permitiré que nada ni nadie te aparte de mí. Pobre de aquel que lo intente —sentencia antes de darme un pico que me sabe a poco—. Vámonos. Será mejor que te lleve a casa.

—Acabas de decirme que no me vas a dejar nunca —protesto como una niña pequeña.

—Y no voy a hacerlo. Vamos a tu casa por dos motivos. Primero: todavía estás convaleciente. Segundo: tu amiga May está allí. Ahora mismo, no es aconsejable que nos quedemos a solas. Bastante haré si consigo llevarte a tu casa sin arrancarte la ropa y follarte en el arcén. Andando —me ordena dándome una ligera cachetada en el trasero.

—Vas a conseguir que muera por combustión espontánea —le digo mientras salimos de la cafetería y andamos hasta el coche cogidos de la mano.

—Si te portas bien y tu amiga May nos deja a solas cinco minutos, apagaré el incendio que te devora ahora mismo —me dice abriendo la puerta del coche para mí.

—¿Y por qué no lo haces ahora? —Lo reto con la mirada.

—Sube al coche. —Sus ojos se han oscurecido tanto que ya no sé ni de qué color son—. Sube al puto coche, Nayra —me vuelve a ordenar, pero yo sigo sin obedecer—. Nayra... —gruñe. Al final, obedezco y entro en el coche—. Todo lo bueno se hace esperar, ojos violeta. Y eso será épico —me suelta antes de cerrar la puerta, rodear el coche, subirse a su asiento y regresar a Bilbao, con mis dedos entrelazados a los suyos, con sus ojos mirándome de reojo mientras conduce y con mi corazón latiendo desbocado.

May me dijo que no me encoñara con él y no lo he hecho. Me he enamorado, que no es lo mismo, y es maravilloso y desconcertante a la vez.

Cuando llegamos a casa, Endika sube conmigo y entramos en el piso que comparto con May abrazados por la cintura. Mi amiga está en el salón, con los libros desperdigados en la mesa, estudiando para el examen que tenemos el miércoles. Gira la cabeza cuando nos oye entrar y nos fusila con la mirada. Le sonrío para tratar de calmarla, pero sé que me va a interrogar en cuanto

pueda.

—May, te presento a Endika. Ella es May, mi mejor amiga y una hermana para mí.

—Un placer conocerte, May —dice Endika mientras extiende su mano, pero mi amiga no corresponde a su saludo.

—¿Qué hace él aquí? Quedamos que nada de tíos en casa.

La voy a estrangular en cuanto nos quedemos a solas.

—Tranquila, May, no vamos a follar mientras tú estudias —le suelta Endika como si tal cosa—. He venido a cuidarla. Te recuerdo que está enferma. —May lo fusila con la mirada, pero Endika ni se inmuta—. ¿Por qué no te tumbas en el sofá y descansas un rato, preciosa? No has dormido bien esta noche.

—Debería ponerme a estudiar. Tengo examen el miércoles. —A ver si metiendo la cabeza en los libros se me pasa del todo el calentón, porque mi entrepierna sigue palpitando.

—Vale, pues ponte a estudiar mientras yo preparo algo para comer. No te importa, ¿verdad, May?

—Haz lo que te dé la gana o lo que Nayra te deje hacer. Mientras me dejéis estudiar, me importa un pimiento —replica sin mirarlo a la cara.

—May... —refunfuño. Miro a Endika y le pido disculpas con la mirada por el comportamiento de mi amiga.

—No te preocupes, ojos violeta. Creo que solo se preocupa por ti —me susurra al oído—. Ponte a estudiar. Yo me encargo del resto. —Me da un beso en la frente, me libera de su abrazo, porque me seguía reteniendo contra su cuerpo, y me siento a estudiar, mientras Endika se mete en la cocina.

—May... —le digo a mi amiga, que alza los ojos del libro.

—Ahora no. Cuando se largue, ya hablaremos tú y yo. Te dije que no te encoñarás con él. —Al final, va a tener razón Endika y lo único que le pasa es que está preocupada por mí. Oigo trastear a Endika por la cocina, miro a mi amiga y decido que lo mejor que puedo hacer en este momento es ponerme a estudiar. Luego ya veré cómo le explico a May que no estoy encoñada, sino enamorada.

Endika cocina de maravilla. Con lo que había en la nevera, que era más bien poco, ha conseguido hacer una sopa de pollo para mí y un guiso de carne con patatas para él y May. Tras comer, hemos recogido la mesa entre los tres, pero cuando he querido fregar los platos, Endika no me ha dejado.

—Vete al sofá a descansar. Ya lo hago yo.

—Pero Endika...

—Al sofá. Empiezas a tener ojeras. —Lo desafío con la mirada—. Tienes diez segundos para ir por tu propio pie o te llevo yo. Decide.

—Estoy un poquito harta de que me des órdenes, ¿lo sabías? —le replico poniendo los brazos en jarra.

—Cinco segundos —me responde sin inmutarse.

—¡Eres imposible! —refunfuño antes de salir de la cocina. May me dice que se va a hacer la siesta, porque nunca la perdona, pero me advierte de que cómo escuche ruiditos raros, me despelleja viva. Cojo el mando de la tele, busco un canal en el que hagan una película y me tumbó en el sofá.

—Hazme sitio —me vuelve a ordenar Endika cuando sale de la cocina, con las mangas de su camisa remangadas.

—¿Y qué tal si lo pides por favor? —lo regaño.

—Hazme sitio, Nayra. No me obligues a hacerlo a mí —dice dando dos grandes zancadas y plantándose frente a mí.

—Ahora mismo, te despellejaría. —Me siento en el sofá y le dejo el espacio que ha reclamado.

—No quieras saber lo qué haría yo contigo —me dice mientras se sienta a mi lado, con esa puñetera pícara sonrisa en su rostro—. Te libras porque tu amiga está aquí. —Su voz vuelve a ser ronca—. Ven aquí —me dice mientras me obliga a tumbarme, pone un cojín sobre sus piernas, recuesta mi cabeza sobre ellas y me tapa con una manta—. De momento, nos conformaremos con esto. Descansa un rato —me dice mientras una de sus enormes manos acaricia uno de mis brazos, desde el hombro hasta entrelazar sus dedos con los míos.

—Podría acostumbrarme a esto —musito, exponiendo mis pensamientos en voz alta.

—Te acostumbrarás a esto y a mucho más, *maitia*. Y ahora, duérmete de una vez antes de que pierda el poquito control que me queda y me importe una mierda si tu amiga está aquí o no —me dice antes de darme un beso en la coronilla—. Y deja de usar ese puñetero perfume. Me vas a volver loco.

Sonrío porque me gusta saber que no soy la única que se muere por sus huesos. Al parecer, él también se muere por los míos. Cierro los ojos y, al cabo de un rato en el que sus dedos han seguido entrelazados a los míos, me quedo frita. Cuando me despierto, estoy sola en el sofá, a oscuras. No sé qué hora es ni dónde está Endika. Enciendo la luz del salón, veo que su cazadora sigue en el respaldo de la silla y miro la hora en el reloj de encima del mueble. Son las siete y cuarto. Oigo unas voces provenientes de la cocina. Son mi mejor amiga y mi chico discutiendo. ¡Qué bien suena eso de mi chico!

—Tú pátele el corazón y sabrás lo que es que te pongan los huevos de corbata.

—¿Y por qué tendría que partírselo?

—Porque lo único que quieres es follártela y luego, si te he visto, no me acuerdo.

—La primera parte es cierta, la segunda, no. —Si May cree que va a conseguir achantar a un hombre como Endika, apañada está. Él no se amedrenta ante nada.

—Lo harás. Sé que lo harás. Todos los tíos sois iguales.

Vale, ahora comprendo lo que le pasa a mi amiga. Cree que Endika hará conmigo lo mismo que Aday ha hecho con ella.

—Escúchame bien, May. Si lo único que quisiera fuera follármela, ya lo habría hecho. Y a mí no me compares con el resto de los tíos, ¿te ha quedado claro? —Se hace un breve silencio entre ambos antes de que Endika vuelva a la carga—. A ver si lo que te pasa es que quieres que te folle y estás celosa de tu amiga.

¡Será bruto!

—¿Tú quién coño te crees que eres para hablarme así?

Decido intervenir antes de que esto se les vaya de las manos.

—¿Qué pasa aquí? —digo entrando en la cocina. Ambos me miran y Endika extiende su mano para coger la mía. Sin dudar, lo hago. Necesito su contacto.

—Nada —suelta May antes de salir de la cocina.

Quiero seguirla, pero Endika me lo impide, aferrándose por la cintura.

—Deja que se le pase —me dice mientras me atrapa entre sus brazos y me espachurra contra su cuerpo.

—¿Cómo se te ocurre soltarle la burrada que le has dicho? —lo regaño—. Voy a tardar horas

en conseguir que se le pase el cabreo.

—No he dicho nada que no piense que es cierto. Creo que está celosa —dice muy pagado de sí mismo.

—¡Por Dios, Endika! El mundo no gira a tu alrededor. No todas las mujeres suspiran por tus huesos y porque te las llesves a la cama.

—Si te soy sincero, el resto de mujeres me importan una mierda. Solo me interesas tú —dice mientras salva la distancia que lo separa de mis labios. Esta vez, el beso no es dulce, es febril, ardiente, encolerizado, abrasador, consiguiendo que pierda la respiración—. Creo que será mejor que me vaya antes de que acabe empotrándote contra la pared. —Su abultado pene se clava en mi vientre—. Te llamo mañana por la mañana para ver cómo estás. Descansa, ojos violeta, y sueña conmigo —me dice mientras se deshace de mis brazos, que se habían enroscado a su cuello, me da un beso en la punta de la nariz y se marcha, dejándome ardiendo de nuevo.

Me tomo unos minutos para apagar el fuego que corre por mi cuerpo y voy a hablar con mi amiga.

—May, ¿podemos hablar? —le pregunto mientras toco a su puerta y entro. Está sentada en la cama y está furiosa. Me acerco y me siento a su lado—. ¿Qué te pasa, cielo?

—Te dije que no te encoñaras con él, Nayra, y vas y lo traes a casa. ¿Eres tonta o qué te pasa? A kilómetros se nota que lo único que quiere es metértela hasta el hígado.

—May, eso no es así. Tú no lo conoces...

—¿Y tú sí? ¿Me estás diciendo que con tres veces que habéis salido por ahí, ya sabes cómo es? ¡No me jodas, Nayra!

—May, por favor, escúchame. Él no es...

—Sé lo que es: un chulo y creído que se piensa que todas las mujeres desean que se las folle para luego pasar de ellas como de la mierda. Y eso es lo que va a hacer contigo, Nayra, y ni siquiera eres capaz de verlo. ¿Tan bien folla como para que estés así de encoñada con él?

—No lo sé, May, porque no me ha puesto una mano encima. —Vale, sí lo ha hecho, pero no de la forma en que piensa ella. Me mira desconcertada por mi confesión, así que aprovecho que tiene la guardia baja para explicárselo—. Mira, sé que en parte tienes razón, en eso de que quiere echarme un polvo, y si te soy sincera, yo también lo quiero, pero no lo ha hecho y no será porque no ha tenido ocasión. No me hubiera negado en ningún momento. Me atrae, me excita y me gusta, mucho para ser exactos, y sé que yo también le gusto a él. Sí, es un chulo, un prepotente y un soberbio, pero también es gentil, caballeroso, tierno y dulce cuando quiere.

—Un tío así es imposible que sea dulce.

—Lo es, May. Tendrías que haberlo visto ayer por la tarde y por la noche. Cuando empecé a encontrarme mal, me cuidó como nadie lo ha hecho jamás. Me llevó a urgencias, estuvo todo el tiempo cogiéndome de la mano, abrazándome, llevándome y trayéndome al baño, dándome calor con su cuerpo, preguntándome si necesitaba algo más. Mimándome y preocupándose por mí.

—Estabas enferma. No pretenderás que te echara un polvo cuando estabas tirando hasta la primera papilla que te dio tu madre, ¿no?

—Cierto, pero esta mañana podría haberlo hecho, cuando nos hemos despertado medio desnudos en la cama, abrazados el uno al otro, y no lo ha hecho. Ha preferido masturbarse en el baño antes de ponerme una mano encima.

—Perdona, ¿qué? No me fastidies que te ha dicho eso.

—No, May, no me lo ha dicho. Lo he visto yo con mis propios ojos cuando lo estaba espiando. —Creo que se le van a salir los ojos de las cuencas—. Así que mientras desayunábamos, le he

preguntado por qué lo ha hecho, por qué si me desea tanto, no me empotra contra una pared y asunto resuelto. ¿Sabes qué me ha dicho? Que me estaba dando la oportunidad de alejarme de él porque cuando lo hagamos, querrá más, nunca tendrá bastante, lo querrá todo conmigo y no me dejará marchar de su lado.

—Eso suena a obsesivo compulsivo.

—O a hombre enamorado, según se mire.

—¡Por Dios, Nayra! No lo puedes decir en serio. ¿De verdad crees que un tío así se puede enamorar?

—No lo sé, May, pero ya lo has visto hoy, has visto cómo se ha comportado, cómo me ha cuidado. Si eso no lo hace un hombre enamorado, que le den un Óscar porque es el mejor actor del mundo.

—Te has enamorado de él, ¿verdad? —Asiento—. ¡Joder, Nayra! De todos los tíos de los que te podías enamorar, vas y lo haces del más chulo y creído del planeta. ¡Menudo ojo tienes, chica!

—¿Eso significa que vas a intentar llevarte bien con él? —Arruga la nariz—. Por favor. Me gustaría poder compartir mi tiempo y mi felicidad con los dos.

—Está bien, tonta. —Le doy un enorme abrazo—. Pero como te haga daño, le arranco los huevos. —Nos reímos mientras permanecemos abrazadas—. Te quiero, ¿lo sabes?

—Lo sé, May. Eres la mejor amiga y hermana del mundo —le respondo mientras le doy un sonoro beso en la mejilla—. Por cierto, mañana no iré a la universidad —le digo mientras me pongo en pie.

—¿Y eso por qué?

—Porque voy a llamarlo para que venga y termine de una maldita vez lo que ha empezado. Necesito ese polvo ya.

—¡La madre que te parió! —exclama mientras se lleva las manos a la cara, yo me encojo de hombros y ella sacude la cabeza—. Solo espero que no folléis en el sofá porque me chifla y no quiero ni pensar en tumbarme en él después de que vosotros hayáis estado ahí haciendo vete a saber qué.

—No prometo nada. Buenas noches, May —le digo antes de salir de su cuarto y pensar en qué le diré a Endika para conseguir que venga y que cumpla con lo que me ha dicho esta mañana.

May se ha ido a la universidad hace tres cuartos de hora. He llamado a Endika y le he dicho que no iba a ir a la facultad porque no me encontraba bien del todo. Ha picado el anzuelo y me ha prometido que venía en menos de media hora para cuidarme, así que debe estar al caer. Me miro por última vez en el espejo. El atuendo no está nada mal: mis mallas ajustadas y mi camiseta preferida, esa que deja mi hombro derecho al aire. No me he puesto sujetador ni me he maquillado, pero me he arreglado el pelo y me he puesto perfume. Inocente y tentadora a la vez.

Suena el portero automático y corro a abrir. Es él. Empiezan a sudarme las manos y a flaquearme las piernas, parezco una adolescente en su primera cita. Decido tumbarme en el sofá y taparme con la manta. Llama a la puerta y le digo que pase, ya que la he dejado abierta. Cuando entra, creo que me voy a morir antes de hora porque está guapísimo con esos puñeteros vaqueros que le hacen un culo y un paquete de infarto, ese suéter de punto que se le pega como un guante a su pecho y la cazadora de cuero que le da ese aire de chulo de discoteca que me vuelve loca. Se quita la cazadora y se acerca a mí.

—Buenos días, preciosa —me dice mientras se agacha para darme un beso en la frente—. Tu enfermero particular ya está aquí. Dime qué te pasa —me dice mientras se arrodilla a mi lado.

—Sigo teniendo pinchazos en el estómago —le respondo fingiendo que sigo enferma—. Ni siquiera pude cenar anoche.

—¿Has vuelto a vomitar? Porque si es así, te llevo ahora mismo al hospital. —¡Qué mono está cuando se preocupa por mí! Niego con la cabeza—. Bien, pues voy a prepararte una manzanilla y una tostada, a ver si así se te calman un poco esos pinchazos. Puede que lo que tengas es hambre. —Si tú supieras de lo que tengo hambre—. No te muevas. Ahora vuelvo —me dice dándome un casto beso en los labios. A los pocos minutos, regresa con mi desayuno y lo deja sobre la mesita que hay frente al sofá. Me siento, buscando la forma más sexi y seductora que encuentro. Endika me mira de los pies a la cabeza, se fija en mi hombro desnudo y en que no llevo sujetador, sus ojos se oscurecen y sé que lo tengo donde quería cuando veo cómo se recoloca la entrepierna antes de sentarse a mi lado—. Desayuna —me ordena.

—No tengo hambre —respondo mirándolo fijamente—. Al menos, no de eso —le digo mientras me siento a horcajadas sobre él.

Sacude la cabeza, se muerde el labio inferior y dibuja esa pícara sonrisa que tanto me chifla.

—¿Has montado todo este numerito para seducirme, ojos violeta? —Asiento sin poder dejar de devorarlo con los ojos, enredo mis dedos en su pelo y me pierdo en sus ojos—. Si cuando yo digo que tienes demasiado peligro, por algo es —me responde mientras acaricia mis labios con la yema de sus dedos—. ¿De qué tienes hambre?

—De ti —le confieso al tiempo que lo beso, metiéndole la lengua hasta la garganta y arrancándole un gruñido.

Sus manos se aferran con fuerza a mis caderas, pega mi sexo al suyo, que está hinchado, y empieza a frotarme contra su erección. Mis gemidos se ahogan en su boca cuando siento cómo una de sus manos libera mi cadera para colarse por debajo de mi camiseta y acariciar uno de mis pechos. Me da un suave pellizco en el pezón, consiguiendo excitarme aún más, arqueo mi espalda y la mano que quedaba aferrada a mi cintura me empuja ligeramente, para separarme unos centímetros de su cuerpo, y se cuela entre mis mallas y mi ropa interior para acariciar mi sexo. Sus dedos pasean entre mis pliegues con delicadeza, acarician mi clítoris, arrancándome un nuevo gemido de placer, y uno de sus dedos roza la entrada de mi vagina, que ruge furiosa por ser invadida.

—Mírame a los ojos y dime qué quieres. —Su voz vuelve a ser ronca, cargada de deseo y lujuria.

—A ti, dentro de mí. —Su dedo se abre paso hacia mi interior, con suavidad y firmeza a la vez. Vuelvo a gemir de placer sin poder apartar mis ojos de los de él.

—¿Así? —pregunta hundiéndose hasta el fondo mientras su otra mano vuelve a pellizcarme el pezón.

Asiento porque como siga así tres minutos más, conseguirá que me corra. Decido desabrocharle los vaqueros y enseguida veo la punta roma de su pene, peleando por liberarse y hundirse en mí. Saca su falange de mi interior para, acto seguido, volver a penetrarme con ella de una firme estocada.

—¡Dios! —exclamo mientras me aferro a sus hombros, y trato de contener los espasmos del orgasmo cuando sigue entrando y saliendo de mi interior con su dedo, rozando mi clítoris cada vez —. Por favor, Endika... —jadeo—. Por favor... —suplico mientras acaricio su falo, deseosa por sentirlo dentro de mí.

—No voy a metértela, Nayra, tendrás que conformarte con mi mano —me dice con la voz más sexi y lujuriosa del planeta, mientras sale de mi interior.

—¿Por qué? —consigo preguntar, colando mi mano entre sus vaqueros y calzoncillos para poder acariciar toda su grandeza.

—Por dos motivos. Uno: solo he traído dos condones. Dos: llegaré tarde a trabajar, y eso que entro a las tres. ¿Lo pillas? —Succiona mi lóbulo y se hunde un poco más en mi interior—. Pero si quieres jugar un rato, podemos hacerlo. —Su lengua recorre mi yugular—. Se me da bien. —De eso, no tengo la menor duda—. ¿Quieres que juguemos?

—Sí —consigo decir.

—Bien. Quitate la camiseta —me ordena mientras consigue bajarse los pantalones y los calzoncillos, dejando su enorme pene y sus testículos al aire. Obedezco y me quedo desnuda de cintura para arriba delante de él—. Tranquila, *maitia*, el día que me hunda en ti, no te haré daño. —Supongo que se ha dado cuenta de que me quedado mirando su verga con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Es enorme—. Ven aquí —me dice mientras me obliga a sentarme sobre sus rodillas, coge una de mis manos y la pone sobre sus testículos—. Acaríame —me ordena mientras vuelve a colar su mano entre mi ropa y mi sexo, para volver a hundir su dedo en mi interior. Obedezco y me dejo llevar por él, por sus caricias. Se agacha sobre mis pechos y empieza a succionarme el derecho, mientras su mano sigue moviéndose en mi sexo, haciéndome gemir de placer. Sus dientes tiran con suavidad de mi pezón, sus dedos me embisten con firmeza y rozan mi clitoris a cada embestida. Mi mano sube y baja por su falo, mi vagina se contrae, exigiendo más. Pasa a mi otro pecho y repite la operación. Echo mi cabeza atrás y lanzo un gemido de placer. Estoy al borde del colapso—. Mírame, Nayra. —Ni lo dudo un segundo. Veo cómo está tirando de su suéter y su camiseta interior hasta sus axilas, para dejar ese abdomen que parece esculpido en mármol al aire. Acaricio con mi otra mano todos y cada uno de sus abdominales—. Quiero que me mires a los ojos cuando te corras. —Como si pudiera apartar mi mirada de esas esquilas de hielo azul ensombrecidas por el placer y el deseo—. Y quiero oírte gritar. —Como si me pide que haga el pino puente ahora mismo. Haré lo que quiera porque no tengo voluntad ninguna, solo me dejo arrastrar por el placer que me está haciendo sentir. Su dedo entra con más fuerza en mi interior, me embiste con mayor fiereza, mi vagina se contrae y bramo su nombre cuando los espasmos del orgasmo sacuden mi cuerpo haciéndome temblar sobre él.

—¡Endika! —grito convulsionándome sobre sus muslos, sin dejar de masturbarlo. A los pocos segundos, él gruñe mi nombre, sin dejar de mirarme, mientras su semen sale disparado, aterrizando en su abdomen y resbalando caliente por mi mano. Con suavidad, retira su mano de mi interior, rozando por última vez mi botón de placer, haciendo que los retazos del orgasmo más maravilloso de mi vida recorran mi cuerpo y ericen mi vello. Sus dedos, los que no han estado en mi interior, recorren mis labios con sensualidad. Capaz será de hacer que me vuelva a correr simplemente con mirarme como lo está haciendo y con acariciar mis labios de esa forma.

—Ojos violeta, suéltame. Por hoy, ya me has exprimido bastante. —Me doy cuenta de que sigo aferrada a su verga. Se la suelto de golpe y él se ríe ante mi reacción—. Pásame tu camiseta para que pueda limpiar este estropicio antes de que pringemos el sofá.

—Es mi camiseta favorita —protesto.

—Te aguantas, luego la lavas —me dice mientras sigue acariciando mis labios—. La próxima vez que quieras que juguemos, tenlo todo bien preparado —me dice antes de darme un pico en los labios—. Pásame la puñetera camiseta antes de que mi corrida acabe esparcida por el sofá.

—Mira qué eres bruto cuando te lo propones —le respondo dándosela.

—¿Solo bruto? —pregunta alzando una ceja mientras se limpia el abdomen.

—No, solo bruto, no. —Me inclino para alcanzar sus labios—. También eres un dios del sexo

—le digo antes de besarlo.

—Pues espera a que te folle y verás. Tocarás el cielo con las manos, *maitia* —me dice mientras sostiene mi rostro entre sus enormes manos—. Vístete y vámonos a desayunar por ahí, o acabaré bajando al coche a por la caja de condones.

—¡Me has dicho que solo traías dos! —exclamo.

—Y es verdad. En mi cartera solo llevo dos; en el coche, una docena. —Vuelve a besarme, esta vez sin delicadeza ninguna, dejándome sin aliento—. Vístete antes de que pierda la poca cordura que me queda. —Me hago la remolona entre sus brazos—. Cámbiate, nena. —Sigo sin hacerle caso—. Obedece —gruñe. Cuando se da cuenta de que no lo pienso hacer, vuelve a tomar mi rostro entre sus manos y a clavarme esos ojos en lo más profundo de mi ser—. Vámonos, porque ahora mismo no tengo ni el tiempo ni los condones suficientes para follarte como quiero.

—Puedes bajar a por la caja —lo chincho.

—No voy a tener bastante con una sola caja. —Vuelve a alzar la ceja y a dibujar esa sonrisa gamberra—. Obedece de una vez, Nayra.

—Con una condición. —Creo que mi cerebro ha dejado de funcionar de nuevo.

—¿Cuál? —Sus ojos vuelven a ensombrecerse.

—Que comprarás más preservativos.

Se ríe y se muerde el labio inferior. Me encanta cuando hace eso.

—No te preocupes, nena. En mi casa, tengo tres cajas más. Vístete y vámonos.

Esta vez obedezco y pienso en todo lo que será capaz de hacer conmigo cuando se decida de una vez por todas a que lo hagamos. Y espero que no tarde mucho en decidirse, o moriré envuelta en llamas.

CAPÍTULO VII

Bilbao, 2016

Desperté con ella entre mis brazos, sintiéndome, por primera vez en mucho tiempo, feliz, tanto que decidí regalarnos el último fin de semana de nuestra historia juntos. Cuando regresáramos a Lanzarote, todo terminaría, me alejaría para siempre de ella. Contemplé su bello rostro y sonreí feliz, al recordar lo maravilloso que había sido amarla sin condiciones, sin barreras, sin culpa, la noche anterior. Acaricié su cabello, me empapé de su aroma, retuve su imagen en mi mente y atesoré cada segundo junto a ella en mi corazón. Despertó cuando sintió las yemas de mis dedos recorrer el perfil de sus labios, abrió sus indescriptibles y hermosos ojos violeta y sonrió feliz. No lo pude evitar y la besé con toda la delicadeza y dulzura de la que fui capaz. Me hubiera podido acostumar a eso, a despertar feliz a su lado, a besarla con todo mi cariño, a amarla sin pecado ni culpa. Hubiera podido, si ella no hubiera sido quien era ni nos separara lo que nos separaba.

—Buenos días, ojos violeta. —Se acurrucó más contra mi cuerpo.

—Buenos días, guapito de cara. —Sus dedos recorrieron las letras del tatuaje de mi brazo derecho, esas que marcaron a tinta la otra parte de nuestra historia—. ¿En qué punto estás ahora, cariño? —preguntó. El tatuaje que recorrían las yemas de sus dedos era una frase: «Me elevaste hasta el cielo para arrastrarme al infierno».

—En el cielo, *maitia* —respondí, tomándola por la barbilla y obligándola a mirarme a los ojos—. En el mismísimo paraíso, preciosa.

—Me gusta cómo suena. —Trepó por mi pecho hasta alcanzar mis labios y besarme, recorriendo con suavidad cada recoveco de mi boca, haciendo que nuestras lenguas bailaran juntas la más bella danza del mundo. Sus finos dedos se enroscaron en mis cabellos, sus esbeltas piernas rodearon mi cintura y su hambriento sexo buscó el mío—. Hazme el amor, Endika —me pidió con sus labios pegados a los míos.

—Como deseas —respondí, girando sobre mi cuerpo y tumbándola en la cama. Agasajé su cuerpo con tiernas caricias, con dulces besos. Rocé cada milímetro de su anatomía con las yemas de mis dedos, sin prisas. La penetré suavemente, sintiendo el calor de su interior envolviéndome. Me deleité en su placer, en ver cómo jadeaba a cada embestida mía, en sentir sus pezones erectos contra mi pecho. La amé lentamente, entrando con suavidad y firmeza mientras mis labios devoraban los suyos y me extasié al sentir cómo el orgasmo recorría su piel y su cuerpo, elevándome al cielo cuando me derramé en su interior. Apoyé el peso de mi cuerpo en mis antebrazos para no aplastarla y tomé su rostro entre mis manos—. Te amo, ojos violeta. Nunca lo olvides —le dije antes de darle un casto beso y salir, con la misma lentitud con la que había entrado, de su interior.

—Y yo a ti, cariño. Y yo a ti —me dijo antes de volver a abrazarse a mí. Hubiera podido quedarme así para siempre. ¡Vaya, si hubiera podido!

Aquel viernes fuimos a desayunar a nuestra cafetería, el Wiche Café Bakery, en la Plaza del Ensanche, a aquella cafetería en la que habíamos desayunado tantas veces años atrás. Visitamos el

Guggenheim, comimos en el Txakoli Simón, vimos el atardecer en la ría de Bilbao, regresamos al hotel, nos volvimos a amar y a dormir uno en brazos del otro. El sábado por la mañana fue ella la que me despertó, la que me reclamó más amor, más caricias, más de aquel bonito sueño que era tenernos el uno al otro sin que nada nos separara. Porque en aquel fin de semana, nada nos alejó, nada nos apartó, ni la verdad ni la culpa ni el dolor, nada. Solo éramos nosotros y el amor que siempre sentimos el uno por el otro, pero no ese tormentoso que nos había arrastrado al infierno en multitud de ocasiones. No, ese no fue. Fue el otro, el que nos elevaba al cielo, el que hacía que tocáramos el firmamento con los dedos, el que nos transportaba al paraíso. Quise morir a cada beso, a cada caricia, con cada envite por quedarme para siempre en su interior. Quise, pero no pude. Solo nos quedaba ese fin de semana. Después, la nada.

—Endika, quiero proponerte algo —me dijo recostada de nuevo a mi lado, con su sudoroso y menudo cuerpo pegado al mío, después de habernos amado aquella mañana de sábado.

—Dime, *maitia*.

Sonrió, clavó su codo izquierdo en la almohada y recostó su cabeza sobre su mano. Con la otra, siguió acariciando mi pecho mientras me perdía en su mirada violácea.

—¿Por qué no buscamos una casa en Lanzarote y empezamos de cero? Vayámonos a vivir juntos, a compartir más momentos como este. Dejemos de herirnos y amémonos como solo nosotros sabemos hacerlo.

—¿Te gustaría que lo hiciéramos? —pregunté mientras acariciaba el contorno de sus labios.

—Sí. Una vez me dijiste que me lo darías todo, que lo querrías todo de mí, y ha llegado ese momento. No quiero más dolor ni más sufrimiento entre tú y yo. Solo quiero esto, cariño, solo amarnos y ser felices. Es más, si quieres, buscamos ese hogar y ese nuevo comienzo en el lugar del mundo que tú quieras, pero quedémonos juntos para siempre.

—Como deseas —mentí por última vez en mi vida, sintiendo cómo mi corazón se rompía y mi alma se desgarraba—. Pero de momento, deleitémonos con esto, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto —me respondió con aquella bellísima sonrisa en su rostro—. Anda, levanta, démonos una ducha y disfrutemos de esta ciudad, de este nuevo comienzo y de nosotros —dijo tirando de mí y obligándome a levantarme.

Aquel sábado paseamos nuestro amor por el casco antiguo de Bilbao, subimos en funicular al mirador de Artxanda, contemplamos la ciudad bajo nuestros pies, comimos, bebimos, reímos. Nos amamos. Fue el mejor fin de semana que tuvimos, mucho mejor que aquel primero que compartimos cuando la verdad aún no nos había separado de aquella forma tan cruel en la que lo hizo.

Regresamos el domingo a Lanzarote, a aquella tierra de fuego hermosa, ardiente y única como era Nayra. Regresamos a la realidad, a la cruda existencia, y rompí todas y cada una de las promesas que le había hecho ese fin de semana porque no iba a haber un nosotros tras aquel último fin de semana, no íbamos a vivir juntos, no íbamos a compartir nada más. La dejé en el hotel, le dije que la amaba, porque era la única verdad que existía para mí, me despedí de ella hasta la noche y jugué mi penúltima baza.

—¿Qué haces aquí, Endika? —me preguntó Fayna clavándome su mirada, esa que hacía que la temiera.

—Cerciórate de que ella siga a salvo —le dije pasándole un sobre—. Si no es así, ya sabes lo que tienes que hacer con esto.

—¿Piensas ir a algún sitio? —me preguntó sin perturbarse, impasible, como siempre.

—Me marcho y no regresaré.

- Deberías llevarla contigo, muchacho. Separados nunca seréis felices.
- Lo siento, Fayna, pero no puedo. Ya sabes por qué.
- No lo sé, Endika. Solo conozco la parte que tú me quisiste contar.
- No necesitas saber más. Cuida de ella. Adiós.

Achicó los ojos, me miró de los pies a la cabeza y asintió. Me marché de allí, regresé a mi casa, llamé a mi abogado, dándole las últimas instrucciones, y lloré por ella. Supliqué por su perdón en silencio mientras me engullía la caja de somníferos que tenía y me bebía la botella de vodka que me quedaba. Me tiré al suelo del salón, me tumbé allí, como el perro y miserable ser que era, y dejé que el sueño me llevara hasta los brazos de la muerte. Esa fue la única forma que encontré de salvar su alma, de liberarla de nuestro pecado, de darle una nueva oportunidad. Morfeo vino, acompañado de Samael^[4], y me fui con ellos. Todo había terminado para nosotros. Lo único que me iba a quedar era una eternidad de sufrimiento y castigo en el infierno.

El diablo es un ser cruel, perverso y maquiavélico, por algo es el diablo. Encontrará la manera más dolorosa de castigarte, de fustigarte por tus pecados, como está haciendo conmigo. Abro los ojos y la veo a ella, a Nayra, a mi demonio, mi ángel y mi hada, frente a mí, con su hermosa cabellera sobre sus hombros, con su mirada violácea clavada en mí, con su perfume cosquilleándome la nariz. Sí, el diablo es cruel, porque me castiga poniendo ante mí lo único que jamás podré tener. A ella.

—Siempre te amaré —musito antes de volver a cerrar los ojos. Tampoco se lo voy a poner en bandeja de plata al diablo, así que solo le dejo que me haga sufrir unos segundos. Tiene el resto de la eternidad para seguir castigándome a su antojo.

La segunda vez que abro los ojos, ella sigue estando aquí. Esta vez no está de pie, sino que duerme en un sillón a mi lado, con sus dedos entrelazados a los míos. Respira con suavidad, duerme plácidamente. Recuerdo que una vez me dijo que solo a mi lado encontraba la paz, que por eso era capaz de dormir como una marmota siempre que yo estuviera con ella. Vuelve a parecerme la criatura más hermosa del universo. Sonríe y acaricio el dorso de su mano con la yema del pulgar.

—Nunca dejaré de quererte —le susurro. De nuevo, me dejo llevar a los brazos de Morfeo. No sabía que se llevara tan bien con el diablo. Al final, esto de estar en el infierno no va a estar tan mal, después de todo. Me duermo, con la calidez de su mano agarrada a la mía y su aroma envolviéndome.

Sí, el diablo es perverso, tanto que cuando despierto por tercera vez, Nayra sigue frente a mí. Lleva una ropa diferente a las otras dos veces, parece tener cara de cansada, unas débiles ojeras se vislumbran debajo de esas indescriptibles amatistas que tiene por ojos, su perfume se respira en el aire y tiene cara de enfadada. Lo sé porque le ha salido esa pequeña arruga en su frente, deliciosa como toda ella. Alargo la mano derecha para poder tocarla, pero el diablo es tan cruel que me ha atado con grilletes para que no pueda alcanzarla. ¡Qué hijo de puta eres, Lucifer! La pones ante mí para torturarme con su presencia. Dulce agonía y tormento. Miro mi brazo para intentar quitarme los grilletes y veo que estoy atado a una cama y que ese pinchazo que siento en el brazo es la aguja de una vía intravenosa. Mi otro brazo, el izquierdo, también está atado a la cama. Observo a mi alrededor y veo que estoy en un hospital. Llevo una de esas horribles batas, estoy en una cama, atado, con un gotero puesto y ese pitido que suena es el de la máquina que mide mis pulsaciones. La vuelvo a mirar a ella.

—¿He muerto? —le pregunto.

—No, aunque faltó muy poco. —Se está enfureciendo, lo sé porque la arruga de su frente se le marca más—. ¡¿Cómo se te ocurre hacer semejante gilipollez, Endika?! ¡¡¡¿Cómo?!!! —me grita al tiempo que rompe a llorar.

—¿Qué ha pasado? —Sigo confundido, creí estar muerto y parece ser que no lo estoy. O puede que sea una nueva forma que ha encontrado el diablo para torturarme.

—¿No lo recuerdas? —me pregunta ella secándose las lágrimas con un pañuelo.

—No con demasiada claridad. —«Por favor, que solo sea una forma de tortura, por favor», imploro para mis adentros.

—Me dejaste en el hotel después del mejor fin de semana que hemos tenido juntos, después de prometerme que empezáramos de nuevo, que nos iríamos a vivir juntos, que dejaríamos de hacernos daño para simplemente amarnos. Me dijiste que me amabas y te fuiste a tu casa, donde te tomaste una caja entera de somníferos junto con una botella de vodka. Si no hubiera llegado a tiempo, estarías muerto. ¡Eso es lo que ha pasado, cabeza de chorlito! —vuelve a gritar.

—No estoy muerto. —¿Tan patético puedo llegar a ser que ni siquiera sé quitarme la vida como es debido?

—¡¡No, no lo estás!! —brama esta vez—. ¿Por qué, Endika, por qué lo hiciste? ¿Por qué? —pregunta volviendo a romper a llorar.

—Porque es la única forma que encontré para alejarte de mí —confieso. Voy a romperle el corazón, tengo que hacerlo, es la única forma de salvarla—. Lo pensé mejor y no quiero estar contigo. Pero por mucho que me aleje de ti, tú siempre encuentras la forma de regresar a mi lado. Por eso lo hice, porque no quiero verte más. Se acabó, Nayra.

—¿Estás rompiendo conmigo? ¿Me abandonas? —Ha dejado de llorar. Asiento, mientras hago enormes esfuerzos por no ser yo el que se ponga a llorar—. ¿Por qué? Me dijiste que me querías, que siempre me has querido.

—Te mentí. Solo quería follarte de nuevo. —Escucho cómo su corazón se rompe una vez más.

—Mientes. —Ya sabía yo que no se iba a rendir tan fácilmente. Nunca lo ha hecho, siempre ha sido una guerrera, no sé por qué he pensado que esta vez lo haría a la primera de cambio—. Llevas mi rostro tatuado en la espalda, me amaste, Endika. Ve con ese cuento a otro, pero a mí no me engañas.

—Te equivocas, Nayra, llevo engañándote desde el día que te conocí. ¿De verdad crees que has sido la única a la que me he estado follando estos años? Reconozco que follas como nadie, pero contigo no tengo suficiente. Me he cansado de ti. Eso es todo. —La furia la invade, las aletas de su nariz se mueven al compás de su agitada respiración, se le hincha la yugular, va a explotar y lo hace, porque me cruza la cara de un enorme bofetón.

—¡¡Eres un maldito cabrón!!! ¡¿Me oyes?! ¡¡Un puto cabrón!!! —berrea.

—Creí que ya lo sabías. No sé por qué te sorprende. Lo único que he querido de ti ya lo he tenido. Te he follado todo lo que me ha dado la gana. Ahora ni siquiera eso me satisface.

—¡¡Hijo de puta!! ¡¡Te odio!!! —me vuelve a gritar antes de darme otra hostia, girar sobre sus talones y marcharse.

—Ojalá sea verdad y esta vez seas capaz de odiarme, *maitia*, ojalá —le digo a la nada antes de romper a llorar.

Estoy en el ala de psiquiatría del hospital ingresado por intento de suicidio. Yeray ha venido a verme y me ha contado lo que pasó. Después de tomarme los somníferos combinados con el alcohol, Nayra me llamó. Al parecer, Fayna la avisó de que pretendía marcharme. Como no

respondí ni a su llamada ni a sus mensajes, vino a mi casa, me vio tirado en el suelo del salón, a través de la ventana, se asustó, cogió una de las sillas de la terraza y rompió el cristal. Ella, mi guerrera, me salvó. Ella fue la que me encontró, la que llamó a emergencias, la que les dio a los médicos la caja vacía de somníferos y la botella de vodka, la que suplicó para que me hicieran un lavado de estómago, para que me salvaran, y la que se quedó junto a mí los tres días que permanecí en el limbo entre la muerte y la vida. Luchó por mí, por nosotros, por un nosotros que nunca debió existir.

Tras diez días en el hospital y numerosas entrevistas con la psiquiatra, a la que al final he convencido de que no se volverá a repetir, me dan el alta y me marcho a casa acompañado de Yeray. No hablo por el camino, tampoco es que tenga mucho que decir, porque cuando mi amigo me ha preguntado por qué lo hice, simplemente le he dicho que no se meta en lo que no le importa. Supongo que para no cabrearme o alterarme, ha dado por zanjada la conversación.

Al llegar a casa, me doy una ducha, necesito quitarme el olor a hospital. Me quedo bajo el grifo un buen rato, tratando de no romperme un poco más por dentro. Nunca la volveré a tener y, aunque sé que es lo mejor para ella, no sé si me podré acostumbrar a su ausencia. Porque eso es lo único que me quema por dentro, que me abrasa, que me quiebra. Pero por una vez en mi vida desde que la conocí, debo ser fuerte y no volver a caer en esta necesidad y este amor que me ata a ella, debo cortar los hilos que tejieron las parcas para unirnos y dejarla marchar. Ojalá se olvide de mí, aunque yo nunca la olvidaré a ella.

—¿Qué haces, Yeray? —pregunto cuando entro en la cocina y lo veo con el delantal puesto y entre fogones.

—Preparar la cena —me responde tan tranquilo.

—No necesito una niñera —replico mientras abro la nevera y saco una botella de agua. Me fijo que está a rebosar—. ¿Quién ha llenado mi frigorífico?

—Yo, por orden de Nayra. Por cierto, también me voy a quedar contigo. Mis cosas están en la otra habitación —me dice mientras le da la vuelta a la tortilla de patatas que está haciendo.

—¿De qué coño hablas, Yeray? —Sujeto con fuerza la botella para no acabar partiéndole la cara, porque seré capaz de hacerlo dependiendo de lo que me responda.

—Mira, no sé qué cojones os pasó ese fin de semana que os fuisteis a Bilbao ni por qué intentaste suicidarte, no tengo ni puta idea de qué os ata y separa al mismo tiempo, solo sé que las palabras textuales de Nayra han sido: «Te quedas a su cargo y como le pase algo, te corto los huevos». Y créeme, aprecio mucho mis pelotas. ¿Dónde coño vas? —me pregunta cuando ve que dejo la botella de agua sobre el banco de la cocina y cojo las llaves de mi coche.

—A decirle que me deje en paz de una puta vez —respondo mientras me guardo el móvil y la cartera en el bolsillo del vaquero.

—Yo que tú no lo haría. Está en casa de Fayna, con May, y esa sí te mata en cuanto te vea.

—¿Cómo que está en casa Fayna? ¿No está en el hotel? —pregunto sin llegar a abrir la puerta de mi casa.

—No, desde que os peleasteis en el hospital, no ha regresado al hotel. Solo va a trabajar y a ratos. Ya no se hospeda allí. Ni siquiera fue a recoger sus cosas. Mandó a May a hacerlo. —Se acerca a mí y me pone una mano en el hombro—. Deja que la cosa se calme un poco, piensa en qué le dirás y trata de arreglar esto, tío.

—No hay nada que arreglar, Yeray.

—Y una mierda. Eso no te lo crees ni tú, colega. Os morís el uno por el otro. ¡Joder, Endika! Tú por poco te quitas la vida y ella lleva diez días metida en casa de Fayna, con May haciéndole

compañía y llorando por ti.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque estoy saliendo con May. Así que por el bien de mis huevos y de los tuyos, relájate, deja que las aguas se calmen y arregla este estropicio.

—No hay forma de arreglar esto, Yeray. Le he hecho demasiado daño.

—Mira, por una vez, vamos a estar de acuerdo en algo. Daño sí le has hecho, y no poco, pero por muy extraño que parezca, cuanto más la hieres, más te quiere. O ella es masoquista o tú el tío con más suerte del planeta, porque a otro, por menos, lo despellejan vivo. Relájate y busca la forma de solucionar lo vuestro. Como dice mi madre, todo en esta vida tiene arreglo. Esto me lo quedo yo hasta nueva orden —me dice mientras me quita las llaves del coche de las manos—. Y voy a ver la puñetera tortilla, que todavía se me quemará por tu culpa —me dice, dejándome en el salón con la cabeza dando vueltas. ¿Es que Nayra jamás se rendirá, nunca dejará de creer en nosotros? Yeray tiene razón. Da igual el daño que le haga, las veces que le rompa el corazón, ella siempre encuentra un resquicio al que aferrarse, un atisbo de amor por el que luchar. Y yo ya no sé qué hacer para que me odie y así liberarla de mí.

Ha pasado un mes desde que me dieron el alta hospitalaria, que no la médica. He estado acudiendo a la psiquiatra una vez por semana y ella ha evaluado mi evolución. Al final, me da el alta médica para que pueda incorporarme al trabajo. Durante mi baja laboral, Yeray ha estado quedándose conmigo, repartiendo su tiempo entre el trabajo, ya que ahora ocupa mi puesto, May y yo. Es un buen tío, un buen amigo y no ha vuelto a insistir sobre el tema. Me ha dejado espacio, pero me ha hecho compañía al mismo tiempo. Le debo un favor. Solo espero poder pagárselo algún día.

—Toma, son los papeles del alta. Lléveselos a Nayra.

—¿Y por qué no se los llevas tú? —me pregunta mientras toma los papeles—. Eres el jefe de seguridad y así podréis hablar.

—No. El jefe ahora eres tú. Dile que arregle los papeles y mi finiquito. En quince días, me marchó.

—¿Que te marchas? ¿Adónde cojones vas ahora?

—A Ondárroa.

—¿Y qué coño vas a hacer allí?

—No lo sé. De momento, tengo dinero ahorrado para poder estar tranquilo un par de años. Me instalaré en la casa que era de mi madre, la que me dejó en herencia. He llamado a una empresa para que la acondicionen. Buscaré trabajo, tal vez en el mar o puede que en alguna empresa de seguridad. No lo sé. Pero me marchó, Yeray. Nada me ata aquí ya.

—¡Por Dios, Endika! ¿Vas a huir como un cobarde con el rabo entre las piernas en vez de ir y hablar con ella?

—Llévale los papeles. No tengo nada más de que hablar, colega.

—Te va a matar, ¿lo sabes? Y si no lo hace ella, lo hará May, pero vivo de esta no sales. Eso te lo aseguro.

—No tendré tanta suerte, Yeray —le respondo. No huyo como un cobarde. Dejarla marchar, alejarme de ella, es lo más valiente que he hecho en la vida.

Mi amigo no se equivocó en lo que dijo. Nayra se puso hecha una furia cuando Yeray le dijo que iba a abandonar el trabajo, le dijo que fuera yo el que tuviera los cojones suficientes de ir a

decírselo, pero no lo hice, no me quedaban fuerzas para enfrentarme a ella. Si la veía una vez más, mi determinación se iría al garete. Cuando May se enteró, vino a mi casa y montó un número de aúpa. Menos mal que Yeray estaba en casa y consiguió calmarla porque, tras llamarme cabrón, desgraciado, cerdo e hijo de puta, empezó a lanzarme a la cabeza todo lo que pilló por el salón. La dulce May y su endemoniado carácter cuando se trataba de defender a su amiga, a su hermana.

En parte, me alegró saber que Nayra no estaría sola. Aparte de Fayna, May cuidaría de ella cuando yo me hubiera ido. Tenían sus discrepancias, como todas las amigas, sobre todo, si se trataba de mi persona, pero May nunca le fallaría como yo lo había hecho. Terminé de empacar mis cosas y espero a la empresa de mudanzas para que se lo lleve todo a Ondárroa, excepto la maleta que dejo con la ropa que usaré los dos últimos días que me quedan en esta isla. Me dirijo al hotel, ya que Yeray me ha dicho que Nayra quiere verme para darme mi finiquito y, probablemente, la última de nuestras broncas. Trato de destensar el cuello antes de llamar a la puerta de su despacho, pero no sirve de nada. Solo rezo para tener la autodeterminación suficiente para no flaquear.

—Adelante —me responde ella cuando llamo a su puerta. Paso y ahí está, sentada tras su mesa, con su cabello suelto, su bronceada piel y sus ojos violeta clavándose en lo más profundo de mí ser. Lleva un precioso vestido blanco que realza cada una de sus curvas, dejándome sin aliento—. Vaya, pero mira a quién tenemos aquí. Al hombre más cobarde del mundo y al mayor cabrón del planeta.

—No quiero discutir, Nayra. Solo vengo a por lo mío.

—¿A por lo tuyo, dices? ¿Y qué es lo tuyo, Endika? Porque creí que era yo, pero al parecer, me equivoqué.

—Nayra, dejémoslo estar, ¿quieres? Dame mi finiquito y me largaré. No me volverás a ver en la vida.

—¿De verdad crees que te vas a deshacer de mí con tanta facilidad? Hace dos años, cuando me dijiste que me dabas la oportunidad de que me alejara de ti antes de que fuera tarde, te respondí que jamás me apartaría de ti. ¿Acaso no lo recuerdas?

—Lo cierto es que no —miento, porque recuerdo cada una de las palabras que nos hemos dicho.

—¿Por qué, Endika? Dame una razón, una explicación de por qué haces todo esto. Me amas, yo te amo y, sin embargo, tú te empeñas en hacerme daño y en alejarte de mí una y otra vez. No lo entiendo. Te juro que, por mucho que trato de comprenderlo, no lo logro. ¿Es que no soy lo suficientemente buena para ti?

—No quiero discutir, Nayra. Olvídate de mí. Yo ya ni te recuerdo.

—Eres un cerdo, ¿lo sabías? Maldita la hora en que te cruzaste en mi vida —me dice conteniendo la rabia y la furia. Se levanta de su sillón, coge un sobre que hay sobre la mesa, la rodea y me lo estampa en el pecho—. Aquí tienes lo tuyo. He sido muy generosa, Endika, te llevas un buen pellizco por haber estado todo este tiempo follándome.

—Gracias —le respondo cogiendo el sobre—. No esperaba menos de ti. Tienes dinero más que suficiente para pagar mis servicios sexuales o los de cualquiera —le respondo. Necesito que me odie, porque en sus ojos he visto ese atisbo de esperanza que tanto desea.

—¡Eres un hijo de puta! —grita antes de cruzarme la cara de un tortazo—. ¡Lárgate de aquí! ¡¡¡Fuera!!! —brama.

—Hasta nunca, Nayra —le digo girando sobre mis talones y disponiéndome a salir de su vida de una vez por todas, pero un golpe seco detiene mi huida. Cuando me doy la vuelta, ella está en el

suelo, sin conocimiento—. ¡¡Nayra!! —Con cinco zancadas llego a su lado, me arrodillo y la abrazo—. Nayra, ¿me escuchas? —le hablo mientras le sujeto la cabeza. Entonces me doy cuenta de que su sangre resbala entre mis dedos, la observo a ella y mi alrededor y veo un hilito de sangre en el pico de la mesa—. ¡¡¡Mierda!!! —grito mientras la cojo en brazos y salgo de su despacho—. ¡¡¡Yeray!!! —bramo llamando a mi amigo, que se había quedado cerca del despacho de Nayra a petición mía, por si la cosa se descontrolaba entre nosotros y tenía que entrar a mediar.

—¡¡Joder!! ¿Qué cojones ha pasado ahí dentro? —me pregunta visiblemente asustado.

—Se ha desmayado y se ha dado con el pico de la mesa en la cabeza —le explico mientras corro con ella entre mis brazos por el pasillo hacia la salida del hotel—. Coge las llaves de mi coche, están en el bolsillo delantero de mi pantalón, y llévanos al centro médico.

—Entre los dos, vais a conseguir que me dé un puñetero infarto —masculla mientras obedece. Me siento en el asiento trasero con Nayra entre mis brazos. Sigue inconsciente y yo presionó la herida que tiene en la parte trasera de su cabeza, intentando detener la hemorragia. No es que sea abundante, pero la sangre es muy escandalosa. Lo que me preocupa es que no recobra el conocimiento.

—Nayra, ¿me oyes, *maitia*? —le digo con dulzura—. Nena, despierta. —Sigue sin reaccionar—. Vamos, ojos violeta, mírame. No me hagas esto, preciosa, por favor —le suplico.

—Y luego tienes el valor de decir que no la amas. Hay que joderse —me suelta Yeray.

—Conduce y cierra el pico —le gruño. Yeray sacude la cabeza y obedece. El centro de salud está cerca del hotel, a menos de diez minutos en coche, pero a mí se me hace eterno el trayecto. Entro como un huracán en urgencias, pido una camilla para ella y me hacen pasar a una pequeña sala de reconocimiento.

—Espere fuera, señor —me dice una enfermera—. Enseguida vendrá el médico a atenderla.

—Me quedo con ella —le espeto a la pobre mujer. Ahora no pienso dejarla sola.

—Por favor, espere fuera —insiste, pero al ver mi cara de pocos amigos, cede—. De acuerdo, quédese, pero no moleste.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el doctor. No se lo pregunta a la enfermera, me lo pregunta a mí.

—Se ha desmayado y se ha dado un golpe en la cabeza con el pico de una mesa —le digo mientras el médico le dice a la enfermera que le tome la tensión a Nayra y él le examina la cabeza.

—Doctor, tiene la tensión arterial bastante alta —le dice la enfermera mostrándole el aparatito ese que no sé interpretar.

—Bien, vamos a graparle la herida de la cabeza y a esperar a que despierte para hacerle una tira de orina y una analítica. ¿Ha estado sometida a estrés últimamente? —me vuelve a preguntar a mí.

—Podría decirse que sí. —A ver cómo le explico que el causante de su estrés soy yo.

—Bien, no se preocupe, nos ocuparemos de su mujer. Ahora necesito que espere fuera, señor. —Abro los ojos como platos cuando dice eso. Entonces me doy cuenta de que sostengo una de las manos de Nayra entre las mías. No quiero dejarla ahí, pero el médico me mira muy mal y sé que puede llamar para que me echen a patadas, así que decido obedecer, le doy un beso a Nayra en la frente y salgo. Yeray me está esperando en la sala de espera.

—¿Qué te han dicho?

—Nada —respondo mientras me dejo caer en una silla—. Van a ponerle unas grapas en la herida de la cabeza y a hacerle una analítica de sangre y orina porque tiene la tensión alta. —Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en la pared al tiempo que cierro los ojos.

—¿Tan grande ha sido la bronca para que acabe desmayándose? ¿Qué le has dicho esta vez, tío?

—No quiero hablar del tema. Ahora no, colega.

—Está bien, como quieras. De todas formas, si no te sale de los cojones, no vas a soltar ni prenda. —Resoplo hastiado—. Anda, ve al baño y límpiate. Estás lleno de sangre.

Abro los ojos, miro mis manos y mi camiseta. Sí, estoy cubierto de sangre de Nayra.

—Vuelvo enseguida —digo mientras me pongo en pie. Voy al baño y consigo quitarme la sangre de las manos. Lo de mi camiseta ya no tiene arreglo, la tendré que tirar. Regreso a la sala a los diez minutos y veo que pasa otra enfermera a la sala, empujando un aparato que no sé qué es. Sale la primera enfermera que nos ha atendido con un bote con una muestra de orina y un tubo con sangre. Eso significa que Nayra está despierta. El tiempo pasa lento, no oigo lo que sucede dentro de la habitación donde están atendiendo a Nayra y tampoco sale el dichoso médico a decirme nada. Yeray me está poniendo nervioso con el repiquetear de su pie en el suelo, así que le lanzo una furibunda mirada y para. Al cabo de no sé cuánto tiempo, el doctor me hace pasar. Nayra está llorando y empiezo a asustarme—. ¿Qué ocurre? ¿Ella está bien? —le pregunto al médico con muy mala cara.

—Sí, tranquilo, no se preocupe. Se pondrá bien en un rato. Solo déjela asimilar la noticia.

—¿Qué noticia? ¿De qué está usted hablando?

—Enhorabuena, su mujer está embarazada.

Abro los ojos desorbitadamente, miro al médico y a Nayra, y pienso que las putas parcas no pueden ser más cabronas.

CAPÍTULO VIII

Bilbao, 2014

Llevamos tres semanas saliendo y estoy cansada de que Endika juegue al gato y al ratón conmigo. No digo que no me gusten nuestros juegos sexuales, porque gustarme me gustan, pero quiero más. Endika es un experto en el arte de dar placer, pero ya no me basta con que lo haga con sus dedos. Necesito más, mucho más, lo quiero a él en mi interior, así que lo voy a poner a prueba, a ver si es capaz de decirme hoy que no. Porque eso de que te aplaste contra el sofá o el asiento del copiloto del coche y de que sus dedos se cuelen entre tus piernas, te acaricien, te penetren y te den placer está bien, pero ya no me es suficiente.

—¡Por los clavos de Cristo, Nayra! ¿Vas a salir así a la calle? —me pregunta May cuando salgo al salón, donde me está esperando. Esta noche salimos con Endika y uno de sus compañeros de trabajo, en una especie de cita doble, aunque no creo que May llegue a nada con Unai.

—Sí, ¿por qué?

—Porque o pillas una pulmonía o matas de un calentón a media ciudad. A eso se le llama vestirse para pedir guerra, y lo demás, tonterías.

—Es que quiero guerra, May. A ver si Endika es capaz de resistirse cuando me vea.

—Cielo, si hoy no sucumbe a tus encantos, plantéate el hecho de que pueda ser gay.

—Gay no es, eso te lo aseguro, pero por algún motivo, todavía no lo hemos hecho y lo necesito.

—Eso no hace falta que lo jures. Anda, vámonos. ¡La cara que va a poner cuando te vea va a ser todo un poema! Y la pienso grabar —me dice riendo mientras me pongo la cazadora de cuero y nos vamos al Colombo, donde hemos quedado con ellos. Mi atuendo se compone de unos pantalones de cuero que me he comprado, un top que deja más bien poco a la imaginación, unos zapatos de tacón de quince centímetros con plataforma, mi cazadora de cuero y un pequeño fular. ¡Ah! Y el conjunto de ropa interior más sexi del mundo en color rojo. Si Endika no pilla la indirecta, es que es tonto.

Llegamos al Colombo a las diez y cuarto. Endika y Unai vendrán directamente del trabajo, ya que tenían turno de tarde y salen a las diez, así que no tardarán. Nos sentamos en la mesa que habíamos reservado, al fondo del local, y Leire, que me mira con muy mala cara, nos trae la carta y nos pregunta si queremos algo para beber mientras esperamos. Mi amiga y yo nos pedimos dos Martini blancos. Nos hemos sentado de cara a la puerta porque en cuanto Endika entre, me voy a poner en pie para saludarlo y la loca de May tiene el móvil en la mano para grabarle el careto. Esas han sido sus palabras textuales. No llevaremos ni diez minutos sentadas cuando la puerta se abre y ellos entran. Me pongo en pie y levanto la mano para que Endika me vea y por poco se le salen las bolas de los ojos de las órbitas. Veo cómo su nuez de Adán sube y baja por su garganta, tratando de respirar con normalidad, mientras se acerca a nosotras con Unai a su espalda, y cómo se muerde el labio inferior. Juraría que se ha recolocado el paquete con disimulo mientras andaba hacia aquí.

—Hola, guapito de cara —lo saludo, poniendo mis manos en su pecho y tratando de alcanzar

sus labios.

—Ojos violeta, ¿qué pretendes vistiéndote así? ¿Que le parta la cara a media ciudad o qué? —me dice tomando mi mano y obligándome a girar sobre mis tacones para mirarme de arriba abajo. Luego me da un pico. Frustrante, porque pensaba que me iba a meter la lengua hasta la garganta cuando me viera.

—¿Por qué dices eso? ¿No te gusta? —lo chincho.

—¿Gustarme? No, preciosa, no me gusta. Me encanta, a mí y a todos los tíos del planeta. —Sus dedos rozan mi cintura medio desnuda—. May, cámbiate de sitio.

—Y eso ¿por qué? —le pregunta mi amiga, que jamás hace lo que él ordena.

—Porque no me apetece liarme a hostia limpia con nadie tan pronto —responde Endika. May se levanta y se cambia de lugar, sentándose al lado de Unai—. Tú, al rincón —me dice después de darme una cachetada en el trasero—. ¡Menuda noche me espera! —me susurra al oído y yo le dedico una inocente y seductora sonrisa.

Cenamos en el Colombo, reímos, le pongo ojitos y coqueteo con Endika, que de vez en cuando resopla y se muerde el labio inferior. Me encanta que haga eso. Después de cenar nos vamos a la sala Rock Star. May va con Unai en su coche y nosotros, en el de Endika.

—¿Dónde te crees que vas? —me dice, sujetándome por la cintura e impidiendo que me baje del coche cuando aparca. De nuevo, sin saber cómo cuernos lo hace, acabo sobre sus muslos—. Ven aquí, porque llevo deseando hacer esto desde que te he visto. —Me agarra por la nuca, estampa mis labios contra los suyos y su lengua se enreda con la mía. Gimo de placer cuando su mano se cuela debajo de mi top y sujetador y me pellizca con suavidad uno de mis pezones.

—Endika... por favor... —consigo decir.

—Dime por qué te has vestido así. —Su mano sigue masajeando mi pecho. La mía se posa sobre su entrepierna.

—Porque estoy cansada de tanto juego, guapito de cara. Quiero esto dentro de mí —le respondo, apretando su abultado pene con mi mano. Suelta un gruñido de placer cuando hago un poco más de fuerza.

—Llama a May y dile que no nos esperen. —Lo miro a los ojos sin creer del todo que de verdad vamos a hacerlo—. No vas a volver a tu piso en todo el fin de semana.

—¿En todo el fin de semana? —pregunto con los ojos encendidos de deseo.

—Sí, nos vamos a mi casa y no pienso dejarte salir en todo el puto fin de semana. —Me da el último pellizco en el pezón antes de devolverme a mi asiento—. Llámala antes de que te arranque la ropa y te folle aquí mismo. —Me abrocho el cinturón, él arranca y yo llamo a mi amiga para decirle que no volveré para dormir. No me atrevo ni a mirarlo de camino a su casa porque estoy nerviosa y ansiosa. Aparca cerca de su piso y subimos cogidos de la mano—. Pasa —me dice abriendo la puerta de su apartamento. El salón es bastante amplio, hay un sofá y una especie de sillón de diseño de cuero blanco, con el armazón de metal y el asiento casi a ras de suelo. Endika cierra la puerta con llave y baja las luces del salón, dejando solo la lámpara que hay al lado del sillón encendida. Me mira y se acerca a mí con paso lento, se quita su cazadora y la deja sobre una silla—. Dame tu bolso. —Se lo paso porque estoy bloqueada, sus ojos oscurecidos por el deseo me han dejado sin habla ni voluntad. Rodea mi cuerpo, se coloca a mi espalda y me quita la chaqueta con cuidado. Su aliento roza mi cuello—. Ni te imaginas lo que voy a hacer contigo, ojos violeta. —¡Dios! Su voz es tan sensual que ha conseguido ponerme los pezones en punta—. No te muevas de aquí. Ahora vuelvo.

—¿Dónde vas? —pregunto con el poco aire que retengo en mis pulmones.

—A por las esposas y los condones —me responde mientras su mano acaricia mi vientre. Sigue detrás de mí y me pega a su pecho, siento su erección en la parte baja de mi espalda y tiemblo de placer.

—¿Vas a esposarme? —Mi entrepierna palpita, ansiosa ante esa posibilidad. Su mano se posa en mi barbilla, me obliga a alzar la cabeza, a apoyarla en su pecho y veo de nuevos sus ojos cargados de deseo y lujuria.

—Voy a hacerte de todo, preciosa, y todo te va a encantar. Gritarás tanto de placer que mañana estarás sin voz. —Acto seguido, me mete la lengua hasta la garganta y devora con ansiedad mis labios. Siento cómo mi flujo ha empapado mi ropa interior—. No te muevas de aquí —me ordena antes de desaparecer. Tengo que apoyarme en el sillón porque mis rodillas tiemblan. No tarda ni un minuto en volver y, efectivamente, lleva unas esposas y una caja de preservativos, que deja en la mesita que hay frente al sofá—. Ven aquí —me ordena agarrándome por la mano y acercándose al sillón. Vuelve a mirarme de los pies a la cabeza y se muerde el labio inferior—. Te prohíbo que vuelvas a ponerte eso para salir a la calle. Tienes demasiado peligro con esa ropa. —Se relame los labios al tiempo que rodea mi cuerpo y vuelve a ponerse a mi espalda—. Levanta los brazos. —Obedezco sin dudar. Sus dedos se enredan en mi top y tira de él lentamente hasta quitármelo. Enrosca mis manos a su cuello, acaricia mis brazos, mis costados y mi vientre, mientras su lengua recorre mi yugular, haciendo que me retuerza de placer. Vuelve a colocarse delante de mí y me observa—. Eres preciosa —me dice con la voz cargada de deseo. Se desabotona su camisa poco a poco, dejándome ver su increíble torso. Me muero de ganas de acariciar cada uno de sus músculos, de sus pectorales, abdominales y oblicuos, pero cuando alzo la mano para hacerlo, me lo impide—. No —me dice agarrando mi mano y poniéndola a mi espalda—, aquí el único que toca soy yo. —Sus labios se funden de nuevo con los míos y gimoteo de placer en su boca. Quiero que me desnude de una puñetera vez y me empotre contra la pared, pero parece que se va a tomar su tiempo con los preliminares—. Quieta —me dice apartando mi otra mano del botón de su vaquero—. No seas impaciente, ojos violeta —su aliento acaricia mi cuello y su voz es ronca—. Necesito que estés muy mojada y húmeda, porque te voy a penetrar de una sola estocada. —Voy a morir por combustión espontánea como esto siga así—. Voy a hundirme en lo más profundo de tu interior, preciosa, pero no quiero hacerte daño, solo quiero oírte gritar de placer, *maitia*. —¡Dios! Ya verás cómo me da un infarto—. Quiero que disfrutes, que te retuerzas, te desinhibas. Que te entregues a mí como jamás te has entregado a ningún hombre. —Su voz es tan ronca que hace que se me erice el vello. Jamás he estado tan excitada como ahora—. Y si hay algo que no quieras hacer, lo que sea que te haga sentir incómoda, dilo y pararé. —Se arrodilla ante mí, hace que apoye una mano en su hombro para no perder el equilibrio y me quita los zapatos. Desabrocha mis pantalones de cuero y me los baja, haciendo que resbalen lentamente por mis piernas. Vuelve a ponerme los zapatos, me mira y, de pronto, muerde mi sexo con suavidad por encima de mi ropa interior. Grito de placer y él dibuja esa chulesca sonrisa que tanto me gusta—. Me encanta este conjunto de ropa interior y tus tacones. Estás increíblemente sexi con ellos —me dice mientras se pone en pie y me devora con la mirada. Como ha hecho con su camisa, hace lo mismo con sus vaqueros, hasta llegar a sus tobillos. A patadas, se quita los zapatos y los pantalones—. Ven —me dice tendiéndome la mano y sentándome en el sillón. Se coloca tras de mí, me baja los tirantes del sujetador y agarra mis brazos con suavidad. Me obliga a alzarlos, pasa las esposas por detrás del armazón metálico del sillón y me esposa—. Eres una autentica tentación —me susurra al oído mientras sus dedos se cuelan en las copas de mi sujetador y vuelve a pellizcar mis pezones. Los suelta y se coloca frente a mí, devorándome con la mirada, como si fuera un felino y yo, su presa.

Estoy totalmente sometida a él, a sus deseos y sus caprichos, y no me importa. Puede hacer conmigo lo que le dé la gana, porque ahora mismo no tengo voluntad. Solo quiero que me folle como nadie lo ha hecho—. Lo que voy a disfrutar de ti, ojos violeta —me dice antes de arrodillarse frente a mí. Acaricia mis muslos con suma suavidad mientras sus labios empiezan a recorrer mis tobillos y mis pantorrillas con su lengua, húmeda y ardiente—. Eres deliciosa. —Sus dedos se cuelan entre mis ingles y mi ropa interior para acariciar mis labios vaginales. Un escalofrío de placer recorre mi cuerpo de los pies a la cabeza. Estoy a punto de correrme. Gimo de placer mientras su lengua llega a mis muslos. Sus manos dejan de estar en mi entrepierna y suben por mi vientre. Su abultado pene roza mi sexo cuando se inclina sobre mí para besarme con furia y desabrocharme el sujetador, dejando mis pechos al aire—. Absolutamente deliciosa — repite antes de que su lengua empiece a hacer círculos en mis aureolas.

—Endika... por favor...

—¡Shhh! No seas impaciente —me responde antes de mordisquear con suavidad mis pezones y tirar de ellos, mientras una de sus manos los acaricia y la otra recorre el perfil de mis labios, consiguiendo que vuelva a gemir de placer. Me encantaría poder agarrarlo por el pelo y obligarlo a que se quedara ahí, devorando mis pechos, pero las malditas esposas no me dejan y eso consigue que me excite más. Él es el que lleva las riendas y me gusta y excita a la par. Su lengua se desliza por mi vientre hasta llegar a mi ombligo, donde también hace círculos antes de hundirse el él.

—¡Dios! —grito esta vez al tiempo que lo miro. Ahí están esa mirada ardiente y esa sonrisa soberbia—. Endika... por favor... estoy al borde del colapso.

—Puedes correrte las veces que quieras, nena, porque esto no ha hecho más que empezar —me dice mientras sus dedos se enroscan en la goma de mis braguitas y me las quita. Acto seguido, él se despoja de sus calzoncillos, dejando su pene expuesto ante mí. Lo devoro con la mirada antes de volver a suplicar.

—Endika... por favor... quiero sentirte dentro.

—Todavía no —me dice mientras me coge por las rodillas y separa mis piernas para dejarme totalmente abierta y expuesta ante él—. Primero la lengua, nena —me dice antes de darme un lametón desde el perineo hasta mi clítoris sin dejar de mirarme.

—¡Joder! —bramo. Cuando dijo que era el dios del sexo, no mentía porque sabe cómo, dónde, cuándo y de qué forma tocar, acariciar o lamer—. Endika... —farfullo cuando siento su lengua entrar en mí. Trato de alzar mis caderas para que entre más, pero me retiene, sujetándome con firmeza.

—Quieta —me ordena antes de volver a inclinarse sobre mi sexo y hacer círculos con su lengua alrededor de mi clítoris. Convulsiono de placer cuando alcanzo mi primer orgasmo—. Eso es, nena, córrete. Cuanto más mojada estés, más fácil entraré. —Sigo retorciéndome de placer cuando él me penetra con dos dedos mientras me besa. Arqueo mi espalda para darle más ángulo, retuerce los dedos en mi interior y alcanza un punto que ni siquiera yo sabía que existía, consiguiendo que tenga mi segundo orgasmo—. Me encanta sentir cómo te corres. —Mordisquea mi hombro mientras yo sigo estremeciéndome de placer.

—Endika... te lo suplico...

—¿Qué quieres? Pídelo, nena —dice mientras sus dedos siguen entrando y saliendo de mí—. Pídeme lo que quieras.

—Te quiero a ti, dentro de mí, hasta lo más profundo.

—Como deseas —me dice antes de sacar sus dedos de mi interior, rasgar el envoltorio de un

preservativo y ponérselo—. Abre las piernas. —Obedezco, ansiosa por sentirlo en mi interior. Vuelve a lamer mi botón de placer, a acariciar la entrada de mi sexo, comprobando si estoy lo suficientemente húmeda y, sin vacilar ni errar, me embiste de una certera estocada, hundiéndose en mí.

—¡Joder! —grito muerta de placer. Es grande y yo, estrecha, pero sabe hundirse sin hacerme daño. Solo siento placer. Trato de alzar mis caderas, pero me vuelve a retener con firmeza.

—Quieta, tienes que amoldarte a mí. —Sus labios recorren de nuevo mi cuello mientras mi vagina se contrae alrededor de su pene—. Voy a desatarte y a empotrarte contra la pared —me susurra al oído mientras se mueve con lentitud en mi interior, entrando y saliendo unos milímetros y rotando sus caderas, consiguiendo que me siga retorciendo de placer y que mi vagina se amolde a su falo—. Enrosca tus piernas en mi cintura —me ordena mientras me quita las esposas y se hunde un poco más en mi interior. Con suma agilidad, se levanta conmigo aferrada a él, con él en lo más profundo de mi interior, da cinco enormes zancadas y me estampa contra la pared antes de hundirse más, si es que eso es posible. Me agarro con fuerza a sus hombros, él me sujeta por las caderas, me hace subir y bajar por su grandeza, me embiste con firmeza y termino mordiendo su hombro y arañando su espalda cuando me corro de nuevo. Unas pocas embestidas más tarde, gruñe en mi cuello mientras alcanza el orgasmo. Me retiene contra la pared mientras tratamos de recobrar la respiración, mi cabeza cae laxa sobre su hombro y rodeo su cuello con mis brazos. Jamás en mi vida había sentido tanto placer—. Eres absolutamente deliciosa, ojos violeta —me dice antes de besarme y encaminarse, conmigo aferrada a él, a su dormitorio. Una vez allí, sale de mi interior, me tumba en la cama, se quita el preservativo, se inclina sobre mí, me abre las piernas de nuevo y besa mi pubis—. Preciosa, maravillosa y deliciosa —me dice antes de tumbarse a mi lado, abrazarme y recostar mi cabeza sobre su pecho—. Será mejor que descanses, *maitia*, porque mañana por la mañana pienso repetirlo.

—Creí que lo íbamos a repetir ahora —ronroneo como una gatita.

—No. Quiero que esto se calme —dice acariciando mi sexo—, para poder disfrutar de nuevo de él. Eres pequeña y estrecha, nena, y no quiero hacerte daño. Aunque estés húmeda y mojada, acabarás dolorida si lo repetimos ahora porque yo soy grande y tienes que ir amoldándote poco a poco a mi tamaño. Además, tenemos todo el fin de semana por delante. Duérmete —me dice mientras aparta su mano de mi sexo y me da un beso en la frente. Obedezco por dos motivos. El primero: me ha dejado más que satisfecha. Tenía razón en eso de que todo lo bueno se hace esperar y el sexo con él es magnífico. El segundo: mañana seré yo la que lo ate a él. Porque pienso hacerle pagar el suplicio por el que me ha hecho pasar.

Los primeros rayos de sol que se cuelan por la ventana son los que me despiertan. Endika duerme a mi lado, con mi pierna enroscada a una de las suyas y su brazo rodeando mi cintura. Siento su calor, su piel contra la mía y pienso que no hay mejor lugar en el mundo que este ahora mismo. Necesito ir al baño, así que me deshago con suavidad de su agarre para no despertarlo y voy a hacer pis. Me escuece un poco, aunque supongo que es normal si tenemos en cuenta el tamaño de su verga. Es enorme, como todo él. Me miro en el espejo cuando voy a lavarme las manos. ¡Dios, estoy espantosa! Tengo el rímel corrido y el pelo hecho una maraña. Me lavo la cara, busco en los cajones del mueble del baño y encuentro un peine.

Poco a poco, me voy desenredando los cabellos, me cepillo los dientes con un cepillo a estrenar que encuentro y me miro en el espejo. Vale, ahora estoy presentable. Salgo del baño y veo que Endika sigue durmiendo bocabajo, destapado y desnudo, completamente espatarrado en mitad de la cama. ¡Dios! Tiene un culo perfecto, una espalda magnífica y cara de ángel, aunque luego sea

un diablo travieso y juguetón. Mi vagina se contrae cuando él se da la vuelta y queda bocarriba, con toda su grandeza al aire. Si me quedo un segundo más mirándolo, al final voy a saltar sobre él, así que me encamino hacia la ventana para ver cómo termina de salir el sol. Cruzo los brazos sobre mi pecho y masajeo mis hombros con mis manos mientras dejo que los rayos de sol bañen mi rostro.

—Nayra. —Escucho que me llama, giro un poco mi tronco para mirarlo sin que el sol deje de acariciar mi piel, veo que tiene el móvil en la mano y escucho el clic cuando me hace una foto—. Preciosa —dice mientras mira la instantánea que me acaba de hacer—. Ven aquí —me ordena dando palmaditas sobre la cama para que acuda a su lado. Me tumbo a su lado y vuelve a rodear mi cuerpo con sus brazos—. Buenos días, *maitia*. —Me da un casto beso en la boca—. ¿Has descansado? —Asiento perdiéndome en esos maravillosos ojos azules que tiene—. Bien —dice antes de darme otro beso—. ¿Te escuece? —pregunta poniendo una de sus manos en mi sexo.

—Un poco, cuando he ido al baño —reconozco—. Aunque supongo que es normal si tenemos en cuenta tu tamaño —le digo mientras acaricio su falo.

—Por eso te dije que no lo íbamos a repetir anoche. —Saca su mano de entre mis piernas y toma mi rostro entre sus manos—. Pero te acostumbrarás. Solo es cuestión de practicar. —Me besa, esta vez con pasión y deseo—. Vete a la ducha mientras yo preparo el desayuno.

—¿Y no podemos empezar con las clases prácticas ahora? —protesto mientras intento trepar a su pecho, pero no me lo permite. Me tumba de espaldas, recuesta el peso de su cuerpo en sus antebrazos y yo abro las piernas para que se coloque entre ellas.

—No, ahora no —me musita al oído—. Date esa ducha, te vendrá bien para calmar ese escozor y luego quiero que desayunes. Tienes que recuperar fuerzas, nena, porque luego sí lo repetiremos.

—Eres un aguafiestas, ¿lo sabías? —digo mientras lo retengo contra mi cuerpo, enroscando mis piernas a su cintura.

—Y tú, una impaciente —me replica mientras se deshace de mi agarre—. Dúchate y desayuna, porque luego pienso empotrarte contra cada pared de esta casa —me dice mientras se pone en pie, pero yo me quedo remoloneando en la cama, con todo mi cuerpo desnudo y mis piernas abiertas. Se inclina y me da otro beso, esta vez en mi sexo—. Obedece, Nayra —me ordena mientras me tiende la mano para ayudarme a levantarme de la cama.

—Vale, pero luego tendrás que cumplir con lo que acabas de decir. —Me pongo de puntillas para intentar alcanzar sus labios.

—Luego podrás pedirme todo lo que quieras, ojos violeta, porque complaceré cada deseo que tengas —responde antes de besarme con tanta pasión que se me olvida respirar y a él se le pone dura—. Dúchate de una puta vez, Nayra, antes de que me lo piense mejor y te vuelva a follar —dice antes de darme una suave cachetada en el trasero—. Vas a acabar volviéndome loco —confiesa antes de coger unos calzoncillos del cajón de la mesita y dos camisetas de su armario. Se pone una y deja la otra sobre la cama—. Ponte eso cuando termines de ducharte porque como te vuelva a ver con esos puñeteros pantalones de cuero puestos, no desayunarás —me dice antes de dejarme en la habitación a solas.

La ducha me sienta de maravilla, se lleva los restos de sudor de mi piel y calma el escozor de mi entrepierna. Me seco el pelo con una toalla, lo cepillo, me pongo su camiseta sin nada debajo y voy a buscarlo. Está terminando de dejar el desayuno en la mesa del salón. Ha recogido nuestras ropas y las ha dejado sobre el sillón al que me ató anoche. Las esposas siguen colgando del armazón. Un cosquilleo se instala en mi vagina cuando recuerdo todo lo que me hizo anoche, que fue delicioso y maravilloso a la vez.

—¿Quieres café? —me pregunta cuando me acerco a él. Asiento y me sirve una taza—. Siéntate y desayunemos —me ordena deshaciéndose de mis brazos, que se habían enroscado a su cintura. Obedezco y me siento a su lado. Cojo una tostada de pan, la unto con el tomate que ha rallado y le pongo un poco de queso fresco encima. Le doy un buen bocado y mis tripas rugen de forma escandalosa—. Vaya, veo que estás un poco hambrienta, preciosa —se mofa.

—Eso parece —respondo—. Y no son solo mis tripas las que están hambrientas.

Se ríe, se muerde el labio y acaricia mi muslo hasta llegar a mi ingle.

—No te preocupes, ojos violeta. Después de desayunar, saciaré ese apetito también. —Me da un ligero pellizco en uno de mis labios vaginales antes de darle un enorme mordisco a su tostada. Decido no tentar más a la suerte y esperar a terminar de desayunar porque, en realidad, estoy famélica. Cuando terminamos, recogemos la mesa entre los dos y Endika friega los platos y las tazas mientras yo los seco y los guardo donde él me dice—. Voy a darme una ducha. Ahora vuelvo —me susurra al oído antes de darme un beso en la mejilla—. Y, esta vez, no me espíes —me dice riéndose y dejándome a solas en la cocina. Salgo al salón y quito el mantel de la mesa, lo dejo doblado sobre una de las sillas y cojo la ropa del sillón. Quería ponerme mis braguitas, pero están empapadas de flujo, así que lo descarto. De pronto, una de sus enormes manos me atrapa por la cintura y pega mi espalda a su pecho. La otra me arrebató mi prenda interior—. No vas a necesitar esto en todo el fin de semana —dice mientras la lanza contra el sofá. Su voz vuelve a ser ronca. Me hace girar sobre mis talones y veo que está completamente desnudo—. Dime, ¿cómo está esto? —Pone su mano en mi sexo—. ¿Listo para acogerme de nuevo? Porque me muero de ganas de hundirme en ti, *maitia*. —No sé cómo lo hace, pero con solo hablarme, es capaz de encenderme como una antorcha.

—Sí, pero ahora es mi turno —digo, girando sobre mis talones, dándole un empujón y tumbándolo en el sillón. Bueno, en realidad, es él el que se tumba, porque con su tamaño y mi fuerza, es imposible que lo haga yo sola.

—¿Tu turno para qué? —me pregunta con esa mirada oscurecida y esa chulesca sonrisa. Me siento a horcajadas sobre él, le cojo por los brazos para alzárselos por encima de la cabeza y lo esposo.

—Para hacerte lo que me dé la gana, guapito de cara —le susurro al oído antes de succionar su lóbulo—. Voy a hacer que te retuerzas de placer. Esta vez, vas a ser tú el que grite. —Recorro su cuello y su torso con mi lengua hasta llegar a su pezón derecho y lo muerdo con suavidad.

—¡Dios! —exclama arqueándose.

—Quieto —le digo, pegando más mi sexo al suyo, pero sin dejarlo entrar y repitiendo la operación con el otro pezón.

—Nayra, me estás poniendo como una moto —gruñe con la voz cargada de lujuria.

—Pues espera y verás —le respondo mirándolo con la mayor de las picardías dibujada en mi rostro—. Esto no ha hecho más que empezar. —Lo beso, metiéndole la lengua hasta la garganta, succionando su labio inferior y arrancándole un nuevo gemido. Lo obligo a echar su cabeza hacia atrás y beso su nuez de Adán mientras desciendo por su cuello hasta detenerme de nuevo en sus pezones. Mientras los succiono, acaricio sus abdominales hasta llegar a sus oblicuos. Su torso me vuelve loca, así que decido lamerlo de arriba abajo.

—¡Joder! —vuelve a bramar cuando nota mis labios sobre su glánde—. Nena, como sigas así, harás que me corra. —Le dedico una maquiavélica sonrisa antes de lamer su miembro—. ¡¡¡Dios!!! —chilla cuando me meto su glánde y parte de su tronco en mi boca. Alza sus caderas, pero pongo mis manos sobre ellas.

—Quieto —le ordeno antes de volver a meterme su pene en mi boca.

—Nayra... suéltame... —Le cuesta respirar mientras yo sigo succionando y raspando la punta de su verga con los dientes—. Suéltame para que pueda empostrarte en la pared.

—Ni lo sueñes. Ahora mando yo —le respondo, y vuelvo a lamer toda su grandeza antes de metérmela de nuevo en la boca y acariciar sus testículos.

—¡Mierda! —exclama cuando mi lengua hace círculos alrededor de la base de su pene y una de mis manos empieza a masturbarlo—. Nayra, suéltame de una puta vez. —No obedezco y vuelvo a raspar su glande con los dientes—. ¡¡Joder!! —grita cuando succiono con fuerza—. Como no pares, me voy a correr en tu boca. —Mis labios se aprietan más contra su pene y mi mano masajea con más intensidad sus testículos. Siento el líquido preseminal en mi boca y él brama de nuevo—. Suéltame de una maldita vez para que pueda follarte.

—No —respondo mientras me levanto de entre sus piernas y cojo un preservativo—. Ahora, la que te va a follar soy yo —le digo mientras se lo pongo. Me siento de nuevo a horcajadas sobre él, agarro su pene con una mano y lo encaro a mi entrada—. No voy a parar hasta dejarte seco —le digo mientras me empalo en él con suma lentitud, dejando que mi vagina se amolde a su tamaño.

—¡Dios! —vuelve a gruñir al sentir que llega hasta lo más profundo de mi interior. Apoyo mis manos sobre su pecho y me impulso hacia arriba y hacia abajo, dejando que se hunda en mí con cada estocada—. Suéltame de una puta vez —sigue ordenando mientras yo sigo subiendo y bajando por su falo. Gruñe, gime, hace fuerza con sus manos para liberarse y yo le imprimo mayor velocidad a mis caderas. Su pene roza ese punto en mi interior que hace que el hormigueo previo al orgasmo empiece a recorrer mi cuerpo y a ponerme los pezones tiesos—. Nena, voy a correrme como sigas así —dice con la voz ronca a más no poder. Está al borde del orgasmo, igual que yo. Los espasmos de placer sacuden mi cuerpo, las paredes de mi vagina se contraen contra su verga y gruñe mi nombre sobre mis labios cuando se derrama en mi interior. Le doy un beso largo y dulce antes de caer desmadejada sobre su pecho mientras él sigue en mi interior—. Déjame salir, preciosa.

—Me gusta tenerte dentro —respondo mirándolo a los ojos.

—Y a mí me encanta estar dentro de ti, pero déjame salir ahora que todavía estás dilatada. Y suéltame de una puñetera vez.

—Con una condición —le digo antes de besarlo—. No quiero esperar tanto para repetirlo.

—Y no lo harás. Suéltame y en cuanto nos recuperemos, te vuelvo a follar.

—¿Me lo prometes? —pregunto mientras me levanto con lentitud y lo libero. Atrapa mi rostro entre sus manos y devora mis labios.

—No vas a poder andar con las piernas juntas, nena. Eso tenlo por seguro —me dice con el deseo y la lujuria reflejados en su cara y en sus ojos. Lo cumple, porque media hora después estoy tirada en la cama, con las piernas abiertas y él devorándome.

CAPÍTULO IX

Lanzarote, 2016

Nunca subestimes al destino. Jamás creas que tú llevas las riendas, que conoces tu futuro, porque no es así. Cuando creas que lo controlas, él te dará un revés, te golpeará y hará que lo maldigas. El destino, las parcas, Dios o quien cojones sea son lo que llevan las riendas de tu vida. Y solo tienes dos opciones: o te dejas llevar por ellos o te rebelas, asumiendo todas las consecuencias.

El médico nos ha dejado a solas unos minutos en la consulta. Nayra ha conseguido dejar de llorar y yo trato de asimilar lo que nos ha dicho el doctor. Embarazada, Nayra está embarazada. Me pinzo el tabique nasal, me froto la cara y la miro.

—¿De cuánto estás? —pregunto con voz ruda.

—Endika, si estás pensando que es de otro, ya te digo que no. Es tuyo. —Eso lo sé, no necesito que me lo confirme. Puede que tontee con otros hombres, pero lo hace para cabrearme. Nunca llega a acostarse con ellos porque siempre acudo yo antes. Sé que es mío y eso es lo peor de todo.

—¿De cuántas semanas estás? —repito sin suavizar el tono de mi voz.

—De unas siete semanas, más o menos —responde ella mientras trata de sentarse en la camilla. Saco cuentas con rapidez y significa que se quedó embarazada en ese último fin de semana que pasamos juntos en Bilbao, ese fin de semana en que decidí amarla sin barreras, sin obstáculos, como jamás la volvería a amar, y ahora ahí está la consecuencia de mi estupidez. «¿Y qué coño esperabas que pasara si has estado todo un fin de semana haciéndole el amor sin tomar precauciones?», me recrimina una vocecita en mi cerebro. Nayra jamás ha podido tomar la píldora porque no tolera las hormonas. Alarga su mano para alcanzar la mía, pero la aparto.

—Así que estás a tiempo de abortar, ¿no? —Escucho cómo, una vez más, se le rompe el corazón.

—No lo puedes decir en serio, Endika. —Las lágrimas anegan sus ojos, pero ella no las deja escapar. Siempre ha sido una guerrera, mi guerrera, no se rendirá con tanta facilidad, jamás lo ha hecho y nunca lo hará. Tengo que convencerla, conseguir que me odie, eliminar de su corazón ese amor que siente por mí, arrasar con sus esperanzas.

—Responde, ¿estás a tiempo de abortar?

—No voy a hacerlo. ¡Por lo más sagrado, Endika! ¿Cómo puedes pedirme algo así?

—No quiero nada que me ate a ti y sé que utilizarás a esa cosa para acercarte a mí. —Una de esas lágrimas se escapa de sus ojos.

—Endika, por lo que más quieras, piensa en lo que estás diciendo. Es nuestro hijo.

—No, no es nuestro hijo, es un bastardo al que vas a abortar —escupo las palabras como si fueran veneno, consiguiendo lo que quiero: que Nayra me odie—. Escúchame bien porque no lo pienso repetir. Vas a buscar una clínica para abortar. Retrasaré mi regreso a Ondárroa hasta que abortes, yo correré con los gastos, pero ese bastardo no va a nacer. No quiero nada que me ate a ti, nada que puedas usar para acercarte de nuevo a mí y sé que lo usarás para empeñarte en creer que tenemos una oportunidad de algo, cuando no es así. Nunca fue así.

»¿Quieres que esa cosa te recuerde cada día que no has sido más que un juguete para mí? Porque eso es lo que has sido, Nayra, mi juguete, con el que me he divertido todo lo que he querido y más, a quien me he follado cuando y cuantas veces me ha dado la gana. ¿De verdad alguna vez has creído que podía quererte? ¿Tan estúpida eres? Lo único que quería de ti era esto —le digo poniendo mi mano sobre su sexo—, y ya ni siquiera lo quiero ahora. Así que mucho menos, un bastardo. —Escucho cómo su alma se desgarrar, cómo se le rompe el corazón de manera irremediable, cómo el amor que me tenía se desvanece y el odio hacia mí se instala en su interior.

—Eres el mayor hijo de puta de la historia —sisea como una serpiente de cascabel.

—Yo seré todo lo que tú quieras, pero «eso» —digo señalando su tripa—, no va a nacer.

—No pienso hacerlo. Lárgate a Ondárroa o al puto infierno si te da la gana, pero no voy a asesinar a mi hijo porque su padre sea un malnacido. No te necesitamos, ni él ni yo.

—Lo harás, Nayra. —Me planto frente a ella y pongo mi rostro a unos pocos centímetros del suyo, la cojo por la barbilla y la obligo a mirarme a los ojos—. O buscas esa puta clínica o te hago abortar a golpes, ¿entendido? —Jamás lo haría, pero ella se cree la mentira más cruel y despiadada de todas la que le he contado. Estoy comportándome como lo que más detesto, como un hijo de puta capaz de maltratar a una mujer, pero necesito que me odie y que lo haga. Nuestro hijo no puede nacer, por mucho que me duela y que desee lo contrario—. Te espero fuera —le digo saliendo de allí. Necesito aire antes de ponerme a vomitar, porque lo que acabo de hacer es lo más cruel, ruin y miserable que haré en la vida. Paso por delante de Yeray, que me mira sin saber qué sucede, corro hasta el baño y vomito. Soy el mayor cabrón de la historia de la humanidad, el ser más despiadado, rastrero y mezquino del planeta. Acabo de decirle a la única mujer que amo y que amaré que aborte a nuestro hijo, al fruto de este desesperado y único amor que siento por ella. Vuelvo a sentir arcadas y sigo vomitando. Nunca me lo perdonará, ni ella ni yo mismo. Acabo de condenar definitivamente mi alma al infierno.

Nayra no me mira cuando sale de la consulta, pasa por mi lado y se sube a un taxi que ha llamado para que se la lleve de aquí. Yeray nos mira confundidos, sin comprender qué sucede ahora entre nosotros, y yo me limito a subir a mi coche para marcharme a mi casa. Tengo que cambiar los billetes de avión y hablar con la casera para que me deje quedarme un par de días más. Acompañaré a Nayra a esa clínica, esperaré a que aborte, correré con los gastos y me marcharé. Ojalá el destino no se cebase de esta forma con nosotros, pero lo hace y me convierte en todo aquello que yo más he odiado. Cuando llego a casa, me meto en mi habitación, me dejo caer en el suelo y rompo a llorar. Poco después, se abre la puerta de mi casa. Supongo que es Yeray.

—¡Maldito cabrón, hijo de puta! ¿Dónde estás? —May grita como una posesa desde el salón de mi casa. Salgo de mi dormitorio y se abalanza sobre mí, clavando su rodilla en mis testículos, haciéndome caer de rodillas de dolor, y empieza a golpearme en la cara—. ¡¡Eres un malnacido!! ¡¡Desgraciado!! —chilla mientras me sigue golpeando.

—Nena, ¡por Dios!, cálmate —le dice Yeray sujetándola. Da patadas al aire y una de ellas impacta en mi nariz, que empieza a sangrar—. May, por favor, para. ¡Por lo más sagrado, nena! Vas a acabar matándolo a golpes. —Yeray consigue sujetar a May y la aleja de mí. Me levanto con los huevos doloridos, la nariz sangrándome y el alma y el corazón rotos—. Cariño, dime qué ha pasado para que estés así. —Mi amigo sigue sujetando a su chica, que intenta zafarse de su agarre para seguir golpeándome. Es lo mínimo que me merezco—. May, cielo, cálmate o te dará algo. Estás al borde de un ataque. ¿Qué demonios ha pasado para que estés así?

—Pregúntaselo a ese cerdo, a ver si tiene cojones de decírtelo —responde May asesinándome

con la mirada.

—Endika, ¿qué coño ha pasado ahora? —pregunta mi amigo mientras yo me dirijo a la cocina a por papel para tratar de cortar la hemorragia.

—Nada —respondo.

—¿Nada?! ¡Serás miserable! Le has dicho a Nayra que busque una clínica para abortar y que si no lo hace, lo harás tú a golpes. ¡¡A eso le llamas nada, so cabrón?!!

—¿Qué? —pregunta Yeray confundido—. ¿Nayra está embarazada?

—Sí, lo está, y es suyo —dice May señalándome con el dedo—. Ese desgraciado le ha dicho que no quiere que esa cosa nazca. Eso es lo que le ha dicho a Nayra —sigue hablando May ante la estupefacta mirada de mi amigo y mi fingida impasividad.

—Dime que no has hecho semejante gilipollez, Endika —me dice siguiéndome hasta la cocina.

—Déjame en paz, Yeray.

—¡Pero ¿tú te has vuelto loco o qué cojones te pasa?! Podría denunciarte si quiere. La has amenazado con hacerla abortar a golpes. ¿Cómo se te ocurre semejante subnormalidad?

—¡Que me dejes en paz de una puta vez! ¡Largaos los dos! —bramo.

—Me rindo, tío. No puedo más. He intentado por todos los medios ser tu amigo, aconsejarte, guiarte y apoyarte, pero esto se pasa de castaño oscuro. Se acabó, tronco. Te quedas solo, tú y tu mierda de vida. Pero te lo advierto, si te acercas a Nayra, no será May la que te hinche a hostias, seré yo. Y no vivirás el tiempo suficiente para contarlo. Vámonos, cariño —le dice a May, cogiéndola de la mano y saliendo de mi casa y de mi vida. Vuelvo a caer al suelo y empiezo a darme golpes con la cabeza en la pared, mientras grito, lloro y me desgarró por dentro.

Al día siguiente, me paso la mañana llamando a Nayra, pero no me lo coge. Tampoco responde a mis mensajes. Supongo que me lo merezco y que no debería sorprenderme, pero necesito que me confirme que ha buscado esa maldita clínica y el día que tiene la cita. La vuelvo a llamar por la tarde y esta vez es Yeray el que responde.

—Déjala en paz de una puta vez. Si la vuelves a llamar, te parto la cara —me dice y cuelga. Me pinzo el tabique nasal. Las lágrimas corren por mis mejillas y el dolor me golpea con fuerza. Cojo una botella de *whisky* que quedaba en casa, me siento en el sofá y bebo hasta caer inconsciente. Es la única forma que encuentro de dejar de sufrir por unos instantes.

No sé qué hora es cuando despierto tirado en el sofá con la botella de *whisky* vacía entre mis manos. Miro mi reloj de pulsera y veo que son las diez de la mañana. He estado en coma etílico unas dieciséis horas. Me levanto, me ducho, me cambio y me dirijo a buscar a Nayra, pero cuando abro la puerta de casa, llega ella, acompañada de May y Yeray. No sé cuál de los tres me mira con más asco o más furia. Si tan solo pudiera decirles la verdad, si hubiera otra forma de ponerlos a ella y a nuestro hijo a salvo, lo haría. Nayra se acerca a mí furiosa como nunca. No hay un atisbo de amor o esperanza en sus bellísimos ojos, ahora solo hay odio, desprecio y asco. Lleva un sobre entre sus manos que estampa contra mi pecho.

—Aquí tienes, ya está hecho. Puedes largarte tranquilo porque ya nada te ata a mí. —No aparta sus ojos de mí ni un solo instante. Abro el sobre y veo que es un expediente médico en el que se detalla de cuánto estaba embarazada Nayra y que ha abortado—. Tenías razón, no hubiera soportado ver la cara de ese niño y que me recordara que su padre es el mayor hijo de puta que hay sobre la tierra.

—Te dije que iría contigo y que correría con los gastos —respondo sujetando con fuerza el sobre.

—¿Y creíste que lo iba a permitir? No, Endika, no quiero nada de ti. Nada, ¿me oyes? Me das asco, te odio. —Sus ojos destilan ira y cólera—. Y ahora desaparece de mi vida. Si te vuelvo a ver, seré yo la que te mate a golpes. —Gira sobre sus talones, May la abraza y la ayuda a subir al coche.

—Acabas de arruinar tu vida y la suya, Endika. Espero que estés orgulloso —me espeta Yeray antes de subir al coche y llevarse a mi razón de vivir. Cierro la puerta, miro el maldito expediente y vuelvo a romper a llorar. Ahora ya no soy solo un cabrón y un hijo de puta. Soy un asesino y he matado a mi propio hijo.

El avión despegó, alejándome para siempre de esta isla de fuego, de Nayra y de un amor que nunca tuvo ninguna oportunidad. Decir que me siento como una rata asquerosa es un puto eufemismo. No se ha inventado la palabra para describir cómo me siento. Hubiera sido tan maravilloso poder tener ese hijo con ella, poder cuidarla durante su embarazo, haberla mimado, acariciar su tripa mientras nuestro hijo crecía en su interior, haber estado junto a ella en el parto, haber criado a nuestro hijo juntos. Hubiera sido precioso, pero no podía ser. Ese niño, o niña, hubiera sido el último y más grande de mis pecados y no hubiera podido protegerlo del aciago futuro que le esperaba. Cierro los ojos y trato de no pensar en ella y en ese hijo que jamás nacerá mientras el avión me lleva hacia el lúgubre futuro que será mi vida sin ella.

No soy feliz y nunca lo seré, ni aquí ni en ninguna parte del mundo. Ha pasado un año desde que me fui de Lanzarote, me instalé en mi ciudad natal y ocupé la casa que un día fue de mi madre y que me vio crecer. Tampoco fui feliz en mi infancia porque mi padrastro era un maltratador que golpeaba a mi madre y la insultaba a la mínima oportunidad que tenía. Crecí entre golpes e insultos, entre oscuridad y sombras. Millones de veces le pedí a mi madre que lo denunciara, yo mismo me interpusé entre la mano que iba a golpear a mi madre y ella. Recibí patadas, golpes e insultos. Por eso, me apunté a un gimnasio, desarrollé mis músculos y me hice ertzaina, para tratar de proteger a mi madre.

No sirvió de nada porque ella jamás lo denunció, bien por miedo, bien por ese amor que decía que sentía por él. No lo sé, pero al final, él se la llevó y ella pasó a engrosar esa fatídica y triste lista de mujeres asesinadas por violencia de género. Ese día, el día que me llamaron para decirme que mi madre había muerto, Nayra estaba conmigo. Estábamos en mi piso en Bilbao, tumbados en la cama, desnudos tras amarnos, siendo felices, cuando recibí la llamada. Sé por qué mi padrastro mató a mi madre, sé quién fue el instigador de ese horrible crimen, sé que el que yo no quisiera asimilar la verdad y que me rebelara contra ella fue lo que se llevó a mi madre y me separó de Nayra para siempre. En toda esta historia, solo ha habido un culpable y ese soy yo. Debí aceptar que no se puede tener todo en la vida. Yo me empeñé en tenerlo todo y todo lo perdí.

Tres meses después de mi partida de Lanzarote, Yeray vino a verme. No sé por qué lo hizo, tal vez porque necesitaba esa explicación a medias que le di, tal vez porque nunca se rindió y no me dio por perdido. Apareció un día en la puerta de mi casa. Estaba ahí de pie, apoyado en un coche de alquiler, cuando llegué de trabajar. Me sorprendió, pero no puedo decir que me alegró. De alguna extraña manera, la presencia de Yeray traía a mi mente la imagen de Nayra y de todo lo que viví y sufrí con ella en aquella tierra de fuego.

—¿Qué haces aquí? —le espeté cuando lo vi.

—Bonita forma de recibir a un amigo.

—¿A qué has venido? Me dijiste que no querías saber nada de mí.

—Digamos que lo he pensado mejor —dijo con la mejor de sus sonrisas—. Anda, invítame a un café y cuéntame cómo estás.

Estuvimos horas hablando. Le conté cómo era mi vida, aunque tampoco había mucho que contar. Me levantaba, iba a trabajar como guardia de seguridad en una de las discotecas de la ciudad, regresaba a mi casa, lloraba y me derrumbaba, cayendo en los brazos de la desesperación y la soledad de su ausencia.

—¿Sabes algo de ella? —me atreví a preguntar.

—¿Para qué quieres saberlo, Endika? ¿No crees que ya le has hecho bastante daño? —No había reproche alguno en sus palabras, solo era la constatación de un hecho.

—Solo dime si está bien. No necesito saber nada más.

—Ella nunca estará bien, Endika, no, mientras no te tenga a su lado. Igual que tú tampoco lo estarás sin ella. Nunca entenderé qué es lo que te llevó a hacer lo que hiciste.

—Tengo mis motivos, Yeray, aunque no pueda contarte de qué se trata.

—No quisiera estar en tu pellejo, colega —me dijo poniendo una mano en mi hombro—. Amar, herir y sufrir de esa forma es inhumano.

—Lo sé. —Fue lo único que conseguí decir.

A pesar de nuestras diferencias y de la verdad que yo seguía ocultando, Yeray y yo retomamos el contacto. Nos llamábamos un par de veces al mes. Él siempre me preguntaba cómo seguía y yo siempre preguntaba por ella. La respuesta era la misma en cada ocasión: esperando que regreses a su lado. No lo iba a hacer nunca. Por mucho que Yeray insistiera, jamás lo haría. ¿Cómo iba a mirarla a la cara después de lo que le dije y de lo que la obligué a hacer? Había escrito mi propio destino y ese me separaba de ella de manera irremediable y para siempre.

Mi único amigo regresó otra vez más a mi casa, esta vez para invitarme a su boda.

—¿Tú te has vuelto loco o qué te pasa, tío? Si me presento en tu boda, May me mata —le dije mientras nos tomábamos unas cervezas en el salón de mi casa.

—May está de acuerdo en que vengas.

—No te creo, Yeray. May jamás me perdonará lo que hice. Lo que no comprendo es por qué tú sí lo has hecho —aseveré mientras dejaba la invitación de la boda sobre la mesa.

—No lo he hecho, Endika. No te he perdonado el daño que le hiciste a Nayra ni el que te hiciste a ti mismo, pero he aceptado que eres así, que por alguna razón que desconozco, amas y hieres a la persona que más te importa en este mundo y prefieres vivir en este mundo de sombras, dolor y sufrimiento, escondiéndote tras esa máscara de indiferencia. Puedes engañar al resto de la humanidad, pero no a mí. La amas, ella te ama y tú te empeñas en hacerla sufrir, en hacerla casi de muerte con tal de mantenerla alejada de ti.

—Ella va a ir, ¿verdad? Por eso te empeñas en que vaya, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, ella va a estar allí. ¿Por qué no vienes e intentas arreglarlo?

—Hay cosas que no se pueden arreglar, Yeray, y una de esas cosas es lo que yo hice. —Le di un trago a la cerveza—. No iré, pero os haré un buen regalo a May y a ti.

—Métete el regalo por donde te quepa, Endika. Ven a mi boda y solúcionalo. Ese es el mejor regalo que nos podrías hacer y el que te podrías hacer a ti mismo.

—Lo siento, amigo, pero no iré. Punto y final de la conversación. —No insistió, aunque tampoco le hubiera servido de nada que lo hiciera. Se marchó y, al cabo de unos días, le hice una generosa transferencia al número de cuenta que había en la invitación. No es que les hiciera falta, porque May nadaba en dinero, pero fue la única forma que encontré de agradecerles que siguieran cuidando de Nayra y que nunca le hubieran fallado.

Tacho el último día del calendario que contabiliza mi particular cuenta atrás. Veintidós de mayo, el día en que nuestro hijo, supuestamente, hubiera venido al mundo según ese expediente médico que sigo conservando. No tengo fuerzas ni para ir a trabajar, solo caigo de nuevo en el pozo oscuro, lúgubre, vacío y mortecino que es mi vida. No te dejes engañar, uno nunca se acostumbra al dolor, al sufrimiento, a la agonía de saber que tú y solo tú eres el culpable de desgraciarle la vida a la única persona que amas y de que eres el asesino de tu hijo. No te acostumbras a eso, simplemente, aprendes a convivir con ello hasta que un día te golpea con violencia, te deja sin aliento y mueres por enésima vez sin llegar a morir del todo. De nuevo, ahogo mis penas en alcohol, como si eso sirviera de algo. Solo te aísla momentáneamente para luego sacudirte con más fuerza.

Yeray me llama una vez más una semana antes de su boda, para insistir en que vaya. Volvemos a discutir o bueno, más bien es una conversación de besugos en la que él se empeña en que vaya y yo repito hasta la saciedad que no lo haré. Al final, él desiste y yo le deseo que sea feliz. Al menos, uno de los dos lo será.

Estamos a finales de agosto y paseo por la playa de Arrigorri. Hace calor, el sol quema la piel, pero yo no siento nada de eso, solo frío y oscuridad, nada de luz ni calor. Nada. Una madre juega con uno de sus hijos. Debe de tener unos tres meses, la edad que tendría nuestro hijo. ¿Habría sido niño, o tal vez hubiera sido una niña, hermosa, fuerte, guerrera e indomable como su madre? Me siento en la arena y los observo. Ella ríe mientras el niño patatea en la toalla, exigiéndole a su madre el juguete que tiene entre sus manos. La mujer hace pedorretas en la tripa del niño y este ríe. Un hombre se acerca a ellos dos y besa la mejilla de la mujer antes de sentarse junto a su hijo. Son felices, como lo hubiéramos podido ser nosotros. Lloro por dentro, me desgarró y me hundo. Hay amores que duelen, que queman, que te elevan al cielo para luego arrastrarte al infierno, que son épicos y que nunca se olvidan ni se superan, como el mío por Nayra. Dejo de luchar, de sobrevivir, lo dejo todo mientras me sumerjo en el mar y nado hasta la profundidad del océano. Cuando el cansancio me vence, dejo que él me engulla, terminando con la agonía de su ausencia.

Por segunda vez, despierto en la cama de un hospital tras haber burlado de nuevo a la muerte. Esta vez no fue Nayra la que me salvó, fue el destino, que se empeñó en no aliviar mi sufrimiento. Fueron las parcas, que seguían tejiendo el camino de mi vida, entretejiendo los hilos del dolor, del sufrimiento y de la esperanza. Un yate que regresaba a puerto a última hora de aquella tarde fue el que me encontró flotando en la inmensidad del océano. Y por si Dios o Satanás no fueran lo suficientemente perversos, el dueño del yate era médico, así que le arrebató mi vida a la muerte y me la devolvió cuando yo ya no la quería. Abro los ojos y veo a Yeray frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto confundido.

—Al parecer, tienes mi número de teléfono como contacto de emergencia en tu móvil. Me llamaron y aquí estoy. ¿Por qué lo has hecho esta vez?

—Estoy cansado —le digo mientras cierro los ojos.

—Pues te jodes. Quiero una respuesta.

—Yeray...

—Escúchame, pedazo de zoquete. Todos creen que te adentraste en el mar y que la corriente te arrastró, que solo ha sido un accidente. Tú y yo sabemos que no es así. Es la segunda vez que intentas quitarte la vida. Dame una puta respuesta a por qué cojones lo has hecho antes de que les

diga a los médicos la verdad y te ingresen en un psiquiátrico, porque así no puedes seguir.

—Te lo acabo de decir. Estoy cansado, Yeray, cansado de pelear, de vivir sin ella. Lo perdí todo, perdí el derecho a seguir vivo cuando le dije que abortara. No me queda nada por lo que luchar, ningún motivo para querer seguir vivo.

—Tú eres gilipollas —me dice mientras se acerca a mí y saca una foto del bolsillo del pantalón—. Ahí tienes tu motivo para vivir. Y más te vale no cagarla esta vez.

Cojo la foto y la miro. Quiero morir, quiero vivir, gritar, llorar, reír, salir corriendo. Nayra me mira a través de esa instantánea con esos hermosos ojos violeta. Lleva un precioso vestido rojo, su cabellera azabache cae sobre sus hombros, sus labios se curvan en una bella sonrisa y sostiene a un bebé de unos tres meses entre sus brazos, a un niño de cabellos negros como su madre, de ojos azules como su padre. Lleva un chupete con su nombre. Jon, se llama Jon, y es mi hijo.

—No abortó. —No pregunto. Es más que evidente que no lo hizo porque ese niño tiene mis mismos ojos.

—No, no lo hizo. Convenció a su ginecóloga para que firmara ese expediente médico y te hizo creer que lo había hecho. Luego se fue a Londres, pasó allí un par de meses y regresó a Lanzarote haciéndole creer a todo el mundo que se había hecho una inseminación artificial y que estaba embarazada.

—¿Por qué hizo eso?

—No lo sé, supongo que para proteger al niño de ti. Nos hizo jurar a May y a mí que jamás lo contaríamos. Nadie lo sabe, ni siquiera su padre. Solo su abuela Fayna, May y yo.

—¿Qué has hecho, *maitia*? —digo mientras rompo a llorar.

—¡Joder, Endika! ¿Tú por qué crees que lo hizo? ¿Tan poco la conoces como para creerte que Nayra haría algo así, que renunciaría a lo único que le quedaba de ti? ¿Cuándo comprenderás que, por mucho daño que le hagas, ella jamás dejará de amarte? ¿Cuándo?

—No puede ser, Yeray, no puede haberlo hecho. Ese niño no tendría que haber nacido.

—No me jodas, Endika. Te digo que la mujer a la que amas te sigue queriendo a pesar de todo el daño que le has hecho, que tienes un hijo y me sales con eso. Dame una puta explicación antes de que sea yo el que te mate. Porque te juro que me están entrando ganas de estrangularte.

—No debía hacerlo —respondo mientras acaricio a Nayra y a mi hijo—. Era la única forma que tenía de protegerla.

—¿Protegerla? ¿De qué cojones hablas? —Las lágrimas corren por mis mejillas mientras mis dedos siguen acariciándolos a través de la foto.

—De su padre, Yeray. Si su padre se entera de que es mi hijo, los matará a los dos.

—¿Qué? ¿Por qué iba su padre a hacer eso?

—Porque Nayra es mi hermana.



CAPÍTULO X

Bilbao, 2014

—¿Podrías dedicarme, al menos, un fin de semana, Nayra? —me reprocha May—. Te los pasas metida en casa de Endika desde el viernes por la tarde hasta el lunes por la mañana.

—May, por favor, entiéndelo. Necesito estar con él.

—Chica, tiene que follar como los ángeles —me suelta con sarcasmo. Siempre hace eso cuando se enfada conmigo.

—Cielo, no se trata de eso —le digo mientras la aparto hacia un lado del pasillo de la Universidad de Deusto para que no nos atropellen los otros alumnos que salen disparados hacia sus casas—. May, escucha, no se trata simplemente de que con él tengo el mejor sexo del mundo, sino de que me gusta estar con él. Me mimas, me cuidas, me hace reír, me siento protegida. Lo quiero, May, estoy enamorada de él y necesito sentir sus brazos rodeándome, acurrucarme contra su pecho, despertarme con él. Nuestra relación no se limita al sexo, cielo.

—Puede que por tu parte no, Nayra, pero ¿y por la suya?

—May, ¿de verdad vas a volver a empezar con eso?

—Sí, Nayra, vuelvo con eso porque hace un mes y medio que os conocéis y aparte de secuestrarte los fines de semana para follarte, ¿ha hecho algo más por ti que te haga creer que quiere una relación de verdad? No sabes nada de su familia, de sus amigos solo conoces a Unai y porque es su compañero de patrulla. ¡Por Dios, Nayra, si ni siquiera te ha confirmado que se vaya a venir a pasar las vacaciones de Semana Santa a Lanzarote contigo!

—May...

—Ni May ni leches fritas. ¿Te ha dicho que te quiere? Porque seguro que tú sí se lo has dicho.

—May... eso no es importante.

—¿No lo es? ¿Saber si el hombre por el que estás dispuesta a dejarlo todo te ama o no, no es importante? Chica, pues ya me dirás qué lo es. —Voy a protestar, pero May no me deja, ya que sigue con su cantinela—. Mira, Nayra, piensa bien lo que haces, ¿vale?, porque yo no tengo claro que los dos queráis lo mismo. Tú estás dispuesta a dejar Lanzarote, tu familia, tus amigos y tu vida cuando terminemos el máster y mudarte aquí, a vivir con él. ¿Y él? ¿Qué estaría dispuesto a dar por ti? Nada, ya te lo digo yo. Seguro que cuando se entere de que quieres hacer semejante locura, te planta. Solo quiere echarte unos buenos polvos y nada más.

—May, yo...

—Mira, ¿quieres un consejo? Díselo, dile lo que quieres hacer, insiste en que quieres que venga a Lanzarote a conocer a tu familia y si te dice que no, plantéate tus prioridades, porque me parece que tenéis conceptos muy diferentes sobre vuestra relación. No quiero verte sufrir por él, Nayra, y te hará sufrir.

—Cielo, no es así.

—¡Dios! Me sacas de mis casillas. Mira, haz lo que te dé la gana. Total, a terca no te gana nadie. Me voy a casa. Que pases un buen fin de semana —me dice, dejándome plantada en el pasillo de la facultad. Suspiro, cojo mi mochila y salgo a la calle, donde Endika me espera

apoyado en su coche con esa pose tan chulesca y que tanto me gusta.

—Hola, guapito de cara —lo saludo mientras me acerco a él. Abre los brazos para atraparme entre ellos y me besa con esa pasión que consigue dejarme sin aliento.

—Hola, ojos violeta. —Su mano derecha deja de rodear mi cintura para recorrer el perfil de mis labios—. No sabes cuánto te he echado de menos —dice apretando mi nalga con su otra mano, devorando mis labios de nuevo, enredando su lengua con la mía y apretando su abultado miembro contra mi vientre—. Vámonos a casa porque me muero de ganas por quitarte la ropa, comerte de los pies a la cabeza y empotrarte contra cada mueble y pared —me dice al oído con voz ronca mientras me abre la puerta del coche para que suba. El cosquilleo se instala en mi entrepierna—. Sube, preciosa. —Obedezco porque, aunque las palabras de May dan vueltas en mi cabeza, deseo que haga eso que ha dicho. Lo deseo y lo necesito.

Cuando llegamos a casa de Endika, ni siquiera me da tiempo a dejar la mochila con los libros en la silla del salón. Me la arrebató, la tira en mitad de la estancia, me atrapa entre sus brazos, me aprisiona contra la pared y su cuerpo, me besa febrilmente mientras sus manos empiezan a quitarme la ropa. Con esa necesidad que siento por él, lo imito. Le quito su cazadora de cuero, tiro de su suéter para desnudarlo de cintura para arriba, acaricio sus músculos mientras él sigue metiéndome la lengua hasta la garganta, succionado mi labio inferior, arrancándome gemidos de placer. Me quita el sujetador, me coge por la cintura, me obliga a rodear su cintura con mis piernas, me ancla a sus caderas, me espachurra más contra la pared y empieza a besar, succionar y morder mis pechos. Me aferro a su pelo y gimo, mientras él pasa de un pecho al otro, torturándome y dándome placer al mismo tiempo—. ¡Dios, qué ganas tenía de follarte! —me dice mientras se encamina a la cama, conmigo aferrada a él. Me tumba sobre el colchón y succiona mi lóbulo. Su lengua recorre mi cuello y baja por mi escote. Vuelve a devorar mis pechos mientras me desabrocha los pantalones y me los quita, baja por mi vientre, mete su lengua en mi ombligo y sigue descendiendo hasta llegar a mi pubis—. Me encanta que no tengas ni un pelo aquí, *maitia* —me dice, abriéndome las piernas y lamiendo mi sexo, haciendo círculos con su lengua alrededor de mi clitoris. Arqueo mi espalda, me sujeto con fuerza a la colcha y siento las lenguas de lava recorrer mi cuerpo. Sus labios succionan mi botón de placer y sus dedos se introducen en mi interior, rozando ese punto que me arranca el primer grito de placer cuando alcanzo el orgasmo—. Adoro oírte gritar —me dice mientras se quita sus vaqueros y su ropa interior, se pone un condón, recorre mi vientre de nuevo con besos, lametones y mordiscos, se coloca entre mis piernas. Su pene busca mi entrada. Una de sus manos aprisiona las mías por encima de mi cabeza, la otra me agarra por la cadera, impidiendo que me mueva. Me besa y se hunde en mí de una certera estocada. Vuelvo a gemir, él entra y sale de mi interior, jadea en mi boca, le imprime mayor velocidad a sus embestidas. Alcanzo mi segundo orgasmo y Endika se derrama en mi interior mientras gruñe en mi boca—. Me vuelves loco, ojos violeta —me dice cuando separa sus labios de los míos. Acaricio su barba, sus mejillas y me pierdo en esas esquirlas de hielo azul que tiene por ojos.

—Te quiero —musito mientras le doy un suave beso en sus labios.

—Lo sé —responde saliendo con lentitud de mi interior. Se quita el preservativo, se tumba a mi lado y yo acudo a sus brazos, como siempre hago cuando terminamos de hacer el amor. Puede que para él solo sea sexo, aunque algo en sus ojos me dice que no es así, pero para mí no lo es. No se trata de que Endika sea capaz de darme el mayor de los placeres del mundo, sino de que cada vez que nos acostamos juntos, simplemente, le digo con mi cuerpo lo que mi corazón y mi alma sienten. Me he enamorado de él irremediabilmente y, probablemente, para siempre.

Es sábado por la mañana y estoy sentada en la mesa del salón con los libros delante de mí intentando estudiar, mientras Endika está en el sofá, leyendo una novela negra. Tiene sus largas y musculadas piernas estiradas, los pies sobre la mesita que hay frente al sofá, lleva esa camiseta negra que se le pega al torso como una segunda piel, se rasca la cabeza con la mano derecha, se le marcan sus potentes bíceps. Sus bellos ojos pasean por las líneas escritas de las hojas y yo no puedo dejar de mirarlo. ¿En qué momento me robo el corazón? No lo sé, quizás en el mismo instante en que lo vi o puede que fuera cuando descubrí que, tras esa fachada de chulo y prepotente, se esconde un hombre capaz de cuidarme y mimarme como él lo hace. Me cuidó cuando me puse enferma, lo sigue haciendo cada fin de semana que pasamos juntos. Él es el que se encarga de todo, apenas me deja hacer nada cuando estamos en su casa. El segundo fin de semana que pasé aquí, él había comprado mi gel de ducha favorito, mi champú, un cepillo de dientes eléctrico para mí y hasta mi perfume. Dejó espacio en uno de los cajones de la cómoda del dormitorio y en su armario para mis cosas, hasta vació uno de los estantes del mueble del salón para que pudiera poner allí mis libros. Puede que no me haya dicho que me quiere, pero me ha hecho un hueco en su casa, en su vida. No creo que haya demostración de amor mayor que esa, pero necesito oírsele decir, necesito algo más por su parte para cerciorarme de que esto es real, de que no cometeré una locura si lo dejo todo y a todos por él.

—¿Por qué me miras así, ojos violeta? —me dice mientras alza la cabeza y deja de leer.

—¿Me quieres, Endika? —pregunto mientras dejo los libros a un lado. Soy incapaz de concentrarme.

—¿A qué viene eso ahora, Nayra? —me pregunta dejando el libro sobre el sofá.

—A que siempre que te digo que te quiero, tú siempre respondes lo mismo, que lo sabes, pero nunca me dices que me quieres.

—¿Y necesitas oírlo? ¿Acaso no te basta con que te lo demuestre? —Creo que se está enfadando, pero necesito escuchárselo decir.

—No, no me basta, porque realmente no sé lo que me demuestras. Me has hecho hueco en tu armario, en tu baño y en tu cama. Nos pasamos el fin de semana follando y me gusta, créeme que me gusta. Salimos de vez en cuando con May o Unai, pero no sé nada de ti. No conozco a tu familia, a tus amigos, no sé lo que quieres de mí, no sé qué esperar de esta relación, si solo recibiré sexo o algo más. Y necesito saberlo. —Se rasca la cabeza y resopla. No le ha hecho ni pizca de gracia lo que le he dicho—. ¿Sabes qué? Olvídalo. Ya veo que para ti no es importante —le digo mientras vuelvo a coger mis libros. Lo escucho levantarse del sofá, andar hacia mí, pero soy incapaz de mirarlo mientras se aproxima porque las lágrimas anegan mis ojos y no quiero que me vea llorar. De pronto, dejo de estar sentada en la silla para quedar atrapada entre la pared y su cuerpo. Instintivamente, mis piernas rodean sus caderas y sus manos sujetan mi rostro con suma delicadeza, la yema de su pulgar derecho seca una de las lágrimas que resbala, traicionera, por mi mejilla y la de su dedo izquierdo acaricia el perfil de mis labios.

—Tú eres lo más importante para mí, *maitia*, ¿me oyes? Lo más importante.

—¿Y por qué tengo la sensación de que estamos en punto muerto, Endika, de que esta relación ya no va a avanzar más, de que solo se va a limitar a fines de semana de sexo y poco más?

—Preciosa, no estamos en punto muerto, solo vamos poco a poco. ¿Qué prisa tienes en conocer a mi familia o en que yo conozca a la tuya? ¿Qué necesidad tenemos de forzar esto? ¿Acaso no te basta con disfrutar de nuestra mutua compañía? —Sus labios se posan con suavidad sobre los míos. Sé que está intentando derrumbar mis barreras, convencerme de que no necesitamos a nada

ni a nadie más que a nosotros dos.

—No, no me es suficiente, Endika. Necesito más de ti para saber que lo que voy a hacer no es una locura, que no me estoy lanzado de cabeza a un precipicio —le digo mientras mis brazos rodean su cuello. Temo que cuando le cuente mis planes, se asuste tanto que me suelte de golpe y caer de culo al suelo.

—¿Hacer? —me pregunta confundido mientras frunce el ceño—. ¿Qué es lo que quieres hacer?

—Quiero quedarme aquí, contigo, cuando termine el máster. No quiero regresar a Lanzarote y que más de dos mil kilómetros me separen de ti, no quiero una relación a distancia. Te quiero junto a mí todos los días.

—¿Lo dejarías todo por mí? —Sigue con el ceño fruncido y le salen unas preciosas arrugas en su frente y alrededor de sus increíbles ojos.

—Sí. Me dijiste que si me convertía en tu chica no me dejarías escapar, que me retendrías a tu lado, que me lo exigirías y me lo darías todo. Me diste la oportunidad de alejarme de ti y te dije que jamás lo haría, que me iba a quedar contigo para siempre, y eso es lo que quiero hacer. No me basta con las tardes que pasamos juntos cuando no trabajas o quedarme aquí los fines de semana, compartiendo tu cama y tu espacio, esperando que se haga la hora de que vuelvas de trabajar para que me tumbes en esa cama o me empotres contra una pared. Quiero compartir mi vida y mi tiempo contigo, ser la persona a la que busques cuando necesites apoyo, con la que compartas tus alegrías y tus frustraciones, con la que te despiertes abrazado cada mañana, o a la que le des un beso de buenas noches, la que te espere de madrugada, con el desayuno preparado cuando vengas de hacer el turno de noche. Lo quiero todo contigo. Me robaste el corazón, me arrebataste el alma, me encadenaste a ti. Te amo, Endika, y ni siquiera sé si este amor que siento por ti es suficiente para hacerte feliz, si nos bastará para compartir una vida juntos. —Las lágrimas escapan sin control, corren por mis mejillas. Nunca me he sentido tan vulnerable ni expuesta como en este momento porque nunca he amado como lo amo a él. Jamás he desnudado mi corazón y mi alma como lo acabo de hacer y nunca he temido tanto no ser correspondida.

—¿Crees que no te quiero, que no deseo todo eso que acabas de decir, que solo te retengo aquí los fines de semana para follarte, que me es fácil dejarte marchar cada lunes, sabiendo que solo quedará tu perfume en las sábanas cuando me acueste a dormir? —Sus labios secan cada una de mis lágrimas, sus dedos acarician mis mejillas, sus ojos me miran con eso que tanto deseo: amor.

—Dime que me quieres —le ordeno.

—No puedo porque decirte que te amo o que te quiero se queda corto para expresar lo que siento por ti, preciosa. No se ha inventado la palabra para describir lo que tú me haces sentir, nena. —Mi espalda deja de apoyarse en la pared y me aferro con más fuerza a su cuello mientras se encamina hacia el dormitorio—. Me provocas solo con mirarme. Te necesito más que el aire para respirar. Me ataste con tu sola presencia. Desde el primer instante que te vi, mi mundo dejó de girar. El sol solo sale cuando estás a mi lado. No consigo dejar de pensar en ti ni un solo segundo. El tiempo no avanza cuando no estás junto a mí, las horas se convierten en segundos cuando te tengo. —Me recuesta en la cama con suma delicadeza, como si fuera una muñeca de porcelana y él tuviera miedo de romperme—. Nunca ha sido solo sexo lo que me ha atado a ti, lo que he deseado de ti. El placer que siento contigo no se limita a algo físico, *maitia*, va más allá de lo que puedas imaginar. —Sus manos tiran de mi camiseta, dejándome desnuda de cintura para arriba—. Me gusta hundirme en ti, Nayra, y no me gusta porque seas pequeña y estrecha y me des un placer que nadie me ha dado jamás. Me gusta porque aquí, entre tus piernas, entre tus brazos y caricias, besos y mordiscos, en lo más profundo de ti, está mi hogar. Tú lo eres todo para mí. —

Mis manos lo desnudan. Sus labios recorren mi cuerpo—. Fuiste, eres y serás mi más bonita casualidad, ojos violeta. Mi cuerpo, mi alma y mi corazón te dicen que te aman cada vez que te hago mía. —Se pone un preservativo y se hunde en mí con suavidad, quedándose quieto en mi interior—. No puedo decírtelo con palabras, cariño, porque no se ha inventado ninguna para describir lo nuestro. Es demasiado grande y hermoso para poder ponerle nombre —sentencia antes de besarme y amarme como no lo había hecho hasta ahora. Tiene razón, decirnos que nos queremos o nos amamos no es suficiente para lo que tenemos.

Unos suaves besos en mi cuello, unas delicadas caricias en mi vientre, un cálido aliento y el calor de un cuerpo me sacan de mis sueños.

—Despierta, holgazana —me dice Endika, antes de succionar mi lóbulo y aspirar el aroma de mi cuello.

—Mmm... no quiero —protesto como una niña pequeña mientras me acurruco más contra él, pegando mi pecho a su torso.

—Despierta, ojos violeta, o te despertaré yo de otra forma —me dice colando su mano entre mis piernas.

—Mmm... creo que prefiero que seas tú el que me despierte. —Una carcajada se ahoga en mi cuello, acompañada de otro beso.

—¿No tuviste bastante con lo de ayer y lo de anoche? —pregunta mientras rueda sobre sí mismo y me hace caer sobre su pecho.

—Nunca tendré bastante de ti, guapito de cara —respondo antes de besarlo con pasión.

—Nayra... —refunfuña en mi boca. Vuelvo a enredar mi lengua con la suya hasta quedarme sin aliento—. *Maitia*... —Su nuez de Adán se mueve con fuerza por su cuello mientras lo recorro a besos—... Nena, vamos a llegar tarde. —Mis manos surcan su escultural torso mientras mis labios siguen besando su cuello.

—¿Y dónde se supone que vamos un domingo de buena mañana? —protesto mientras desciendo hasta sus pezones y los mordisqueo.

—¡Joder! —exclama cuando tiro con fuerza del pezón derecho—. A Ondárroa —dice mientras trata de respirar con normalidad, cosa que le resulta bastante difícil—. A que conozcas a mi madre. ¡Dios! —jadea cuando mi mano acaricia sus testículos.

—¿Y no tenemos tiempo para uno rapidito? —Lo miro con cara de niña mala y le doy una lametón a su erecto pene.

—¡Vas a acabar conmigo, ojos violeta! —responde mientras coge un preservativo, se lo pone y lo monto—. Creí que ayer dijiste que querías conocer a mi familia. —Sus manos se aferran a mi cintura y me ayudan a subir y bajar por su grandeza.

—Y quiero. —Apoyo mis manos en su pecho y le clavo las uñas cuando trato de contener el orgasmo que está a punto de arrasarme—. Pero antes quiero un poco más de esto —alcanzo a decir antes de dejar que los espasmos de placer sacudan mi cuerpo y las paredes de mi vagina se contraigan contra su pene mientras él se corre, gruñendo mi nombre y agarrándose con firmeza por las caderas para quedarse hundido en mi interior hasta terminar de derramarse. Caigo desmadejada sobre su pecho, donde recuesto mi cabeza, y escucho los potentes latidos de su corazón—. Dime que me quieres.

Toma mi rostro entre sus manos y me obliga a mirarlo a los ojos.

—¿Otra vez, cariño? —dice con esa sonrisa gamberra en su rostro mientras sale de mi interior—. A este paso, se me van a quedar los huevos arrugados como pasas —dice mientras alarga el

brazo para coger otro preservativo.

—¡Serás idiota! —exclamo cuando veo que me está tomando el pelo—. ¡Ag! ¡Eres imposible! —refunfuño mientras me levanto de la cama y me dirijo al baño.

—Ojos violeta —me llama cuando llego a la puerta—. Te quiero —me dice con la más hermosa de sus sonrisas y con los ojos chispeando. Sonrío y doy un paso para acercarme a él—. Ni se te ocurra. —Supongo que ha visto el deseo reflejado en mis ojos—. Dúchate mientras preparo el desayuno. —Vacilo en si hacerle caso o sucumbir a mis anhelos—. Nayra, te lo digo muy en serio. Tira a la ducha, ya.

—Aguafiestas —le respondo mientras le saco la lengua, y él se carcajea—. Yo también te quiero —le digo antes de lanzarle un beso al aire.

—Lo sé, nena, lo sé. —Coge unos calzoncillos y una camiseta, se viste y se acerca a mí, ya que sigo plantada en la puerta mirándolo como un pasmarote. Nunca me canso de mirarlo—. Métete en ese baño de una puñetera vez, Nayra, antes de que llame a mi madre, suspenda la cita que tenemos con ella y te vuelva a meter en la cama —me ordena dándome un pico y saliendo del dormitorio.

Tras desayunar, yo me quedo recogiendo la cocina y Endika se arregla para ir a ver a su madre. Bajamos de su piso conmigo abrazada a su cintura y con él pasando uno de sus enormes brazos por mis hombros. Como siempre, saca esa galantería y caballerosidad que esconde tras esa fachada de chulo de discoteca, me abre la puerta del coche para que suba, arranca y en cuanto coge la AP8, deja de sujetar el volante con las dos manos para entrelazar los dedos de su mano derecha con los míos de la izquierda. De vez en cuando, me mira de reojo. Yo sonrío y él me da un beso en el dorso de la mano. ¡Qué poco se necesita para ser feliz! Y ahora mismo, soy la mujer más feliz del mundo.

Llegamos a Ondárroa una hora después, tomamos una pequeña carretera de tierra a las afueras de la ciudad y Endika estaciona frente a un viejo caserío de dos plantas, rodeado de verde hierba y frondosos árboles. Aunque la casa está algo deteriorada, es preciosa y el paisaje, bellissimo. La puerta de la casa se abre y una mujer alta, rubia, de ojos azules y de unos cincuenta y pocos años sale a recibirnos.

—Hola, mamá —saluda Endika dándole un enorme abrazo a su madre.

—Hola, mi niño —le responde ella dándole sonoros besos en las mejillas. Endika sonrío y yo con él. Hay tanto amor entre ellos dos que se me escapa una lágrima. Como siempre he dicho, el amor y el cariño no se compran con dinero y ante mí está la prueba de ello.

—Mamá, quiero presentarte a Nayra —dice cogiéndome de la mano y acercándose a ellos—. *Maitia*, esta es mi madre, Edurne.

—Es un placer conocerla, señora. —Le tiendo la mano a modo de saludo. Ella la estrecha con suavidad y sonrío. Tiene la misma sonrisa que Endika. Se parecen muchísimo.

—El placer es mío, Nayra. Pasad un momento a casa, que cojo mi chaqueta y mi bolso y nos vamos, ¿de acuerdo?

—Él no está aquí, ¿verdad, mamá? —pregunta Endika con un extraño tono de voz que jamás le había escuchado.

—No, hijo. No viene desde ayer por la tarde —responde ella mientras nos deja pasar y cierra la puerta de la casa—. Dadme un segundo, que voy a por mis cosas.

—Cariño, ¿pasa algo? —le pregunto a Endika cuando lo veo tenso, muy tenso.

—No, tranquila, nena. —Vuelve a agarrarme de la mano—. Ven, mira, este era mi abuelo —me dice mientras nos acercamos al viejo mueble del salón, donde hay una fotografía de un hombre que es idéntico a Endika.

—Sois como dos gotas de agua —le digo mientras miro la fotografía.

—Lo sé, aunque yo soy un poco más alto y más guapo de lo que era él —me responde con guasa. Parece que, poco a poco, se va destensado y relajando. Creo que por eso ha hecho que mire esa foto.

—¡Serás tonto! —Le doy un pequeño golpe en el hombro que, probablemente, ni nota—. ¿También se llamaba Endika como tú?

—No, se llamaba Jon. Era un gran hombre —dice con orgullo—, aunque nunca llegué a conocerlo. Murió cuando yo tenía unos dos años, pero mi madre siempre me hablaba de él.

—Lo siento, cariño. —He notado la punzada de dolor en su voz. Quiero abrazarlo y consolarlo, pero su madre llega en ese momento y nos interrumpe.

—¿Nos vamos, hijo? —pregunta mientras se pone una chaqueta de punto grueso.

—Claro, mamá. Vamos, nena —dice mientras rodea mi cintura con su brazo—. Adiós, abuelo. —Se me escapa una lágrima cuando le oigo decir eso. A veces, no es necesario conocer a una persona para quererla, basta con que otra te transmita todo ese amor que sintió por ella para que tú la ames. Y Endika quiere a su abuelo simplemente porque su madre fue la que le transmitió todo ese amor por él—. ¿Dónde te apetece que vayamos, mamá? ¿Quieres ir al Sutargi? Es tu restaurante favorito.

—Claro, hijo. Me encantaría. —Endika le vuelve a sonreír a su madre y se pone en marcha. Edurne se sienta a su lado en el coche y en el restaurante, ya que le he cedido el sitio, mientras que yo estoy sentada delante de ellos. Me encanta ver lo tiernos y cariñosos que son el uno con el otro. Eso me confirma, una vez más, que tras esa fachada, Endika tiene un enorme corazón y hace que me enamore un poco más de él. Hablamos, comemos, reímos con las trastadas que Edurne me cuenta de cuando Endika era pequeño y su madre hace una confesión que le da más alas al amor que siento por él.

—¿Sabes, Nayra?, eres la primera chica que Endika me presenta. Debes ser muy especial para él.

—Mamá... —dice poniéndose colorado.

—Bueno, él también es especial para mí. De hecho, me gustaría presentárselo a mi familia, pero no está muy por la labor —lo chincho.

—Nena, no empecemos con lo mismo de ayer —refunfuña él.

—Yo no digo nada —respondo alzando las manos y haciéndome la inocente, arrancándole una carcajada a Edurne.

—Me gustas, Nayra. Sabes manejar a mi hijo.

—No se crea, pero voy pillándole el tranquilo. —Le guiño el ojo a su madre y Endika se pone rojo como un tomate al pillar la indirecta. Edurne vuelve a reírse con ganas, hasta que le da un pinchazo en el costado—. ¿Se encuentra bien? —le pregunto cuando veo la mueca de dolor en su rostro. Observo a Endika y lo que veo en sus ojos me asusta. Rabia, furia e ira se agolpan en ellos.

—Mamá... —Ahora no sé descifrar su tono de voz.

—No es nada, hijo —dice ella recobrando su normal respiración y la compostura.

—Mamá... —sisea esta vez Endika como si fuera una serpiente de cascabel.

—He dicho que no es nada —replica ella—. Será mejor que nos vayamos. Se está haciendo tarde. —Se levanta y se encamina hacia la puerta.

—Vamos —me dice Endika mientras imita a su madre, y yo los sigo. Las risas y la alegría de compartir esos momentos entre ellos se han desvanecido. No sé qué pasa, pero Endika no hace más que mirar a su madre de reojo por el retrovisor y ella tiene la mirada perdida en el paisaje

que observa a través de la ventanilla del coche. Cuando llegamos al caserío, Edurne se despide de mí y baja a toda prisa del coche—. Espérame aquí —me ordena Endika, siguiendo a su madre—. Mamá... —escucho cómo la llama antes de que cierre la puerta del coche. Los veo discutir, sé que lo están haciendo porque Endika tiene los puños apretados. Vuelve a estar tenso y sus gestos delatan que está muy cabreado. Su madre parece tratar de calmarlo sin mucho éxito. De repente, se abre la puerta del caserío, aparece un hombre casi tan grande como Endika y mi novio se lanza a por él y lo derriba de un puñetazo en toda la cara.

—¡Endika!! —grito mientras bajo a toda velocidad del coche y corro hasta él.

—¡Hijo de puta!! —oigo que maldice antes de darle una patada en el costado al hombre que está tirado en el suelo, dejándolo sin respiración. Temo que le haya partido las costillas.

—¡Endika! ¡Para! —le ordeno poniéndome delante de él. Nunca le he temido a nada ni a nadie hasta este momento. Y ahora lo temo a él. Está totalmente fuera de control.

—¡Apártate, Nayra! Voy a matar a ese cabrón —me ordena, pero me niego a obedecer. Miro de reojo al hombre, que se está levantado del suelo con la ayuda de Edurne.

—Eso, ven a por mí y verás cómo acabo con tu miserable existencia —dice retando a Endika, que da un paso al frente con los puños cerrados de nuevo.

—Cariño, mírame —le digo tratando de desviar su atención de ese hombre—. Nene, mírame, por favor.

—Aparta, Nayra. No quiero empujarte. —Su voz es fría como un témpano de hielo, tanto que consigue erizarme el vello.

—Márchate, hijo —dice Edurne con la voz compungida. Endika mira a su madre, aprieta la mandíbula, le rechinan los dientes y niega con la cabeza, mientras las aletas de su nariz se mueven al compás de su acelerada respiración y una lágrima se escapa de sus bellos ojos.

—Cariño, mírame —repito, poniendo las manos en sus mejillas y trato de que agache la cabeza para que se fije en mí—. Cálmate, por favor —le suplico cuando consigo que me mire. Ha abierto sus manos, así que entrelazo mis dedos a los suyos en un desesperado intento de calmar su rabia, ira y furia.

—Hijo, vete de aquí —repite Edurne.

—Mamá, no lo puedes decir en serio. No voy a marcharme hasta acabar con él.

—Vete o empeorarás las cosas.

Empiezo a sospechar lo que sucede y si no consigo que Endika obedezca a su madre, se desatará el infierno.

—Cariño, vámonos —le pido agarrando con más fuerza sus manos—. Por favor, Endika, hazle caso a tu madre y vámonos. Mi amor, por favor —le imploro mientras trato de empujarlo para que ande hacia el coche.

—Vete, hijo, yo estaré bien.

—Si te vuelve a tocar, mamá, lo mato, y nada ni nadie me lo impedirá —masculla con odio y rabia antes de encaminarnos hacia el coche. Sale disparado de allí a demasiada velocidad. No me atrevo a decir nada, aunque temo que nos acabemos estrellando porque está descargando su furia y rabia en el coche, pero cuando hace un adelantamiento demasiado peligroso para mi gusto, termino gritando.

—¡Por Dios, Endika! Vamos a matarnos. —Me mira un segundo de reojo, se da cuenta de que estoy muerta de miedo, que me agarro con toda la fuerza que puedo al salpicadero del coche y, sin mediar palabra, saca el coche de la carretera y se detiene en seco en el arcén—. Cariño... —le digo poniendo mi mano sobre su hombro para tratar de calmarlo de todo.

—¡Mierda! —farfulla al tiempo que se baja del coche, dando un tremendo portazo, y se pone a dar vueltas como un león enjaulado en el pequeño terraplén en el que ha detenido el vehículo. Me apeo y me acerco a él con cuidado, consigo atrapar una de sus manos y detener sus pasos. Lo miro con ternura, acaricio su mejilla cuando se planta frente a mí, lo veo quebrarse un poco más por dentro y, de repente, se suelta de mi mano, estampa su puño sobre la ventanilla trasera del coche, haciéndola añicos y cortándose los nudillos. Cae de rodillas, se abraza a mi cintura y llora sobre mi vientre—. ¿De qué sirve ser ertzaina si no puedo protegerla? ¿De qué? —ruge mientras sigue aferrado a mí. Rodeo su cuello con mis brazos, le doy un beso en la coronilla, lo abrazo con más fuerza a mi menudo cuerpo para que no caiga en el pozo de la desesperación.

Da igual lo grande, lo duro, lo chulo, lo fuerte que seas si no puedes proteger a lo que más amas. Caerás, te desgarrarás, te quebrarás, como lo está haciendo él ahora entre mis brazos. Endika llora, llora porque no puede proteger a su madre del hombre que la maltrata. Y yo solo puedo consolarlo, al tiempo que me juro a mí misma que trataré de hacerlo feliz para el resto de su vida.

CAPÍTULO XI

Ondárroa, 2017

Contarle la verdad a alguien, escupir toda la mierda que te reconcome por dentro, compartir tu pecado, no sirve de nada. Si crees que hacerlo te va a ayudar a superar todo lo que has hecho, que va a mitigar tu dolor, te equivocas. Puede que aligere el peso de la culpa, que tus remordimientos se ceban un poco menos en ti, pero no sirve para nada más. Con , no se solucionan tus problemas.

—¿Qué acabas de decir? —me pregunta Yeray con los ojos a punto de salirse de las cuencas.

—Lo que has oído —respondo sin poder apartar mis ojos de esa foto en la que están ella y nuestro hijo.

—Endika... —Busca alguna explicación a mis palabras en su cerebro—. Tú no estás bien de la cabeza, tronco. A ti se te ha ido la olla del todo. ¿Cómo que Nayra es tu hermana?

—Somos medio hermanos, Yeray. Compartimos al mismo padre, si es que se le puede llamar así a ese desgraciado. —Dejo de mirar la foto para observar a mi amigo, que se deja caer en el sillón que hay al lado de la cama.

—No me jodas, tío. ¿Has estado acostándote con tu hermana? —Se frota la cabeza con fuerza intentando asimilar lo que le estoy contando.

—Para mí, ella nunca ha sido ni será mi hermana. Es la mujer a la que amo, la única a la que he amado y amaré. Así de sencillo y complicado a la vez.

—¿Sencillo y complicado? —repite como un loro—. Esto puede ser muchas cosas, pero sencillo y complicado seguro que no. —Vuelve a sacudir la cabeza y a frotarse las sienes—. No lo comprendo, Endika, ¿sabías que era tu hermana cuando empezaste a salir con ella?

—No, no lo sabía, no tenía ni puta idea. Y créeme, cuando lo descubrí, quise morirme.

—Cuéntamelo, tronco, porque te juro que esto suena a chifladura de un demente. Necesito que me cuentes la verdad antes de que llame a esos médicos y te encierren para el resto de tu vida en un psiquiátrico.

—Como quieras, pero es un mierda de historia. —Me recuesto un poco en la cama, trato de encontrar la pose más cómoda y le cuento la verdad de nuestra historia y de nuestro amor—. Nunca supe quién era mi padre y tampoco me importaba, hasta que ese cabrón se presentó en Bilbao después de que Nayra y yo pasáramos nuestras primeras y únicas vacaciones juntos en Lanzarote. Nos encontramos con él el penúltimo día que estuvimos allí y, después de marcharnos, él se dedicó a investigarme, hasta que descubrió quién era yo. Me contó la historia de que había conocido a mi madre cuando ella tenía diecinueve años y se fue a trabajar a Lanzarote un año en uno de sus hoteles. Ahí se conocieron. Mi madre se enamoró de él, pero él solo la usó para acostarse con ella. Cuando mi madre se quedó embarazada, le dijo que no quería saber nada ni de ella ni de mí, que con la única mujer que tendría hijos y se casaría era con Maday, la madre de Nayra, a la que hacía poco que había conocido y de la que se había enamorado. Le ofreció dinero a mi madre para que abortara, ella lo cogió y se regresó a Ondárroa, donde me tuvo a mí.

—¿Y lo creíste?

—No, pensé que solo me estaba mintiendo para que dejara a Nayra. Ni siquiera se lo pregunté

a mi madre, le pedí pruebas de lo que decía, así que nos hicimos la prueba de paternidad y se confirmó que es mi padre y, por lo tanto, Nayra es mi medio hermana. Me exigió que rompiera con Nayra, pero me negué, me importaba una mierda si ella era mi hermana. Yo solo la quería como mujer. Ese fue mi primer error, Yeray, el que desencadenó el caos en mi vida y el que me arrastró al infierno. —Me acomodo de nuevo en la cama y sigo narrando la parte más cruel y despiadada de nuestra historia. A ratos, me mira con asombro; otros, con estupefacción; en ocasiones, veo dolor en sus ojos, que se transforma en comprensión. Se frota el cuello, las sienes, la barba, se pinza el tabique nasal a medida que yo narro nuestra historia y las horas pasan hasta que anochece. Solo interrumpo mi relato cuando vienen las enfermeras a verme, el médico a reconocermelo o las auxiliares a traerme mi cena, que, por supuesto, ni pruebo—. Nunca he dejado de amarla, Yeray, y nunca lo haré. Traté de alejarme de ella, pero fue imposible. Cada vez que ella me llamaba, yo acudía, porque estoy atado a Nayra de una forma que ni yo mismo soy capaz de comprender. No lo podía evitar, siempre ha hecho de mí lo que ella ha querido. Solo he sido un títere entre sus manos, alguien que se dejaba arrastrar al infierno por ella, que condenaba su alma al más doloroso de los destinos para salvarla a ella. Lo intenté todo, Yeray, todo, pero nunca pude separarme de Nayra y de esto que siento por ella. Ella es mi todo, sin ella, no queda nada. Cuando regresamos de ese último fin de semana en Bilbao, tras prometerle que estaríamos juntos para siempre, tras amarla como jamás la he amado, decidí terminar con todo. No podía cumplir ni una sola de las promesas que le hice, tampoco apartarme de su lado, ni así me fuera a vivir a la otra punta de la galaxia lograría arrancármela del corazón, por eso me tomé aquella caja de somníferos junto con la botella de vodka. Pero ella, una vez más, acudió a mí, salvándome de la muerte e impidiendo que cumpliera mi castigo por amarla en el infierno. Decidí romperle el corazón una vez más y decirle que ese fin de semana también le había mentado, que nunca la había amado y que solo lo pasé con ella para follármela por enésima vez, pero no me creyó, nunca me ha creído, nunca se ha rendido y ha aceptado mis mentiras, por muy grandes, crueles y despiadadas que hayan sido. Traté de que me odiara, pero tampoco funcionó, porque ella siempre se aferraba a ese atisbo de esperanza y luchaba por nosotros, porque pudiéramos tener esa bonita historia de amor que tanto deseábamos. Probé suerte una vez más y le dije que me marchaba para siempre, y entonces descubrí que estaba embarazada. Me culpé por ello, me detesté por hacerle eso, por darle más esperanzas a algo que nunca debió existir, por eso le dije que abortara. Eso fue lo más mezquino, despreciable y cruel que he hecho en mi vida, pero era el último recurso que me quedaba para que me odiara y protegerla. Si su padre descubriera que ese hijo es mío, los mataría. Ya te he contado lo que hizo cuando descubrió que estábamos juntos, que soy su hijo y yo me negué a dejarla. Es capaz de eso y de mucho más.

—Joder, Endika, no sé qué decirte —responde frotándose la barba.

—No hay mucho que puedas decir. El único culpable de todo esto soy yo. Quise tenerla al precio que fuera, a toda costa, sin importarme nada ni nadie, y ya ves cómo nos ha ido.

—¿Nayra sospecha algo de todo esto?

—No, no creo. ¿Quién iba a pensar que somos medio hermanos? No nos parecemos en nada. Yo he salido a la familia de mi madre y ella, a la de la suya. Además, no creo que su padre le haya dicho nada. Sabe que si lo hace, acabará con él.

—¿Cómo?

—Tengo pruebas que demuestran lo que hizo cuando me negué a abandonar a Nayra. De momento, solo las he usado para extorsionarlo y para poder permanecer cerca de ella haciéndole creer a ese malnacido que solo me preocupo por ella porque es mi hermana. Se tragó eso de que

solo trabajaba para ellos para poder vigilarlo y atormentarlo con mi presencia. Si le cuenta a Nayra la verdad, lo sacaré todo a la luz.

—¿Por qué no se lo cuentas a Nayra?

—Jamás —digo con voz dura—. Ella no tiene que saberlo nunca. Si ella descubre lo que pasó en realidad en Bilbao tras nuestra ruptura, lo que hice, se culpará y se castigará por ello. Yo cargaré con eso y con lo que haga falta, pero ella no tiene que saber la verdad nunca. Tal vez esa sea la única forma que me queda de salvar su alma. Mientras ella siga ignorando la verdad, queda esperanza para ella.

—Joder, tío, esto supera con creces a la ficción. —Vuelvo a tomar la fotografía de Nayra y nuestro hijo entre mis dedos y lloro—. ¿Por qué lloras ahora, colega? —me pregunta Yeray asustado—. ¿Te duele algo? ¿Llamo al médico?

—No —respondo mientras los sigo acariciando—. ¿Sabes que le ha puesto a nuestro hijo el nombre de mi abuelo? —Las lágrimas escapan sin control, el dolor me vuelve a desgarrar y a partirme por la mitad—. Nuestro hijo, Yeray, nuestro, y nunca podré estar con él, jamás podré estar con ellos. —Quisiera arrancarme el corazón, dejar de sufrir, pero no puedo. Solo puedo dejarme arrastrar hasta el infierno una vez más. No necesitas estar muerto para ir allí, eso te lo aseguro.

—Tranquilo, tío, verás cómo encontramos una solución a este embrollo —me dice Yeray mientras se acerca a mí y pone una mano en mi hombro.

—Júrame que los protegerás, que no permitirás que jamás se sepa esto —le imploro mientras me aferro a la foto y a la mano de mi amigo—. Júramelo.

—Tranquilo, Endika. No diré nada, pero cálmate o llamo al médico para que te inyecten un tranquilizante.

—Duele, Yeray, duele no tenerlos, no poder amarlos, cuidarlos y protegerlos. No te imaginas cuánto duele —reconozco deshecho en lágrimas. Al final, Yeray tiene que llamar al médico para que den un tranquilizante. De nuevo, caigo en los brazos de Morfeo y sueño con esa vida que tanto deseo tener al lado de la mujer que amo y de nuestro hijo.

Dos días después, me dan el alta. Mi fiel amigo se ha quedado conmigo este tiempo, hemos estado hablando y esta vez sí ha respondido a mis preguntas sobre Nayra y nuestro hijo.

—Créeme, tío, es la mujer con más agallas que conozco. Cuando regresó de Londres diciendo que se había sometido a una inseminación artificial y que estaba embarazada, el revuelo que montó su padre fue de dimensiones cósmicas. Insistió en querer saber quién era el padre —se me encoge el estómago solo de pensar de lo que será capaz si lo descubre—, pero es lista e inteligente como ella sola. Consiguió que la clínica de Londres le hiciera otro informe médico falso en el cual ponía que sí se había hecho la inseminación. Entonces su padre pasó al contraataque y le dijo que si no se casaba, la desheredaba, que no iba a tener un hijo siendo ella madre soltera.

—¿Casarse? Con el desgraciado de Marcos, supongo, ¿no?

—Exacto. Ya sabes que ese cerdo es la mano derecha de su padre y que, por algún extraño motivo, piensa que es el hombre ideal para ella. A veces, pienso que le importa más él que su propia hija. El caso es que Nayra se negó, lo mandó, literalmente, a la mierda y le dijo que se podía meter el dinero por donde le cupiera, cogió sus cosas y regresó a Londres. Buscó trabajo en un hotel, el Baglioni, donde trabaja de directora de recepción, y allí sigue. Su padre fue a buscarla, a insistir con eso de que se casara con Marcos, pero lo mandó a paseo en menos que

canta un gallo y le advirtió que si se acercaba a ella o a su hijo, lo lamentaría.

—¿Quién estuvo con ella cuando nació Jon?

—Fue May, ¿quién si no? A veces, creo que son hermanas de verdad porque son inseparables. De hecho, mi mujer es la madrina oficial de tu hijo. Nayra le pidió que firmara unos papeles para que, si por lo que fuera, a ella le pasara algo, May sería la tutora legal de Jon. Mi mujer ni se lo pensó ni dudó, Nayra todavía no había terminado de pedírselo y ella ya estaba diciendo que dónde tenía que firmar.

—¿Por qué le hizo firmar eso? ¿Acaso le teme a algo? —Como ese cabrón le haga algo a ella o a nuestro hijo...

—No, tu mujer no le teme a nada, tiene los ovarios bien puestos. Supongo que lo hizo para asegurarse de que vuestro hijo siempre estaría rodeado de amor, no de cosas materiales. Ya sabes cómo es el padre de Nayra, autoritario, déspota, mezquino. Se mueve por interés y por dinero, cree que abriendo la cartera y extendiendo cheques es como se compra el amor y se tiene a la gente comiendo de su mano. Pero ni Nayra ni May son así. Las dos son todo corazón y mala leche, todo sea dicho de paso. May se ha erigido en la tía de tu hijo, viaja a Londres un fin de semana o dos al mes para estar con Nayra y Jon. De vez en cuando, la acompaña.

—¿Cuándo descubristeis que era mi hijo?

—May lo supo desde el primer momento. El día que fuimos a tu casa, veníamos de la clínica donde supuestamente Nayra había abortado. Después de que ella te tirara ese informe a la cara y te echara de su vida, fuimos a casa de Fayna. Las dejé en el dormitorio para que hablaran. Nayra se lo contó todo a mi mujer, le dijo que no lo había hecho, pero que como quería que te fueras y quería proteger a su hijo, había convencido a la doctora para que firmara ese expediente, tras una generosa cantidad de dinero, pero le hizo prometer a May que no se lo contaría a nadie y eso me incluía a mí. Cuando Nayra regresó de Londres diciendo que iba a ser madre porque se había hecho esa inseminación, algo me olió mal. ¿Acababa de abortar del hombre que amaba y se iba a Londres para que la dejaran preñada? Eso no me cuadraba, así que le pregunté a May. No hace falta que te diga que no soltó ni prenda, no me tragué ni una sola de las palabras que me dijo, así que me puse a investigar por internet y cada vez me convencía más de que no había abortado y de que era tu hijo el que crecía en su vientre. Así que un día les hice confesar la verdad, aunque me costó la vida que me lo contarán. Juré que no diría nada a nadie y no lo he hecho, ni siquiera te lo hubiera contado a ti si no se te hubiera ocurrido cometer la gilipollez de intentar quitarte la vida de nuevo. La verdad solo la sabemos nosotros cuatro y Fayna.

—Por eso viniste a verme a los pocos meses de que me hubiera marchado, ¿no?

—Sí, lo hice en cuanto supe la verdad. May casi me mató cuando se enteró de que había ido a verte. Le conté cómo estabas, que seguías hecho una mierda, que seguías enamorado de Nayra y que jamás quisiste que ella abortara. Tú no me lo habías dicho con palabras, pero solo había que mirar cómo el dolor, la culpa y los remordimientos se cebaban en ti con solo recordar lo que le dijiste a Nayra. Seguías queriéndola, culpándote por haber sido el asesino de vuestro hijo. Ella seguía enamorada de ti y ese niño crecía en su interior. Debía existir alguna forma de que estuvierais juntos, de que dejarais de haceros daño y de que fuerais felices. Cuando May se dio cuenta de que ambos sufríais, de que daba igual lo que os dijerais o el daño que os causarais, que simplemente os amabais como nadie ha amado, accedió a intentar reuniros de nuevo para ver si podíais solucionar lo vuestro. Por eso te invitamos. Ella vino a la boda con Jon, que había nacido un mes antes. May y yo pensamos en que si os veíais, si descubrías que tu hijo estaba vivo, habría una posibilidad de que dejarais el pasado de lado y empezerais de nuevo. Después de la boda,

Nayra regresó a Londres.

—¿Su padre no han intentado que regrese a Lanzarote?

—Supongo que a su manera sí lo ha intentado, pero ya conoces a Nayra, es más terca que una mula y no se doblega ante nada ni ante nadie. Tiene más cojones que la mitad de los hombres de este planeta. Sé que su padre la ha estado llamando para que regrese a la isla y se case con Marcos, y que sigue amenazándola con desheredarla y que no irá a conocer al niño si no se casa. A veces pienso que ese hombre cree que estamos en el siglo pasado o algo por el estilo, porque decirle a tu hija que no aceptas a tu nieto porque ella es madre soltera no es normal. Cada vez que llama a Nayra e insiste con eso, la respuesta de ella siempre es la misma: que se meta el dinero por donde le quepa, pero que nadie le dirá qué hacer con su vida y con la de su hijo. La única que ha ido a conocer al niño es Fayna, que se le cae la baba con Jon. Nayra la llama por videollamada una vez a la semana. Esa mujer los adora tanto que cuando se enteró de que su padre seguía incordiando a Nayra con el tema de Marcos, se plantó en el hotel con algunos de sus trabajadores. Tendrías que haberla visto, parecía una capo de la mafia. —Sonrío, imaginándome la escena—. Será pequeña de tamaño, pero es capaz de amedrentar al mismísimo diablo. Le dijo a Carmelo que tenía dos opciones: dejar a Nayra y a Jon tranquilos, o enfrentarse a ella. «Déjala en paz o acabaré contigo», le soltó fría e impasible. Desde entonces, Carmelo no ha vuelto a llamar a Nayra.

—¿Ella es feliz? ¿Nayra es feliz? —pregunto al cabo de una buen rato.

—No, Endika, no lo es. Lo finge y no lo hace mal del todo, pero no lo es. Cuando está con vuestro hijo, hay luz en sus ojos, ríe, juega con el niño, lo adora. Pero cuando se queda sola, se derrumba.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto arrugando la frente.

—En el último viaje que hicimos, hará unas tres semanas, May y yo íbamos a salir de compras con Jon. Mi mujer se empeña en comprarle cosas a tu hijo cada vez que va. Ese enano es el más mimado del planeta. El caso es que se me olvidó la cartera en el apartamento de Nayra y como nos había prestado las llaves de repuesto, subí sin llamar a la puerta. Escuché algo, un quejido, un lamento y fui a ver qué pasaba. La encontré sentada en su cama, abrazada a una foto tuya que tiene. Me senté a su lado y me miró con los ojos llenos de lágrimas. «¿Por qué lo hizo, Yeray? ¿Por qué nunca me quiso? ¿Por qué nunca fui lo suficientemente buena para él? Podríamos haber sido tan felices los tres juntos, Yeray, tan felices», me dijo sin poder dejar de llorar. Y te juro que me costó la vida no decirle que en realidad tú sí la amas. Nunca ha dejado de quererte, tío. En la vida he visto a dos personas que se quieran tanto y que no encuentren una forma de estar juntos.

—Es que no la hay, Yeray. Lo nuestro es imposible. Si su padre se entera...

—Mira, que le den por el culo a ese cabrón. Usa ese dinero que le has estado sacando a ese mamón, coge a Nayra y a tu hijo, cuéntale la verdad, explícale que todo lo que has hecho ha sido para tratar de protegerla y llévatela a la otra punta del mundo si es necesario. Ella lo entenderá, Endika. Llévatela y sed felices, tío. Os lo merecéis después de todo lo que habéis pasado.

—Nos encontraría, movería sus hilos y acabaría encontrándonos.

—Pues cambiad de nombres, fingid que os habéis muerto, yo qué sé. Pero lucha, Endika, lucha por ella y por tu hijo.

—¿Y qué te crees que hago permaneciendo lejos de ellos, ocultándole la verdad de lo que hice y de lo que pasó? Es la única forma que me queda de protegerlos, la única.

—Endika, colega...

—Déjalo, Yeray. ¿Puedo pedirte un último favor?

—Claro, lo que quieras. ¿Qué necesitas?

—¿Puedes mandarme, de vez en cuando, alguna foto de mi hijo y de Nayra, por favor? — suplico.

—Si me juras que no volverás a intentar quitarte la vida. Y quiero que lo jures por ellos, por tu mujer y tu hijo.

—¿Mi mujer? —digo alzando las cejas—. Dirás mi hermana.

—A la mierda con eso de que sois medio hermanos. Lo único que os une es el amor que sentís, no el hijo de puta de padre que compartís. Es tu mujer, no necesitas un puto papel firmado para que lo sea.

—¿Lo harás? —insisto tratando de quitarme de la cabeza cómo sería eso de que ella fuera mi mujer a todos los efectos.

—¿Lo juras? —A ver cuál de los dos es más cabezota.

—Tienes mi palabra, Yeray. No cometeré otra gilipollez como esa, pero tú prométeme que me mandarás esas fotos y que los cuidarás por mí.

—Hecho, lo haré, pero sigo insistiendo en que deberías contárselo a Nayra y largarte con ellos lo más lejos posible.

—Si fuera posible, lo haría. Créeme, nada me gustaría más que poder hacerlo —resoplo, cierro los ojos y me dejo caer en la cama.

Esa noche, también sueño con esa hermosa vida que me hubiera gustado tener junto a ellos.

Yeray se fue cuatro días después de que me dieran el alta. Insistió en innumerables ocasiones en que lo acompañara, en que fuera a Londres y le contara todo a Nayra, pero me negué. Cumplió con su palabra y de vez en cuando, cada dos semanas más o menos, me mandaba fotos de Nayra y de mi hijo. ¡Dios! Se parecía tanto a su madre, excepto por esos ojos que eran idénticos a los míos. Siempre se estaba riendo, en todas las fotos aparecía con una sonrisa. Tenía unos mofletes regordetes, unas largas pestañas, como las de Nayra, y un tono de piel ligeramente bronceado, como el de su madre. Era hermoso y era nuestro hijo.

Durante seis meses, veo crecer a mi hijo a través de las fotos y de algún vídeo que Yeray me manda por WhatsApp. Mis únicas sonrisas son la que se dibujaban en mi cara cuando veo sonreír a Jon, mis lágrimas siguen siendo las que derramo por él y por Nayra cada vez que cierro los ojos. Nunca estaré con ellos, jamás compartiré las risas de mi hijo, no jugaré con él, no le enseñaré a montar en bicicleta o a jugar al fútbol, no lo cuidaré cuando enferme, ni a él ni a Nayra. Solo puedo amarlos desde la distancia, seguir protegiéndolos desde la lejanía, continuar consumiéndome en el dolor, la quemazón y la agonía de su ausencia. Y ese sufrimiento ahora es mucho mayor porque ya no es solo Nayra la que ocupa mi corazón, ahora lo comparte con nuestro hijo. Duele, créeme que duele no poder estar con ellos, ni te imaginas cuánto. Y sí, puedes agonizar en el infierno sin necesidad de morir.

Es un lunes por la mañana. Llego a casa después de mi turno en la discoteca y recibo una foto más de Jon y Nayra. Ambos sonríen y yo lo hago con ellos mientras me parto un poco más por dentro, como si ya no estuviera roto en millones de pedazos más y todavía quedara algo en mi interior que se pudiera quebrar por enésima vez. Sin darme cuenta, estoy metiendo un par de mudas en una bolsa de viaje, sacando mi tarjeta de débito y comprando un billete de avión, en el primero que salga, con destino a Londres. Necesito ver a Nayra, aunque sea de lejos, y necesito ver y abrazar a mi hijo, aunque solo sea una sola vez en toda mi vida, pero lo necesito. Aterrizo en Londres bien entrada la tarde, busco un hotel cerca de casa de Nayra y le mando un mensaje a

Yeray para decirle dónde estoy y que necesito hablar con él. Mi amigo viene a verme en menos de media hora.

—¿Qué haces aquí, colega? ¿Vienes a hablar con Nayra? —me pregunta cuando le dejo entrar en mi habitación.

—No, no vengo a hablar con ella —respondo mientras me froto con fuerza las mejillas—. Necesito un favor más. ¿Podrías encontrar la forma de que viera a mi hijo, aunque solo sean cinco minutos, por favor?

—¿Has venido hasta aquí solo para ver a tu hijo? —Asiento—. ¿Y por qué no vas a verlos a los dos?

—Yeray, no empieces —refunfuño.

—Estás aquí, llama a su puerta, cuéntaselo todo, arrodíllate y pídele perdón. Ella lo comprenderá.

—Por favor, no insistas. Solo quiero ver una vez a mi hijo, solo una.

—Y Nayra, ¿qué pasa con ella? ¿Acaso no quieres verla?

—¿Que si no quiero verla? ¡Por Dios, Yeray! Me muero por verla, por poder abrazarla, por estrecharla entre mis brazos y dejar que su perfume me cosquillee en la nariz, por besarla. Pero no puede ser. Me conformaré con verla de lejos y con abrazar a nuestro hijo cinco minutos. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, puedo hacerlo. Pasado mañana se van las dos a una sesión de belleza, ya sabes, peluquería, pedicura, manicura, masajes. Tendrás un par de horas para estar con tu hijo.

—Puedes traerlo aquí, para que esté un rato conmigo, o si lo prefieres, nos vemos en un parque. ¿Qué prefieres?

—Ni una cosa ni la otra. Tendrás que ir tú a casa de Nayra. —Abro los ojos de forma desorbitada y niego con la cabeza. ¿Se ha vuelto loco o qué?—. Si saco a Jon, tu mujer y la mía me matan. El niño está acatarrado y no dejan que salga de la casa —me aclara—. Te llamo cuando se vayan, vienes, estás un par de horas con tu hijo y te vas. Le diré a May que me avise cuando salgan de la sesión de belleza para que te dé tiempo a marcharte. Ya veré qué se me ocurre. Más no puedo hacer y como se enteren de esto, me cortan los huevos entre las dos.

—Vale, lo haremos así. Me quedaré solo unos minutos, media hora como mucho, para no meterte en problemas, ¿de acuerdo?

—Perfecto, te aviso cuando se vayan. Pero piénsalo bien, ya que estás aquí, podrías aprovechar esta oportunidad. —Lo miro con mala cara y él deja de insistir—. Vale, no he dicho nada. Me voy antes de que sospechen algo. Te avisaré.

Sé que esto es una locura, que no debería hacerlo, que tendría que apartarme de ellos definitivamente, pero no puedo. Es superior a mí y, aunque sé que ver a Nayra de lejos y estar apenas unos minutos con mi hijo me va a saber a poco, a demasiado poco, lo necesito, ahora más que nunca.

No lo he podido evitar y me he levantado muy temprano esta mañana para poder verla de lejos. No sé el tiempo que llevo sentado en esta cafetería, observando el portal, esperándola, cuando la veo salir. Está preciosa, con sus cabellos sueltos, sus indescriptibles ojos violeta, sus carnosos labios. Se pone un gorro de lana, rebusca algo en su bolso y, con paso decidido, cruza la calle. ¡Mierda! Se dirige hacia aquí. Me pongo la capucha de mi sudadera, saco el móvil para fingir que estoy trasteando con él, agacho la cabeza y me giro un poco en la silla para darle la espalda y que no me vea. Mi corazón se acelera cuando entra en la cafetería, mi piel se eriza cuando la veo a tan

solo unos cinco metros de mí y quiero arrastrarme una vez hasta sus pies, besarla, abrazarla, decirle que la amo y hacerla mía. Con su perfecto inglés y su bellísima voz, pide un café con leche para llevar, paga y se va. Consigo volver a respirar cuando ella sube a un taxi y desaparece de mi vista. Decido no tentar a la suerte y el resto del día lo paso en la habitación del hotel, rememorando todos y cada uno de los instantes vividos con ella sin impedir que las lágrimas vuelvan a correr por mis mejillas, que el corazón se me rompa un poco más y que mi alma se arrastre por el infierno y el dolor de su ausencia. Hay amores que te marcan para siempre, como el mío por Nayra.

Son las nueve y media cuando Yeray me llama para decirme que está solo en la casa de Nayra con mi hijo. No sé expresar ni explicar lo que siento cuando tengo a Jon entre mis brazos. Nuestro hijo es precioso, como su madre, hermoso, lo único bueno que he hecho en esta vida. Me encanta su olor, sus regordetes mofletes, sus pequeños deditos que se agarran con fuerza a mi pulgar, esos ojos azules idénticos a los míos, ese rostro tan parecido al de su madre. Nuestro hijo, inocente, puro, fruto de un amor sin parangón. Una lágrima escapa y corre por mis mejillas.

—Deberías hablar con Nayra, Endika —me dice mi amigo cuando me ve llorar.

—No puedo, Yeray, ella jamás debe saberlo —respondo antes de darle un beso en la frente a nuestro hijo.

—¡Joder, tío! ¿Cómo eres tan cabezota? Tú te mueres por ella, ella, por ti, y aquí estáis, sufriendo el uno por el otro. Díselo, llévatelos lejos y sed felices.

—No, Nayra no debe saberlo. Es la única forma que me queda de salvar su alma y, probablemente, su vida, así que no insistas.

—Pero Endika...

—¡Basta, Yeray! —le grito. Jon se revuelve entre mis brazos, nervioso y le doy otro beso en la frente—. ¡Sh!, tranquilo, hijo. Papá no está enfadado contigo —le digo sonriendo. Nuestro hijo me devuelve la sonrisa—. Te quiero, hijo mío —le digo aun sabiendo que no me entiende. Me pierdo entre el aroma de la piel de nuestro hijo, entre sus ojos, en esos ruiditos que hace como si quisiera hablarme, me pierdo tanto que no me doy cuenta de que Yeray está blanco como un vaso de leche.

—¡¿Qué coño haces tú aquí?! —grita Nayra a mi espalda, y yo quiero morir una vez más.

Nunca subestimes al destino, jamás, porque ni siquiera el diablo puede ser tan retorcido cómo él. Y yo lo he vuelto a hacer, he vuelto a subestimarle, la he vuelto a cagar y veremos cuál es el precio que tengo que pagar por mi estupidez y por dejarme arrastrar por este amor desesperado que siento por Nayra.

CAPÍTULO XII

Bilbao, 2014

Poco a poco, Endika se va calmando. Ha dejado de llorar y me mira. Le acaricio la barba y las mejillas, agacho mi cabeza para darle un suave beso en los labios y él se levanta del suelo.

—Lo siento, Nayra —dice mientras se pinza el tabique nasal y se frota los ojos, secándose la última lágrima—. Preferiría que no me hubieras visto así. —Ni siquiera se atreve a mirarme a la cara. Veo cómo de los nudillos de su mano derecha brota la sangre, cojo su mano, la envuelvo con el fular que llevo y lo obligo a mirarme a los ojos.

—En casa hablamos, cariño. Ahora sube al coche y vamos a que te curen eso. Y conduzco yo —le digo cuando veo que abre la puerta del copiloto para que me monte. Como siempre, se muestra reticente—. Por una vez, Endika, deja que sea yo la que cuide de ti. —Me pongo de puntillas y trato de alcanzar sus labios. Al final, cede, agacha la cabeza y le doy un dulce beso antes de ponernos en camino.

Tras ir al centro médico de urgencias en Bilbao y que los médicos le curen la herida a Endika, regresamos a su casa. Cogemos un par de bolsas de basura y el rollo de cinta americana, bajamos y tapamos la ventanilla rota de su coche. Después subimos a casa y él se deja caer en el sofá, abatido. Nunca lo he visto así. No hay un ápice de su fuerza, de su chulería o de su soberbia en su bello rostro. Sigue sin ser capaz de mirarme, avergonzado por haberse dejado llevar por la furia, la rabia y la ira, y se culpa por ello. Preparo un poco de café, pongo una taza frente a él y me siento a su lado.

—Cuéntamelo, nene —le pido mientras lo agarro de la mano izquierda. Me mira de reojo, suelta mi agarre, se frota la cara, coge la taza de café y bebe—. Endika... —le hablo con suavidad, intentado que saque eso que lo reconcome por dentro. Trato de volver a coger su mano, pero la aparta—. Cariño, por favor.

—¿Para qué quieres que te lo cuente? ¿Va a solucionar eso algo? —responde, cabreado consigo mismo y ocultándose tras esa fachada de hombre duro, chulo y soberbio.

—Quiero que me lo cuentes para ayudarte a aliviar esa carga que llevas. No puedes cargar tú solo con ese peso. —De nuevo, trato de mantener un contacto físico con él poniendo mi mano sobre su hombro, pero se levanta, como si mi roce le quemara, y se queda mirando la ciudad a través de la ventana del balcón—. Endika... —lo llamo para que se dé la vuelta y me mire.

—No quiero hablar. —Sigue con la mirada perdida en la nada o en sus pensamientos, con las manos en los bolsillos y la espalda tensa.

—Cariño, por favor...

—¡Joder, Nayra! ¿Quieres dejarlo correr de una puta vez? —me grita al tiempo que se da la vuelta—. Te he dicho que no quiero hablar. ¿Tanto te cuesta entenderlo? Déjame en paz, coño. —Me da la espalda y yo me trago las lágrimas.

—Perfecto, como quieras —respondo mientras me levanto del sofá y empiezo a recoger mis libros—. Te dejo en paz. Cuando se te pase y decidas dejar de comportarte como un gilipollas, me avisas, a ver si a mí se me ha pasado el cabreo y podemos hablarlo. —Termino de meter los

libros en la mochila para cerrarla, cuando me la arrebató de las manos, rodea mi cintura con sus brazos y pega mi espalda a su pecho.

—Lo siento, *maitia* —susurra en mi oído, con su cabeza apoyada sobre mi hombro. Noto su respiración en mi cuello y sé que está aguantándose las ganas de llorar. Acaricio sus manos con las mías, echo ligeramente la cabeza hacia atrás y él se aferra con más firmeza a mí—. No quiero arrastrarte a mi infierno, no quiero que mis demonios te hagan daño, nena. —Cuánto dolor y culpa hay en sus palabras, tanto que me desgarran el alma—. Eres lo único bueno que tengo, cariño, lo único. Por eso, no quiero que esta mierda te salpique. —Trato de que afloje su agarre y de darme la vuelta para poder mirarlo a los ojos. Cede y lo consigo. Nos miramos a los ojos. Los suyos están cargados de tantos sentimientos, muchos de ellos encontrados, que se me parte el corazón. Los míos solo le demuestran una cosa: que lo amo y que estoy aquí, junto a él, para lo que haga falta.

—No me arrastras a ningún infierno, mi amor. —Me pongo de puntillas para alcanzar sus labios, pero los malditos treinta y cinco centímetros de altura que nos separan me lo impiden—. Soy yo la que decido acompañarte. Tus demonios no pueden herirme porque los combatiremos juntos. —Paso mis brazos alrededor de su cuello y enredo mis dedos en su cabello—. Esa mierda no me va a salpicar, la vamos a limpiar juntos, ¿me oyes? Juntos, Endika, para todo, así sea bueno o malo. —Hago fuerza con los brazos para que agache la cabeza y poder besarlo. Se deja llevar por mí y rozo sus labios con suavidad, abro la boca para que él la invada con su lengua, cosa que hace, pero con suma delicadez y amor. Sigue besándome cuando mis pies dejan de tocar el suelo. En un instinto básico y primitivo, rodeo su cintura con mis piernas, estrechándolo contra mí. Necesito su contacto y él, el mío, pero esta vez no se trata de un contacto físico o sexual, sino el de dos personas y dos corazones que quieren y anhelan compartirlo todo—. Cuéntamelo, cariño. Estoy aquí, junto a ti, para siempre, ¿recuerdas? —le suplico cuando deja de besarme. Cierra los ojos, pega su frente a la mía y me aprieta más contra su cuerpo, aferrándose a mí como si fuera un naufrago en mitad de una tempestad y yo su pequeña tabla de salvación que le impide ahogarse en ese tormentoso mar. No digo nada cuando vuelve a mirarme porque sobran las palabras. Mis ojos se lo dicen todo. Anda hasta el sofá, se deja caer y yo me quedo sentada a horcajadas sobre él, sin poder dejar de mirarnos ni un solo instante. Su mano izquierda toma mi rostro. Apoyo mi mejilla en su enorme palma, mientras su pulgar recorre las líneas de mis labios. Sonrío porque me encanta que haga eso, que me toque con mimo, con delicadeza, con ternura. Una lágrima vuelve a despuntar en esos ojos que jamás dejaré de admirar. La seco con un beso y consigo derrumbar su última barrera.

—Todo empezó cuando yo tenía unos cinco o seis años —comienza a relatar—. Mi madre y yo vivíamos en el caserío que mi abuelo le había dejado en herencia a mi madre, yo iba al colegio y ella trabajaba de cajera en un supermercado. Un día, llegó un sin techo que se puso a pedir limosna en la puerta del establecimiento donde trabajaba mi madre. El tipo dormía en un cajero automático, iba a la puerta del supermercado a pedir y luego se lo gastaba en el bar. Mamá siempre ha tenido un gran corazón y empezó a comprarle cosas para comer, bocadillos y esas cosas, hasta que empezó a llevarle las sobras de casa para que pudiera alimentarse. Comenzaron a hablar y mi madre le insistía en que tenía que dejar de beber.

»Una noche, cuando mi madre terminó de trabajar, a eso de las diez, pasó a por mí a casa de una amiga con la que me quedaba cuando tenía turno de tarde. De camino a casa, vimos cómo la Ertzaintza sacaba a ese hombre del cajero automático en el que dormía. Llovía a cántaros y mi madre, con su enorme corazón, le dijo que podía venir con nosotros hasta el caserío y que se

podía quedar a dormir en el trastero que hay junto a la casa. Apeataba, ese hombre olía a sudor, orín, alcohol y a miseria. Casi vomito en el coche. Pasó la noche allí y mi madre, a la mañana siguiente, le llevó una café con leche caliente y una bolsa de magdalenas antes de llevarme al colegio. Cuando regresamos por la noche, él seguía allí, en aquel trastero y le dije a mi madre que lo echara, que no me gustaba.

»No sé qué era, llámalo instinto, pero había algo en sus ojos y en él que no me gustaba, pero mi madre insistió en que no tenía dónde ir, que allí no molestaba y que podíamos ayudarlo. Poco a poco, mamá le fue abriendo las puertas de nuestra casa, le dejó bañarse, sacó las viejas ropas de mi abuelo y se las dio para que pudiera ir vestido en condiciones. Supongo que, en agradecimiento, él le daba parte de lo que sacaba pidiendo en la puerta del supermercado a mi madre. Comenzó a dejar de beber y a arreglar los pequeños desperfectos que tenía la casa. Se le daba bien, pero a mí seguía sin gustarme. Miraba a mi madre de un modo que no me hacía ni pizca de gracia. Un domingo, mamá lo invitó a comer con nosotros, a sentarse a nuestra mesa.

»Cuando me quise dar cuenta, comía y cenaba todos los días con nosotros. Mi madre le buscó un trabajo en el *camping* y lo metió definitivamente en nuestra casa. Dejó de dormir en el trastero para ocupar la habitación que fue de mi abuelo. Me enfurecí por ello, discutí con mi madre, le dije que no me fiaba de él, pero respondió que yo era demasiado pequeño para entender la vida, al fin y al cabo, solo tenía ocho años. Era cierto, no comprendía cómo mi madre se había enamorado de él. Al año de estar en nuestra casa, ya compartía habitación y cama con mi madre. Se casaron cuando yo cumplí los diez años, pero a mí seguía sin gustarme. Por muy feliz que viera a mi madre, algo me decía que aquello no iba a terminar bien, que él escondía algo tras esa fachada de hombre agradecido que se desvivía por mi madre.

»Y así fue. Al final, se le cayó la máscara, volvió a beber y empezaron las discusiones en casa, los gritos y los insultos de él hacia mi madre. Tenía doce años, acababa de llegar del colegio, cuando vi a mi madre con un golpe en la cara. Le pregunté qué había pasado y me dijo que se había tropezado y golpeado contra la puerta de casa. Mintió, él le había puesto la mano encima. Esa fue la primera mentira que me contó mi madre para encubrirlo. Un par de meses más tarde, mientras mi madre se cambiaba de ropa, pasé por delante de su habitación, la puerta estaba abierta y vi que tenía un enorme cardenal en su costado derecho. Me volvió a mentir y me dijo que se lo había hecho en el trabajo. No la creí, igual que tampoco lo había hecho la primera vez, y cuando aquel tipo llegó de trabajar, me enfrenté a él.

»Pero ¿qué oportunidad tiene un niño de doce años frente a un hombre de su tamaño y fuerza? Ninguna. Acabó golpeándome, empujándome y caí mal al suelo, rompiéndome el húmero del brazo derecho. Cuando mi madre me llevó a urgencias, me pidió que contara que me había caído y le dije que no, que no iba a mentir, pero me lo suplicó, me dijo que solo había tenido un mal día, que él no era así, que nos quería. ¿Querernos? Ese hombre nunca ha querido a nadie, ni siquiera a él mismo. No me preguntes por qué, pero le hice caso y me arrepentiré de ello el resto de mi vida, porque a partir de ese momento, mi madre me ocultó aún más el infierno por el que estaba pasando.

»Se cuidó de que yo no descubriera las palizas que le daba, pero no puedes tapar el sol con un dedo y lo descubrí todo. Volví a enfrentarme con él, me volvió a golpear, a darme una paliza y, esta vez, mi madre no me llevó al hospital por miedo a él o a que yo contara la verdad. De nuevo, me vino con la excusa de un mal día en el trabajo, del amor que le tenía y que él nos tenía. Ese día, supe que mi madre no haría nada por ella misma para salir de ese infierno, así que decidí ser yo el que la sacara.

»Empecé a ir a correr todos los días, a levantar troncos para ganar fuerza, a guardarme la paga que me daba mi madre todas las semanas, hasta que reuní el dinero suficiente para apuntarme a un gimnasio. Allí desarrollé músculos, fuerza, aprendí a golpear, a defenderme y a defenderla. Llegué a casa, con quince años, y me encontré a mi madre tirada en el suelo de la cocina, con una enorme brecha en la cabeza y muchos golpes, demasiados. Llamé a la ambulancia y a la Ertzaintza, se llevaron a mi madre al hospital y a él, al calabozo, pero mamá retiró la denuncia en cuanto salió del hospital y el tipo regresó a casa. Me amenazó y nos enzarzamos en una buena pelea. Yo ya no era un niño, había crecido, tenía fuerza, su misma altura, y lo machaqué a golpes. Me denunció, el muy hijo de puta me denunció por agresión.

»Si me zafé del juicio y de todo lo demás, fue porque uno de los ertzaina lo convenció para retirar la denuncia y estuvo hablando conmigo. Fue una larga charla en la que me hizo comprender que, por mucho que me doliera, que yo me liara a golpes con aquel tipo, no iba a solucionar la situación de mi madre, sino que la podía agravar. Decidí tratar de protegerla de otra forma e investigué qué se necesitaba para hacerse ertzaina. Pensé que siendo policía, la podría cuidar y proteger. El tiempo pasó y hubo una especie de tregua en la que él dejó de golpear mi madre durante una temporada y dejó de beber. Mi madre creyó que todo había pasado, que era una nueva oportunidad para ellos, pero yo seguía con las alertas encendidas. No me fiaba, le conté a mi madre mis temores y le dije que me haría ertzaina para protegerla. Pero con dieciocho años recién cumplidos, el caos se volvió a desatar en casa. Llegó borracho, discutió con mi madre porque la cena no estaba caliente y la golpeó. Bajé de mi dormitorio, me enfrenté a él, lo amenacé y él juró que acabaría con mi vida. Esa noche, mi madre me echó de casa.

—¿Qué? —No lo he podido evitar. Durante todo su relato, he permanecido callada, sentada sobre él, dejándole que lo saque todo, acariciando sus manos y apretándolas, transmitiéndole fuerza cuando he visto que la suya flaqueaba—. ¿Tu madre te echó de casa?

—Sí, lo hizo. —Le doy un beso en la mejilla, seco la lágrima que se le escapa y lo vuelvo a agarrar con fuerza de las manos—. Discutí con ella, le dije que no entendía por qué lo prefería a él y me dijo que lo amaba más que a nada en el mundo, incluso más que a mí. —Cierra los ojos un instante, supongo que tratando de no recordar lo doloroso que tuvo que ser eso para él—. Me largué, pero no me rendí. Recogí lo poco que tenía, el dinero que llevaba guardando de trabajar los veranos y algunos fines de semana como camarero en un restaurante, y me fui a Vitoria-Gasteiz. Busqué trabajo, una academia para prepararme para los exámenes de acceso a la Ertzaintza y un entrenador personal para las pruebas físicas. Me saqué el carnet de conducir y, tras dos años de matarme a estudiar y a entrenar, conseguí acceder a la academia. Fui el primero de mi promoción y me adjudicaron a la comisaria de Bilbao. Me vino de perlas porque así estaba relativamente cerca de mi madre. La llamé al poco de estar en Bilbao y fui a verla. Hablamos, le pedí explicaciones y me dijo que me echó de casa para protegerme, de él y de ella misma.

—¿De ella misma? —le pregunto.

—Sí, porque lo amaba y sabía que me hacía daño cuando se negaba a denunciarlo. Eso fue lo que me dijo, que quería que yo fuera feliz y que con ellos jamás lo sería. Le pregunté si seguía maltratándola y me dijo que no. Al parecer, estaban en una nueva tregua, en una especie de calma aparente, de esa que precede a la tempestad. Mi madre me dijo que eran felices, que había vuelto a dejar la bebida, que él había encontrado un trabajo mejor y que ella estaba embarazada. Con cuarenta y dos años, iba a volver a ser madre. Te juro que no sabía si ponerme a reír o a llorar. ¿Cómo era posible que no viera que todo era un espejismo, que, en cualquier momento, el monstruo que habitaba en él volvería a salir a la superficie, arrasándola a ella y al bebé?

—¿Tienes un hermano? —Lo cojo con más fuerza de las manos.

—No, no lo tengo. Hubiera sido una niña, ¿sabes? —Una nueva lágrima se escapa de sus ojos—. Pero ese malnacido la mató y casi se lleva a mi madre por delante. Estaba embarazada de siete meses cuando le dio tal paliza que la hizo abortar y que dejó a mi madre al borde de la muerte.

—¡Dios mío! —musito y Endika se rompe de nuevo ante mí.

—No pude hacer nada, Nayra, nada —dice mientras me abraza con fuerza, y entierra su cabeza en el hueco de mi cuello, dejándose arrastrar por el dolor—. Soy ertzaina y no pude salvar a mi hermana. —Llora de forma desgarradora y le dejo que saque ese sufrimiento que lleva años consumiéndolo por dentro—. No pude salvarla y casi pierdo a mi madre —me dice al cabo de unos minutos, en los que ha conseguido sacar parte de ese tormento que lo asola—. Pero se lo hice pagar. —Me mira de nuevo, se aferra a mí, a mis manos, a mi mirada, clavando de nuevo esos bellos ojos en los míos—. Utilicé mi placa para sacar el informe médico de mi madre, denunciarlo y encerrarlo en un calabozo.

»Convencí a mi madre de que así no podía seguir, que la próxima paliza podía acabar con su vida, que ya había perdido demasiado y esta vez no retiró la denuncia. Se tiró cuatro años en prisión. Creí que había salvado a mi madre de él, pero hace dos años, cuando salió de la cárcel, la buscó y ella le volvió a abrir las puertas de su casa y de su vida. Me enfurecí con mi madre, discutí con ella, lo amenacé a él, pero no sirvió de nada. Por el motivo que sea, ella lo ama, se lo perdona, él la vuelve a golpear y yo siento que he fracasado como hijo y como policía, porque no puedo protegerla. Ya no sé qué hacer para que abra los ojos y lo abandone de una maldita vez.

—Mi amor, no has fracasado, ni como hijo ni como policía.

—Lo he hecho, Nayra. Fracasé —dice dejándose llevar de nuevo por la culpa.

—No, Endika, no lo hiciste ni lo haces. Sigues cuidando de ella, en la medida que ella te deja. Lo encerraste en prisión, cariño, has hecho todo lo que has podido.

—¿Y por qué me siento como una mierda? ¿Por qué siento que no soy lo suficiente hombre para sacarla de ese infierno? ¿De qué me va a servir mi placa si la pierdo a ella como perdí a mi hermana? ¿De qué? —De nuevo, el dolor se refleja en sus ojos.

—Escúchame. No puedes fustigarte por algo de lo que no eres culpable. No puedes cargar con el peso de la muerte de tu hermana cuando no fuiste tú el causante de esa pérdida. No puedes dejarte arrastrar por la impotencia ni la ira ni la rabia cada vez que él decide ponerle la mano encima a tu madre. No puedes ayudarla si ella no se deja ayudar, cariño, y no puedes culparte por ello.

—¿Y qué hago, nena? ¿Cómo consigo que abra los ojos, que me escuche, que se dé cuenta de que al final ese amor que siente por ese desgraciado le costará la vida? ¿Cómo la salvo, *maitia*? ¿Cómo?

—No lo sé, Endika. No soy psicóloga ni nada que se le parezca, no tengo la respuesta. Lo único que puedo hacer, si quieres, es intentar hablar con ella. —Arruga la frente, confundido por mis palabras—. Tal vez, si le hablo de mujer a mujer, puedo hacerla recapacitar, o, por lo menos, que se pare a pensar un poco en que el amor no es dejar que te traten como ese hombre la trata a ella.

—¿Harías eso por ella, Nayra? —Su mano me acaricia la mejilla.

—No, cariño, lo haría por vosotros dos. No te has dado cuenta, pero tu madre te quiere, está orgullosa de ti. Solo he necesitado veros unas horas juntos para ver cuánto os queréis. Lo único que se interpone entre tu madre y tú es ese hombre. Déjame que hable con ella, no perdemos nada

por intentarlo y, mientras, disfruta del cariño y del amor que os tenéis. No todo el mundo lo tiene, nene, así que disfrútalo, saboréalo. No dejes que ni la culpa ni la ira ni nada te quite eso —le digo apartando los ojos unos segundos de él.

—Mírame —me ordena y, tras reprimir mis lágrimas, le obedezco—. ¿Qué ocultas tras esas palabras, *maitia*?

—Nada —respondo, aunque sé que no lo voy a convencer.

—Mientes, lo veo en tus ojos. Me estás ocultando algo. —Intento levantarme de su regazo, pero me lo impide aferrándome con fuerza por la cintura—. Acabo de abrirte mi corazón y de desnudar mi alma, ¿y tú me vas a mentir? ¿Me vas a salir con el cuento de que no escondes nada? No me trago eso de que quieras hablar con mi madre solo para ayudarla o para ayudarnos a los dos. No te creo, Nayra. Hay algo más, así que cuéntamelo, porque ahora es tu turno.

—No es nada, Endika, de verdad.

—Nayra, no quiero cabrearme, así que cuéntamelo de una puñetera vez. ¿Qué escondes? —Cierro los ojos y suspiro—. Cuéntamelo, nena —me dice tomando mi rostro entre sus manos y depositando un beso en mis labios—. Estoy aquí, *maitia*, junto a ti. Dime qué te pasa.

—¿Puedo preguntarte algo? —le digo tratando de encontrar el camino y las palabras.

—Claro, lo que quieras. ¿Qué quieres saber?

—Tu padre, ¿sabes quién es? —Me mira confundido, sin entender el porqué de mi pregunta—. Respóndeme, por favor.

—No, no sé quién es. Mi madre me contó que fue un hombre con el que estuvo, pero que cuando ella se quedó embarazada, le dijo que no quería saber nada de ella ni de mí. ¿Qué tiene que ver eso con lo que te pasa?

—Nada y todo, supongo. Cuando te he dicho que disfrutes del amor que os tenéis tu madre y tú, que disfrutes de ello porque no todo el mundo lo tiene, es porque yo no lo tengo, Endika. No sé qué es que tus padres te quieran.

—No te entiendo. Querías que conociera a tu familia. ¿No te referías a tus padres?

—No, no a ellos. Tú sientes que has fracasado como hijo por no poder proteger a tu madre. Mi madre murió cuando yo nací y mi padre jamás me ha querido.

—Lo siento, nena, no sabía que tu madre había muerto —me dice acariciando mis mejillas y labios.

—¿Sabes qué es lo peor? Ni siquiera puedo sentir que he fracasado en algo por no poder tener el cariño y amor de mi padre. Simplemente, siento que no soy lo suficientemente buena para él.

—Nena, eso es una gilipollez. Tú eres excepcional, increíble, única y maravillosa —me dice regalándome otro tierno beso.

—Eso lo dices porque me quieres, pero la cosa es que para mi padre, no soy lo suficientemente buena. No me quiere, Endika, no sé lo que es que mi padre me dé un beso de buenas noches, que me arropara antes de irme a dormir o que compartiera algún juego conmigo. Mi padre es un importante hombre de negocios, con hoteles en Canarias y Marruecos, que siempre está viajando de aquí para allá. Para él, son más importantes sus negocios que su familia. Me he criado con niñeras, institutrices y en colegios internos, yendo a casa para que mi padre me ponga un vestido bonito y me pasee como un trofeo entre sus amigos o conocidos. Siempre ha intentado que yo sea alguien que no soy, que me comporte según sus dictados, que haga, diga y piense lo que él quiere. El único cariño y amor que he recibido es el de mi abuela Fayna, la madre de mi madre. Ella siempre me ha cuidado, me ha dado cariño, me ha tratado con amor, tanto que cuando me enteré de que mi padre estaba planeando que me casara con Marcos, me largué de casa y me fui con mi

abuela.

—¿Quién coño es Marcos? —La punzada de celos es más que patente en su voz.

—El hijo del mejor amigo de mi padre y reconocido empresario hostelero. Nuestros padres creyeron que, casándonos, unirían los dos imperios. Me enteré cuando estaba a punto de cumplir los dieciocho años. Marcos es tres años mayor que yo. Nos conocíamos de toda la vida, aunque no habíamos sido buenos amigos. Con diecisiete años, empecé a salir con él, supongo que empujada por mi padre, que siempre le tuvo más cariño a él que a mí. Pensé que si salía con él, eso agradaría a mi padre y así me querría. Se organizó una fiesta de inauguración de uno de los hoteles de mi padre, en Fuerteventura y allí estábamos, mi padre, los de Marcos, él y yo. En mitad de la fiesta y sin venir a cuento, nuestros padres anunciaron nuestro compromiso e inminente boda, que se celebraría en pocos meses. Me enfurecí, le pregunté a Marcos si él sabía de qué iba todo aquello y me dijo que sí. Discutí con él, con mi padre, monté un número de aúpa, hasta que Marcos me sacó de allí. Reemprendimos la pelea en la habitación del hotel donde me dijo, borracho, que para lo único que yo servía era para abrirme de piernas y para que su familia accediera a nuestra fortuna. Le di un bofetón y me lo devolvió, haciéndome caer en la cama, y empezó a quitarse la ropa diciéndome que él me enseñaría a ser obediente y una buena esposa.

—¿Ese hijo de puta te pegó y te violó? —pregunta siseando como si fuera una serpiente de cascabel.

—Lo primero, sí; lo segundo, no. Reaccioné y le aticé en la cabeza con una silla, dejándolo inconsciente. Busqué a mi padre, que seguían en la fiesta, y cuando le conté lo que había pasado, su respuesta me dolió aún más que lo que Marcos había intentado hacer.

—¿Qué te dijo?

—Que aprendiera a comportarme, que no había gastado una fortuna en mi educación para que yo no supiera estar en el lugar que me correspondía, así fuera en una fiesta calladita y haciendo de perfecta anfitriona, como en la cama de Marcos abierta de piernas. —Endika resopla y aprieta la mandíbula, tanto que oigo cómo le chirrían los dientes—. En ese momento, comprendí que para él yo solo era una moneda de cambio para alcanzar sus objetivos, que yo no importaba y que jamás me querría. Cogí mi bolso, me fui al puerto, esperé al primer ferri de la mañana que me llevara a Lanzarote y cuando llegué, me fui directamente a casa de mi abuela Fayna.

—¿Tu padre no fue a buscarte?

—Sí, vino amenazándome con desheredarme, con que yo todavía era menor de edad y que denunciarían a mi abuela y con no sé cuántas chorradas más. Pero se tropezó con dos cosas: mi terquedad y mi abuela. Yo me reboté, me enfurecí, escupí sapos y culebras contra él, les dije de todo lo habido y por haber, y cuando mi padre me levantó la mano, mi abuela le estampó una silla en toda la cabeza y lo amenazó. «Tócala, vuelve a intentar dirigir su vida y sabrás lo que es el infierno», eso fue lo que le dijo.

—¿Tu abuela le atizó a tu padre? —Asiento—. ¡Menuda mujer!

—Mi abuela es una mujer increíble. Con su escaso metro y medio, se enfrentó a mi padre, que mide metro ochenta. No se amedrentó cuando mi padre se levantó del suelo y se plantó frente a ella, al contrario, lo miró a los ojos y le dijo: «Adelante, hazlo y no vivirás el tiempo suficiente para contarlo». Me asusté, creí que mi padre la golpearía y me interpuse entre ellos, pero mi abuela me quitó de en medio y me puso a su espalda. Entraron los trabajadores de mi abuela, porque ella tiene unos viñedos en La Geria y el escándalo se escuchó en toda la finca, y nos rodearon. «Hazlo, adelante. A ver cómo sales de esta», le repitió. La voz de mi abuela era fría, sus ojos destilaban furia contenida y mi padre se achantó ante ella, no ante la presencia de los

trabajadores de mi abuela. Ella daba miedo, Endika. En ese momento, supe que mi abuela era capaz de todo por mí, que ella sí me quería y que todo ese amor y cariño que había recibido de ella era verdadero y puro, incondicional. Le dijo que, desde ese momento, yo me quedaba con ella y que si atrevía a acercarse a mí, lo lamentaría el resto de su vida. Mi padre la amenazó y ella ni se inmutó. «No te enfrentes a mí porque perderás», le dijo antes de que mi padre se fuera. Desde ese día, me quedé con mi abuela. Ella es mi única familia, como tu madre es la tuya.

—Pero si tu padre te hizo todo eso, ¿por qué quieres terminar el máster para trabajar en sus hoteles? No lo entiendo.

—Lo hice porque quería demostrarle que yo puedo ser mejor que él, que no solo sirvo para ser una mujer florero o una perfecta anfitriona, que valgo más que él, que ya no me importa ni me duele que no me quiera, demostrarle que soy y seré lo que yo quiera. Me pasé la infancia y buena parte de la adolescencia mendigando el amor de mi padre, pero él nunca me querrá si no soy lo que él quiere que sea y supongo que tampoco me perdona que mi madre muriera en el parto, que me culpa de ello y por eso quiere manejar mi vida a su gusto y antojo. Pero eso no es amor, cariño, el amor no se mendiga, no se suplica. Por eso lo hice, pero ahora ya me da igual. He descubierto que solo he querido a tres personas en mi vida, que solo me importa el amor que esas personas me tienen.

—¿Qué personas?

—Mi abuela Fayna, mi mejor amiga y hermana May, y tú, el hombre de mi vida, el mejor hombre que existe en el mundo —confieso antes de besarlo con suavidad. Él atrapa mi rostro entre sus enormes manos, mete su lengua en mi boca y acaricia cada recoveco hasta dejarme sin aliento y temblando sobre sus muslos. Separa sus labios de los míos, apoya su frente en la mía, cierra los ojos y suspira. Nos quedamos así, quietos, uno en brazos del otro, con nuestras respiraciones acompasadas, dejando que nuestros demonios internos, que nuestros miedos y nuestras frustraciones sean calmados por la presencia del otro; compartiendo lo que nos asusta, lo que nos sacude, lo que nos quiebra por dentro. Vuelve a tomar mi rostro entre sus manos y me clava esos ojos que me vuelven loca en lo más profundo de mi ser.

—Gracias por amarme, ojos violeta —me dice con esa hermosa sonrisa en su rostro.

—De nada, guapito de cara. Es todo un placer. —Se ríe de mi respuesta, ancla mi cuerpo al suyo, me aferra con fuerza por las caderas, se levanta del sofá y me lleva a la cama. Hay muchas formas de decir te quiero, de que los cuerpos, los corazones y las almas se amen sin necesidad de desnudarse, de acariciarse y de hundirse el uno en el otro. Esta noche, Endika me hace el amor de una forma totalmente nueva que consigue que me enamore más de él. Simplemente, me tumba en la cama, se aovilla contra mí, posa su cabeza en mi pecho, en el lugar exacto en el que está mi corazón, me abraza y se duerme en mi regazo, disfrutando de la paz que hemos encontrado, del amor que nos tenemos y de nuestra mutua compañía.

CAPÍTULO XIII

Londres, 2018

Jon se vuelve a remover nervioso entre mis brazos, lo acuno contra mi pecho y trato de calmarlo.

—Suelta a mi hijo —sisea Nayra a mis espaldas—. He dicho que lo sueltes.

—También es hijo mío —le respondo mientras me doy la vuelta y la encaro. ¡Dios!, ¿cómo puede estar tan hermosa incluso así de enfadada? El aroma de su perfume inunda la estancia y hace que mi piel se erice.

—¿Tu hijo? No me jodas, Endika. Él no es nada tuyo, nada, ¿me oyes? —Se acerca y se planta frente a mí. Quiero abrazarla, estrechar su cuerpo contra el mío, darle las gracias por no haber abortado y por haber tenido a nuestro hijo, decirle que la amo cada día más, si es que eso es posible; pero no digo nada, me quedo aquí, quieto, con nuestro hijo en mis brazos y la mirada perdida en la suya—. Dame a mi hijo —me ordena, cogiendo al niño y arrebatándomelo de los brazos. Siento que me han arrancado un pedazo de mi alma cuando dejo de sostener a Jon—. May, llévate al niño de aquí. —Quiero correr tras ellos y darle un último beso a Jon, poder despedirme de él para siempre, pero no lo hago. Tal vez sea mejor así porque, si lo hago, no sé si seré capaz de separarme de ellos. Cojo mi cazadora de encima del sofá y me la pongo antes de salir definitivamente de sus vidas—. ¿Dónde te crees que vas? —me pregunta Nayra, obstaculizando mi marcha.

—Lejos. No te preocupes, no volverás a verme en la vida. Nunca debí venir —musito.

—No, no deberías, pero lo has hecho. ¿Por qué? ¿Para qué has venido?

—Solo quería conocer a nuestro hijo. —«Y verte una vez más», pero no se lo digo.

—No es nuestro hijo, es mío, ¿me escuchas? Mío y solo mío. Al nuestro, tú me obligaste a abortarlo. —Cierro los ojos y me froto el rostro, recordando el dolor que sentí cuando creí que lo había perdido.

—Nayra... —empieza a decir Yeray, que sigue en el salón.

—Cállate —le grita ella.

—Sabe la verdad, Nayra, yo se lo conté —reconoce mi amigo, sin ser consciente de la que se le viene encima.

—¿Qué? —Gira sobre sus talones y clava su furibunda mirada en Yeray.

—Lo sabe desde que Jon tenía tres meses, se lo conté cuando fui a verlo.

—¡¿Cómo te atreviste a contárselo?! —grita mientras le da una bofetada a Yeray, haciendo que su cabeza gire noventa grados—. ¡¡Traidor!! Te dije que él jamás debía saberlo —sigue bramando mientras vuelve a golpear a mi amigo. La agarro por los brazos e impido que siga atacándolo.

—Yeray, sal de aquí —le ordeno a mi amigo mientras Nayra se revuelve entre mis brazos para volver a atizar a Yeray o a mí.

—¡¡Suéltame, cerdo!! —me grita Nayra a escasos centímetros de la cara.

—Yeray, sal, déjanos a solas. —Veo que mi amigo, a pesar de sus reticencias, me hace caso. Sujeto con más fuerza a Nayra contra mí, su aroma me invade y su calor hace que mi corazón lata

desbocado. Ella sigue tratando de zafarse de mí y por los pelos no me atiza un rodillazo en los huevos—. ¡Basta, Nayra! —le grito y ella para, pero me mira con odio y rabia—. Tengo derecho a ver a mi hijo y eso es lo que he venido a hacer.

—Tú no tienes derecho a nada, lo perdiste el día que me amenazaste con que o buscaba una clínica o me hacías abortar a golpes. Perdiste cualquier derecho a llamarlo hijo el día que te referiste a él como esa cosa y bastardo.

Ni siquiera puedo reprocharle sus palabras porque tiene razón.

—Lo sé, pero quería conocerlo, verlo una vez en mi vida, nada más.

—¿Para qué? Tú no lo quieres, nunca lo has querido, ni a él ni a mí. —Sus palabras son como escupitajos y hacen que enfurezca.

—¿Qué coño sabrás tú lo que es querer, Nayra? No tienes ni puta idea —le espeto a pocos centímetros de su rostro y de sus labios.

—Sé más que tú, Endika, porque yo sí te amé, aunque tú solo me usaste para follar cuantas veces te dio la gana, para irte y venir cuando te picaba la polla.

—Eras tú la que me llamaba, ¿recuerdas? La que me provocaba para que fuera a follarte. ¿Acaso lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado, porque puede que para ti solo fuera sexo, que me engañaras diciéndome que me querías, pero para mí no lo fue. Nunca te mentí, nunca te utilicé, solo te amé de la única forma en la que tú me dejaste hacerlo. Supongo que nunca fui lo suficientemente buena para ti, ¿no?

—Eso no es cierto. —La veo romperse una vez más ante mí y quiero recoger los pedazos de su corazón, unirlos, sanar sus heridas, esas que los demás y yo le provocamos, decirle que nunca supe lo que era amar de verdad hasta que la conocí.

—Lo es. Me lo escupiste a la cara cientos de veces, la última, el día que me ordenaste abortar. Nunca me quisiste ni un solo instante. —Sus ojos se anegan de lágrimas, pero no las deja escapar.

—Eso no es verdad, Nayra. —Si pudiera decirle la verdad sin condenarla al infierno, lo haría sin dudar.

—Ah, ¿no? Mientes, como siempre has hecho. Lo único que querías era metérmela hasta el fondo y largarte luego. Me utilizaste como tu juguete hasta que te cansaste. Me utilizabas, me usabas, me herías y te largabas sin mirar atrás, sin ningún remordimiento.

—Te he dicho que eso no es cierto.

—¡Deja de mentirme por una maldita vez en tu vida! —me grita—. Reconoce que no eres más que un cobarde que se asustó cuando supo que lo podían amar sin condiciones y decidió huir.

—¿Cobarde? ¿Acabas de llamarme cobarde? —Agacho aún más la cabeza, quedando nuestros labios separados por apenas unos milímetros.

—Sí, porque lo eres, porque nunca fuiste capaz de dejar a un lado tus miedos y de amarme como yo lo hacía, porque para ti era más sencillo venir, echar un polvo y largarte sin mirar atrás, sin preocuparte del daño que me podías hacer. Eres un cobarde porque nunca luchaste por nosotros. Un maldito cobarde.

—Alejarme de ti es lo más difícil que he hecho en la vida, lo único valiente, así que no me llames cobarde cuando no tienes ni puta idea de nada.

—Pues explícamelo, dime por qué no puedes estar conmigo, dime qué hice mal para que no me quisieras. —Sus ojos dejan escapar las lágrimas, que corren sin control por sus mejillas.

—Nunca hiciste nada mal, Nayra, ese fue nuestro problema. Soy yo el que lo hizo todo mal, y en lo primero que erré fue en enamorarme de ti cuando tú nunca podías ser para mí. Te quise

desde el mismo instante en que te vi y te querré hasta el último de mis alientos. Nunca tuve opción a lo contrario —le digo mientras seco sus lágrimas con mis pulgares.

—Pues quédate, no me dejes de nuevo, Endika, no lo hagas. Si de verdad me amas, no huyas de nuevo. —Sus brazos rodean mi cuello—. Quédate a mi lado y que esta vez sea para siempre.

—No puedo, Nayra, aunque sea lo que más deseo, no puedo. La única forma que tengo de protegerte, de salvarte, es alejarme de ti para siempre. No puedo arrastrarte al infierno, nena, no puedo. —Mis ojos lloran junto a los de ella.

—Ya estoy en el infierno, cariño, lo estoy cada día que no te tengo a mi lado. —Da un brinco, rodea mi cintura con sus piernas, pega sus labios a los míos y me dejo llevar, una vez más, por esto que siento por ella sin importarme si es mi hermana. Una de mis manos la agarra por las nalgas y la estrecha más contra mi cuerpo, la otra se aferra a su nuca para impedir que separe sus labios de los míos. Enredo mi lengua a la suya, ando hasta que tropezamos con una pared, la espachurro contra ella y la devoro como llevaba tanto tiempo deseando hacerlo. Sus besos saben mejor que nunca, su aliento y sus jadeos se ahogan en mi boca. Se me eriza el vello cuando la oigo gemir de nuevo, se me pone dura cuando siento cómo mueve sus caderas buscando el roce de su sexo con el mío, gruño mientras la sigo besando, mientras sigo amándola con desesperación y culpa. Noto cómo nos falta el aire a los dos, succiono su labio inferior mientras separo nuestras bocas y sostengo de nuevo su rostro entre mis manos, mientras acaricio el perfil de sus labios con mis pulgares y me pierdo en su violácea mirada—. No te vayas, Endika. Quédate y amémonos. Quédate a nuestro lado.

—No puedo, *maitia* —digo conteniendo el llanto—. Tengo que irme. —Trato de que sus brazos dejen de rodear mi cuello y que sus piernas liberen mi cintura—. Por favor, nena, déjame marchar.

—¿Por qué, Endika? ¿Por qué vuelves a alejarte de mí?

—Porque es la única forma que me queda de protegeros. —Le doy un suave beso mientras me libero de su agarre—. Cuida de nuestro hijo, nena, que nadie sepa nunca que es mío. Y recuérdalo, jamás nadie te amará como yo. Tengo que irme —le digo mientras giro sobre mis talones.

—Júrame que volverás —me ordena mientras me agarra por un brazo—. Júramelo.

—No lo haré, Nayra. Esta vez, es para siempre. —No me atrevo a mirarla porque sé que si lo hago, mi autodeterminación se irá al garete. Consigo zafarme de ella, acelero el paso mientras la oigo llorar y seguirme.

—Por favor, Endika —vuelve a suplicar cuando llegamos al portal—. No lo hagas, quédate.

—Lo siento, nena —le digo mirándola por última vez—. Adiós, ojos violeta. —Salgo a la calle con el corazón roto, el alma desgarrada y los ojos llenos de lágrimas. «Nunca regresaré, jamás los volveré a ver», me juro a mí mismo mientras cruzo la calle. La escucho gritar mi nombre, algo me lanza por los aires y la oscuridad se cierne sobre mí.

Me cuesta abrir los ojos. Me duelen la cabeza, la espalda y el pecho. Abro los ojos poco a poco, pero la luz blanca me molesta. Parpadeo varias veces para poder acostumbrarme ella y trato de mover el cuello.

—Tienes más vidas que un puñetero gato, so mamón. —Giro un poco mi cabeza con cuidado y veo a mi amigo sentado en un sillón junto a mí.

—¿Yeray? —Trato de incorporarme, pero él no me deja. Se levanta deprisa del sillón y me obliga a permanecer quieto en la cama en la que estoy tumbado. Me da un poco de agua, supongo que porque ha oído el grave timbre de mi voz. Mi garganta parece papel de lija—. ¿Dónde estoy?

—En el hospital. Es mejor que no te muevas —me dice mientras se asegura de que me quede

quieto—. ¿Qué es lo último que recuerdas?

—Salir de casa de Nayra tras nuestra discusión. Nada más. ¿Por qué?

—Porque cruzaste la calle sin mirar, cabeza de chorlito, y un coche con un conductor ebrio se te llevó por delante. Volaste unos quince metros y aterrizaste sobre otro vehículo. Y todo delante de los ojos de Nayra. Chico, ¡qué manera de reconquistar a una mujer! —me suelta con sarcasmo.

—¿Me atropelló un coche?

—Sí y por poco no lo cuentas. El impacto fue tan grande que te reventó el bazo, te causó una conmoción cerebral y te destrozaste las dos vértebras sacras. Te operaron de urgencia para extirparte el bazo, te han reconstruido las dos vértebras y has estado en coma inducido cinco días.

—¿Dónde está Nayra?

—¡Hay que joderse! Te digo que por poco te matas y a ti solo te preocupa dónde está ella. —Lo miro con cara de pocos amigos—. Fuera, hablando con los médicos. No se ha separado de tu lado en ningún momento.

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está Jon?

—Con May. No te preocupes por él. Ahora lo importante es que descanses y te recuperes. Luego ya aclaras las cosas con Nayra, porque de esta no te salvas, tronco.

—¿A qué te refieres? —Creo que me va a explotar la cabeza.

—Me cayó la bronca del siglo después de que te operaran. Por poco me cortan los huevos entre las dos, así que al final les conté la verdad.

—¡No me jodas, Yeray! ¿Le has dicho que es mi hermana? —Quiero despellejarlo ahora mismo, pero apenas tengo fuerza.

—No, eso te lo reservo a ti. Pero les tuve que confesar que te dije que Jon era tu hijo cuando trataste de quitarte la vida por segunda vez. Nayra está muy cabreada contigo. —Respiro un poco más aliviado. Voy a darle las gracias por no contar la verdad, pero entran un médico y una enfermera acompañados de Nayra—. Estoy fuera. Luego te veo, amigo —me dice, despidiéndose de mí. Miro a Nayra y ella me mira a mí. Tiene cara de cansada, con ojeras, y el cabello un poco revuelto, pero está igual de hermosa que siempre. Tengo que dejar de mirarla cuando el médico me examina. En ese momento, me doy cuenta de que llevo un corsé que va desde mis axilas hasta más abajo de mi cadera. Me hace preguntas en inglés, que Nayra me traduce porque yo no entiendo casi nada, y no me gusta lo que veo en sus ojos cuando el médico responde a sus preguntas. Vienen dos enfermeros más y me pasan de la cama a una camilla.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Nayra.

—Van a hacerte unas pruebas. Tranquilo —me dice agarrándome la mano.

—Nayra, ¿qué sucede? —Cada vez me gusta menos lo que veo en sus ojos.

—Tranquilo, tú deja que te hagan esas pruebas. —Me suelta la mano y me separan de ella. Me hacen radiografías, un TAC, me sacan sangre y me devuelven a la habitación, donde Nayra sigue esperándome. El médico habla con ella, que desvía su mirada de él para posarla sobre mí. Suspira aliviada, le da las gracias y se acerca a mí cuando el doctor se marcha. Se sienta a mi lado, en el borde de la cama y me vuelve a dar la mano—. Me has dado un susto de muerte, guapito de cara. —Sonríe y yo solo deseo besarla.

—Bueno, ya me conoces, me gusta vivir al límite, ojos violeta. —Acaricio el dorso de su mano con mi pulgar—. ¿Qué te ha dicho el médico? Porque cuando me han sacado de aquí para hacerme las pruebas, tenías muy mala cara.

—No sabían si te habías lesionado la médula y si podrías volver a andar.

—¿Me voy a quedar paralítico? —«Lo que me faltaba», pienso.

—¿Sientes esto? —me dice pellizcándome mi muslo derecho.

—Sí, siento algo, ¿por qué?

—Porque o tienes un ángel de la guarda que hace horas extras o eres el hombre con más suerte del planeta. —Vuelve a agarrarme de la mano—. Después de operarte de urgencia para extirparte el bazo y detener la hemorragia interna, te hicieron pruebas. No parecías tener sensibilidad en las piernas, te inmovilizaron el cuello y en el TAC se veía que tenías dos vértebras sacras destrozadas y una conmoción cerebral severa. Te indujeron al coma para que te bajara la inflamación craneal y te medicaron para la espalda, aunque no sabían si podrías andar, porque no se veía si tenías dañada la médula espinal. Te han quitado la sedación esta mañana y te han operado de las dos vértebras, las han reconstruido con parte de tu hueso de la cadera y tienes que llevar ese corsé durante unos meses. En el TAC que te acaban de hacer, se ve que no hay lesión medular, aunque tardarás un poco en poder andar con normalidad y ponerte de pie sin necesidad de ayuda de muletas o andador. Con rehabilitación, estarás como nuevo en un par de meses, quizás tres o cuatro, pero has tenido mucha suerte.

—Vale —digo tras suspirar, porque he estado conteniendo la respiración mientras ella me hablaba. Me froto las sienes con la mano izquierda.

—¿Te duele la cabeza? —Asiento—. Llamaré a la enfermera para que te den algo para el dolor. —Se levanta del borde de la cama y trata de soltarse de mi mano, pero no se lo permito.

—No, déjalo. Tenemos que hablar, Nayra, y necesito que me escuches con atención, ¿entendido? —Es hora de que me separe de ella para siempre, hora de que sepa parte de la verdad—. Siéntate y escúchame.

—Sigo enfadada contigo, así que no me des órdenes. —Siempre tan terca y tan guerrera—. ¿Cómo se te ocurrió volver a intentar quitarte la vida? ¿Me lo explicas?, porque te juro que no lo entiendo.

—Porque no puedo vivir sin ti y porque me remordía la conciencia saber que yo había asesinado a nuestro hijo. Por eso lo hice, pero volví a fallar. Soy un inútil hasta para eso.

—No lo comprendo, Endika. No puedes vivir sin mí, pero me hieres y te alejas; te remordía la conciencia cuando tú me pediste que abortara. Te juro que por muchas vueltas que le doy, no consigo entenderte. Si me quieres, ¿por qué ese empeño tuyo en apartarte de mí?

—Porque me enamoré de la única mujer que estaba prohibida para mí, porque alejarme era la única forma que tenía de mantenerte a salvo, de protegerte. —Le aprieto la mano con más fuerza porque necesito su contacto, porque sé que será la última vez que la tenga, porque lo que nunca debió pasar entre nosotros se acabará en el momento en que le diga la verdad, aunque solo sea a medias.

—¿Prohibida? ¿Protegerme y salvarme? Sigo sin entender nada. —Suelto su mano, pongo mi palma sobre su mejilla, acaricio el contorno de sus labios con la yema de mi pulgar y me pierdo en esos ojos violeta que me vuelven loco.

—Nunca debí acercarme a ti aquella noche en la sala Rock Star, nunca debí mirarte ni hablarte, nunca debí enamorarme de ti, pero jamás tuve opciones a lo contrario. Te bastó tu simple presencia para atraparme, encadenarme y postrarme bajo tus pies. Te vi y mi mundo dejó de girar. Te convertiste en mi todo y en mi nada. Te amo desde el primer instante, ojos violeta, y te amaré más allá de la muerte. —La tomo por la nuca y la acerco a mí. Ella posa sus manos en la almohada, una a cada lado de mi cabeza para no caer con su cuerpo sobre el mío, y le doy el póstumo beso, el último acariciar de nuestros labios. Nuestras lenguas danzan juntas por última vez—. Pero no podemos estar juntos, nena. Tienes que alejarte de mí, jurarme que no me volverás

a buscar, que no me llamarás —le digo con mi frente pegada a la suya, aspirando su aroma.

—¿Cómo puedes pedirme eso después de decirme que me amas? —me pregunta clavándome sus ojos en mí—. ¿Por qué no podemos estar juntos si yo te amo y tú a mí? —insiste mientras acaricia mi mejilla. Cierro los ojos y contengo las lágrimas. Se me parte el corazón porque sé que la voy a herir definitivamente, que ya nada será igual, que jamás me lo perdonará y que nunca la volveré a tener.

—Porque somos hermanos, Nayra. —Me mira desconcertada, confusa, perdida como lo estuve yo cuando supe la verdad—. Me enamoré de mi hermana, de la única mujer de la que no me debía enamorar, sin remedio y para siempre. Por eso no podemos estar juntos, *maitia*, porque te arrastraría al infierno, condenaría tu alma. Necesito que te alejes de mí porque yo soy incapaz de hacerlo, que cuides de nuestro hijo y que nadie jamás sepa que es mío. Jon no puede cargar con el estigma de ser mi hijo, de ser fruto del amor que siento por ti. Prométemelo, Nayra, promete que nunca volverás a buscarme.

—¿Qué? ¿Cómo que somos hermanos? —Niega con la cabeza—. Eso no es posible.

—Lo es, Nayra. Tu padre es el hombre que dejó embarazada a mi madre. Somos hermanos por parte paterna.

—No es posible —me dice enfadada. Se levanta de la cama y empieza a dar vueltas por la habitación—. Lo dices para apartarme de ti. No es más que otra de tus mentiras. —Se ha plantado frente a mí con los brazos en jarra, conteniendo las lágrimas, enfadada conmigo y, probablemente, con el mundo y el destino.

—¿Dónde está mi móvil? —Necesito que me crea, que vea las pruebas que tengo, que se aleje de mí para siempre, porque a mí ya no me quedan fuerzas. Estoy cansado de ir y venir. Tengo que salvarla, a como dé lugar, así sea ganándome su odio y repulsión.

—¿Para qué cuernos quieres el teléfono?

—Para que me creas de una vez por todas. —No se va a rendir tan fácilmente, nunca lo ha hecho—. Pásame el móvil, por favor. —Sigue ahí, plantada frente a mí, sin hacerme caso, negándose esa posibilidad—. Nayra, dame el puñetero teléfono. —Rebusca en el armario y me lo pasa—. Gracias —le digo mientras lo desbloqueo y abro el correo electrónico. Ahí, el primero de todos los mensajes, marcado con la estrellita de prioritario, está la prueba que ella necesita y la que me la arrebatará para siempre—. Lee —le ordeno mientras le paso el teléfono. Se muestra reticente, pero al final la curiosidad puede con ella y empieza a leer mientras yo le explico la historia. No toda, porque no necesita saberla, pero sí la parte que es imprescindible para que se aparte de mi lado para siempre—. Después de nuestro viaje a Lanzarote, tu padre me investigó, supongo que para buscar algún trapo sucio y apartarme de ti, aunque lo que descubrió fue peor. Averiguó quién era mi madre y vino a Bilbao a contarme que éramos hermanos, pero no lo creí, así que me propuso hacernos una prueba de paternidad. Esa es la prueba de que soy su hijo y, por lo tanto, somos hermanos.

—No puede ser —musita incrédula. Sus ojos pasan del correo a mí y viceversa. Trato de alargar mi mano para rozarla, pero se aparta de un brinco, suelta el móvil sobre la cama y me vuelve a mirar, esta vez con excesivo dolor en sus ojos—. Esto no es posible. No es posible —repite como si tratara de convencerse de lo contrario. Me muevo un poco en la cama para intentar acercarme a ella, pero da dos pasos atrás, se le escapan las lágrimas, gira sobre sus talones y sale corriendo de la habitación sin dejar de repetir que eso no puede ser.

—Lo siento, nena —musito para mí mismo, mientras rompo a llorar porque me he quedado solo y esta vez es para siempre. Ella jamás regresará.

Nayra no ha regresado en estos quince días, al menos, no para verme. No la culpo porque averiguar que el hombre del que te has enamorado es tu hermano, que él lo sabía y que aun así se acostaba contigo, debe ser indigerible e inhumano. Sé que ha estado en el hospital hablando con los médicos porque Yeray me lo ha contado. También quiso traer a Jon para que yo lo viera, pero me negué. Cuando Yeray me dijo que nuestro hijo estaba fuera de la habitación con May, le dije que no lo quería ver. Si lo hacía, si tenía a ese precioso bebé entre mis brazos, flaquearía y no podría apartarme de ellos.

A los tres días de la operación, empecé a recobrar mucha parte de la sensibilidad de las piernas, así que me trajeron un andador para que empezara a dar pequeños paseos por la habitación. Me costó horrores poder dar los primeros pasos porque el dolor era insoportable, pero lo hice. Necesitaba recuperarme lo antes posible para marcharme definitivamente de Londres y alejarme de Nayra y de nuestro hijo. No podía estar sentado, solo tumbado o de pie, así que cada hora cogía el andador y paseaba por la habitación. Luego los paseos se ampliaron a parte del pasillo, a toda el ala donde estaba ingresado y, al final, hoy me dan el alta.

He comprado un billete de avión en primera clase, porque sigo sin poder permanecer sentado, para poder regresar a Bilbao y he alquilado a través de internet un pequeño estudio cerca del hospital donde tengo que ir a rehabilitación. Por el momento, mi regreso a Ondárroa es inviable porque tengo que acudir todos los días al hospital y no puedo hacer un viaje tan largo en mi estado. Yeray viene conmigo para ayudarme los primeros días.

—Endika, ¿estás seguro de esto, tío? ¿De verdad te marchas sin intentar hablar con ella? —me pregunta mientras andamos despacio por el pasillo, apoyándome en el andador y con mi fiel amigo a mi lado.

—¿Y qué más quieres que le diga, Yeray? Ya sabe la verdad.

—No, no la sabe toda. Si la supiera, comprendería por qué hiciste lo que hiciste. La sigues manteniendo en la ignorancia cuando contárselo todo puede ser vuestra oportunidad de ser felices.

—Es mi hermana, Yeray. No hay felicidad posible entre nosotros.

—¡Dios! ¿Cómo puedes ser tan terco?

—Déjalo. Es mejor así.

—Así ¿cómo? ¿Con los dos destrozados y amándoos sin límites? De verdad que no lo entiendo.

—Ella ya no me quiere, Yeray. Destruí lo que sentía por mí cuando le conté que somos hermanos. ¿De verdad crees que me va a perdonar, que puede olvidar el hecho de que yo sabía que éramos hermanos y seguí yendo a buscarla para acostarme con ella? ¿Crees que es capaz de perdonar que cometiera incesto con ella? Me odia y no la culpo, porque yo mismo me odio por lo que le hice. Y no le contaré la otra parte de la historia, no haré que ella cargue con el peso de esa culpa y de lo que hice. No condenaré su alma. —Yeray me mira con compasión, aunque lo ignora —. Nunca debí enamorarme de ella. —Es lo último que le digo mientras dos enfermeros me ayudan a subir a la ambulancia que nos llevará al aeropuerto. Mi historia con Nayra se acabó y debo asumirlo, aunque no sé si seré capaz de vivir con su ausencia.

CAPÍTULO XIV

Bilbao, 2014

Son las seis de la tarde cuando recibo un mensaje de Endika.

Nena, coge las llaves de mi casa y espérame allí.

Termino de trabajar a las nueve.

Y dile a May que no vas a volver a dormir.

Tengo una sorpresa para ti, ojos violeta.

No tengo ni idea de qué se trata, pero dejo de estudiar, meto los libros en la mochila y salgo de mi dormitorio a buscar a mi amiga, que está en el salón.

—May, me voy a casa de Endika. No me esperes para dormir.

—¿Cómo que te vas a casa de Endika? —me pregunta enfadada—. Nayra, tenemos examen final pasado mañana y el viernes nos vamos a Lanzarote a pasar las vacaciones de Pascua. Me apuesto el cuello a que no has hecho la maleta todavía.

—No, no la he hecho, pero ya lo haré mañana por la tarde. Ahora me voy a su casa.

—¿Por qué? ¿Tantas ganas tiene de echarte un polvo?

—Puede, aunque me ha dicho que tiene una sorpresa, así que me voy. Nos vemos mañana en la universidad. Te quiero —le digo antes de cerrar la puerta de casa sin dejarle que siga con su cantinela. Tomo el autobús que me deja cerca de la casa de Endika, ando un par de calles y subo a su piso. Se me hace raro llegar y que él no esté, así que, tras dejar la mochila en el salón y cambiarme de ropa, decido preparar algo para cenar. Rebusco en el frigorífico y encuentro unos filetes de lomo, algo de queso roquefort, nata y lo necesario para hacer una ensalada. Voy al salón, pongo un poco de música para que la casa no esté tan en silencio y me pongo con la cena. Mientras se hace la salsa roquefort, pongo la mesa. Estoy tan ensimismada aliñando la ensalada y poniendo el lomo en una bandeja con la salsa que ni lo oigo entrar. De repente, sus brazos rodean mi cintura, pega mi espalda a su pecho, aparta mis cabellos y me besa en el cuello.

—Podría acostumbrarme a esto —me susurra al oído con la voz ronca y cargada de deseo, consiguiendo que se me erice la piel.

—¿Y qué es esto? —le pregunto mientras echo la cabeza atrás para tratar de ver sus ojos y exponer mi cuello a él y a sus deseos.

—Esto eres tú —sigue susurrando mientras sus manos levantan ligeramente mi camiseta y se pierden en mi cintura—. Esto es llegar a casa y verte en ella preparando la cena. —Dulces besos recorren mi cuello, consiguiendo que me eche a temblar—. Esto es tenerte siempre a mi lado, ojos violeta. —Me hace girar sobre mis talones y atrapa mis labios entre los suyos con fiereza, dejándome sin aliento. Sin ser consciente de ello, doy un brinco, envuelvo su cintura con mis piernas y enredo mis dedos en sus cabellos. Le imprime mayor fuerza al beso y su lengua busca desesperada la mía. Me agarra por las nalgas con una mano y pega su erección a mi sexo, consiguiendo que se me olvide respirar. Succiona mi labio inferior a medida que va separando sus

labios de los míos. Siempre hace eso y me encanta—. No sabía que querías que empezáramos por los postres —me dice con esa sonrisa chulesca dibujada en su bello rostro—. Con lo bien que huele esa carne en salsa y el hambre que tengo —me susurra al oído de nuevo, consiguiendo que, por un momento, se me olvide todo y que solo lo necesite a él, a sus besos, sus caricias y sentirlo en mi interior—. Y bien, nena, ¿te llevo a la mesa y cenamos, o a la cama y follamos? ¿Qué prefieres?

Tengo que recordarme a mí misma cómo se respira porque se me olvida.

—¿Desde cuándo necesitas una cama para follarme? —le pregunto mientras me froto contra su erección. Me gusta provocarlo.

—Desde nunca —me responde mordiéndose el labio—. Pero si te quito la ropa, no te la vas a volver a poner. Y desnuda no vas a cenar, eso te lo aseguro. Bastante tentadora estás con estas mallas. Me pones cachondo cada vez que te veo con ellas. —Me aprieta más contra su erección y mi sexo palpita, ansioso por acogerlo—. ¿Qué decides, mesa o cama? —Levanta una ceja y se relame los labios—. Aunque pensándolo bien, en la mesa todavía no lo hemos hecho —me dice con toda la picardía y la lujuria del mundo reflejadas en sus ojos.

—Bájame y vamos a cenar. —Me da un pico antes de bajarme de su cintura. Lo oigo suspirar y lo veo recolocarse el paquete—. ¿Quieres agua fría? —Me mira sin comprender mi pregunta—. Te preguntaría si quieres vino o cerveza, pero creo que necesitas bajar tu temperatura corporal y algo más —le chincho mirándole traviesamente su abultada entrepierna.

—Sigue jugando con fuego y verás cómo todavía no cenas —me dice mientras coge la ensalada y la carne—. Tráeme una cerveza, bien fría, por favor —me pide al oído antes de darme un beso en la mejilla—. Y no te vuelvas a poner esas putas mallas o te las arranco a bocados —me suelta mientras sale de la cocina.

Me río, sacudo la cabeza y saco dos cervezas.

—¿Puedo preguntarte algo? —Me está sirviendo la ensalada y la carne en salsa. Siempre hace lo mismo: primero, mi plato y luego, el suyo—. No me pongas más, por favor —le digo cuando veo que me va a echar el tercer trozo de lomo en el plato.

—Dispara —me dice dejando mi plato frente a mí y sirviéndose él.

—¿De verdad tienes una sorpresa para mí o solo era una excusa para que viniera esta noche y que la pasáramos juntos?

—Tengo una sorpresa para ti, pero no te la pienso dar hasta que terminemos de cenar, así que come —me dice mientras le da un trago a la cerveza.

—¿No me das ni una pista? —insisto tras empezar a cenar. Niega con la cabeza mientras se muerde el labio, me guiña un ojo y me mira con picardía—. ¡Eres imposible! —le digo exasperada y él sonríe como un truhan. Como sé que no va a soltar ni prenda, me centro en mi cena, aunque no dejo de darle vueltas a cuál será la sorpresa.

—¿Quieres café? —me pregunta mientras recoge su plato—. No te levantes —me dice cuando ve que voy a ayudarlo—. Ya recojo yo.

—Gracias, pero voy a pasar del café. —Me da un pico y se mete en la cocina. Escucho cómo pone la cafetera en marcha, cómo mete los platos en el lavavajillas y, a los pocos minutos, sale con su café y se sienta a mi lado—. ¿Vas a decirme de una vez cuál es la sorpresa? Me tienes en ascuas.

—Cuando me termine el café —me dice tan tranquilo.

—¡Ag! ¡Me vuelves loca! —Ni se inmuta ante mi incipiente cabreo—. Te juro que te lo haré pagar. Esta te la cobro.

—Y yo pagaré con gusto —me dice con cara de travieso—. Eres una impaciente, ¿lo sabías? —Le da el último trago al café, deja la taza en la mesa, se levanta, rebusca en el bolsillo de su cazadora y me da un sobre—. Ahí tienes la sorpresa. —Lo miro extrañada—. Ábrelo, te va a gustar. —Creo que está nervioso ante mi reacción porque su pie derecho repiquetea en el suelo. Obedezco, muerta de curiosidad y veo que es un billete de avión, a su nombre, con destino a Arrecife el mismo día y a la misma hora que en el que yo viajo—. Me voy contigo a Lanzarote para que pasemos las vacaciones juntos y me presentes a esa increíble abuela que tienes. —Dejo el sobre en la mesa, lo miro, con la mayor de mis sonrisas dibujada en mi rostro, y salto a sus brazos, emocionada por la sorpresa. Endika consigue mantener el equilibrio y no caer al suelo conmigo aferrada a él mientras sonrío y me lo como a besos. Cuando dejo de besarlo me mira y yo me pierdo en esos ojos azules que tiene—. ¿De verdad creíste que iba a poder estar más de una semana sin ti, preciosa?

—Eres el mejor, ¿lo sabías? —Envuelvo su cuello con mis brazos mientras él me sigue sosteniendo.

—Lo sé —me dice mientras me guiña un ojo—. Anda, vamos a la cama, que mañana tienes clase —me dice mientras se encamina al dormitorio conmigo encaramada a su cuerpo.

—Es pronto para dormir —le provoco.

—¿Y quién te ha dicho que vamos a dormir? —me responde apretando mi sexo contra el suyo—. Llevo cachondo desde que he llegado a casa, así que primero voy a arrancarte esas mallas y a follarte. —Me besa con lujuria antes de dejarme sobre la cama—. Me vuelves loco, nena. —Es lo último que dice antes de empezar a desvestirme y hacerme el amor. Tras la sesión de sexo, caigo rendida en sus brazos y me duermo.

El avión aterriza en el aeropuerto de Lanzarote a las seis de la tarde. Asdrúbal, uno de los trabajadores de mi abuela, ha venido a recogerlos. Lo saludo con un afectuoso abrazo y Endika lo mira con mala cara. ¡Capaz será de ponerse celoso! Lo ignoro y le pregunto a May si quiere que la acerquemos a su casa, pero me dice que no hace falta, que coge un taxi, así que me despido de ella con dos besos y nos vamos con el trabajador de mi abuela.

—¿Te gusta el paisaje? —le pregunto a Endika, que tiene la mirada perdida por la ventanilla.

—Es como si estuviera en otro planeta —me responde—. Cuando me dijiste que tu abuela tenía viñedos, imaginé otra cosa.

—Aquí no se pueden plantar las vides como se hace en otras partes, por eso está todo lleno de pequeños cráteres en los que se planta la vid para ayudar a la planta a llegar a la tierra que hay debajo de la capa de negra ceniza y porque así se la protege de los vientos saharianos que suelen soplar con frecuencia. Plantarlas en esos cráteres también ayuda a que se recoja el agua de la humedad de la noche, ya que aquí apenas llueve y el agua es un bien muy preciado.

—Es increíble —musita observando el paisaje—. Es bello e inhóspito al mismo tiempo. Impresionante.

—Me alegro de que te guste. Ya verás cómo al final, esta isla te enamora —le digo mientras le doy un suave beso en los labios—. Anda, vamos a que conozcas a mi abuela. —Endika coge las dos maletas y me sigue sin poder dejar de mirar a su alrededor—. ¡Abuela! ¡Ya estamos aquí! —grito en cuanto entro en casa—. Déjalas ahí y vamos a buscarla —le pido. Endika deja las maletas en la entrada de la casa, lo cojo de la mano y sigo el olor a comida. Mi abuela está en la cocina—. ¡Abuela! —vuelvo a gritar mientras corro hacia ella y le doy un enorme abrazo.

—Hola, mi niña bella —me responde ella envolviéndome entre sus menudos brazos—. ¡Qué

ganas tenía de que volvieras! Deja que te vea —me dice apartándose un poco de mí y haciéndome girar sobre mis talones—. Tan guapa como siempre, mi maravillosa guerrera de ojos grandes. — Le sonrío, la abrazo y doy sonoros besos en sus mejillas—. ¿Me vas a presentar a ese gigante rubio que has traído o piensas seguir comiéndome a besos?

—Anda, ven —le digo a Endika, que se acerca con recelo—. Abuela, este es Endika, mi novio. Cariño, te presento a mi abuela Fayna.

—Es un placer conocerla, señora. —Endika le tiende la mano cohibido. Me resulta gracioso que se sienta intimidado por mi abuela. Él mide casi dos metros, es enorme y parece temblar ante mi menuda abuela de no más de metro y medio. Aunque no me extraña, porque le está haciendo un escrutinio en toda regla.

—El placer es mío. Espero que cuides de mi nieta o tendrá problemas conmigo —le suelta antes de darse la vuelta y seguir con la cena.

—¡Abuela! —exclamo. Me mira de reojo, me guiña un ojo y sigue a lo suyo—. Anda, ven conmigo, cariño. Vamos a dejar las maletas en mi dormitorio.

—¿Vais a dormir en la misma habitación? Creí que se quedaría en la de invitados. —Yo la mato. Miro a Endika, que parece querer que la tierra se abra bajos sus pies y se lo trague.

—Dormiré donde usted diga, señora Fayna —le responde él. Mi abuela se gira y lo mira de los pies a la cabeza, yo la miro a ella y levanto las cejas.

—Podéis dormir juntos, pero cuidado con lo que hacéis.

—¡Abuela! —Definitivamente, la mato y la remato—. Anda, vamos —le digo a Endika mientras tiro de él. Coge las dos maletas y las arrastra por el pasillo hasta llegar a mi dormitorio—. No le hagas caso —le pido mientras cierro la puerta—. Lo dice para chincharme.

—Impone, te aseguro que tu abuela impone como nadie. Tiene una mirada capaz de traspasarte el alma —me responde al tiempo que abre su maleta, imitándome, y empieza a sacar sus cosas—. ¿Por qué te ha llamado maravillosa guerrera de ojos grandes?

—Es lo que significa mi nombre. La de maravillosos ojos grandes y guerrera. Siempre me llama así —le explico.

—¿Y su nombre significa algo?

Creo que mi abuela y mi tierra han despertado la curiosidad de Endika.

—Sí, entre la luz y el fuego. Mi abuela lleva el nombre de una antigua princesa de Lanzarote. Ella esa así, toda luz y todo fuego.

—Me gusta tu abuela, aunque acojona.

Me río por su comentario.

—Mi abuela es una mujer con mucho carácter que ha luchado muchísimo por tener lo que tiene. Se quedó viuda muy joven y heredó estas tierras de mi abuelo y la bodega. Luchó con uñas y dientes para conseguir que sus viñedos fueran los más excepcionales y crear el mejor vino de todo Lanzarote, al tiempo que criaba a mi madre. Sus trabajadores la respetan, la quieren y ella los trata como si fueran su propia familia. Es implacable con el trabajo, pero luego se sienta con ellos a comer, les pregunta por sus familias, se preocupa por ellos y ellos la veneran y la adoran. Como he dicho, toda luz y fuego. Voy a ayudarla en la cocina. ¿Terminas tú con esto? —le pregunto mientras señalo las dos maletas.

—Claro, nena. Ve, ya guardo yo la ropa —me dice mientras me da un pico.

—Te quiero —le digo antes de separar mis labios de los de él.

—Lo sé —me responde con esa maravillosa sonrisa que tiene.

Decido salir de la habitación porque si me sigue sonriendo así, terminaré desnudándolo y

haciéndole el amor.

Cenamos con mi abuela y le cuento cómo me va todo por Bilbao. Ella escucha atenta y nos mira sin dejar de escrutar a Endika con la mirada. Luego empieza a hacerle preguntas a él y Endika responde, ligeramente intimidado por el interrogatorio de mi abuela. Así que, para no poner más nervioso a Endika, le digo que nos vamos a dormir porque estamos cansados del viaje. Esa noche dormo con él, abrazada a su cuerpo, pero con mi pijama y su camiseta y calzoncillos interponiéndose entre nuestras pieles. A la mañana siguiente, tras desayunar con mi abuela, cogemos mi coche y llevo a Endika a ver el Jardín del Cactus, la Cueva de los Verdes y los Jameos del agua, donde comemos en el restaurante que hay allí. Por la tarde, lo llevo a que conozca Arrecife y paseamos por la Laguna de San Ginés, el puerto, el Puente de las Bolas y el Castillo de San Gabriel. Llegamos a casa de mi abuela a las siete y, tras darme una ducha rápida, bajo a ayudarla a preparar la cena. Cenamos tranquilamente y mi abuela le pregunta a Endika si le está gustando la isla.

—Es una isla increíble, bella, pequeña e indomable —dice mientras me sonrío—. El paisaje es espectacular, nada que ver con las frías y verdes tierras en las que me he criado. Su orografía es impresionante. Llegas a pensar que estás en otro planeta.

—Vaya, muchacho, al final, esta tierra de fuego acabará enamorándote y atrapándote.

—Lo cierto es que no me importaría, siempre y cuando su nieta estuviera conmigo. —Me guiña un ojo y yo me levanto de la silla para darle un beso suavemente, aunque en realidad me gustaría enredar mi lengua con la suya hasta que se me olvidara respirar.

Llevamos cuatro días en Lanzarote y le he enseñado a Endika un montón de sitios. Paseamos en bici por La Geria, lo llevé a Tegüise y a Haría. Fuimos a ver el Parque Nacional del Timanfaya, subimos en dromedario, visitamos la pequeña localidad de Yaiza, fuimos a ver el Charco Verde y esta mañana hemos ido al Mirador del Río, para luego bajar hasta Caleta de Famara, donde hemos comido. Estamos en Playa Famara, tumbados en la fina arena de tonos pardos, con las impresionantes paredes de riscos a nuestras espaldas, viendo cómo la gente hace surf. Endika no deja de devorarme con la mirada mientras yo tomo el sol.

—Ojos violeta, ¿regresamos a casa? No quiero que se nos haga tarde y que tu abuela me eche la bronca.

—¡Vaya!, el chulo y fornido chicarrón del norte le tiene miedo a la pequeña guanche. ¡Ver para creer! —le digo tomándole el pelo.

—Anda, vámonos. No hagamos cabrear a tu abuela —me dice dándome la mano y ayudándome a levantarme de la toalla. Mientras recojo las cosas, siento su mirada clavada en mí recorriendo cada curva de mi cuerpo, veo su sombra acercándose a mí como si fuera un felino acechando a su presa. Sus manos envuelven mi cintura, me hace girar sobre mis talones y me espachurra contra su cuerpo. Me besa hasta dejarme sin aliento—. Dame las llaves del coche. Yo conduzco.

—No sabes volver —le respondo perdiéndome en su mirada lujuriosa.

—No te preocupes, ya me indicas el camino. Dame las llaves —vuelve a ordenarme. Me muestro reticente y él me aprieta más contra su cuerpo—. Dame las puñeteras llaves de una vez antes de que te quite la ropa y te folle aquí mismo. He visto un sitio donde podemos parar antes de ir a casa de tu abuela.

—¿Quieres que echemos un polvo en el coche? —le pregunto. No sé por qué me sorprende.

—Llevo tres noches durmiendo contigo con un puto pijama entre tu cuerpo y el mío, sin tocarte, acariciarte y besarte de los pies a la cabeza. Cuatro días viéndote con *shorts* o vestidos cortos,

con esas piernas provocándome a cada paso que das, y encima hoy te pones este puñetero bikini. Ya no puedo más. Así que sí, vamos a parar y a echar un polvo en el coche. —Agacha su cabeza y me susurra al oído—: Voy a quitarte ese bikini a mordiscos, a comerte enterita, a hacerte gritar de placer y a follarte. Dame las llaves. —Ni me lo pienso, rebusco en la bolsa de playa y se las doy. Subimos al coche y se dirige hacia un camino de tierra que hay cerca del acceso a la playa; se mete entre los montones de tierra volcánica, hasta que el vehículo queda oculto—. Pasa al asiento trasero —me ordena.

—¿Estás seguro de esto? Nos pueden pillar —le digo mientras obedezco y paso a la parte trasera.

—Ahora mismo, me importa una mierda. O te follo o reviento —me responde imitándome y colándose entre los dos asientos delanteros. Empieza a tirar de mi vestido playero hasta sacármelo por la cabeza. Se quita su camiseta y me mira con lujuria. Se agacha, tira de los lacitos de las braguitas de mi bikini con los dientes y me deja desnuda de cintura para abajo—. Abre las piernas. —Lo hago sin dudar y él me devora con la mirada—. Eres preciosa —me dice antes de hundir la cabeza entre mis piernas y empezar a lamer y a besar mi sexo. Me agarro como puedo a los asientos—. Y deliciosa. —Su lengua empieza a hacer círculos alrededor de mi clítoris. Uno de sus dedos se hunde en mi interior y yo contengo los espasmos de placer, los jadeos y los gemidos. Lame mis labios vaginales mientras su dedo sigue entrando y saliendo de mi interior. Sube por mi vientre dándome pequeños mordiscos hasta llegar a mis pechos, tira de la parte superior del bikini y empieza a succionar mis pezones mientras su dedo me sigue penetrando, rozando con cada entrada y salida mi botón de placer—. Te prohíbo que te vuelvas a poner ese bikini. Por poco le tengo que partir la cara al imbécil ese que se te ha quedado mirando en la playa —me musita antes de besarme con fiereza.

—Endika, por favor... —le suplico porque necesito sentirlo en mi interior.

—Impaciente —responde mientras sigue devorando mis pezones, torturándome. Arqueo mi espalda y él saca su dedo de mi interior. Coge su cartera, que se había quedado tirada en el asiento delantero y saca un preservativo—. Pónmelo y métetela hasta el fondo —me ordena mientras se queda sentado en el asiento trasero y se baja el bañador. Su falo se queda tieso ante mí y, antes de obedecer, decido devorarlo. Lamo su glande, lo succiono y lo raspo con suavidad con mis dientes mientras mi mano sube y baja por su verga—. ¡Dios! —brama cuando le doy un suave bocado—. Nayra, ponme el condón y métetela. Estoy a punto de correrme.

—¿No quieres hacerlo en mi boca? —le pregunto con la mirada traviesa y la vuelvo a chupar.

—¡Joder! —grita cuando succiono con fuerza. Siento el líquido preseminal en mi boca. Él me agarra por el pelo con cuidado y me obliga a levantar la cabeza y a dejar su pene—. Hoy no. Ponme el puto condón y fóllame —me suplica mientras yo me muerdo el labio inferior. Obedezco y me empalo en él. Echa la cabeza atrás, jadea y sus enormes manos me agarran por la cintura, ayudándome a subir y a bajar por su grandeza, mientras él besa y mordisquea mi cuello y mi hombro derecho. Le imprimo mayor velocidad a mis subidas y bajadas. Endika se pierde en mis pechos, succionándolos, y yo le clavo las uñas en el hombro cuando el orgasmo me sacude. Un par de embestidas más tarde, él se corre, echando la cabeza hacia atrás y gruñendo. Me dejo caer lánguida sobre su pecho, con mi cabeza sobre su hombro y su falo en mi interior. Estrecha mi cuerpo más contra el suyo y aparta mis mojados cabellos de mi rostro para darme un beso en la frente—. Me tienes como un perro postrado a tus pies, ojos violeta. —Le sonrío y acaricio sus labios con los míos—. Déjame salir —me ordena mientras la yema de su pulgar recorre mis labios—. Nena, vamos, levanta y déjame salir. —Le hago un puchero y él se ríe—. Mañana

buscamos otro sitio al que escaparnos —me dice mientras me coge por la cintura y me obliga a levantarme, sacándolo de mi interior.

—¿Y no lo podemos repetir esta noche? —pregunto, quedándome desnuda mientras él se pone su bañador y me pasa las braguitas de mi bikini.

—¿Con tu abuela en la misma casa? ¡Ni de coña! Le tengo mucho aprecio a mis pelotas. —Estallo en carcajadas por su comentario mientras me visto—. Anda, vámonos. Yo conduciré.

Tras cenar con mi abuela unas exquisitas papas *arrugás* y pescado a la plancha, Endika y yo recogemos la mesa. Voy a ponerme a fregar los platos, pero él no me deja. Me agarra por la cintura, me levanta como si pesara menos que una pluma y me aparta del fregadero.

—Ya lo hago yo —me dice mientras se pone a ello.

—No es necesario. Puedo hacerlo yo.

—Lo sé, pero estoy cansado de no hacer nada, *maitia*. Me siento inútil.

—Un hombre al que le gusta fregar los platos y las tareas del hogar. Cada día me sorprendes más, cariño —le digo mientras lo abrazo por la espalda, le doy un beso y recuesto mi cabeza sobre ella.

—Llevo toda la vida haciéndolo. Además, me gusta cuidar de ti. No te quiero para que calientes mi cama y seas mi criada. Te quiero para compartir mi vida contigo, y eso incluye fregar los platos. —Si eso no es una declaración de amor e intenciones, que baje Dios y lo vea.

—Vas a conseguir que me enamore de ti sin remedio —le digo mientras lo suelto y me coloco a su lado, sentándome en el banco de la cocina.

—Pero ¿no lo estabas ya? —me dice mientras me da un suave pico y sigue fregando los platos—. Y yo que me pensaba que te tenía comiendo de mi mano.

—Mira que eres tonto cuando te lo propones. —Deja el último plato en el escurridor y se seca las manos. Se acerca a mí, abre mis piernas y se coloca en medio de ellas. Sostiene mi rostro entre sus manos y veo todo eso que siente por mí en sus ojos: amor, deseo, pasión, cariño, lujuria, todo reflejado en esas hermosas esquirlas de hielo azul que tiene—. Te quiero —le digo, y él sonrío de una manera tan dulce que hace que se me acelere el corazón—. Bésame —le ordeno. Me da un suave pico sin dejar de sostener mi rostro—. Así no. Bésame de verdad, como solo tú sabes hacerlo.

—No —me dice—. Si te beso como quieres que lo haga, voy a tener problemas con tu abuela.

—Por favor —le suplico mientras envuelvo su cuello con mis brazos—. Por favor —insisto, poniéndole ojitos.

—Si cuando yo digo que eres peligrosa, por algo es —dice antes de devorar mis labios hasta dejarlos hinchados. Separa sus labios de los míos y nos quedamos mirándonos, perdidos uno en los ojos del otro. Trato de acercarme más a él, de rozar mi sexo con el suyo, de que me vuelva a besar, mientras sus manos dejan de sostener mi rostro para perderse en mi cintura, subiendo lentamente hacia mis pechos, pero mi abuela carraspea a la espalda de Endika—. ¡Mierda! —musita por lo bajo y yo me trago la carcajada. Nos acaba de pillar de pleno, porque si tarda un minuto más, nos pesca echando un polvo en el banco de su cocina. Endika coge aire, su nuez de Adán sube y baja por su garganta cuando lo hace, se recoloca la entrepierna y se da la vuelta para aguantar el chaparrón que mi abuela le va a soltar—. Señora Fayna...

—¡Chitón! —le dice ella alzando su mano, y Endika se calla y agacha la cabeza para no sostener la mirada de mi abuela, que es capaz de amedrentar al mismísimo diablo—. Mírame a los ojos, muchacho. —Obedece a la primera, cosa que yo nunca he conseguido—. ¿Sabes?, cuando llegaste aquí con mi nieta, tuve mis reticencias hacia ti. Creí que solo querías llevártela a la

cama...

—¡Abuela! —exclamo. Nunca ha tenido pelos en la lengua, pero esto es pasarse de la raya.

—He dicho silencio, y eso también va por ti, jovencita. —Nos mira a los dos y ambos permanecemos callados—. Bien, como iba diciendo, cuando te vi, pensé que solo querías acostarte con mi nieta. La devorabas con la mirada en cuanto podías. Te juzgué y erré, así que te pido disculpas por ello. —Mi abuela se acerca a Endika y se planta frente a él a riesgo de partirse el cuello, porque tiene que alzar mucho la cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos—. Os he estado observando, sobre todo, a ti, muchacho, y, sin bien es cierto que te la comes con los ojos y, probablemente, con algo más —Endika se pone rojo como un tomate y yo me tengo que aguantar la risa—, eso no es lo único que te ata a ella. La sigues con la mirada, estás pendiente de ella todo el tiempo, la cuidas, la mimas a la mínima oportunidad que tienes. Te gusta sentarte en el banco de ese porche con ella en tu regazo mientras le acaricias el rostro y te pierdes en sus ojos, compartiendo simplemente ese momento de paz entre los dos. Si ella se mueve, tú te mueves. Si ella ríe, tú ríes con ella. Si mi nieta te provoca, acabas rendido ante ella. Hasta te pones celoso cuando ella abraza o habla con alguno de los trabajadores, pero no son celos posesivos, sino protectores. Temes que alguien le haga daño y estás siempre alerta, dispuesto a protegerla a como dé lugar. La quieres como ningún hombre la ha querido nunca y como ningún otro la querrá. De eso, no tengo la más mínima duda. ¿Me equivoco?

—No, señora Fayna, no es equivoca. Su nieta es lo más importante que tengo en la vida. —Me bajo del banco, me pongo al lado de Endika y lo rodeo por la cintura—. Aunque a veces sea capaz de volverme loco —le dice antes de darme un beso en la coronilla—. Le pido disculpas por lo de hace un momento. No volverá a ocurrir.

—Eso no te lo crees ni tú, muchacho. —Esta vez no me puedo contener y me río, flojito, pero me río—. La amas y eso no es más que otra forma de decir te quiero. Solo espero que estéis tomando precauciones y que no seáis muy escandalosos. Tengo el sueño ligero.

—¡Abuela! —exclamo. Si es que es para matarla.

—Ni abuela ni leches fritas, jovencita. ¡Por el amor de Dios, tienes veintitrés años y el treinta! Os queréis, os amáis, y eso de esperar hasta el altar ya no se lleva. Y menos mal, porque más de una se ha llevado una decepción.

—Abuela, ¿vamos a tener esta conversación ahora y con él delante? —Miro al pobre Endika, que ya no sabe dónde meterse.

—Mira, mi maravillosa guerrera de ojos grandes, lo único que quiero decirte con esta charla es que seas feliz, que lo seáis los dos, porque nunca he visto a dos personas amarse como lo hacéis vosotros. Ni siquiera tu abuelo y yo nos queríamos así. Disfrutadlo, cuidadlo, y tienes mi bendición, permiso o lo que narices sea para quedarte en Bilbao con él cuando termines de estudiar. Sé que te cuidará y te protegerá. Y más le vale hacerlo o tendrá problemas conmigo. —Le da una palmadita en el hombro a Endika y me guiña un ojo—. Me voy a la cama. No hagáis mucho escándalo. —Dicho lo cual, se va. Yo me río y Endika resopla.

—Deja de reírte, ojos violeta. —Pero no puedo parar. La cara de Endika es un verdadero poema—. Nena, para. —Trato de aguantarme, pero de verdad que no puedo—. Eso, tú sigue riéndote, pero a mí se me han puesto los huevos de corbata.

Poco a poco, consigo dejar de reír.

—Bueno, ahora ya tienes su aprobación, así que tus pelotas están a salvo. —Se ríe por mi comentario y le doy una cachetada en ese trasero prieto que tiene—. Vámonos a la cama y seguimos con lo que hemos dejado a medias. —Lo cojo de la mano y tiro de él. Al llegar a nuestra

habitación, volvemos a hacer el amor, siendo lo más silenciosos posible y nos dormimos desnudos uno en brazos del otro. Si esto no es el paraíso, se le parece bastante.

Es nuestro penúltimo día en Lanzarote, así que me llevo a Endika a visitar mi playa favorita, Punta del Papagayo. Pasamos la mañana allí, bañándonos en el océano Atlántico, tomando el sol en la arena, regalándonos besos y caricias. A la hora de comer, vamos hasta el puerto de Playa Blanca y nos sentamos en la terraza del restaurante El Mirador, uno de mis favoritos. Pedimos pescado y verduras a la plancha y lo acompañamos de vino blanco. Endika no deja de observarme, de sonreírme. Entre plato y plato, sostiene mi mano o me da suaves besos en la mejilla sin poder apartar sus ojos de mí. Soy feliz, mucho, y él también.

—Voy al baño, nena, y luego vamos a comprarle un regalo de despedida a tu abuela, ¿vale? —me dice mientras me da un beso en los labios. Me quedo mirando el océano y pienso en que voy a echar de menos esta isla, a May y a mi abuela cuando me mude definitivamente con Endika, pero no puedo apartarme de su lado. De hecho, no sé ni cómo voy a estar en Bilbao estando él en su casa y yo en el piso de alquiler que comparto con May. Ha conseguido enamorarme en solo tres meses y sé que no podré vivir sin él, que nada ni nadie me apartará de su lado jamás. Siento una mano en mi hombro y sonrío mientras me doy la vuelta, pero mi sonrisa se borra de mi cara cuando veo quién es la persona que ha puesto su mano sobre mí.

—Hola, Nayra. —Marcos está aquí. Aparto bruscamente su mano de mi hombro y lo fusilo con la mirada. Para rematar la situación, veo a mi padre dirigirse hacia mí—. Estás preciosa.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —le espeto siseando como una serpiente de cascabel. Me levanto de mi sitio y cojo mi bolso.

—Hola, hija —me dice mi padre cuando llega a mi altura. Podría parecer un afectuoso saludo, pero yo sé que solo está guardando las apariencias. No va a montar ningún numerito estando la terraza abarrotada. Ambos nos retamos con la mirada, hasta que él sigue hablando—. No sabía que habías vuelto.

—Y no lo he hecho, solo estoy de vacaciones. He venido a ver a la abuela. Tenía entendido que estabais en Marruecos, así que esperaba no cruzarme con vosotros. —Cruzo el asa de mi bolso sobre mi pecho y miro hacia la entrada de la terraza, deseando que Endika regrese del baño para irnos de aquí lo más pronto posible.

—Nayra, es tu padre. ¿No crees que deberías alegrarte de verlo? —me dice Marcos que, como siempre, le hace la pelota a mi progenitor.

—No te metas, ¿entendido? —Lo acribillo con la mirada, pero él ni se inmuta.

—Escucha... —sigue con su cantinela mientras me agarra por un brazo para detener mi avance, porque no me pienso quedar ni un segundo más aquí y me encamino al baño a esperar a Endika.

—Suéltame —le digo intentando zafarme de él, pero me agarra con más fuerza, impidiendo mi avance. Me giro para encararlo de nuevo, dispuesta a soltarle un guantazo si es necesario.

—Deberías hablar con tu padre y dejar de comportarte como una niña estúpida —me dice el muy cretino. Me están entrando ganas de meterle un rodillazo en la entrepierna.

—Acaba de decirte que la sueltes —oigo cómo ruge Endika a mi espalda. Doy un fuerte tirón con mi brazo, me zafó de Marcos y me pongo a su lado. En un instinto de protección, Endika pasa su brazo alrededor de mi cintura y me estrecha contra él—. ¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí. Vámonos, por favor —le pido. Él asiente mientras fusila con la mirada a Marcos.

—¿No vas a presentarme a tu acompañante, hija? —El tono de voz de mi padre no me gusta, sé que lo hace para provocarme y no voy a entrar en su juego porque si lo hago, Endika es capaz de

perder los papeles. Está furioso, veo cómo tiene la vena del cuello hinchada, cómo las aletas de su nariz se abren y cierran furiosamente.

—No —respondo secamente—. Vámonos, cariño —le pido a Endika mientras tiro de él, pero no consigo que dé ni un solo paso. Los mira o más bien los asesina con la mirada.

—Vuelve a tocarla y te mato —amenaza a Marcos, que le sonrío irónicamente—. Y usted, déjela en paz.

—Endika, por favor, vámonos —le suplico, pero sigue sin hacerme caso. Pongo una mano en su mejilla y lo obligo a que me mire a mí—. Nene, sácame de aquí, por favor —le ruego, dibujando mi mejor sonrisa. Él vuelve a abrazar mi cintura y les lanza la última furibunda mirada a mi padre y a Marcos. Me da un beso en la coronilla y me saca de aquí bajo la atenta y despiadada mirada de mi padre y de Marcos. Rezo para que ninguno de los dos nos siga y deseo con todas mis fuerzas regresar a Bilbao. Echaré de menos mi isla de fuego, el sol, el calor, a May y a mi abuela, pero no a mi padre. Definitivamente, mi vida está allá donde esté Endika. El resto, no me importa.

CAPÍTULO XV

Bilbao, 2018

Llevo un mes y medio en Bilbao y está siendo duro permanecer aquí. Yeray se fue a la semana —bueno, más bien lo eché— y desde entonces estoy solo. No me las apañó del todo mal, aunque tuve que contratar a una mujer para que viniera a ayudarme con las tareas del hogar. El puñetero corsé no me deja hacer casi nada, solo estar de pie o tumbado. Tuve suerte de encontrar a Olga, una ucraniana de cincuenta años, regordeta y de dulce mirada, que lleva viviendo en España más de treinta años. Ella es la que se encarga de todo, a veces, incluso de mi aseo personal cuando la espalda me duele más de lo normal. Lo único que no me gusta de Olga es su optimismo, su alegría. Siempre está cantando, o dándome ánimos, alentándome, cuando, en realidad, podríamos decir que todo me da igual. En lo único que me esfuerzo es en mi recuperación y simplemente lo hago porque no quiero quedar medio lisiado lo que me quede de vida.

Voy andando al hospital lento y con pasos pequeños, apoyado en el andador o las muletas. Me cuesta horrores llegar hasta allí y cuando termino la rehabilitación, el regreso es aún más duro. Hay días en los que los calmantes apenas hacen efecto, en los que me bebería una o dos botellas de *whisky* y ahogaría mis penas y mis dolores —no solo los físicos— en el alcohol, pero ni siquiera puedo hacer eso. Sí, me duele la espalda una barbaridad, pero eso no es nada comparado con el dolor que siento en el corazón o en el alma. Ese sí es cruel y desgarrador, y contra ese, no hay calmantes que valgan porque cuando te quedas sin lo que más amas en el mundo, cuando no existe esperanza ninguna de recuperarlo, cuando sabes que ese sufrimiento jamás se terminará, ni siquiera con el paso del tiempo, solo te queda acostumbrarte a él, aunque haya días en los que te resulte imposible, como hoy. Porque es veintidós de mayo, el primer cumpleaños de nuestro hijo, y no estaré allí con ellos, ni hoy ni nunca. Así que cojo el rotulador y tacho el día en el calendario antes de irme a la rehabilitación.

—Olga, me marchó. Cuando termine con la ropa, puede irse a casa, ¿de acuerdo? —le digo mientras me guardo las llaves en la mariconera, junto con la cartera y el móvil, y la cruzo sobre mi pecho.

—¿No quiere que me quede para ayudarlo a asearse cuando venga de rehabilitación? —pregunta mientras sigue planchando una de mis camisas.

—No, Olga, márchese a casa, que su nieto está enfermo y su hija tiene que ir a trabajar, ¿entendido? —Esta mujer es capaz de dejarlo todo por venir a atenderme.

—Como usted quiera, pero le dejaré una tortilla de patatas hecha antes de irme.

Sacudo la cabeza porque es imposible discutir con ella.

—Está bien, Olga. Hasta mañana —me despido de ella y ando despacio, apoyándome en las muletas y dando pequeños pasos. Hoy el dolor de mi pecho es mucho peor que el de mi espalda. Tardo lo que me parece una eternidad en llegar al hospital donde Santiago, el fisioterapeuta, me está esperando en la sala de rehabilitación.

—Buenos días, Endika. ¿Listo?

—Como si tuviera otra opción —le digo mientras le paso las muletas. Él me pone el arnés y

empiezo a andar por la cinta a un paso un poco más rápido de lo que suelo hacer.

—No te quejes, que ya sabes lo que te dijo el traumatólogo la semana pasada. Si sigues así y el TAC del jueves sale bien y se ve que las vértebras están mejor, te cambiarán el corsé por uno menos rígido que solo tendrás que llevar de día, y podrás empezar a sentarte y a tener una vida normal. En un par de meses más, estarás como nuevo. —Sigo andando por la cinta mientras él me habla—. Tuviste mucha suerte, Endika.

—Si vosotros lo decís. —Como si me importara. Hubiera preferido morir en ese accidente, pero, una vez más, burlé a la muerte.

—Te he programado la cinta para veinte minutos, pero si te agotas antes, me lo dices. Luego haremos los ejercicios de piernas tumbado, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas —contesto mientras sigo con lo mío, esforzándome en dar los pasos más rápidos, agarrándome con fuerza a las barras laterales. Termino el ejercicio, Santiago me obliga a tumbarme en la camilla y empezamos con los siguientes. Media hora más tarde, me obliga a volver a la cinta, pero esta vez solo me deja allí diez minutos. Regreso a la camilla, me da uno de sus masajes que me ayudan a paliar los calambres de las piernas y de la espalda, y me tengo que quedar tumbado media hora más para recuperarme de la sesión. Después, me aseo un poco en el baño, me cambio la camiseta sudada y me despido de Santiago. Tardo una eternidad en llegar a casa y cuando lo estoy haciendo, veo a alguien sentado en el portal—. ¿Nayra? —«No puede ser», me digo a mí mismo pensando que desvarío, pero no, es ella y lleva a nuestro hijo en brazos.

—Hola, Endika —me dice mientras se levanta. Jon le tira con fuerza del pelo y, por instinto, trato de apartar la mano del niño de sus cabellos y mi mano roza la suya. Pienso que la va a apartar, pero no lo hace, más bien todo lo contrario, porque me mira a los ojos y sonríe—. ¿Podemos subir? Parece que va a llover —me pregunta mientras sienta a Jon en el carrito.

—Sí, claro, perdona —le respondo mientras pongo la llave en la cerradura y los dejo pasar a ellos primero. No puedo dejar de mirarlos en el ascensor preguntándome qué hacen aquí, así que al final decido que resuelva mis dudas—. ¿A qué habéis venido?

—Es el cumpleaños de tu hijo. —Contengo una lágrima mientras veo a Jon en el carrito, mirándome—. Y tenemos que hablar.

—Nayra, ya te dije todo lo que necesitabas saber en Londres. No hay nada más que hablar.

—Mientes, como siempre. Mientes para alejarme de ti y esta vez no te vas a salir con la tuya, Endika. Vamos a hablar, vas a responder a todas mis preguntas y me vas a escuchar. ¿Ha quedado claro? —Asiento, básicamente, porque soy incapaz de negarle nada—. Pero primero vas a pasar un rato con tu hijo. Eres su padre y tienes derecho a disfrutar un poco de él en este día tan especial. Luego vendrán Yeray y May y se lo llevarán para que podamos hablar, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas, *maitia* —se me escapa. La miro, dispuesto a ofrecerle una disculpa, pero la veo sonreír y la sonrisa le llega a los ojos, como lo hacía cuando estábamos juntos y la verdad no se interponía entre nosotros—. Pasad. —Nayra deja el carrito en un lado del pequeño salón y saca a Jon de él. Nuestro hijo empieza a gatear por el salón.

—Túmbate en la cama y yo te llevo a Jon para que esté un rato contigo —me ordena, pero me muestro reticente. Si lo hago, no sé si seré capaz de dejarlo marchar después—. Endika, por una puñetera vez en tu vida, hazme caso.

—Te dije, te supliqué, te imploré que no me llamas, que no me buscaras, que no volvieras y aquí estás, con nuestro hijo, el día de su cumpleaños. ¿Por qué, Nayra?

—Porque nunca te he hecho caso y esta vez no iba a ser una excepción. Túmbate en la cama. Llevas demasiadas horas de pie y esa espalda tiene que estar matándote. Andando —me ordena,

pero yo sigo sin hacerle caso—. Muy bien, como quieras. Ahora llamo a Yeray para que venga, te lleve a la fuerza a la cama y te ate, a ver si así dejas de comportarte como un cabezota y me haces caso por una maldita vez en tu vida —me dice mientras busca en su bolso el móvil. Me acerco a ella, pongo mi mano sobre la suya y ella pega su espalda a mi pecho, como siempre hacía. El maldito corsé no me deja sentir el calor de su cuerpo, pero una lágrima se me escapa cuando ella recuesta la cabeza en mi pecho y suspira. Sin poder evitarlo, mi mano se desliza hasta su cintura y la estrecho un poco más contra mí. Las yemas de mis dedos acarician su vientre, su perfume me cosquillea en la nariz, su respiración se acelera y la mía casi desaparece. Cierro los ojos, suspiro y me deleito con su presencia. No sé cuánto tiempo estamos así, pero si me quedo un segundo con ella pegada a mi cuerpo, voy a perder el control en cualquier momento, así que me aparto de ella dando dos pasos hacia atrás.

—Está bien, tú ganas —me dirijo al único dormitorio que hay y me tumbo con cuidado en la cama. Nayra entra con Jon en los brazos y lo deja a mi lado, sentado. Ella también se sienta y sujeta a nuestro hijo cada vez que trata de reptar sobre mí o de ponerse de pie usándome como punto de apoyo—. Ha crecido mucho —digo sin poder dejar de mirarlo. Ahora quiere tirarme del pelo, como hacía con su madre hace un rato, mientras trata de hablar, aunque solo consigue decir sílabas.

—Bueno, creo que se parecerá a su padre. El pediatra dice que si sigue así, será muy alto —responde sonriéndome y quitando la mano de Jon del mechón de mis cabellos que parece dispuesto a arrancarme.

—¿Por qué, Nayra? ¿Por qué lo traes justo el día de su cumpleaños?

—Tienes derecho a estar con él. Ya te lo he dicho antes —me responde con total naturalidad.

—No lo tengo, lo perdí el día que te dije que abortaras.

—Todos cometemos errores, Endika, y, probablemente, tú más que nadie en este mundo. —Ni siquiera puedo sentirme ofendido por el comentario, porque tiene más razón que una santa—. Quédate un rato con él y disfruta. Luego hablaremos. —Apoya su espalda en el cabecero de la cama mientras Jon sigue tirándome del pelo. Atrapo su regordeta manita y la beso. Nuestro hijo hace gorgoritos y Nayra sonrío. Seguimos tirados en la cama media hora más, hasta que Jon empieza a protestar. Nayra se levanta, le cambia el pañal y le calienta un potito en el microondas de la cocina—. ¿Quieres dárselo tú?

—No. Hazlo tú. Yo no sabría —reconozco, porque no tengo ni puta idea de darle de comer a un bebé de un año. Nayra sienta a Jon en el carrito, le pone el babero y empieza a hacerle monerías para que abra la boca. Jon ríe, traga, se pone de potito hasta las orejas y yo no dejo de sonreír y llorar al mismo tiempo. ¡Qué felices hubiéramos podido ser y qué cruel y despiadados son la vida y el destino! Cuando Jon termina de comer, le quita el babero. Le limpia la cara y parte del pelo, que se ha pringado de potito, y lo sienta a mi lado—. Voy a llamar a May para que vengan a recogerlo. —Asiento secándome la traicionera lágrima que cae por mi mejilla. La llamada no dura ni un minuto y ella se sienta a nuestro lado porque al niño le ha vuelto a dar por querer escalar por mi pecho. Cuando llaman al timbre, Nayra va a abrir y regresa de inmediato. Le pone la chaqueta a nuestro hijo y lo acerca a mí—. Dale un beso a papá, pequeñajo —dice inclinándolo sobre mí y acercando su boca a mi frente. Supongo que no lo hace sobre mi mejilla para que no lo pinche con la barba. Los labios de Jon rozan mi frente y yo me parto por dentro. Cuando lo levanta, el niño eructa y Nayra se ríe. Podría reírme con ella si el momento no fuera tan doloroso para mí. «Papá». Soy su padre y nunca podré disfrutar de él como mi hijo. Escucho a May en el salón, aunque no entiendo lo que dice. Nayra regresa un momento al dormitorio, coge el carrito de Jon, sale, oigo

cerrarse la puerta de mi casa y ella regresa con una palangana, unas toallas y la esponja.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto confundido.

—Asearte —me dice, dejándolo todo en el suelo junto a la cama.

—Nayra...

—Cállate y explícame cómo lo hago. ¿Tengo que quitarte el corsé? —Suspiro porque no sé si seré capaz de soportar este momento—. Responde.

—No, solo tienes que desabrocharlo. —La miro a los ojos y quiero morirme un poco más cuando veo que se acerca a mí y tira de mi camiseta para sacármela por la cabeza. La ayudo y ella coge una toalla y moja la esponja en el agua templada de la palangana—. Nayra, no es necesario que hagas esto. Puedo hacerlo yo.

—Te he dicho que te calles. —No sé si está enfadada o no, no sé leer en sus ojos y me desespero, me quiebro y me rompo cuando empieza a pasar la esponja por mi cuello, arrastrando los restos de sudor de mi piel—. Levanta los brazos —me ordena, y obedezco. Limpia mis axilas, las seca, aparta la parte delantera del corsé, recorre mi torso con la esponja, suave y delicadamente. Sus dedos rozan mi piel y deseo atraparla entre mis brazos y besarla.

—¿Por qué haces esto?

—¿Por qué lo hiciste tú el último fin de semana que estuvimos juntos, aquel en el que me quedé embarazada de Jon? —me pregunta mirándome a los ojos.

—Porque quise cuidar te ti, de todas las formas posibles, por última vez —le reconozco, mientras aparto un mechón de sus cabellos que cae sobre su rostro y se lo pongo detrás de la oreja.

—Y luego intentaste suicidarte —me dice pasando la esponja por mis oblicuos. Si sigue tratándome así, conseguirá que me excite—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me prometiste que estaríamos juntos y luego intentaste quitarte la vida?

—Porque soy gilipollas y egoísta. Quise tenerte por última vez, quise que la verdad desapareciera y que no nos separara, quise cuidarte, mimarte y amarte como siempre lo he hecho sabiendo que no podía ser, que estaba mal, que condenaba mi alma al infierno una vez más, pero no podía evitarlo. Nunca pude. Y cuando regresamos a Lanzarote, intenté quitarme la vida porque sabía que solo la muerte podría separarme de ti. —Termina de asearme, me vuelve a atar el corsé, me ayuda a ponerme otra camiseta limpia, se lleva los trastos del dormitorio y regresa para sentarse a mi lado, con las piernas cruzadas y sus ojos clavados en los míos.

—Nunca dejaste de amarme, ¿verdad? Ni siquiera cuando supiste que éramos hermanos.

Sigo sin ser capaz de leer en sus ojos.

—No, nunca. Jamás te vi como a mi hermana ni nunca te veré como tal. Para mí, tú simplemente eres la mujer de la que me enamoré, irremediablemente y para siempre. —Una lágrima quiere escapar de sus ojos, pero ella la reprime.

—Así que nunca fue solo sexo, ¿no?

—No, nunca, ni siquiera al principio. Era una forma más de decirte que te amo, aunque sé que estaba mal. Nunca te follé sin más, Nayra. Te hacía el amor con mi cuerpo, con mis caricias, con mis embestidas. Te amaba una y otra vez. Por eso, aquel primer sábado que pasamos juntos, cuando me preguntaste que por qué si te deseaba no lo hacía, no te tomaba, te dije que te estaba dando la oportunidad de que te alejaras de mí. Sabía, lo supe desde el primer instante en que te vi, que jamás podría dejar de amarte, que nunca tendría suficiente de ti, que jamás podría demostrarte cuánto te amo, que no me alcanzaría una sola vida para amarte. Nunca fue solo sexo, era mi forma de decirte te quiero. Me gustaba verte ansiosa entre mis brazos, me encantaba besarte, acariciarte,

devorarte, hundirme en ti, pero no era porque simplemente sintiera placer físico. Era mucho más porque extasiabas mi alma, calmabas mi corazón, porque en ti y junto a ti sentía que estaba mi lugar en el mundo, porque tú eres mi motivo para vivir o morir.

—Por eso te tatuaste esa frase, ¿verdad? —pregunta mientras la yema de sus dedos recorre las letras de mi bíceps, esas que ponen «Me elevaste al cielo para arrastrarme al infierno».

—Sí. Estar a tu lado era tocar el cielo con las manos. Adoraba llegar a casa y que estuvieras esperándome allí. Me encantaba verte en el salón, con la cabeza metida entre los libros, mientras yo me quedaba sentado en el sofá mirándote, embelesado por ti. Y no me refiero solo a tu belleza, sino a tu presencia. Me chiflaba cuidarte, mimarte, adorarte, amarte, que nos sentáramos en el sofá a ver una película, tener tu cabeza sobre mis piernas mientras te acariciaba el pelo. Era maravilloso despertarme contigo desnuda entre mis brazos, con tu piel rozando la mía, con el calor de tu cuerpo pegado al mío, abrir los ojos y verte allí, aovillada entre mis brazos, con tus piernas enredadas con las mías. Y después, cuando tenía que dejarte en el piso que compartías con May, cuando llegaba y no estabas, cuando me tumbaba en la cama y lo único que quedaba era el aroma de tu piel, incluso cuando nos fuimos a vivir juntos y tú no estabas en casa porque tenías que ir a la universidad o yo tenía que trabajar, sentía que caía al infierno. Pero no tenía ni puta idea de lo que realmente era. No, hasta que supe la verdad.

—Y, aun así, seguiste amándome, acudiendo a mí cada vez que yo te lo pedía o te provocaba, ¿no?

—Sí, lo hice y lo volvería a hacer. Sé que estuvo mal, que estás cabreada conmigo, que, probablemente, me tengas asco, pero no lo podía evitar. Eres mi hermana, pero yo jamás te veré o te consideraré cómo tal. Por eso, cada vez que me llamabas o que me provocabas, acudía a ti.

—Has dicho que lo volverías a hacer, que volverías a mí. ¿Es cierto?

—¿Adónde quieres llegar? —Temo su respuesta. La temo y la anhelo a la vez.

—Responde.

—Sí, lo volvería a hacer si tú no supieras la verdad.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver que yo sepa o no que somos hermanos?

—No condenaré tu alma al infierno, Nayra. No te haré pagar ese precio por amarte.

—Y si soy yo la que decido condenarme, la que decide seguirte, la que escoge amarte como siempre he hecho, ¿lo aceptarías? ¿Lo tomarías? ¿Me amarías?

—No lo puedes decir en serio, *maitia*. No puedes amarme después de lo que te he hecho, del daño que te he causado. —Entrelaza sus dedos a los míos y sonríe.

—Pues lo siento, pero es así. Te sigo amando a pesar de los golpes que le has dado a mi alma, de las heridas que le causaste a mi corazón, de esa verdad que se supone que nos separa...

—Nena... —suplico mientras ella acerca sus labios a los míos y me besa, con dulzura, con amor.

—Escúchame —me dice tras separar sus labios de los míos—, cuando me contaste la verdad, creí enloquecer. Enamorada de mi hermano, ¿cómo podía ser?, ¿cómo hacía para vivir con eso? Te fuiste de Londres y yo cogí mis cosas, a Jon y me fui a casa de mi abuela. Necesitaba aclarar mis ideas y mis sentimientos. Hablé largo y tendido con mi abuela, se lo conté todo...

—¡Genial! Ahora me cortará los huevos definitivamente —digo sin querer, expresando mis pensamientos en voz alta.

—No, no lo hará. ¿Sabes qué me dijo cuando le conté que éramos medio hermanos? —Niego con la cabeza porque Fayna siempre ha sido una caja de sorpresas y un misterio para mí. Una mujer casi tan increíble como su nieta—. Que si nos amábamos, ¿dónde estaba el problema? Le

dije que si no me había escuchado, que éramos hermanos por parte de padre, y me respondió: «¿Acaso la sangre es lo que os une o vas a dejar que sea lo que os separe? Para mí, no sois hermanos, solo sois mi nieta y el hombre del que se ha enamorado y que la ama hasta límites insospechados. Piensa en lo que ha tenido que pasar él sabiendo que sois hermanos, tratando de permanecer lejos de ti, de protegerte de esa verdad que, supuestamente, os separa sin ser capaz de separarse de ti ni de permanecer a tu lado como desea. Plántate si tú serías capaz de cargar con ese peso a tus espaldas como ha hecho él, de soportar el sufrimiento por el que él ha pasado por ti y por vuestro hijo. Ha intentado quitarse dos veces la vida, porque, para él, no hay vida sin ti. Piénsalo, Nayra, y pregúntate si de verdad lo consideras tu hermano o solo es el hombre al que amas. Escoge qué quieres que sea él para ti y tú para él, y que no te importe nada más. El mundo no tiene por qué saberlo. Con que sepa que os amáis, es suficiente».

—Dime que no lo vas a hacer, Nayra. Dime que me escoges como hermano y no como hombre —suplico, imploro, porque no puede amarme después de lo que le he hecho, después de pedirle que abortara a nuestro hijo, de herirla cruel, mezquina y miserablemente.

—Lo siento, Endika, pero te escojo como hombre, como mi hombre, como mi compañero, como el padre de mi hijo. Escojo al gigante rubio de hermosos ojos azules, de sonrisa pícara, de mirada lujuriosa, al chulo y prepotente, al dulce y tierno, al que siempre me antepone a todo y a todos. Elijo al hombre que es capaz de hacerme temblar con una sola mirada, con una sola palabra, el que hace que arda con una sola caricia, al dios del sexo y al dueño de mi corazón. Me quedo con el hombre con el que adoro dormir, reír, llorar, gritar, soñar y vivir. Elijo al hombre que se acercó a mí una fría noche de enero y me robó el corazón, que se apoderó de mi alma para siempre. Recuérdalo, cariño, lo nuestro es tan grande que ni siquiera se le puede poner nombre —sentencia antes de volver a besarme, pero esta vez no hay dulzura en su beso ni en el mío. Hay lo que siempre ha habido, amor desmedido, pasión incontrolable, deseo insaciable. Su lengua se enrosca con la mía, recorro cada recoveco de su boca mientras la agarro por la nuca para impedir que separe sus labios de los míos, me deleito con su sabor, con sus gemidos, con sus dedos enroscados en mi pelo que me atraen más hacia ella, con su cuerpo que se pega con cuidado al mío para no hacerme daño, con mi brazo rodeando su cintura y reteniéndola a mi lado. Me deleito, lloro y río, jadeo y me excito, vivo y muero, todo a la vez en un beso eterno y efímero. Subo al cielo y me arrastro al infierno en una milésima de segundo cuando siento su mano en mi entrepierna, cuando desabrocha el cordón de mis pantalones de chándal y sus dedos rodean mi pene.

—Nayra... —jadeo cuando empieza a acariciar mi verga.

—Ámame, Endika, ámame como solo tú sabes hacerlo —me suplica mientras toma mi mano y la dirige hacia su sexo, deslizándola por debajo de sus vaqueros y de su ropa interior—. Ámame como siempre has hecho.

—Nena... —jadeo—, no... no puedo. —Quiero luchar contra esto, seguir salvando su alma, pero sé que es una batalla perdida cuando ella me mira a los ojos y veo todo lo que hay en su interior: amor, deseo, pasión, cariño, lujuria, esperanza, anhelo. Me ha escogido como hombre sin importarle una mierda el daño que le he hecho en el pasado, si condena su alma al infierno, si su vida corre peligro. No le importa nada más que no sea yo y ese amor que siempre nos hemos tenido, prohibido, incestuoso, único y épico, así que me rindo ante lo evidente, ante la única verdad que realmente ha existido entre nosotros dos, ante la necesidad y el amor que siento por ella—. *Maitia*, no puedo hacerte el amor. No estoy recuperado del todo, no debo forzar la espalda —le digo mientras acaricio el perfil de sus labios.

—No necesitas hundir esto dentro de mí —dice sujetando mi pene entre sus dedos—, para amarme. Creo recordar que eras capaz de hacerlo de multitud de maneras, a cual más placentera, deliciosa y apasionada. —Empieza a recorrer mi cuello con suaves besos y mordiscos hasta llegar a mi oreja—. Ámame, nene, hazme gritar de pasión, deseo y amor por ti —me susurra con la voz cargada de lujuria, amor y necesidad. La cojo por el pelo, tiro de él con suavidad para que me mire a los ojos y pongo mi palma sobre su mejilla. Ella recuesta su cabeza contra mi mano, recorro sus labios con mi pulgar, entreabre la boca para mordisquearlo y me pierdo en su violácea y ardiente mirada.

—Tú ganas, ojos violeta. Desnúdate. —Sonríe como si fuera una niña pequeña y se pone de pie. Nunca ninguna mujer se ha desnudado delante de mí con tanta sensualidad como lo hace Nayra en este momento. Ni siquiera ella lo había hecho antes de esta forma, dejando que cada prenda se deslice por su piel, acariciándola como si fueran apasionados amantes. Siento celos de cada prenda por rozar así su cuerpo. Se queda en ropa interior, con un sexi conjunto de lencería negro, se acerca a mí moviendo sus caderas, me quita la camiseta que me ha puesto hace unos minutos y me baja los pantalones y los calzoncillos, dejándome solo con el corsé—. Túmbate a mi lado, cariño, y acércate a mí. Quiero acariciarte. —Obedece y empiezo a pasear las yemas de mis dedos por su cuerpo. Comienzo por sus mejillas sin apartar mis ojos de los de ella, sigo por el perfil de sus labios, desciendo lentamente por su cuello, alcanzo sus hombros, su escote y la parte alta de su espalda. Le desabrocho el sujetador y se lo quito con la misma lentitud con la que ella se ha desnudado y con la que yo la estoy acariciando—. Nunca me cansaré de mirarte. Eres lo más hermoso que han visto mis ojos. —Sonríe y mis dedos siguen recorriendo su cuerpo, acariciando sus pechos, sus aureolas y rozando sus pezones. Jadea, sin dejar de clavarme su mirada, postrándome una vez más a sus pies—. Jamás me cansaré de acariciarte. Eres suave como la seda. —Su sonrisa reaparece y acerca sus labios a los míos. Los tomo y succiono el inferior mientras mis yemas recorren su vientre, ese en el que creció nuestro hijo, que me acogió, desesperado y hambriento de amor tantas veces—. En la vida me saciaré de ti. Eres mi único motivo para vivir o morir, mi única razón de existir. —Cuelo mi mano entre sus braguitas y su sexo, y se arquea para darme mejor acceso. Recorro sus labios vaginales con mis yemas, rozo su botón de placer, jadea, busco su entrada y, con suavidad y lentitud, la penetro con mi dedo. Como siempre, está húmeda, ansiosa y anhelante por que la tome. Gime, jadea, le cuesta respirar, se muerde el labio inferior y sigo entrando y saliendo de ella con calma, rozando su clítoris a cada embestida, tocando ese punto en su interior que hace que se retuerza de placer y me deleito con su goce—. Me provocas hasta cuando respiras, nena. —Se mueve, se acerca a mí, me ofrece otro ángulo para que siga hundiendo mi dedo, acerca sus labios a los míos y la devoro al tiempo que acelero mis estradas y salidas en ella. Acalla su grito de placer en mi boca, el orgasmo la sacude de los pies a la cabeza, haciéndola temblar y erizando su piel y sus pezones. Saco mi dedo con suavidad de su interior y me pierdo, por enésima vez, en su mirada—. Fuiste, eres y serás mi más bonita casualidad, ojos violeta —le digo antes de darle un último beso. Me sonrío, recuesta su cabeza sobre mi hombro y rodeo su cintura con uno de mis brazos para estrecharla más contra mi cuerpo, y maldigo al jodido corsé que me impide sentir el contacto de su piel con la mía. Recobra su normal respiración, alza su cabeza y me observa—. Te amo, Nayra, y lo haré más allá de la vida o de la muerte. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, guapito de cara. Siempre lo supe, aunque tú te empeñaras en intentar hacerme creer lo contrario. —Ahora es ella la que acaricia mi rostro y mis labios.

—¿Podrás perdonarme todo el daño que te hice, todas las mentiras que te dije, todas la heridas

que te causé, todo el sufrimiento por el que te hice pasar? —Si es capaz de perdonarme todo eso, no le contaré la otra parte de la verdad. Cargaré yo con ese peso, la amaré, la cuidaré y protegeré, a ella y a nuestro hijo, y seremos felices.

—Estás perdonado —sentencia mientras me besa. Podría morirme de felicidad ahora mismo, porque sí, las parcas son unas cabronas que han tejido nuestro destino con hilos recubiertos de lágrimas, sufrimiento y dolor, pero nosotros hemos decidido cortar esos hilos y ser los tejedores de nuestro propio sino—. Te amo, irremediabilmente y para toda la eternidad —me dice antes de recorrer mi cuello con sus labios, mordisquearlo, lamerlo y besarlo, mientras su mano desciende hasta mi entrepierna para acariciar mi falo y mis testículos. Jadeo cuando su boca deja de recorrer mi cuello para alcanzar mi pene y amarlo como solo ella sabe hacerlo. Me cuesta respirar con cada succión suya, me falta el aire cuando sus dientes raspan mi glande, me agarro a la colcha cuando su mano sube y baja por mi verga y gruño cuando me corro, eyaculando en su boca. Consigue no dejar ni una gota de semen en mi interior, me mira, se limpia los restos de mi corrida de sus labios y sonrío—. Estamos en paz, guapito de cara. —Me río y sacudo la cabeza sin poder dejar de mirarla. Jamás dejaré de sorprenderme, y no me refiero al terreno sexual, sino a su vitalidad, su capacidad de luchar por nosotros, de recuperarse de las heridas que le causé, de amarme más allá de todo lo posible o imposible—. Ahora vuelvo —me dice mientras se levanta y va al baño.

—Nayra... —musito cuando veo la parte baja de su espalda. Como yo hice en su día, ella también se ha tatuado una frase.

—Yo tampoco tuve opciones a nada más que no fuera amarte desde el primer instante, cariño. Fuiste, eres y serás, mi más bonita casualidad —sentencia, repitiendo la frase que lleva tatuada con tinta azul, del mismo color que mis ojos. Una lágrima corre por mi mejilla y ella me lanza un beso al aire—. Ahora vuelvo. —Deja la puerta abierta y veo cómo se limpia el rostro y la boca, y regresa con una esponja y una toalla para limpiar los restos de mi semen que han quedado sobre mi entrepierna y la parte baja del corsé. Cuando termina, lo deja todo en el suelo y se acuesta a mi lado—. Abrázame —me ordena al tiempo que recuesta su cabeza de nuevo en mi hombro. Obedezco, la rodeo con mis brazos y beso su frente mientras acaricio sus cabellos. Siento cómo su respiración se normaliza y cuando la miro, parece que se ha dormido. Sí, se puede morir sin estar muerto del todo. Se puede morir de dolor, de sufrimiento y de felicidad, como lo estamos nosotros ahora. La tomo con suavidad por la barbilla para no despertarla y beso con delicadeza sus labios.

—Nada ni nadie me separará de ti de nuevo, ojos violeta —le digo mientras no dejo de mirar esa cara de ángel y hada que tiene—. El mundo no tiene por qué saber la verdad. Que se conformen con saber que nos amamos. —La beso una vez más antes de dejar que vuelva a recostar su cabeza en mi hombro—. Encontraré la manera de alejaros del peligro, de poner tu vida y la de nuestro hijo a salvo. Y seremos felices, nena, muy felices —le digo. Algo húmedo cae sobre mi hombro.

—Lo sé, pero esta vez lo haremos juntos, cariño —me responde, antes de que otra lágrima suya caiga sobre mi hombro. La estrecho más contra mí, entrelazo los dedos de una de mis manos a los suyos y nos quedamos quietos, disfrutando el uno del otro, con nuestras respiraciones acompasadas y nuestros corazones latiendo juntos. Con la promesa de buscar y encontrar la felicidad que la vida y el destino se empeñaron en arrebatarnos.

CAPÍTULO XVI

Bilbao, 2014

Hace unas tres semanas que hemos regresado de Lanzarote y tengo la sensación de estar viviendo en una especie de burbuja de felicidad y una luna de miel continua. May empieza a entender que Endika no es lo que parece o, por lo menos, acepta que no solo me quiere para que le caliente la cama. Supongo que su aceptación tiene mucho que ver con el hecho de que nuestro penúltimo día en Lanzarote mi mejor amiga viniera a cenar a casa de mi abuela para despedirse de ella, ya que ambas se llevan de maravilla. Endika le regaló a mi abuela unos pendientes de plata y olivina, la piedra verde de mi tierra de fuego, para agradecerle haberlo acogido en su casa. Mi abuela se lo quedó mirando de esa forma tan peculiar que tiene y le sonrió.

—¿Sabes, muchacho?, me alegro de que mi nieta te haya encontrado —le dijo después de darle las gracias—. Aparentas una cosa, pero, en realidad, tienes un gran corazón. Sé que cuidarás de ella y que la querrás como nadie la ha querido jamás. Tienes las puertas de esta casa abiertas para lo que necesites, jovencito.

—Gracias, señora Fayna. Cuidaré de su nieta —le respondió mientras yo me sentaba en su regazo y él rodeaba mi cintura—. Soy muy afortunado de haberla encontrado —me dijo sonriendo y dándome un beso en la mejilla—. Aunque a veces creo que me va a volver loco. —Le di un pequeño manotazo en el hombro que ni notó.

—Tú cuidala y sed felices. No dejéis que nada ni nadie se interponga entre vosotros, porque sigo diciendo que jamás he visto a dos personas que se amen como lo hacéis vosotros —dijo mientras se ponía los pendientes que Endika le había regalado—. ¿Qué tal me quedan? —preguntó, y yo me reí ante su coquetería.

—Guapísima, como siempre —le dijimos May y yo a la vez, y todos estallamos en carcajadas. Tras recoger la mesa y mientras Endika fregaba los platos por expreso deseo suyo, mi abuela y May se despidieron, dándose muchos besos y abrazos, y yo me uní a ellas. Tuve que tragarme las lágrimas. Nunca me habían gustado las despedidas y menos si era de mi abuela de la que me tenía que separar. May se fue después de que quedáramos en vernos en el aeropuerto de Arrecife al día siguiente, mi abuela se retiró pronto a la cama y yo cogí las dos copas de vino y esperé a Endika en el banco del porche. Mi mente se perdía en sueños de una posible y futura vida junto a Endika mientras observaba el firmamento plagado de estrellas.

—¿Qué piensas, ojos violeta? —me preguntó cuando llegó a mi lado. Se sentó, me agarró por la cintura, me puso sobre su regazo y me dio un suave beso.

—En cómo será nuestra vida —le dije, pasándole su copa de vino. Él me sonrió.

—¿Te asusta?

—No, nada me asusta si tú estás a mi lado —le respondí dándole un pico.

—¿Estás segura de que quieres dejarlo todo por mí, nena? —Una sombra de dolor se instaló en sus ojos.

—¿Te lo estás pensando mejor, Endika? —le pregunté. No le tenía miedo a una vida a su lado, le temía a que él no quisiera lo mismo que yo.

—¿Pensármelo mejor? No, *maitia*. No tengo nada que pensar porque no hay nada que desee más que tenerte a mi lado a cada segundo y para el resto de mi vida. Pero vas a renunciar a muchas cosas por mí y no quiero que te precipites y luego te arrepientas.

—Jamás me arrepentiré de escogerte, cariño. Nunca he sido tan feliz y sí, sé que no siempre será todo de color de rosa, que nos peharemos, que discutiremos, que habrá momentos malos y que dejo mucho aquí, pero no me importa. No hay nada que anhele más que estar junto a ti —dije guiñándole un ojo—. No te vas a librar de mí tan fácilmente, nene.

—¡Como si quisiera hacerlo! —respondió acercando su copa a la mía—. Gracias por amarme, ojos violeta —dijo chocando su copa con la mía.

—De nada, guapito de cara. —Brindamos por esa vida que compartiríamos y que se aventuraba maravillosa y apasionada. Me quedé en su regazo, con la cabeza sobre su hombro, con sus dedos enredados en mi cabello, sus labios regalándome pequeños besos en mi frente, pegada a su cuerpo, sintiéndome la mujer más feliz del planeta, hasta que me quedé dormida. Él era mi mejor somnífero porque, en sus brazos, a su lado, sentía calma, paz y que había encontrado mi lugar en el mundo.

—Nena, ¿estás segura de que quieres hacer esto? —me pregunta Endika mientras me abre la puerta del coche para que suba.

—Cariño, te dije que hablaría con tu madre y es lo que voy a hacer, ¿vale? —Acaricio su mejilla para aplacar sus temores—. No perdemos nada por intentarlo. Tal vez, si le hablo de mujer a mujer, pueda hacerla recapacitar y que mande a ese desgraciado a la mierda de una vez por todas.

—No te va a escuchar —responde resignado—. Además, no quiero que esto te salpique. Es mi problema, no el tuyo, *maitia*. —Su brazo rodea mi cintura y me acerca a él.

—¡Ah, no! De eso nada. Tus problemas son mis problemas, ¿entendido? Estamos juntos y eso significa estarlo para todo, así sea bueno o malo. ¿Ha quedado claro? —Dibuja una pequeña sonrisa, que apenas le llega a los ojos, y sacude la cabeza justo antes de besarme como solo él sabe hacer.

—Clarito como el agua. Anda, sube al puñetero coche antes de que me lo piense mejor y te lleve de vuelta a la cama. —Su voz está cargada de deseo y pasión.

—Si me lo dices así, igual la que se lo piensa mejor soy yo —le respondo guiñándole un ojo y subiendo al coche.

—Cualquier día de estos, acabas conmigo, ojos violeta —sentencia cerrando la puerta del coche, rodeándolo, subiendo a su asiento, arrancando y dirigiéndonos a casa de su madre. Quiero hacer esto por él, porque no me gusta verlo cargando con ese peso en sus hombros creyendo que ha fallado como hijo, culpándose por no poder ayudar a su madre, por no poder protegerla y salvarla. No sé si funcionará. Si lo consigo, si por un solo instante consigo que Edurne se plantee abandonar a ese malnacido, habrá valido la pena. Si no lo logro, tal vez Endika comprenda de una vez por todas que nadie puede hacer nada por su madre si ella no quiere que la ayuden. Contemplo el paisaje mientras busco en mi mente las palabras que decirle a Edurne, esas que la saquen de ese infierno por el que pasa. Estoy tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera me doy cuenta de que estamos en Ondárroa—. Nena, hemos llegado. —Endika ha aparcado en el puerto, ya que hemos quedado con su madre en uno de los restaurantes para comer—. Mi madre nos está esperando —me dice mientras me abre la puerta.

—Prométeme que no perderás los papeles y que me dejarás hablar con ella —le ordeno cuando

me toma de la mano para entrar en el restaurante.

—Está bien, te prometo que lo intentaré. —Lo acribillo con la mirada, pero él ni se inmuta, así que no me queda más remedio que conformarme con eso. Avanzamos hasta la mesa en la que está Edurne sentada, esperándonos—. Hola, mamá —le dice mientras se agacha para darle un sonoro beso en la mejilla y estrecharla entre sus brazos—. ¿Qué tal estás?

—Hola, hijo. Bien, gracias. Hola, Nayra —me saluda mientras le doy dos besos—. Y vosotros, ¿qué tal estáis?

—Muy bien, Edurne, muchas gracias. —Nos sentamos y pedimos. Sigo pensando en qué decirle a mi suegra, en cómo iniciar esta conversación y no encuentro las palabras, al menos, no por el momento. Endika y ella hablan, él le cuenta que cuando termine mis estudios, me quedaré en Bilbao y que viviremos juntos. Ella nos mira sorprendida—. Sé que suena a locura, Edurne, pero no me voy a separar de su hijo. Con él, soy feliz. Me cuida, me protege, me mimaba, me ama como nadie lo ha hecho o lo hará. Tendría que verlo todo el día danzando a mi alrededor, pendiente de mí, de lo que necesito o lo que quiero. Lo amo, él me ama a mí y no voy a permitir que dos mil kilómetros me separen de él. Endika tiene su trabajo aquí, así que es más fácil que yo me mude.

—Pero vas a dejar a tu familia y amigos allí.

—Dejaré a una parte de mi familia y de mis amigos, pero aquí tengo otra familia y otros amigos, los de Endika. Usted es su madre, por lo tanto, mi suegra y mi familia. No lo dejo todo, simplemente, amplíe mi círculo de personas a las que amo. Además, su hijo me ha prometido que nuestras vacaciones las pasaremos siempre en Lanzarote. Tendré dos familias, la de allí y la de aquí —le digo poniendo mi mano sobre la suya—. Así que prepárese, porque cada vez que me pelee con su hijo, la llamaré para despotricar de él. —Veo cómo Endika contiene una lágrima, emocionado por mis palabras y por el momento, porque su madre se levanta y me da un cálido abrazo.

—Entonces creo que me llamarás muy a menudo —me responde cuando regresa a su sitio—. Es un poco cabezota.

—Lo sé, créame que lo sé. Cabezota, gruñón y chulo como él solo. —Le guiño un ojo a su madre.

—¿Ahora os vais a aliar para ponerme a caer de un burro? —protesta él.

—Aunque también sabe cómo hacer que se me pase el enfado. —Sonrió pícaramente y le guiño el ojo a Endika—. Eso se le da de maravilla. —Se ríe, sacude la cabeza y se muerde el labio inferior.

—¡Dios!, la que se me espera —musita antes de darme un beso chiquitito y tierno. Hubiera preferido uno de los otros, pero me tengo que conformar con ese—. Anda, vamos a dar un paseo para que sigáis maquinando cómo volverme loco. —Paseamos por el puerto, conmigo aferrada a la cintura de Endika y con su brazo alrededor de mis hombros. Los tres hablamos, reímos y disfrutamos del momento. Cuando veo que su madre está relajada y con la guardia baja, decido que es el momento de hablar con ella, pero necesito que Endika nos deje solas. Nos hemos sentado en un banco a disfrutar del sol.

—Cariño, ¿me puedes conseguir un helado de pistacho? —le pido poniéndole ojitos.

—¿Helado de pistacho? —Asiento con la cabeza mientras sonrío como una niña pequeña—. ¿Ahora? —Sigo sacudiendo la cabeza afirmativamente mientras él me mira desconcertado—. ¿A santo de qué?

—A santa gana —le respondo mientras rodeo su cuello con mis brazos y acerco mis labios a su oído—. No te preocupes, guapito de cara, esto no es un antojo ni estoy embarazada. —Se le corta

la respiración—. Eso ya lo dejaremos para mucho más adelante. —Le cuesta respirar porque su nuez sube y baja por su garganta con dificultad—. Consígueme ese helado. Necesito hablar con tu madre. —Le doy un beso en la mejilla, él se levanta sacudiendo la cabeza, le pregunta a su madre si quiere algo y, tras su respuesta negativa, se va rascándose la cabeza.

—Lo quieres de verdad, ¿cierto? —me pregunta su madre cuando ve que soy incapaz de quitar mis ojos de él.

—Más que a nadie en este mundo. Pero no es de su hijo de lo que quiero hablar. Es de usted.

—Nayra... —me dice agachando la cabeza. Pongo mi índice en su barbilla y la obligo a mirarme a los ojos.

—Escúcheme, Edurne, no voy a decirle lo que tiene o no tiene que hacer. Solo quiero explicarle una cosa para que comprenda que eso que se supone que siente por ese hombre no es amor. Amar no es eso, es lo que su hijo hace por mí, por ejemplo. Se preocupa por mí, por mi bienestar, porque sea feliz, con pequeñas cosas y gestos, con una caricia o un beso, un abrazo o dándome su hombro para que me apoye en él cuando lo necesito. Amar consiste en compartir alegrías, penas, triunfos y fracasos, pero no golpes o insultos. Amar es construir una vida juntos, no dejar que te pisoteen y que te infravaloren. Amar es desnudar tu alma y tu corazón, no solo tu cuerpo, ante esa persona, sabiendo que no te juzgará, que te escuchará y que calmará tus penas y compartirá tus miedos. Amar es respetarse el uno al otro y saber que esa persona no te fallará y siempre estará ahí. ¿Tiene usted algo de eso con ese hombre?

—Nayra... —suspira ella.

—Piénselo, plantéese si en realidad es amor lo que siente por él o es otra cosa. Usted sufre y su hijo también. Ninguno de los dos se lo merece. No permita que ese hombre le arrebatte otro hijo ni su vida.

—¿Endika te lo contó? —pregunta avergonzada.

—Sí, lo hizo después de nuestra primera visita. Me contó sus miedos y sus fracasos, compartió conmigo su dolor y su sufrimiento, y yo lo hice con él. Eso es amor, Edurne —sentencio porque Endika llega con mi cucurucho de helado de pistacho—. Piénselo y recuerde que estamos aquí para lo que necesite. Somos su familia. —Suelto su mano, la que he agarrado al principio de esta conversación para darle fuerzas, y le sonrío—. Gracias, guapito de cara —le digo a Endika cuando me pasa el helado. Él sonrío, pero sin dejar que esa sonrisa le llegue a los ojos. Mira a su madre preocupado, ya que se ha quedado con la cabeza agachada y la mirada perdida. Aprieto el muslo de Endika para relajarlo, le guiño el ojo y consigo que se calme. Tras comerme el helado, regresamos los tres al coche, llevamos a su madre a su casa, nos despedimos con enormes abrazos y cálidos besos y nos marchamos. Endika se detiene en el arcén de la carretera, me quita el cinturón, me saca de mi asiento, me estrecha entre sus brazos y entierra su rostro en el hueco de mi cuello. Una de sus lágrimas cae sobre mi clavícula.

—Gracias, *maitia*, gracias por amarme —musita mientras me aferra más contra su cuerpo. No le respondo, simplemente lo abrazo, le acaricio los cabellos y le doy besos en su frente. Pasados unos minutos, en los que él consigue calmarse, toma mi rostro entre sus manos y clava sus ojos en los míos. Las yemas de sus pulgares recorren mis labios, sonrío y Endika devora mis labios, invade mi boca con su lengua y succiona mi labio inferior cuando separa nuestras bocas—. No me alcanzará una sola vida para amarte, nena —me dice y consigue que me pierda en sus ojos.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, nene. Te voy a perseguir por toda la eternidad.

—Eso suena de puta madre, ojos violeta —responde antes de darme un último beso y dejarme en mi asiento—. Vámonos a casa, *maitia*. Hoy es el primer día de esa eternidad que vamos a

compartir.

—¿A qué te referías? —pregunto mientras me abrocho el cinturón y él se reincorpora al tráfico.

—May te va a matar y, probablemente, a mí me corte los huevos, pero no quiero que regreses al piso con ella. Te quiero a mi lado, desde hoy y para siempre. No voy a esperar a que termines el puñetero máster —dice mientras me mira de reajo, estudiando mis reacciones.

—¿Me estás diciendo que quieres que me vaya a vivir contigo desde hoy mismo? —Trato de ocultar mi emoción, porque lo deseo más que nada en el mundo.

—Sí, exactamente eso es lo que te estoy diciendo. —Me vuelve a mirar de reajo y se pone serio. Clava su mirada en la carretera antes de seguir hablando—. Si no estás segura, lo comprenderé.

—Para en el arcén —le ordeno. Frunce el ceño, me mira durante una brevísima milésima de segundo y obedece. Me quito el cinturón, salto sobre él y estampo mis labios de forma enfermiza sobre los suyos, succionándolos, metiéndole la lengua hasta la garganta y pego mi cuerpo al suyo sin dejar que quede una gota de aire entre los dos. Lentamente, separo mi boca de la suya, pero me quedo con mis brazos rodeando su cuello y con los suyos abrazándome por la cintura—. ¿Sigues pensando que no estoy segura de ello, guapito de cara? —Niega con la cabeza mientras sonrío—. No hay nada que desee más que estar a tu lado, Endika, nada, ¿me escuchas?

—Clarito como el agua —me responde sin dejar de mirarme.

—Pues vamos a que May me despelleje y a que te castre. —Se ríe y yo con él—. La placa no te va a servir de nada. Nos va a asesinar a los dos —digo mientras regreso a mi asiento tras darle un pico.

—Por ti, ojos violeta, correré ese riesgo. —Una hora más tarde, el follón que se monta en el apartamento que comparto con May es de dimensiones cósmicas. Decir que está furiosa es quedarse corta, muy corta. Nos tilda de locos, a mí, de lunática y a Endika, de todo lo que se le pasa por la cabeza. Al final, es mi novio el que consigue calmarla—. May, por favor, escúchame, ¿vale? Comprendo que estés desconcertada, pero ni yo puedo estar sin Nayra ni ella sin mí. Ya sé que solo hace cuatro meses que estamos juntos y que sigues pensando que soy el mayor gilipollas, el tío más chulo del planeta y a saber cuántas cosas más, pero la amo y quiero estar con ella. Nayra ya ha tomado la decisión de dejarlo todo para quedarse aquí conmigo y solo os faltan dos meses escasos para que terminéis, así que, ¿para qué esperar?

—Para que recapacite, por ejemplo —le suelta mi amiga, que no se termina de fiar de él.

—May... —protesto.

—Mira, sé que te preocupas por ella y que crees que la estoy apartando de tu lado, pero no es así, May. Vais a seguir yendo juntas a la universidad, puedes venir por las tardes a estudiar a casa con ella, es más, hasta te puedes quedar a dormir si quieres. —May abre los ojos y niega con la cabeza—. Tranquila, no follaremos cuando te quedas. —Me río por lo bajo y mi amiga acribilla con la mirada a Endika—. Es broma, May. Sé que sois inseparables, más hermanas que amigas y eso me gusta, porque sé que ella siempre te tendrá. Solo quiero hacerla feliz, May, nada más.

—Como le partas el corazón, te arrancaré los huevos —le suelta la muy bruta.

—¡May! —exclamo.

—Ni May ni leches fritas. Lo digo en serio. Hazle daño y no habrá lugar en el mundo en el que te puedas esconder, Endika —lo sigue amenazando, así que me planto frente a ella y pongo los brazos en jarra—. No me mires así, Nayra.

—Explícamelo, ¿quieres? Porque no entiendo tus reticencias. —Mi amiga suspira, se pone en pie, se frota los ojos y cuando me mira, comprendo lo que le pasa. Está a punto de llorar—. May,

no me pierdes, cielo, no vamos a dejar de ser amigas y hermanas jamás. Solo me compartirás con él, nada más.

—Ya, pero esto no será lo mismo sin ti. —Me acerco a ella y la abrazo. Nos quedamos así un rato hasta que ella se calma. Luego mira a Endika—. ¿Lo has dicho en serio, eso de que puedo ir a tu casa a estudiar con ella? —Mi novio asiente—. ¿Y tú estás completamente segura de esto?

—Sí, May. Al cien por cien.

—Vale, pues supongo que me tendré que aguantar. Menos mal que te dije que no te encoñaras con él. —Me río mientras la vuelvo a abrazar—. Prométeme que serás feliz.

—Te lo juro, cielo —le respondo antes de volver a estrecharla entre mis brazos—. Voy a recoger algunas cosas —les digo a ambos.

—Gracias, May. Te prometo que la cuidaré y puedes venir a casa cuando quieras —le dice Endika mientras yo me pierdo por el pasillo. Sonrío, recojo apenas unas cuantas mudas de mi ropa y el resto de libros que necesito para seguir y salgo. Ya vendré y me lo terminaré de llevar todo poco a poco—. ¿Nos vamos? —me pregunta Endika mientras me coge la bolsa. Asiento y él pasa su brazo alrededor de mi cintura—. Pues andando. May, mañana por la mañana pasamos a por ti para llevarte a la universidad —le dice antes de cerrar la puerta de mi piso y salir. No dejo de sonreír, feliz ante la expectativa de esta nueva vida con Endika.

Hace un mes desde que me fui a vivir con Endika y lo cierto es que no me ha costado nada acostumbrarme a vivir con él. En realidad, no ha habido un gran cambio, si tenemos en cuenta que ya me pasaba aquí los fines de semana. Simplemente, han dejado de ser tres días para convertirse en siete. May viene muchas tardes a estudiar conmigo, e incluso cuando Endika tiene turno de tarde y no podemos comer juntos, me quedo con mi amiga en el apartamento que hemos compartido. Ella también se ha quedado a cenar un par de veces cuando se nos ha hecho tarde estudiando. Endika nos ha preparado la cena y luego ha llevado a May en coche a su piso.

Dormir y despertar con él es maravilloso, porque siento tanta paz a su lado que él es mi mejor somnífero. Me acurruco a su lado, enredo una de mis piernas con las suyas y me quedo frita en un santiamén, algunas veces exhausta por las largas horas de estudio y otras, por haber estado amándonos. Lo que peor llevo son las noches que él ha tenido que trabajar. La cama es demasiado grande sin su enorme cuerpo ocupándola y esas noches he terminado poniéndome una camiseta suya para poder dormir, por lo menos, con su aroma. Después me he despertado temprano y he esperado a que llegara con el desayuno preparado. Convivir con Endika es sencillo porque es ordenado, al igual que yo, y nos hemos repartido las tareas del hogar, aunque en época de exámenes finales apenas me ha dejado hacer nada.

—Nena, tú concéntrate en los estudios que yo me encargo del resto —me dice cada vez que sabe que tengo examen. Protestaría, pero no me iba a servir de nada, así que sigo con la cabeza enfrascada en los libros mientras él hace la colada o preparara la cena, va al supermercado, limpia o lo que sea que haya que hacer.

Hemos ido a visitar a su madre un par de veces y yo hablo con ella un par de veces a la semana. Me alegré cuando supe que Edurne había echado a ese hombre de su casa, aunque Endika me dijo que no me emocionara.

—No sería la primera vez que se lo piensa mejor y que se arrepiente y lo vuelve a buscar para meterlo de nuevo en casa y en su vida, *maitia* —me dijo cuando se lo conté. Puede que tuviera razón, pero yo quería creer que ella había recapacitado y que por fin se había dado cuenta de todo. También hemos estado planeando las vacaciones de verano. Yo quería ponerme a buscar trabajo

en cuanto terminara con el máster, pero Endika me ha dicho que no, que me espere a que pase el verano—. Ojos violeta, no quiero que te precipites en buscar trabajo. No nos hace falta y no quiero que te tomen el pelo ni que te exploten. Todavía estamos con la puñetera crisis y las condiciones laborales que se ofrecen por ahí ahora mismo son una mierda. Además, he solicitado las vacaciones que me quedaban para el mes de agosto, me las han concedido y quiero que vayamos a ver a tu abuela. Cuando regresemos de Lanzarote, ya te pones a buscar trabajo, ¿vale? Pero no quiero que te tires de cabeza a lo primero que te salga.

—¿Cuándo vas a dejar de ser tan protector conmigo? —le pregunto mientras estoy abrazada a su cintura.

—Nunca, nena —responde antes de darme un dulce beso en los labios—. Me gusta cuidarte. —Sonríe y me dejo mimar, una vez más, por él.

Hoy es martes veinticuatro de junio y es mi cumpleaños. Por un lado, estoy feliz porque va a ser el primero que pase junto a Endika, pero por otro, estoy triste porque será el primero que no pase con mi abuela. Ella siempre me prepara un enorme bizcocho de almendra recubierto de merengue, ya que me encanta. Voy a echarla mucho de menos, pero ni puedo ni quiero estar lejos de Endika.

—Despierta, dormilona —me susurra mientras me da besos en el cuello y me estrecha un poco más contra su cuerpo. Me hago la remolona entre sus brazos. Él sofoca una risa en mi cuello y me vuelve a besar, esta vez en los labios—. Despierta, ojos violeta. Tengo una sorpresa para ti. —Poco a poco, abro los ojos y me tropiezo con los suyos y con esa mirada de pícaro que tiene, esa maravillosa sonrisa y esos labios que tanto deseo besar—. Feliz cumpleaños, *maitia* —me dice antes de besarme como solo él sabe hacer, dejándome sin aliento y con los labios hinchados. Trato de enredar mis piernas a su cintura y mis brazos a su cuello, pero me lo impide. Se pone de pie, vestido únicamente con sus calzoncillos y yo me deleito en observar su cuerpo—. Deja de mirarme así, nena, o tendrás problemas —protesta mientras coge una bandeja que hay sobre su mesita de noche con mi desayuno—. Feliz día, cariño.

—¿Me has traído el desayuno a la cama? —Asiente con esa cara de gamberro, mordiéndose el labio inferior y guiñándome un ojo. Miro la bandeja y veo que hay un café con leche, un zumo de naranja, un pedazo de bizcocho de almendra y una rosa roja—. Endika... —suspiro.

—May me dijo que tu abuela siempre te prepara un bizcocho de estos por tu cumpleaños. No lo he encontrado como el que ella hace y lo intenté preparar ayer por la mañana, pero fue un desastre. La repostería no es lo mío. —Me siento en la cama y él pone la bandeja sobre mis piernas—. Esta es mi primera sorpresa. Espero que te guste.

—Eres el mejor —reconozco antes de darle un bocado al bizcocho—. No está mal —le digo con la boca llena. Se ríe, se sienta a mi lado, apoya su espalda en el cabecero de la cama y pasa uno de sus brazos encima de mis hombros antes de darme un beso en la coronilla—. Cariño, estoy pensando en no ir hoy a la universidad —comento cuando me termino el desayuno y él retira la bandeja, dejándola de nuevo en su mesilla de noche.

—¿Cómo que no vas a ir? —me pregunta antes de volver a tumbarse a mi lado—. Hoy tienes el último examen, nena.

—Pero tú tienes el día libre y me quiero quedar aquí, contigo —respondo mientras repto por su pecho y anclo mis rodillas a sus caderas—. Quiero pasar el día contigo. No necesito hacer ese examen. La media me sale aprobada. —Trato de alcanzar sus labios, al tiempo que enrosco mis brazos a su cuello.

—Me da igual, nena, y no trates de seducirme porque no te va a funcionar. —Alza levemente sus caderas para que su erección roce mi sexo—. Esto lo vas a tener más tarde. —Le hago un puchero y él se ríe—. Vas a ir a la universidad, vas a hacer ese examen, vas a sacar otra supernota de esas que sacas, iré a por ti a las dos, comeremos en un sitio bonito, daremos una vuelta, iremos a cenar con May y con Unai y cuando lleguemos a casa, te daré mi último regalo. —Se frota más contra mí y mi vagina ruge ansiosa por ser invadida por él—. ¿Entendido, ojos violeta?

—Eres un aguafiestas —le digo antes de alcanzar sus labios y enredar mi lengua con la suya. Gruñe en mi boca mientras sus manos me aferran por la cintura y trata de separarme de él. Opongo resistencia, pero no me sirve de nada.

—Vamos, levántate y arréglate mientras yo hago la cama y recojo lo de tu desayuno. Tenemos que pasar a por May y no me apetece que se ponga a despotricar porque llegamos tarde. —Se deshace de mí con suavidad y se dirige al armario. Yo me quedo como una tonta mirándolo. Nunca me cansaré de admirar ese cuerpo que tiene y que me vuelve loca, como todo él—. Nayra, levanta de una vez o llegaremos tarde —me dice mientras se pone unos vaqueros. Al final, tras lanzarme una furibunda mirada, decido obedecer. Recogemos a May, que me da dos sonoros besos en mis mejillas, me felicita por mi cumpleaños y me da su regalo: un precioso fular del mismo color que mis ojos y un bolso de piel. Endika nos deja en la universidad, me da un beso demasiado casto para mi gusto, le dice a May que cuide de mí y se marcha. Hacemos el maldito examen, que me sale muy bien, y acudimos a las últimas clases que nos quedan, en las que prácticamente ya no hacemos nada puesto que la semana que viene acabamos la universidad. A las dos salgo como alma que lleva el diablo, tras despedirme de May y quedar con ella para la noche, a buscar a Endika, que está esperándome en el aparcamiento apoyado en su coche con esa pose de chulo de discoteca que hipnotiza a casi todas las féminas que pasan por delante de él. Abre los brazos cuando me acerco a él, pego un brinco y me encaramo a su cintura antes de estampar mis labios sobre los de él de forma enfermiza, con tanta intensidad que se me olvida hasta respirar. Separa su boca de la mía, pero no me baja de sus brazos—. ¿A qué ha venido eso, ojos violeta? —me pregunta mientras pega más mi cuerpo al suyo, rozando su erección contra mi sexo—. ¿Tantas ganas tienes de esto? Porque no lo vas a tener hasta el final del día.

—Ya veremos si eres capaz de resistirte, guapito de cara —le respondo dándole un pico—. Sí, tengo ganas, muchas, pero además, estoy marcando territorio. Hay tres lagartas ahí que no dejan de devorarte con los ojos. Y tú eres mío. —Estalla en carcajadas ante mi ataque de celos. Menos mal que estoy aferrada a su cuello y a su cintura, porque se ríe con tantas ganas que hubiera acabado espatarrada en el suelo. Cuando consigue dejar de carcajearse, me aferra con más firmeza contra él, mira a esas tres por encima de mi hombro, gira sobre sus talones, me espachurra contra el coche, me mete la lengua hasta la garganta, recorre cada recoveco de mi boca, se frota un poco contra mí y consigue arrancarme un orgasmo en mitad de la calle. Succiona mi labio inferior cuando separa su boca de la mía, me mira con cara de malo y me guiña un ojo.

—Asunto resuelto —me dice al tiempo que se deshace de mi agarre y me deja en el suelo, pero acerca su boca a mi oído y me susurra con voz ronca y cargada de deseo—. A esas tres ya les ha quedado claro que no tienen ninguna posibilidad conmigo y tú ya tienes tu anticipo.

—¿Y me vas a dejar así, con un simple anticipo? —le pregunto mientras me abre la puerta del coche.

—Sí, porque lo bueno se hace esperar —succiona mi lóbulo y los escalofríos recorren mi cuerpo—, y porque tengo hambre. Sube. —Niego con la cabeza y él roza mi cuello con su lengua mientras me sigue susurrando al oído—. Sube al coche de una maldita vez, nena. Te prometo que

esta noche complaceré todos tus deseos, por muy bajos que sean. Dejaré que me esposes al sillón, que hagas conmigo lo que quieras y yo haré contigo todo lo que desees. —Estoy al borde de una combustión espontánea—. Sube al coche y vamos a celebrar tu cumpleaños. Tengo otra sorpresa para ti. —Al final, cedo y Endika conduce hasta el restaurante El Embarcadero, en Guecho, donde nos sentamos en la terraza a disfrutar del día, de las vistas, de la comida, que es excelente, y del vino con el que la acompañamos. Cuando nos traen los postres, Endika saca una pequeña caja del bolsillo de su pantalón—. Toma, este es uno de mis regalos. Espero que te guste. —Abro la caja y veo que dentro hay una cadena de plata con un topacio en forma de corazón colgando de ella del mismo color que sus ojos y una nota: «Me robaste el corazón, ojos violeta, pero no te lo pienso reclamar. Es tuyo, para siempre». No lo puedo remediar y, con las lágrimas de felicidad cayendo por mis mejillas, me levanto y me lanzo sobre él a devorar sus labios. Debería recordar que estoy en un lugar público porque lo estoy besando de forma absolutamente prohibitiva e indecente, pero me da igual—. Vaya, creo que te ha gustado. —Sonrío mientras asiento con la cabeza, porque soy incapaz de pronunciar palabra alguna. Se me han quedado enredadas en la garganta. Endika me quita la caja de las manos, coge el colgante, me sienta sobre sus rodillas y me lo pone—. Te amo, *maitia*, y no te haces una idea de cuánto —me dice antes de darme un pico en los labios—. Anda, término el postre, que quiero llevarte a otro sitio. —Ese otro sitio al que me quiere llevar es el Mirador de Artxanda. Aparca, me abre la puerta, me coge de la mano cuando me apeo y me lleva hasta la barandilla del mirador. Como hizo la primera vez que estuvimos aquí, rodea mi cintura con sus brazos, pega su pecho a mi espalda y apoya su barbilla en mi hombro—. ¿Recuerdas cuando te traje aquí? —Su voz es suave, su aliento roza mi cuello y solo puedo asentir porque sigo con las palabras enredadas en mi garganta—. Ese día te confesé, aunque tú no lo llegaste a comprender, que me había enamorado de ti. En la cafetería de delante de casa te lo dije, pero tú creíste que solo me refería al sexo, a esas ganas locas que tenía por hundirme en ti, por hacerte gritar de placer y follarte. Pero no era así, *maitia*, no se limitaba a eso. Nunca ha sido solo eso, ninguna de las veces en las que te he tomado ha sido simple sexo. Jamás. Aquí te besé y tuviste tu primer orgasmo, aquí me di cuenta de que mi corazón estaba encadenado al tuyo, aquí me postré ante ti, como un perro fiel que te seguirá hasta donde tú quieras. Eres lo mejor que he tenido en la vida, lo más hermoso que me ha pasado jamás, y no me refiero a tu belleza o a tu cuerpo, nena, me refiero a todo lo demás. A tu sensatez, a tu sonrisa, a tu presencia, a tu valentía, tu timidez, tu osadía, tu erotismo, a esa pequeña arruga que te sale en la frente cuando te enfadas o te concentras demasiado, a tus suspiros cuando te frustra algo, a tus jadeos cuando te tengo desnuda entre mis brazos. A esos indescriptibles ojos violeta que me atraparon desde el primer segundo, a tu alegría por vivir, cuando te veo mover las caderas al ritmo de la música que escuchas siempre que te pones a limpiar la casa o a planchar, a todo lo que seas tú. Me enamoré de ti desde el primer instante con tanta intensidad, tanta necesidad, tanta desesperación que incluso esa palabra, amor, se queda pequeña para describir lo que siento por ti. —Giro sobre mis talones para poder mirarlo a los ojos y veo algo extraño en los suyos, algo que no sé describir, pero que hace que mi corazón lata desbocado—. Quiero enseñarte algo —me dice mientras se desabrocha la camisa y saca su brazo derecho de la manga. Tatuado con tinta violeta como mis ojos, en su bíceps, hay una frase: «Me llevaste al cielo para arrastrarme al infierno»—. Ahí es donde estoy cuando estamos juntos, nena, en el mismísimo cielo, y caigo en el infierno cada vez, cada segundo que no estás junto a mí. Eres mi ángel y mi demonio, mi luz y mi oscuridad, mi todo y mi nada, Nayra. Es mi forma de decirte que te quiero y que te querré siempre, ojos violeta. —Las lágrimas se me escapan de los ojos ante la declaración de amor más bella de la historia. Toco con cuidado las letras de su tatuaje

porque está recién hecho y no sé cómo decirle que yo también siento lo mismo por él. Solo soy capaz de llorar de felicidad y de agradecerle al destino que lo pusiera en mi vida. Endika seca mis lágrimas con sus yemas, besa con suavidad mis labios y se vuelve a poner la camisa—. Vamos, todavía tengo una sorpresa más para ti, pero primero tenemos que pasar por casa. —Lo miro extrañada de regreso al coche, hasta donde llegamos cogidos de la mano—. Quiero que llames a tu abuela por videollamada, que charles un rato con ella, que te cambies y que te pongas ese vestido que me vuelve loco. Después, iremos a cenar con May y Unai. —Me subo al coche y obedezco, expectante ante la nueva sorpresa que me puede haber preparado. Está siendo el mejor cumpleaños de mi vida. Llegamos al portal, subimos abrazados en el ascensor, dándonos pequeños besos y cuando Endika abre la puerta del piso, me quedo sin palabras, se me vuelven a anegar los ojos y me falta el aire.

—¡¡Feliz cumpleaños!! —gritan al unísono May, Unai, Edurne y mi abuela. Los miro desconcertada y creyendo que esto es un sueño. Giro sobre mis talones y miro a Endika, con lágrimas de felicidad corriendo por mis mejillas. Toma mi rostro entre sus enormes manos y seca mis lágrimas con besos.

—No serías feliz del todo ni disfrutarías de este día sin todas las personas a las que quieres. —Juro que voy a morir de felicidad—. Feliz cumpleaños, *maitia*. —Sin poder remediarlo, estampo de nuevo mis labios contra los suyos hasta quedarme sin aliento. Soy feliz, muy feliz y él tiene razón, no lo sería sin estar rodeada de todas las personas a las que amo.

Pero la felicidad es efímera, breve, y parece que se me niega una vez más porque, apenas tres semanas después, una llamada de teléfono hace que se abran las puertas del infierno para arrastrarnos y poner nuestro amor a prueba.

CAPÍTULO XVII

Bilbao, 2018

Creí haberlo tenido todo y todo haberlo perdido. Pensé que jamás volvería a escuchar el desbocado latido de mi corazón ante su presencia, que nunca más mi piel se erizaría con el contacto de sus labios o de sus manos, que no volvería a vivir porque sin ella no tengo vida. Lo creí y, de nuevo, me equivoqué. Sé que esto está mal y no es porque ella sea mi hermana, puesto que para mi corazón, mi alma y mis ojos ella nunca lo ha sido ni lo será. Está mal porque tendré que contarle toda la verdad para poder seguir protegiéndola de su padre y esa verdad conllevará consecuencias, hacerle daño de nuevo, aunque espero que sea por última vez. Pero ahora que ella me ha elegido, que tras saber parte de la verdad ha decidido permanecer a mi lado, amándonos como siempre hemos hecho, planeando una vida en común junto a nuestro hijo, no quiero pensar en nada, ni en el pasado ni en lo que sigo ocultando ni en quién es ella ni en lo que nos separó ni en el daño que le hice y que ha sido capaz de perdonarme. Solo quiero disfrutar de esto, del suave roce de sus labios, del calor de su cuerpo, de su sonrisa, de sus ojos, su aroma, su presencia. Quiero empaparme de ella, de todo lo que siempre ha sido y será, hasta caer borracho de amor por y para ella. Al menos durante unos minutos o unas horas, solo quiero que existamos ella y yo en el mundo. Después, ya veré cómo se lo cuento todo y si de nuevo es capaz de perdonarme.

Me dejo mirar por ella, que sean sus labios los que busquen los míos, que sus manos recorran con sensuales caricias mis hombros, que sus brazos se enrosquen en mi cuello y sus dedos en mis cabellos, que su cuerpo se pegue al mío con esa ternura que siempre me ha profesado. Me dejo mirar y me extasio con su presencia, me dejo llevar por eso que siento por ella y por lo que ella siente por mí y pienso en lo estúpido que fui, en todo el daño que le hice, en todo el dolor que le causé y en lo diferente que hubiera sido todo si hubiera sido valiente y le hubiera contado la verdad desde el primer momento.

Fui gilipollas al pensar que ella renunciaría a mí cuando supiera que éramos hermanos, muy gilipollas. Igual que yo nunca tuve opción a nada más que a amarla desde que la conocí, ella tampoco tuvo opción a lo contrario. Hay amores que no tienen parangón, y así es el nuestro, desbocado, desmedido, insaciable, interminable, imposible de renunciar a él. Y no lo volveré a hacer, ya no. Me ha escogido como hombre, como su hombre, como el padre de nuestro hijo, como su compañero sin importarle nada ni nadie, solo nosotros dos. Ella siempre ha luchado por nosotros, a su manera o en la medida en la que yo le dejé hacerlo. Ahora me toca a mí, pelearé por ella y nuestro hijo, lucharé por ellos dos, los protegeré de ese malnacido, conseguiré ponerlos a salvo y compartiremos el resto de nuestras vidas juntos. Así sea lo último que haga, esta vez, nada ni nadie me separará de ella.

—¿En qué piensas? —me pregunta mirándome a los ojos. Aquí seguimos, tirados en mi cama, con nuestros cuerpos desnudos pegados, nuestras manos entrelazadas y empapándonos el uno del otro.

—En lo gilipollas que fui.

Se ríe.

—Un poquito gilipollas sí has sido —me reconoce antes de besarme, enredando de nuevo su lengua con la mía, dejando que recorra cada recoveco de su boca, amándome como solo ella saber hacerlo, hasta dejarme sin aire, sin raciocinio, sin nada que no sea mi amor por ella—. Te quiero. —Sonrío y recorro el perfil de sus labios con mis yemas—. Pero sigo enfadada contigo.

—Supongo que me lo merezco. —Acaricio su mejilla mientras ella pega un poco más su cuerpo al mío. ¡Mierda de corsé! Me pierdo en sus ojos, en sus labios, en su rostro, en ella y solo ella, en esa mirada que expresa tantas cosas que llega a dejarme sin aliento, que hace que mi mundo deje de girar y la beso sin dulzura, sin ternura, con pasión, devoción, amor, deseo y lujuria, como siempre lo he hecho. Sube con cuidado a mi pecho, se aferra a mí. Con sus brazos de nuevo rodeando mi cuello, siento cómo trata de pegar su sexo al mío, que se excita por su simple presencia. Nunca tendré bastante, jamás me saciaré de ella, siempre desearé más porque ella es mi todo—. Nena... —protesto cuando sus manos descienden, siento sus yemas acariciar mis oblicuos y empiezo a costarme respirar—. ¡Joder, Nayra! —bramo cuando su mano acaricia mis testículos. La miro y ahí está esa sonrisa que me vuelve loco, esa mezcla entre timidez y lujuria, amor y anhelo. Se muerde el labio inferior y masajea mi verga.

—No sabes cuánto deseo tenerte dentro de mí —me dice con la voz cargada de deseo.

—Me hago una idea, ojos violeta, porque yo también deseo hundirme en ti. —Tomo su rostro entre mis manos y acaricio el perfil de sus labios—. Pero tendremos que esperar. —Le doy un suave beso porque como la bese como realmente quiero, acabaremos haciéndolo. La cojo de la cintura para bajarla de mi torso, pero no lo consigo. Ha anclado sus rodillas a mi cadera.

—¿Cuánto tenemos que esperar? —pregunta ansiosa, mientras vuelve a acariciar mis testículos.

—Hasta la noche. —Se muerde el labio inferior y la lujuria vuelve a aparecer en sus ojos—. Cuando Yeray y May se hayan ido y nuestro hijo esté dormido. Pero tendrás que ser tú la que se suba. —Sonríe pícaramente—. Y habrá que ir a la farmacia a por preservativos. —Se ríe y yo con ella—. Suéltame, nena. —Me da un pico, saca la mano de mi entrepierna, se baja de encima de mí y me mira con cara de niña traviesa.

—La espera se me va a hacer eterna —me dice con la voz cargada de deseo.

—Y a mí, preciosa. —Sus tripas rugen famélicas—. Llama a May para que traigan a Jon y mientras los esperamos, comemos, antes de que mueras de inanición. Nos zamparemos la tortilla que ha hecho Olga y una ensalada —le digo dándole una suave cachetada en ese trasero que tiene, y que me vuelve loco, cuando se levanta de mi lado.

—¿Quién puñetas es Olga?

Estallo en carcajadas por su ataque de celos.

—¿Celosa? —Pone los brazos en jarra, me fusila con la mirada y yo no puedo parar de reír—. Tranquila, nena, ninguna mujer puede hacerte sombra. Olga es la mujer que me ayuda en casa y tiene cincuenta y tantos años, algunos kilos de más y una bonita sonrisa. Ahora que lo pienso, hasta es guapa —la chincho, y ella sacude la cabeza al darse cuenta de que le estoy tomando el pelo—. No ha habido ninguna otra mujer más que tú en mi vida, ojos violeta, ni antes ni durante ni después. Tú y solo tú. —Me pongo en pie y ella me acerca la ropa para que me vista.

—¿Ni siquiera Leire?

Cierro los ojos y suspiro ante esa pregunta, mientras me subo los pantalones del chándal con la ayuda de Nayra, porque solo no puedo. Ese fue otro de mis errores.

—No en el sentido en el que estás pensando, *maitia*. No he querido a ninguna otra mujer que no seas tú. —Me acerco a ella, rodeando su cintura con mis brazos y deseando no partirle el corazón

de nuevo—. Solo me la follé para partirte el corazón y que me abandonaras. Y ni siquiera me gustó o sentí placer, ni alcancé el orgasmo, al contrario, eso y pedirte que abortaras es lo más mezquino y asqueroso que he hecho en mi vida. —Acercó mis labios a los suyos y, aunque pienso que me va a rechazar, no lo hace, así que le doy un suave beso—. ¿Me lo podrás perdonar?

—Sé por qué lo hiciste. En realidad, sé por qué hiciste todo lo que hiciste y no puedo culparte por ello. De lo que te culpo, lo que no te perdono, es que no me lo contaras desde el principio, que cargaras tú solo con todo eso sobre tus hombros. Te lo dije en su día, nadie es capaz de cargar con tanto peso él solo sin derrumbarse. Y tú lo hiciste. Por eso entiendo que me engañaras con Leire, que me mintieras, que me hirieras, que me apartaras de tu lado, que intentaras quitarte la vida dos veces. Pero ya no más, cariño. No más mentiras, no más dolor, no más cargar tú solo con todo.

»A partir de ahora, de este mismo instante, lo compartiremos todo, así sea dolor, amor, culpa, castigo, alegría o lo que sea. Lucharemos por nuestro hijo, por nosotros, por ser felices. Nos lo merecemos después de todo lo que hemos pasado. Déjame hacerte feliz y borrar todo eso que te ha atormentado durante estos años. Cuéntamelo todo, Endika, luchemos juntos contra tus demonios como hicimos hace años, comparte conmigo tu sufrimiento, déjame cuidarte y mimarte como tú siempre has hecho conmigo.

Hay tanto amor en sus ojos que creo que voy a desfallecer.

—*Maitia...* —le digo mientras suspiro y la vuelvo a besar. No quiero cargar sobre su conciencia nada, no quiero que piense que ella tiene culpa de algo, solo deseo hacerla feliz—. ¿Podrías conformarte con saber que nunca he dejado de amarte, ni un solo instante, desde que te conocí? —le pregunto mientras acaricio el perfil de sus labios.

—Podría, pero no lo haré. —Suspiro y me muerdo el labio inferior sin sorprenderme de su respuesta. Lo raro hubiera sido que se diera por vencida a la primera de cambio—. Sé por qué me partiste el corazón, lo que mi padre hizo, pero quiero que me lo cuentes todo, que saques todo eso que te reconcome, que liberes tu alma, tu corazón y tu mente. Si no lo haces, cariño, nunca tendrás paz y jamás seremos felices. —Sus yemas acarician mis mejillas, secan la lágrima que corre por ellas, recorren mis labios. Se pone de puntillas y agacho la cabeza para que me bese con ternura—. Cuéntamelo.

—¿Qué es exactamente lo que sabes? —le pregunto, tratando de ganar unos segundos o minutos para buscar la fuerza en mi interior y decirle la verdad.

—Me partiste el corazón, hiciste que te dejara, conseguiste las pruebas que incriminaban a mi padre en la muerte de tu madre, lo chantajeaste con ellas y viniste a Lanzarote para seguir atormentando a mi padre y cerciorarte de que no me hacía nada. Lo que no comprendo es por qué nunca las usaste para meterlo en prisión. Eras ertzaina, podías haberlo hecho, pero no fue así. ¿Por qué?

—Porque te hubiera perdido de forma irremediable, porque hubiera cargado sobre tu conciencia el peso de mi culpa y pecado, y no estaba dispuesto a ello. Porque tu padre me arrebató a una de las personas que amaba y no estaba dispuesto a que me arrebatara a la otra, a ti. Y porque dejé de ser ertzaina en el momento que perdí a mi madre, que comprendí que ni mi placa ni lo que se suponía que yo representaba me habían servido para protegerla y que, probablemente, tampoco me servirían para protegerte a ti. El culpable de la muerte de mi madre fui yo.

—Eso no es cierto.

—Lo es, nena. Cuando tu padre y yo nos hicimos esa maldita prueba de paternidad que confirmaba lo peor, que eras mi hermana, me negué en rotundo a aceptarlo, a considerarte como

tal. Para mí, tú solo eras y eres la mujer a la que amaba y amo. El resto no me importaba. Así que lo mandé a la mierda, rechacé el dinero que me ofrecía por dejarte, le dije que si se atrevía a contarte la verdad, lo lamentaría y él me amenazó con arrebatarme todo cuanto amaba. No lo creí, ese fue uno de mis errores, pensar que yo podía con todo, que nadie se atrevería a meterse con el chulo de Endika Basarrate. Ni siquiera cuando supe que mi madre había muerto até cabos y lo relacioné con tu padre. Solo pensé que el malnacido de mi padrastro la había matado. Pero tres días después del funeral de mi madre, recibí esto. —Abro el cajón de la mesilla y le doy una foto en la que se nos ve a los dos abrazados, en el cementerio de Ondárroa dándole sepultura a mi madre, con esa maldita frase detrás con la que se desató el infierno: «Ahora solo te queda una persona a la que amas. ¿También quieres que te la arrebate?»—. Ahí comprendí que yo había sido el culpable de la muerte de mi madre.

—No, cariño, no lo eres —me dice pasándome la foto y mirándome con amor y ternura. La guardo en el cajón y saco lo que le compré en su día y que nunca llegué a darle.

—Lo soy, Nayra, por mucho que digas lo contrario. Ese día, tras mi visita al notario para lo del testamento, pasé por una joyería y te compré esto. —Abro la cajita y le muestro el anillo de compromiso que nunca llegué a poner en su dedo—. Había perdido a mi madre, pero no te iba a perder a ti. Planeé llevarte a cenar a un sitio bonito, ir al mirador y pedirte matrimonio allí, con la ciudad bajo nuestros pies. Pero recibí esa maldita fotografía y todo cambió. Llegué a casa, te vi sonriendo con tu máster en la mano, orgullosa de ti, con todo ese amor que sientes por mí reflejado en tus preciosos ojos y me partí por dentro. ¿Y si te pasaba algo? ¿Y si tu padre cumplía su amenaza? ¿Y si te perdía de forma irremediable, si jamás te volvía a ver, a escuchar el latido de tu corazón, a ver tu sonrisa o tus ojos? Te besé, te amé sobre la mesa del salón, me perdí en ti y en lo que siento por ti por última vez, porque comprendí que no podría protegerte mientras estuviéramos juntos.

»Lloré, nena, por dentro mientras te amaba, por fuera cuando te quedaste dormida y yo me limité a pasar la noche observándote, viendo cómo descansabas ajena a todo, en paz. Y me juré que no te arrebataría esa paz, que jamás permitiría que supieras esa verdad que solo te partiría el corazón, pero que no cargaría sobre tu conciencia el saber que por mi culpa, por no querer dejarte desde el primer momento, mi madre había muerto. La querías y ella te quería a ti, así que quise que te quedaras con ese amor, no que pensaras que por quereros y porque yo os amaba, ella había muerto. Quise protegerte a toda costa de mi pecado. —Nayra sigue acariciando mis mejillas mientras hablo y trato de no llorar—. Solo se me ocurrió partirte el corazón porque sabía que, de otra forma, tú no me dejarías. Me amabas demasiado, tanto o más de lo que yo te amaba a ti, así que decidí utilizar a Leire.

»Ya nos habíamos acostado antes de conocerte y sabía que ella sentía algo por mí porque me lo había dicho. Mientras te observaba dormir, cogí el teléfono y le mandé un mensaje pidiéndole que nos viéramos al día siguiente. Sabía que tenías que ir a casa de May a ayudarla a recoger sus cosas para su inminente regreso a Lanzarote, sabía a qué hora regresarías a casa conmigo y quedé con Leire para que nos pillaras. —Ella me abraza cuando mis lágrimas no pueden dejar de caer al recordar lo mezquino que fui y el daño que le hice—. Lo peor fue que tuve que imaginarme que era tú a la que amaba porque ni siquiera era capaz de excitarme. Manché nuestro amor, el que sentía por ti, cuando te engañé. Solo hice lo justo para dejar a Leire satisfecha, porque te juro que yo era incapaz de sentir nada.

»Llegaste a casa, me pillaste en la ducha y a Leire, en la cama. Jamás olvidaré tu rostro, el sonido de tu corazón al partirse mientras te escupía a la cara que solo te había utilizado para

follarte, que no eras lo suficientemente buena para mí, hurgando en esa herida que tenías en el corazón, hiriéndote casi de muerte. Te fuiste, eché a Leire y me rompí de nuevo. Ni siquiera fui capaz de acostarme en esa cama y no lo hice por dos motivos: odio y culpa. Odiaba a tu padre, a mí mismo, lo culpaba a él, al destino y a mí mismo por haberte apartado de mi lado. Puse el apartamento patas arriba, descargué la furia que sentía, pero no conseguí sentirme mejor. ¿Cómo iba a hacerlo si te había perdido para siempre?

—Nunca llegaste a perderme del todo —confiesa abrazada a mi cintura, siendo mi pilar en estos momentos en los que el dolor quiere arrastrarme de nuevo al infierno, siendo mi guerrera, la que jamás se rindió ni dejó de amarme.

—Lo sé, pero te hice mucho daño, demasiado, y ni siquiera sé cómo eres capaz de perdonármelo todo. —Tomo su rostro entre mis manos y la beso. Nunca me cansaré de hacerlo, así sea dulcemente como ahora o con pasión desmedida.

—Sigue. No quiero que te guardes nada —me ordena. Y obedezco porque la amo, porque, a pesar de todo, ella sigue aquí, porque, por una vez en la vida, ella tiene razón. Si no libero mi alma, no seremos felices.

—May apareció, me puso los huevos de corbata, literalmente, me exigió explicaciones que, por supuesto, no le di, se llevó tus cosas y me amenazó con cortarme el cuello si me volvía a cruzar en tu vida. No la culpo, de hecho, le debo más de lo que ella imagina porque siempre estuvo a tu lado, siempre te cuidó y te protegió, hasta de mí. Llamé al cerdo de tu padre, le dije que te había dejado y el cabrón se rio de mí. «Pagaré lo que te prometí, pero nunca debiste retarme. Soy un hombre con muchos recursos», me soltó. Enloquecí, enfurecí y decidí vengarme del mundo y del destino por arrebatarte de mi lado. Cuando May se marchó, fui a la cárcel donde acababan de trasladar a mi padrastro, le pregunté por qué lo hizo y me respondió, con esa soberbia que tenía, que por dos motivos: vengarse de mí y dinero, por diez mil cochinos euros que tu padre le había ingresado en su cuenta y para hacerme sufrir por intentar que mi madre lo dejara, que lo abandonara. Ese fue el precio de la vida de mi madre. Yo mismo fui quien la sentenció a muerte. —Me aferro a ella para no caer en la desesperación mientras ella me mira con ternura y amor—. Le partí la cara allí y los funcionarios de la prisión tuvieron que separarme de él porque lo hubiera matado a golpes. No sé ni cómo llegué a casa, pero ya no estabas ni quedaba nada tuyo. Ya no tenía paz, no había consuelo, no quedaba nada más que dolor y sufrimiento. Miré mi placa y escupí sobre ella. ¿De qué me había servido? De nada. Había perdido a mi madre y a ti, a las dos mujeres que amaba, así que cogí la botella de *whisky* y me emborraché.

—Tú y tu manía de ahogar las penas en alcohol —me dice sin reproches, sonriendo, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Unai vino a buscarme por la noche —prosigo con mi relato mientras me queden fuerzas para hacerlo—, ya que mi visita a la prisión había trascendido hasta mi superior. Me dijo que a la mañana siguiente quería verme y que, probablemente, me caería una buena sanción. ¡Como si me importara! Fui a la comisaría borracho y le di la placa a mi superior, entregué mi arma, renuncié a seguir en el cuerpo y me largué de allí a emborracharme en mi casa y llorar tu ausencia. Pero no lo hice, no cuando entré y volví a sentir el vacío de tu ausencia, cuando vi esa foto sobre el mueble de la tele en la que estábamos los tres: tú, mi madre y yo. No, no iba a ahogar más mis penas en el alcohol, al menos, no de momento. Antes, me vengaría de quienes me habían hecho daño.

»Tu padre fue generoso, le puso un alto precio a mi ruptura contigo, pero no contó con qué haría yo con ese dinero. No contó con que un hombre que ya lo ha perdido todo no le teme a nada ni a nadie. Averigüé quiénes eran los compañeros de prisión de mi padrastro, indagué en sus vidas

y encontré al hombre perfecto para vengar la muerte de mi madre. —Nayra cierra los ojos durante un segundo y comprendo que lo haga. Estoy confesando otro de mis pecados, ese que ni siquiera Yeray sabe, solo el desgraciado de su padre y yo, ese que siempre he ocultado y del que la he protegido porque la culpa de la muerte de mi madre caerá sobre mi conciencia, no sobre la suya —. Junto a mi padrastro, había un hombre cumpliendo condena por tráfico de estupefacientes.

»Su condena era bastante larga porque lo pillaron con una buena cantidad de cocaína en su barco pesquero y, aunque era la primera vez que lo hacía y supongo que fue el señuelo para pasar una cantidad mayor por otro sitio, le cayó una buena. Para rematar su desesperada situación, tenía una mujer y un hijo que lo estaban pasando realmente mal, que apenas tenían para comer y a los que iban a desahuciar de su casa por impago del alquiler. Le ofrecí la mitad del dinero de tu padre a cambio de que le diera una paliza a mi padrastro y lo dejará paralítico para el resto de su vida. —Me mira con compasión. Ni siquiera confesando este horrible crimen ella es capaz de juzgarme, solo de compadecerme. Así de grande es su amor por mí—. Lo hizo, dejó a ese desgraciado postrado en una cama, tetraplégico para el resto de su vida. Ese fue el precio que le hice pagar por arrebatarme a mi madre.

—Cariño... —me dice cuando ve que estoy consumiéndome por la culpa y el dolor.

—Me erigí en juez y verdugo, rompí con todo lo que había defendido durante años, me tomé la justicia por mi mano, pero si te soy sincero, no lo lamenté en ese momento. Pensé que era lo correcto, lo justo, lo mínimo que le debía a mi madre y a ti, como si hacerlo fuera a servir de algo.

—¿Sospecharon de ti? —Sus manos acarician mis mejillas y secan las lágrimas que se me escapan.

—No, supe cubrir mis espaldas. Si pagaba la deuda de su mujer se hubiera sospechado de mí, así que lo que hice fue buscarle un trabajo a ella en el mismo supermercado donde mi madre había trabajado, en Ondárroa, y hablé con una vieja amiga de mi madre para que les alquilara un pequeño piso que tenía allí. Pagué el alquiler de un año en efectivo con el dinero de tu padre y les di cinco mil euros para que estuvieran tranquilos durante una larga temporada. Nadie sospechó de mí.

—¿Qué pasó después?

—Un mes después de tu marcha, Fayna se presentó en mi casa.

—¿Mi abuela? —Asiento—. ¿Qué quería?

—Explicaciones, saber por qué te había roto el corazón de esa manera. No se las di, solo le pedí que te cuidara y que te protegiera de tu padre. Siguió acribillándome a preguntas, hasta que la eché de casa. Pero antes de irse, me soltó una de sus frases: «Si pierdo a mi nieta como perdí a mi hija, esta vez no lo culparé a él. Serás tú quien cargue con eso». Me dio un recorte de un periódico local en el que se te veía al lado de tu padre, con el gilipollas de Marcos, mientras firmabas los papeles en los que te nombraba directora de unos de sus hoteles. Le pregunté qué significaba aquello y me respondió: «¿Tú qué crees? Le escupiste en la cara que no era la suficientemente buena para ti y esa es la consecuencia de tus palabras». Lo comprendí al instante, supe por qué lo hacías y me maldije a mí mismo, al destino y al cabrón de tu padre.

»No lo iba a permitir, no iba a consentir que volvieras a mendigar su amor porque no se lo merecía, nunca se lo mereció y mucho menos iba a permitir que Marcos anduviera cerca de ti después de lo que te hizo, así que tracé un nuevo plan que me arrastraba aún más al infierno, que me acercaba y alejaba más de ti. Leire había estado llamándome en ese tiempo, intentando quedar conmigo y repetir lo nuestro y, aunque me había negado, accedí a verla. Hablamos, le dije que me marchaba a Lanzarote y ella me dijo que no lo hiciera, que tú jamás me habías merecido, que no

me amabas como yo me merecía. Se abalanzó sobre mí, dejé que me follará mientras contenía las arcadas al pensar que te volvía a traicionar y cuando terminó, le dije que me daba igual, que iría a Lanzarote, y ella se empeñó en acompañarme para demostrarme que tú no estabas a mi altura. Le pedí que no lo hiciera, aunque en realidad necesitaba que viniera conmigo, y así fue.

»Me siguió y me aproveché de ella para que tu padre no sospechara de mí. A los quince días, estábamos en Playa Blanca, con ella esperanzada porque compartíamos casa, a pesar de que dormíamos en habitaciones separadas, y conmigo consumiéndome por el dolor, el sufrimiento y la desazón de saber que te tenía tan cerca y tan lejos a la vez. Llamé a tu padre, le dije que nos teníamos que ver y accedió a venir a casa. Necesitaba que viera a Leire y que creyera que estábamos juntos. La presenté como mi novia y ella no lo desmintió, supongo que creyendo que empezaba a considerarla como tal.

»Le pedí que nos dejara a solas y cuando se fue, le dije a tu padre que sabía lo que había hecho, que él fue el causante de la muerte de mi madre, que tenía la confesión de mi padrastro y le mostré lo que el otro preso le había hecho por encargo mío. «Renuncié a Nayra como mujer, pero no permitiré que te aproveches de ella. Es mi hermana y aunque no lo sepa, ejerceré de hermano mayor, la cuidaré de ti y de ese mamón y no dejaré que la manipules a tu gusto y antojo. Saca a Marcos de su vida. Y a partir de mañana, trabajaré en el mismo hotel que ella para cerciorarme de que no la manipulas y me seguirás pagando todos los meses para que tenga la boca cerrada y que esto no se sepa. Ahora ya sabes de lo que soy capaz. Oponete a mis deseos y pasarán dos cosas: correrás la misma suerte que mi padrastro y eso verá la luz. Tú decides, Carmelo». Me miró con esa soberbia típica en él, con su altanería, y me dijo que aceptaba, pero me advirtió que si me acercaba a ti con otras intenciones, cumpliría la amenaza que me hizo en su día. Así fue como entré a trabajar en el hotel y como nos volvimos a ver.

—Cuando te vi, creí que habías venido a buscarme, que te habías arrepentido de lo que había sucedido, que volvías a mí —me confiesa con lágrimas en sus ojos. La estrecho más contra mi cuerpo, acaricio sus cabellos y la beso.

—Nada me hubiera gustado más, créeme. Verte de nuevo fue una dulce y cruel tortura, tenerte tan cerca y tan lejos me consumía por dentro, vi en tus ojos ese atisbo de esperanza, ese amor que me seguías teniendo y decidí romperte el corazón de nuevo. Por eso fingí tener una relación con Leire. La llevaba a cenar al hotel para pasearla por delante de tus narices, para herirte y que no te acercaras a mí, para que tu padre se creyera que de verdad solo estaba allí para protegerte de sus tejemanejes. Funcionó porque tu padre se lo tragó, hasta Leire creyó que podíamos tener una oportunidad, pero con lo que no conté fue con que tú no habías dejado de amarme y que no te ibas a rendir.

»Empezaste a cometer estupideces para reclamar mi atención como pasearte por el bar de la piscina del hotel donde yo trabajaba con ese maldito bikini, tontear con algún cliente para ponerme a prueba y, al final, caí en ti. Acudí esa noche a tu habitación y te amé. Volví a tocar el cielo con las manos cuando te hice el amor y me arrastré al infierno cuando te dije que simplemente había sido sexo, que solo iría a follarte y que no había nada entre nosotros. Te dejé con el corazón roto y me marché a casa. Discutí con Leire porque olió tu perfume en mi ropa y le dije que se marchara. No lo hizo, siguió empeñándose en conquistar mi corazón cuando eso era imposible. Me juré a mí mismo que no lo volvería a hacer, que no volvería a caer en ti, pero tú te empecinaste en volver a ponerme a prueba, creaste ese servicio de seguridad para el hotel, me nombraste tu jefe de seguridad, me atormentaste con tu presencia, me torturabas con tu perfume cada vez que nos reuníamos, creía enloquecer.

—Necesitaba tenerte cerca, creí que podría volver a tenerte como te tuve —reconoce rota por el dolor.

—Lo sé, nena. —Seco sus lágrimas y me rompo con ella al recordar todo el daño que le hice —. Yo también lo necesitaba. Me di cuenta de que no podía alejarme de ti, de que no iba a ser capaz de dejar de amarte, de que hiciera lo que hiciera, no era yo el que contralaba mi vida, eras tú la que tenías las riendas. Te bastaba una palabra, un gesto, para que yo acudiera a ti, a pesar de que sabía que te exponía. Cada día, borraba las imágenes en las que se me veía acudir a tu habitación para que tu padre no las viera si le daba por revisarlas, a pesar de que él acudía poco al hotel. Por eso seguí con Leire, para que ambos, tanto tú como tu padre, creyeráis que me había enamorado de ella, para que él no sospechara y para que tú pensaras que solo te follaba cuando no era así. Cada vez que tú me llamabas, yo acudía. Noche tras noche, iba a tu habitación. Te amaba, te rompía el corazón y me marchaba detestándome, odiándome, maldiciendo al destino que se había empeñado en arrebatarme lo único que amaba. Sé que te hice mucho daño, tal vez demasiado. Ojalá pudiera borrarlo todo.

—Puedes, cariño, solo tienes que quedarte a mi lado para siempre y hacerme feliz —me dice besando mis labios y yo sonrío pensando en lo afortunado que soy por haberla encontrado. Esta vez no la decepcionaré, nunca más le fallaré, sanaré todas sus heridas y la haré feliz—. ¿Por qué te rendiste? ¿Por qué intentaste quitarte la vida después de aquel fin de semana que pasamos aquí, en esta ciudad?

—Porque me quedé sin fuerzas, *maitia*, porque ya no soportaba hacerte daño, porque me daba asco a mí mismo, porque me culpaba de arrastrarte a mi infierno, porque intenté salvar tu alma de la única forma que me quedaba, desapareciendo definitivamente de tu vida. Marcharme no hubiera servido de nada porque con solo chasquear los dedos, hubiera vuelto a ti. La única forma que encontré para liberarte de mi pecado fue esa. Le di a tu abuela las pruebas contra tu padre, le hice jurar que si era necesario que las utilizara para protegerte e intenté desaparecer de tu vida. Pero una vez más, tú me lo impediste. Me salvaste de la muerte, pero no del infierno. Y luego descubrí que estabas embarazada. Eso fue lo peor.

—¿Por qué? ¿Por qué me pediste que abortara?

—Porque pensé que si tu padre descubría que te había dejado embarazada, sería capaz de hacerte daño, mucho daño. Cargué sobre mis hombros el pecado de amarte sin barreras más allá de lo posible o lo imposible, temí por tu vida. No podía permitir que te pasara nada, no podía ser el culpable de tu muerte y, realmente, creí que eso pasaría si tu padre lo averiguaba. Por eso te dije todo aquello, te escupí aquellas horribles palabras, y conseguí lo único que jamás deseé, pero que era necesario: que me odieras.

—Me partiste el corazón cuando te referiste a nuestro hijo como esa cosa.

—Lo sé, nena. Vomité cuando salí de aquella sala de urgencias, no fui capaz ni de mirarme en el espejo. La culpa se cernió más sobre mí y el dolor se hizo insoportable, pero fingí que ni tú ni ese niño me importabais. Creí haberte perdido por completo cuando viniste a mi casa y me diste aquel expediente médico, cuando me dijiste que lo habías hecho, cuando creí que me había convertido en el asesino de mi hijo. Me marché de Lanzarote roto y hundido con la única esperanza, si es que la había, de que tú me culparas a mí por haber abortado y de que tu abuela cuidaría de ti. Viví entre sombras y dolor, culpa y sufrimiento, flagelando mi alma cada día que tachaba mi particular y macabra cuenta atrás en el calendario. Tenía la ecografía que te hizo la ginecóloga guardada en mi cartera, esa en la que apenas se veía a nuestro hijo. Cada día la miraba, la acariciaba y pensaba en qué diferente habría sido todo si tú no fueras mi hermana y tu

padre no se hubiera interpuesto entre nosotros. Hasta que ya no pude más. Vi a aquella madre en la playa con su hijo, más o menos de la misma edad que hubiera tenido el nuestro, con su marido junto a ellos, felices, y decidí terminar con mi sufrimiento.

—Tu segundo intento de suicidio.

—Sí. Pero soy tan inútil que volví a fallar. Eso o el diablo decidió que primero me castigaría en la tierra y después en el infierno. Porque cuando Yeray me mostró la foto en la que estabas con nuestro hijo, creí que definitivamente iba a enloquecer.

—¿Por qué? ¿Acaso no te alegraste de saber que no lo había hecho? —No hay reproche en sus palabras, solo quiere saber la verdad y se la merece por no haber dejado de amarme nunca a pesar de todo el daño que le hice.

—Sí, *maitia*, me alegré y me asusté. Yeray tenía razón, tú nunca hubieras renunciado a lo único que te quedaba de mí, nunca dejarías de amarme por mucho daño que te hiciera, nunca te rendirías. Por algo eres una guerrera, mi guerrera —le digo mientras la estrecho un poco más entre mis brazos—. Creí enloquecer porque no podía acercarme a vosotros, porque no podía cuidaros como deseaba, porque temía que si tu padre descubría la verdad, podría haceros daño. Pero Yeray me contó todo lo que hiciste para alejar a Jon de él y, probablemente, de mí también. Le conté la verdad, no toda, pero sí la necesaria para que me jurara que os cuidaría y que os protegería. Vi cómo nuestro hijo crecía a través de las instantáneas y de algún vídeo que Yeray me mandaba, hasta que un día me di cuenta de que necesitaba verlo en persona, tenerlo, aunque solo fuera una vez entre mis brazos, olerlo y acariciarlo, y verte antes de renunciar definitivamente a vosotros.

—No me digas que pensaste en quitarte de nuevo la vida. —Veo el miedo a perderme de manera irremediable reflejado en sus ojos.

—No, simplemente, no me acercaría más a vosotros. Jamás lo haría.

—No lo hubieras logrado, lo sabes, ¿verdad? Hubieras vuelto a mí y más ahora que estaba Jon.

—Tal vez, aunque te dije que jamás volvería. No lo hubiera cumplido, pero al tener aquel accidente, al saber que tú seguías enamorada de mí deseando que regresara a tu lado, decidí contarte parte de la verdad para que comprendieras que no podíamos estar juntos, que cometí incesto contigo y que tenías que dejarme, porque yo era incapaz de hacerlo. Te confesé que somos hermanos, desde cuándo lo sabía y que, a pesar de eso, había seguido acostándome contigo, para que te apartaras definitivamente de mí. Y lo logré. Sabías la verdad, o al menos parte de ella, y con eso era suficiente para alejarte de mí para siempre y de tu padre. Te había perdido, definitivamente, pero estabas a salvo. —Tomo de nuevo su rostro entre mis manos, acaricio el perfil de sus labios, me pierdo en sus ojos y la beso con calma, dulzura y pasión. Posa su mano en mi mejilla. Sus dedos acarician mi barba y secan las lágrimas que quedan en mi rostro—. ¿Qué piensas, *maitia*? —le pregunto al no ser capaz de leer en sus ojos lo que se le está pasando por la cabeza.

—¿Sabes qué es lo que pienso de todo esto, lo que me enfurece de verdad? —Se libera de mi cintura, deja de abrazarme y acariciarme, da dos pasos atrás para poner los brazos en jarra y enfrentarse a mí. Me lo merezco, así que no pelearé con ella. Es su turno, su momento de poner las cartas sobre la mesa, y, por ella, aguantaré lo que sea. Hasta sus reproches si es necesario.

—Supongo que te hiriera de la forma en la que lo hice —confieso con la cabeza agachada, sin ser capaz de mirarla a los ojos, avergonzado.

—Mírame —obedezco, y ella me atrapa en su mirada—. Tu estupidez, eso es lo que me cabrea. Eres idiota, Endika, el mayor idiota de la historia de la humanidad. ¿De verdad crees que mi padre me hubiera hecho algo?

—Sí, lo creo. Le pagó a mi padrastro para que matara a mi madre. Me la arrebató y no iba a permitir que te sucediera lo mismo. Preferí perderte como mujer si así te mantenía a salvo.

—Y decidiste ocultarme la verdad, hacerme creer que no me habías amado, todo para protegerme, ¿cierto? —Asiento sin ser capaz de enfrentar la verdad de sus palabras—. Pues te equivocaste, Endika. Te equivocaste en todo. Cargaste sobre tus hombros el peso de nuestro supuesto pecado, te culpaste de la muerte de tu madre, creíste que yo podría dejar de amarte u odiarte si lo sabía todo, si descubriría que éramos hermanos, cuando eso es imposible. Nunca me perdiste, ni siquiera cuando me confesaste la verdad. Nunca comprendiste que mi amor por ti no tenía límites, que jamás renunciaría a ti. ¿Sabes lo que hiciste? Permitir que tus demonios te vencieran.

»No me perdiste a mí, cariño, te perdiste a ti mismo y mi padre venció porque tú le diste el poder de creer que podía arrebatarte todo cuanto amas. —Arrugo la frente sin llegar a comprender sus palabras—. Me heriste, pero cada vez que lo hacías, tú te herías más. Te culpaste de todo cuando no eras culpable de nada, seguiste creyendo que no eras lo suficientemente bueno como hombre ni como policía para proteger a tu madre y menos a mí. Renunciaste a nosotros, dejaste de luchar y te dejaste arrastrar al infierno y manipular por mi padre. Quiero que te pares a pensar, solo por un segundo, qué hubiera pasado si me lo hubieras contado en el primer instante, si me hubieras dicho que mi padre era el tuyo, que éramos hermanos, que te había ofrecido dinero por dejarme y que te había amenazado con quitarte todo lo que amabas, incluso que él había sido el causante de la muerte de tu madre. ¿Qué crees que hubiera hecho? ¿Te habría culpado de algo? ¿Te hubiera dejado o me habría enfrentado a mi padre? ¿Qué crees que hubiera hecho?

—Nayra...

—Respóndeme.

—Te hubieras enfrentado a él, por eso no te lo dije, porque temí por ti. —La observo con detenimiento un segundo y tiemblo, tiemblo ante lo que veo en sus ojos, ante lo que haya sido capaz de hacer, ante su amor incondicional por mí—. ¿Qué has hecho, nena?

—Lo que siempre he hecho, Endika, luchar por ti, por nosotros, porque antes prefiero morir a vivir sin ti. Eso es lo que tú nunca has entendido, que da igual el daño que me hagas, las mentiras que me cuentes, que intentes alejarme de ti o apartarte de mi lado, que puedes poner distancia entre nosotros, pero que hagas lo que hagas, fracasarás, porque yo jamás dejaré de amarte y de creer en ti cuando tú ni siquiera eres capaz de hacerlo. Sé que me amas, que siempre lo has hecho desde aquel primer instante en la sala Rock Star y fuimos felices, cariño, mucho, cuando nada se interponía entre nosotros, cuando te abriste a mí y me permitiste luchar contigo, contra tus miedos, contra tus demonios y salvarte del infierno en el que tú mismo te condenaste.

»Ese ha sido tu problema, Endika, que escondes tras esa falsa chulería y arrogancia lo que realmente piensas de ti, que crees haber fracasado como hombre e hijo, que no eres lo bastante bueno para que te quieran sin condiciones, sin reservas. No te das cuenta de lo increíble que eres, de lo enorme que es tu corazón, de que cuando lo dejas todo de lado y eres tú, es tremendamente sencillo amarte. Dejas que tus temores te venzan de tal modo que le das las riendas de tu vida a los demás. Primero lo hiciste con tu padrastro, te hiciste ertzaina para poder salvar a tu madre, cuando no te dabas cuenta de que si ella no te lo permitía, poco o nada podías hacer. Te consumiste en el tormento de no ser capaz de sacarla de ese infierno y te dejaste arrastrar a él. Y luego hiciste lo mismo cuando mi padre se presentó ante ti. Le diste las riendas de tu vida, de la nuestra, cuando le permitiste hacerte creer que me podía separar de tu lado, que podía hacerme daño.

—Nayra, pagó a ese cabrón para que me arrebatara a mi madre. ¿Qué le hubiera impedido hacerte lo mismo, arrancarte de mi lado para siempre?

—Si me lo hubieras contado, si no te hubieras empeñado en mantenerme al margen de todo, nosotros se lo hubiéramos impedido. Porque hubiéramos cogido esas pruebas y lo hubiéramos denunciado, lo hubiéramos sacado de nuestras vidas, y tú seguirías siendo ertzaina y yo seguiría a tu lado. Eso es lo que nunca has comprendido, Endika, que juntos podemos con todo y con todos. Por eso no voy a permitir que te separes más de mí, no consentiré que nada ni nadie te aleje, haré lo que sea necesario para que permanezcamos juntos, para que seamos felices y criemos a nuestro hijo juntos.

—Dime que no lo has hecho, nena. Dime que no has cogido esas pruebas y has denunciado a tu padre. —Me froto con fuerza la barba, contengo la respiración y me preparo para lo peor porque lo veo en sus ojos. Ha vuelto a anteponerme a todo y a todos, ha vuelto a erigirse en la guerrera inagotable que es, esa que siempre lucha por nosotros. Rodea mi cuello con sus brazos, se pone de puntillas y me obliga a agachar la cabeza.

—Lo hice y lo haría miles de veces más. Eres mío, Endika, mi hombre, el padre de mi hijo, mi razón para vivir o morir. Pobre de aquel que intente separarte de mí —sentencia antes de estampar sus labios contra los míos, arrebatándome el aliento, arrasando con mis miedos, elevándome al cielo. Fui gilipollas, imbécil, estúpido y cobarde. Ella tiene razón, nunca comprendí que lo nuestro es demasiado grande para ponerle nombre, demasiado fuerte para que nada o nadie pueda terminar con ello, demasiado intenso para que nos baste una sola vida. Nunca supe ver que juntos podemos con todo y me dejé arrastrar por mis demonios, por mi culpa cuando no era culpable de nada, ni de amarla ni de no poder salvar a mi madre, de nada. Solo fui un títere en manos de unos y otros y perdí todo cuanto amaba. La perdí a ella, a Nayra, a mi ángel y mi hada, a mi guerrera y mi demonio, a mi luz y mi oscuridad, a mi todo y mi nada. Pero no lo volveré a permitir, jamás. Esta vez lucharemos juntos, peharemos juntos, venceremos juntos, la haré feliz. Succiono su labio inferior mientras separo mis labios de los suyos, arrancándole un gemido de placer. La miro, le sonrío, me extasio con sus ojos llenos de amor y decido entregarme por completo a ella. Hincaría la rodilla, pero el puto corsé no me deja, así que tomo su mano y la miro a los ojos, perdiéndome por enésima vez en ellos.

—Nayra Santana Quintero, prometo no dejarme arrastrar por mis miedos, pelear contra mis demonios, quererte y cuidarte, no herirte ni mentirte, permanecer a tu lado cada día, luchar junto a ti, enfrentar las adversidades a tu lado, despertar a tu lado cada mañana, amarte cada noche, criar a nuestro hijo junto a ti y hacerte feliz. ¿Quieres casarte conmigo? —Juro que me tiemblan las piernas de los nervios.

—Sabes que el Código Civil no permite el matrimonio entre parientes en línea recta de consanguinidad, ¿verdad? —me suelta haciéndose la dura. Está disfrutando como una enana viéndome histérico ante su posible respuesta.

—Que le den al Código Civil, a la sangre y al mundo. Como dijo tu abuela, no necesitan saber la verdad, solo que nos amamos. ¿Qué me dices, ojos violeta? ¿Aceptas?

—¿Tú qué crees, guapito de cara? —me suelta sonriendo como jamás la he visto sonreír—. Ponme ese anillo y bésame de una puñetera vez. —Estallo en carcajadas y obedezco, fundiendo mi boca con la suya hasta quedarnos sin aliento—. No sabes lo que acabas de hacer, nene, no tienes ni pajolera idea —me dice perdiéndose en mis ojos.

—En realidad, sí lo sé, y es la mejor decisión que he tomado en mi vida. —Acaricio sus labios, sus mejillas, me pierdo en sus indescriptibles ojos—. Gracias por amarme —le digo antes

de besarla de nuevo, dejándome llevar por esto que tenemos y que es tan grande que no se le puede ni poner nombre. Esta vez sí cumpliré con cada promesa que le acabo de hacer y no permitiré que nada ni nadie nos vuelva a separar.

CAPÍTULO XVIII

Bilbao, 2018

Lo observó con detenimiento mientras se come su trozo de tortilla apoyado en el banco de la cocina. Lo contemplo, me deleito en su cuerpo, en sus ojos, en sus manos, en todo él y lamento que nunca se diera cuenta de lo maravilloso que es. Es cierto, me hirió, me hizo daño, tal vez incluso más del que él imagina, pero algo en mi interior siempre supo que ese no era el verdadero Endika, no después de haber compartido aquellos maravillosos primeros seis meses.

En ese tiempo, descubrí quién era él en realidad, cómo era, qué le asustaba, a qué le temía y ahora, tras narrarme su periplo, su calvario, su sufrimiento durante nuestra separación, comprendo que nunca tuvo el control de su vida, que nunca creyó que era digno de que lo amaran, que se dejó arrastrar por todos sus miedos, sus demonios, sus esperanzas rotas hasta convertirse en un muñeco en manos de unos y de otros, incluida yo. Puede medir dos metros, tener una espalda tan ancha que parece un armario, ser enorme de tamaño, hacerse el chulo y el tipo duro, pero no lo es. No es más que un niño grande que siempre creyó que no era lo bastante bueno como para que lo amaran. Como yo. En eso, nos parecemos. Quiso a su madre, pero ella antepuso un hombre a su hijo, arrastrando a Endika al dolor de creer que no era lo suficientemente bueno para que su madre lo amara sin condiciones, que lo escogiera a él por encima de todas las cosas y las personas, haciendo que se culpara de ello.

Durante años, tal vez demasiados, Endika cargó con esa culpa sobre sus hombros, se encerró en sí mismo, se ocultó tras esa fachada de chulo de discoteca para que nadie descubriera que no era más que un niño atormentado por no tener el incondicional amor de su madre y no poder salvarla del hombre que la maltrataba. Hubo un atisbo de luz en su vida, un leve rayo de esperanza cuando conseguimos que su madre plantara a aquel desgraciado, pero entonces apareció mi padre y destruyó sus ilusiones, sus anhelos y su única posibilidad de superar sus traumas y miedos y ser feliz. Eso nunca se lo perdonaré, jamás olvidaré que ese hombre que se hace llamar padre mío fue quien me arrebató a Endika, quien destruyó nuestro futuro, quien lo arrastró de nuevo al infierno y me arrastró a mí con él.

Porque como reza la frase que lleva tatuada en su bíceps, él me elevó a cielo y me arrastró al infierno. Viví en el paraíso que era amarnos para caer en el agujero que era su ausencia, su desprecio, su insistencia en herirme una y otra vez. Lo hacía, por supuesto que me hizo daño, pero no fueron sus palabras las que dolían, era ver cómo me mentía, cómo me decía todo aquello que ni siquiera él se creía. Incluso cuando me pidió que abortara, no lo creí, jamás. Porque por su boca podía escupir veneno, todo el que quisiera, pero yo había aprendido a leer en sus ojos, en esas bellas esquirlas de hielo azul que eran transparentes para mí. Y sí, podía decirme que solo lo ataba el sexo a mí, que solo me quería para follarme, que yo no era lo suficientemente buena para que él me amara, lo podía decir, pero yo sabía que no lo sentía, que no lo creía, que algo lo impulsaba a hacerlo.

Sus ojos nunca han mentido, me han mostrado muchas cosas, amor, deseo, pasión, anhelo, lujuria, dolor, sufrimiento, culpa, pero jamás desprecio hacia mí o hacia lo que sentíamos.

Recuerdo todo lo que hemos vivido, lo bueno, lo malo y lo peor, todo, y me juro a mí misma que no dejaré que la culpa se vuelva a cernir sobre él, que no permitiré que siga pensando ni por un segundo que no es lo suficientemente bueno para que lo amen sin condiciones, sin barreras, sin obstáculos, más allá de lo posible y lo imposible, porque así es como lo amo. Que se joda el mundo, que reviente mi padre, que le den a todo y a todos. Nada me apartará de él, nadie nos robará la felicidad, lucharemos con uñas y dientes por nosotros, por esto que tenemos y que es tan grande que ni siquiera le podemos poner nombre.

—¿Por qué me miras así, ojos violeta? —me pregunta mientras deja su plato en la pila. Me levanto de la silla, me acerco a él y rodeo su cintura con mis brazos. Detesto ese corsé que lleva y que me impide sentir el calor de su cuerpo—. *Maitia*, ¿qué pasa?

—Júrame que no te volverás a esconder de mí, que no me ocultarás tus pensamientos, tus miedos o tus temores. Prométeme que no te aislarás de mí, aunque sea para protegerme —le imploro mientras me pierdo en sus ojos. Me toma por la cintura, gira sobre sus talones, me pide que me siente en el banco de la cocina para que nuestros ojos queden a una menor distancia, toma mi rostro entre sus manos y pega su frente a la mía.

—Nunca viviré lo suficiente para reparar todo el daño que te hice. —Su aliento acaricia mi rostro, su dolor se hace patente en su voz—. Te lo juro, Nayra, ya no más mentiras, ni esconderme ni ocultarte nada. Todo eso se acabó —sentencia antes de besarme como solo él sabe, fundiendo sus labios con los míos, enredando su lengua con la mía, dejándome sin aliento, elevándome al cielo, haciéndome estremecer—. Suéltame, nena. May y Yeray están a punto de llegar con nuestro hijo. —Ni siquiera soy consciente de que he enroscado mis piernas a su cintura y mis brazos a su cuello, que lo aferro a mí con esa necesidad, ese amor y esa pasión que siento por él—. Cariño, suéltame, más tarde tendrás lo que deseas —me dice rozando su excitación contra mi sexo—. ¡Joder, Nayra! Vas a conseguir que te arranque los pantalones como sigas así —masculla cuando acaricio su verga por encima de sus pantalones de chándal.

—¿Y qué te crees que estoy intentando hacer? —le replico con la mirada cargada de deseo—. Llevo dieciocho meses sin sentirte dentro. Es una espera demasiado larga. —Sonrío cuando veo que le cuesta respirar, que su nuez de Adán sube y baja con dificultad por su garganta. Trato de colar mi mano entre su ropa para desatarle los pantalones, pero me lo impide.

—Unas horas más y me tendrás en lo más profundo de tu interior —musita a mi oído—. Y ahora suéltame de una puñetera vez antes de que llegue May y me pille con la tienda de campaña plantada. Pórtate bien, nena.

—Nunca me ha gustado portarme bien —le reconozco antes de liberar su cintura y darle un casto beso en los labios.

—Ni a mí —me dice antes de separarse de mi cuerpo, y yo me bajo del banco de la cocina—. Siempre me ha encantado verte ansiosa, tímida y lujuriosa entre mis brazos. Me fascina verte así, totalmente entregada a mí y a tus deseos. —Lo veo de nuevo en sus ojos, desea, anhela y ansía lo mismo que yo—. Salvada por la campana —me dice cuando suena el timbre—. Medio minuto más tarde y te hubiera hecho mía —me susurra cuando pasa por mi lado, dándome una suave cachetada en el trasero—. Me vuelves loco, ojos violeta. —Sonríe, me guiña un ojo y abre. Ahí está mi mejor amiga, mi hermana, mi pilar cuando él me dejó, mi cómplice en mi camino de regreso a él, con nuestro hijo y con Yeray, el hombre que la ama, su marido, su compañero y mi otro amigo. La familia no es solo esa que la sangre te da, ¡qué va! Nada más lejos de la realidad. Porque mi familia es esta, la que está en este salón. Aquí tengo a mi hombre, a mi hijo, el fruto de ese amor que nos tenemos, aquí está mi hermana, mi incondicional amiga, y mi hermano, no ese que

comparte su sangre conmigo, sino el que comparte su vida y su corazón con May, que trató de volver a unirnos, que me contó el infierno por el que Endika había estado pasando. Solo falta mi abuela, que a la vez es mi madre, que siempre me ha querido, apoyado y alentado a luchar por lo que realmente quiero. Y lo que quiero no es otra cosa que vivir feliz con toda mi familia. Veo como May saca a Jon del carrito y se lo pasa a Endika para que lo coja en brazos, se lo coma a besos y le haga pedorretas en la barriga, arrancándole carcajadas a nuestro hijo. Sonrío y lloro, recordando el infierno que fue sentir crecer a Jon en mi vientre sin que Endika estuviera a mi lado, sin sus cálidos abrazos, sin sus suaves besos, cómo ha sido ver crecer a nuestro hijo durante un año sin que su padre pudiera compartir su primera sonrisa, su primer balbuceo, su primer gateo. Eso fue lo más duro, porque sé que él sufrió tanto o más que yo creyendo que si se acercaba a nosotros, nos expondría a la furia de mi padre, de ese maldito cobarde que nos arrebató la felicidad. Me acerco a ellos dos, a los dos hombres de mi vida, y abrazo a Endika antes de quitarle a Jon de los brazos porque nuestro hijo es inquieto y se ha cansado de los juegos con su padre y ahora quiere gatear por el suelo. Comienza a recorrer el salón bajo nuestra atenta mirada. Endika rodea mi cintura con uno de sus brazos, me pega a su cuerpo y me da un casto beso en la coronilla—. Nunca podré agradecerte lo suficiente que no abortaras. —Su voz vuelve a estar cargada de culpa y remordimientos, de sufrimiento y dolor. Lo tomo por la barbilla y lo obligo a mirarme a los ojos.

—Siempre supe que en realidad no querías que lo hiciera. Podías tratar de mentirme, pero jamás te creí porque en tus ojos podía ver lo que realmente deseabas. —Sonríe, sabiendo que tengo razón—. Recuerda lo que me has jurado.

—No lo olvidaré, nena, cumpliré cada promesa y juramento que te he hecho —sentencia antes de besarme.

—¿Y se puede saber qué te ha jurado y prometido esta vez? —pregunta May mientras coge a Jon y lo saca de debajo de la mesa donde se había metido.

—May... —musito.

—Déjala, está en su derecho de no creerme, de odiarme y de no fiarse de mí. Ella ha sido quien ha estado a tu lado cada vez que te he hecho daño.

—Exacto, yo soy la que ha secado sus lágrimas, la que la ha visto quebrarse miles de veces por tu culpa, la que la ha visto cometer una estupidez tras otra por ti. Así que responde, ¿qué le has prometido esta vez?

—No mentirle ni hierirla más, no esconderme de ella, no ocultarle nada, ni siquiera para protegerla, no apartarme de su lado jamás, cuidarla, amarla y hacerla feliz. Eso es lo que le he prometido.

—¿Y lo vas a cumplir?

—May...

—A callar, Nayra. Me merezco esa respuesta y lo sabes. —Me resigno porque pelear con ella es batalla perdida. Será todo lo dulce que quiera, pero cuando se lo propone, saca ese genio a relucir y es imposible calmarla hasta que consigue lo que quiere—. Mirame a los ojos, Endika, y contéstame. ¿Lo vas a cumplir?

—Sí, todo, desde el primero hasta el último de mis juramentos, May. Se acabó mentir, herir, esconderme, cargar yo solo con todo, culpabilizarme de algo de lo que no soy culpable, tratar de salvarla cuando ella es mi salvación. Se terminó vivir entre sombras, dolor o sufrimiento, separado de ella y de nuestro hijo. Se acabó dejar que la oscuridad sea la que reine, que la pena me consuma, que la desesperación se apodere de mí, dejarme dominar por mis miedos y mis

demonios, creer que no soy lo suficientemente bueno para que ella me ame. Todo eso se acabó. Ahora solo estamos nosotros y nuestro hijo. Lucharé junto a Nayra, pelearé a su lado, seré su apoyo y ella, el mío. Sanaré cada herida que le cause, la amaré más allá de lo posible o lo imposible y la haré feliz.

—Bien —responde mi amiga, que no ha dejado de observarlo ni un solo segundo estudiando sus reacciones—. Cúdala, ámala y hazla feliz, y como la vuelvas a cagar, te despellejo vivo, ¿me oyes?

—Alto y claro. —Mi amiga vuelve a sacar a Jon de debajo de la mesa y se lo pasa a Endika antes de ponerse al lado de Yeray—. Gracias a los dos por cuidarlos y protegerlos cuando yo no fui capaz de hacerlo.

—Si me hubieras hecho caso desde el principio, cabeza de chorlito, otro gallo hubiera cantado —le suelta Yeray mientras envuelve a May con sus brazos y le da un beso en la mejilla—. Eres más terco que una mula.

—Supongo que forma parte de mi encanto —bromea Endika, que sigue jugando con Jon, haciéndole muecas. Nuestro hijo ríe, Endika le come los mofletes, el niño le tira del pelo y su padre se queja—. ¡Coño!, me va a dejar calvo a este paso.

—Anda, dámelo —le digo, antes de que Jon vuelva a tirar del pelo de su padre—. Yeray, ¿puedes subir la cuna de viaje, por favor? A ver si consigo que se quede quieto un rato dentro.

—Por supuesto. ¿Subo vuestras maletas también? —Asiento mientras rebusco en la bolsa de Jon y saco un pañal y las toallitas—. ¿Me ayudas, preciosa? —le pregunta a May mientras le da un beso en la mejilla y le guiña un ojo. Ella sonríe y se marchan agarrados de la mano.

—¿Os vais a quedar aquí? —me pregunta Endika mientras se acerca a mí, sigiloso, cauteloso, temeroso de mi respuesta.

—Por supuesto. Somos tu familia. Te toca cuidar de nosotros, guapito de cara —le respondo guiñándole un ojo mientras le cambio el pañal a Jon—. Esta vez, no te vas a librar de nosotros, nene. —Intenta arrodillarse, pero no puede, así que toma mi rostro entre sus manos y me besa con fiereza, dejándome sin aliento.

—No tienes ni idea de cómo me siento ahora, *maitia*, ni puta idea de lo feliz que soy —confiesa, con una lágrima queriendo escapar de sus ojos. Lo beso y sonrío.

—Creo que me lo puedo imaginar, cariño. —Acaricio su mejilla y le sonrío—. Déjame que acabe de cambiar a Jon, por favor. —Si me sigue mirando así, con tanto amor, devoción y pasión, acabaré arrancándole la ropa. Me da un beso en la frente, se va a abrir la puerta de casa y desaparece detrás de Yeray, que lleva la cuna de viaje al dormitorio, y de May, que arrastra las dos pequeñas maletas que traigo. Los escucho montar la cuna, termino de cambiar a Jon y entro al dormitorio. Endika sigue de pie y veo cómo cambia el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. Debe dolerle la espalda, pero no se queja—. Cariño, ¿por qué no te tumbas un rato? Tienes que descansar —le digo mientras dejo a Jon en la cuna y le doy su chupete y su osito preferido.

—No, primero quiero que decidamos qué es lo que vamos a hacer y que me cuentes qué has hecho con lo que le di a Fayna. Necesito saberlo todo.

—Endika... —farfullo.

—No es lo que piensas, Nayra. No voy a tomar ninguna decisión sin consultártela, no voy a precipitarme ni a desaparecer ni a mentirte. Nada de eso. Vamos a decidir qué hacer con nuestra vida, qué pasos tomar juntos, pero para ello necesito saber qué habéis hecho para sopesar las posibles represalias de tu padre. Y lo vamos a decidir los cuatro juntos, porque mucho me temo que ese par están al tanto de todo y han sido tus cómplices, junto con tu abuela, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Vamos al salón y te lo cuento, a ver si así Jon se duerme un rato —le digo mientras lo tomo de la mano. Preferiría que se tumbara, que descansara, pero sé que es un cabezota y que, hasta que no consiga lo que quiere, no lo va a dejar correr. Me siento en el sofá, junto a May, mientras Endika se queda de pie apoyado en la pared frente a nosotras, con Yeray a su lado—. Cogí el sobre que le diste a mi abuela, hablé con tu abogado, saqué todas las pruebas y denuncié a mi padre ante la Guardia Civil con dos condiciones.

—¿Cuáles? —pregunta tenso. Se le marcan las venas de los brazos y las del cuello.

—Que tú quedarías impune de cualquier cosa y que me dejaran recabar más pruebas contra mi padre.

—¿De qué más pruebas hablas?

Está enfadándose y su cabreo aumentará cuando le cuente lo que he hecho.

—Cuando hablé con mi abuela, nuestra conversación no se basó solo en si tú y yo somos hermanos. Fue un poco más extensa. Mi abuela me contó cómo perdió a mi madre, cómo mi padre se la arrebató y cómo ella me protegió de él.

—Nena, no estoy entendiendo un carajo, así que explícate un poco mejor.

—Mi madre siempre fue una niña caprichosa que no se conformaba con cualquier cosa. Quería siempre la mejor ropa, el mejor calzado, el último modelito, el perfume más caro, cosas así, pero mi abuela, que había perdido a mi abuelo hacía poco y luchaba con uñas y dientes por sacar a flote la bodega y los viñedos, no cedía ante sus caprichos. Mi madre conoció a mi padre con diecisiete años, en una fiesta que se hizo de inauguración de uno de los hoteles de mi padre. Él se encaprichó de ella, a pesar de ser trece años mayor, y ella se dejó cegar por el dinero que él poseía. Por las fechas en las que mi abuela me dice que pasó, supongo que él ya se había liado con tu madre y que tú estabas a punto de ser concebido, si es que no crecías ya en el vientre de tu madre.

»El caso es que mi madre, a pesar de la oposición de mi abuela, se escapó con él el mismo día que cumplió dieciocho años, se casaron y él la convirtió en su princesa, manejándola a su gusto y antojo, comprando su cariño con joyas, vestidos, perfumes y fiestas lujosas. Pero mi abuela nunca se fio de él ni dejó del todo de lado a mi madre. En una de sus visitas, mi abuela le sonsacó cómo era su vida y mi madre le confesó que no era oro todo lo que relucía porque sabía que él la engañaba con otras mujeres, que le era infiel y que ella no se quedaba embarazada y la culpaba de ello. También le dijo que había llegado a amenazarla con divorciarse y dejarla sin nada si no le daba un hijo. Y lo habría hecho, puesto que se habían casado con separación de bienes.

»Mi abuela trató de que lo abandonara, de que regresara con ella, pero mi madre le dijo que no, que lo amaba y que ya había buscado una clínica para someterse a un tratamiento de fertilidad. Haría lo que fuera por complacer a mi padre. Creo que más que amarlo a él, amaba el dinero que tenía. Fayna no se quedó contenta con las respuestas de mi madre, así que se puso a indagar en la vida de mi padre. Descubrió que había puesto su fortuna a manos de mi madre sin que ella lo supiera y no comprendía por qué lo había hecho. Cuando mi madre le dijo que se había quedado embarazada y que iba a ser abuela, Fayna puso las cartas sobre la mesa.

»La relación de mi padre con Osvaldo, el padre de Marcos, no se basaba solo en amistad y hacer negocios juntos, al menos, no negocios limpios. Osvaldo hacía tiempo que traficaba con personas, las pasaba en patera desde Marruecos hasta la Península o hasta las islas Canarias. Mi padre se alió con él, se convirtió en su socio, pero para cubrirse las espaldas, puso su fortuna a nombre de mi madre. La Guardia Civil lo sospechaba, pero ambos eran inteligentes y sabían cubrir sus fechorías.

—¿Tu abuela averiguó todo eso? —pregunta extrañado.

—Sí, supo ganarse el respeto de los agentes y se ofreció a intentar sacar toda la información que pudiera, pero no lo consiguió. Así que para proteger a mi madre y a su futuro nieto o nieta, convenció a mi madre para que hiciera testamento, nombrando a su futuro hijo heredero universal de toda su fortuna y a ella, a mi abuela, su albacea y para que se divorciara de él.

—¿Cómo la convenció?

—Mostrándole las fotos que había obtenido de él con otras mujeres en situaciones muy comprometidas y embarazosas, más las sospechas que tenía de la Guardia Civil. Se lo jugó todo a una carta y le salió bien, porque mi madre, enfadada y herida, ni se lo pensó y firmó esos papeles. Una cosa es que sospeches que tu marido te engaña, la otra es que lo veas con tus propios ojos. Se quedó en casa de mi abuela, le pidió el divorcio a mi padre y este puso el grito en el cielo. Cuando fue a buscar a mi madre, se enfrentó con mi abuela y perdió. Ella le escupió en la cara que sabía todo lo que había estado haciendo, sus tejemanejes, sus trapos sucios, todo, y que si osaba retarla, perdería. Al final, él se fue con el rabo entre las piernas y mi madre se quedó con mi abuela, aunque él trató de reconquistar a mi madre. Y por poco lo consigue, porque poco antes de dar a luz, mi madre se planteaba regresar con él cuando yo naciera. Pero eso nunca pasó porque mi madre murió trayéndome al mundo. —Se me escapa una lágrima y, de repente, me encuentro de pie, rodeada por sus brazos y con sus labios secando esa lágrima.

—Si te duele, lo podemos dejar para más tarde, *maitia*. No quiero verte sufrir más —me dice tomando mi rostro entre sus manos.

—Tranquilo, cariño, puedo seguir. La mejor forma que tenemos de superar el dolor y el miedo es enfrentarnos a ellos. —Me besa con suavidad en los labios.

—Esa es mi guerrera. —Sonríe, orgulloso de mí—. Continúa, nena. —Me quedo entre sus brazos porque ni él quiere soltarme ni yo que lo haga.

—Tras el entierro de mi madre, mi padre se presentó en casa de mi abuela con sus abogados dispuesto a llevarme con él. Tuvieron que ir la Guardia Civil y la policía, porque se montó una buena. Al final, mi padre me llevó con él, pero mi abuela se presentó al cabo de unos días con el testamento de mi madre bajo el brazo y le advirtió que no me iba a alejar de ella. Mi padre no sospechó en ningún momento que mi madre hubiera hecho testamento a mi favor y que mi abuela fuese mi albacea. Eso trastocó sus planes, puesto que el negocio hostelero no le funcionaba muy bien y la competencia con el tráfico de personas había crecido, y su fortuna iba desapareciendo poco a poco. Durante años, me críe con niñeras y colegios de pago, y solo pasaba los fines de semana con mi abuela. De ella, recibí amor y cariño. Me enseñó a ser una guerrera, una luchadora, pero yo seguía sin comprender por qué mi padre no me quería.

»Tú mejor que nadie sabes qué es lo que se siente. —Hace un gesto afirmativo con su cabeza mientras me da otro beso en la coronilla—. El caso es que cuando yo cumpliera los dieciocho años, la mitad de la fortuna de mi padre pasaría a mi nombre. Por eso, con dieciséis años, Marcos empezó a rondarme. Nos conocíamos, pero no habíamos sido buenos amigos. Simplemente, él era el hijo del mejor amigo de mi padre, pero como vi que mi padre lo tenía en alta estima, me dejé llevar por esa necesidad de que me aceptara y acabé saliendo con él. El plan de mi padre era bastante sencillo, que me casara con Marcos cuando cumpliera los dieciocho en régimen de bienes gananciales, así ambos, tanto Marcos como mi padre, tendrían acceso a la mitad de mi fortuna, pero ya sabes qué pasó.

—Y tu padre perdió la posibilidad de recuperar su dinero, ¿no?

—Exacto, así que empezó a hacer negocios en el Caribe. En realidad, utilizó sus hoteles allí

para blanquear el dinero que iba obteniendo de la droga, porque se dedicó a traficar con estupefacientes también. Pero le salió mal, porque perdió un cargamento y tuvo que pagar un alto precio por ello, dilapidando toda su fortuna. Se quedó sin blanca. Eso pasó poco antes de nuestro viaje a Lanzarote. Marcos y él planeaban intentar acercarse a mí y si no conseguían que yo me casara con Marcos, intentarían que firmara los papeles en los cuales le cedía la mitad de mi fortuna a mi padre, por supuesto, sin que yo me enterara. Mi padre ya había empezado a hacer sus averiguaciones sobre mi vida, sabía que estaba en Bilbao estudiando, pero todavía no había descubierto lo nuestro. Se enteró aquel día en el restaurante de Playa Blanca.

»Supongo que, en un principio, solo quiso separarnos, pero al descubrir que él era tu padre, decidió usar eso en su favor y nuestra contra. Te investigó, supo que eras ertzaina y que tu madre había estado viviendo con un maltratador durante años. Descubrió tus miedos, cuáles eran tus demonios y se aprovechó de ellos. A él le importa poco o nada si tú y yo somos hermanos, le da igual, lo único que quería era recuperar su fortuna y, para ello, empleó todo lo que tuvo a su alcance, pero escondiéndose como el cobarde que es. Te utilizó, se aprovechó de tu falta de autoestima, de tu obsesión por no poder salvar a tu madre, de la culpa que se cernía sobre ti por no haber podido salvar a tu hermana y lo utilizó para separarnos.

»Sí, le pagó al malnacido de tu padrastro, le prometió que lo protegería, que no permitiría que entrara en prisión, pero a él también le mintió. Cuando descubrió que tu padrastro había matado a tu madre, se asustó, como el cobarde que es, le pagó la mitad de lo prometido y lo denunció. Supongo que tu padrastro estaba dispuesto a denunciarlo, por eso te confesó que él le había pagado, pero lo que no te contó es que no le pagó para que la matara, sino para que le diera una paliza y asustarte a ti, hacerte creer que si él quería, podía quitarte todo lo que amabas. El problema fue que, por primera vez, tu madre le plantó cara a ese desgraciado y eso le costó la vida. —Me aferro con más fuerza a él porque, como en su día ya pasó, ahora mismo su tabla de salvación soy yo. Yo soy la que impide que caiga en ese tormentoso océano de culpa y dolor que lo han consumido durante tantos años—. Por eso te he dicho que no eras culpable de la muerte de tu madre.

—¿Cómo has averiguado eso?

Ahora es cuando se va a cabrear, y no poco.

—Antes de venir aquí, fui a ver a tu padrastro.

Se pinza el tabique nasal y se frota la cara con fuerza.

—¿Qué más has hecho antes de venir hasta aquí?

Efectivamente está cabreado, porque su voz se ha agravado un par de tonos.

—Enfrentarme a mi padre, ayudar a la Guardia Civil a conseguir una confesión de mi padre y de Marcos de parte de sus crímenes, denunciarlo por instigación al asesinato y estafa, ya que cuando me nombró directora del hotel consiguió que firmara un papel en el que le cedía parte de mi fortuna sin que yo me diera cuenta, sacar a la venta los hoteles que siguen a mi nombre y poner el resto de mi fortuna a tu nombre y al de Jon.

—¿Qué has hecho qué? —Me encojo de hombros, quitándole hierro al asunto, pero Endika está muy cabreado. Las aletas de su nariz se mueven al ritmo de su agitada respiración—. ¡Maldita sea, Nayra! Dime que por lo menos conseguiste lo que te proponías y que tu padre y el cabrón de Marcos están detenidos.

—No, consiguieron escapar. —Gruñe más cabreado que nunca—. No te preocupes, están en busca y captura.

—¿Que no me preocupe? Será una coña, ¿no? Llevo casi cuatro años tratando de protegerte de

ese chiflado y ahora va y resulta que tú decides hacerte la heroína y exponerte de esta forma. Por lo menos, no sabrá que Jon es mi hijo, ¿no?

—No, eso no lo saben. Por favor, cariño, deja de preocuparte tanto. Estamos a salvo, no podrán volver a hacernos daño —le digo envolviendo su cuello con mis brazos y poniéndome de puntillas para tratar de alcanzar sus labios.

—No intentes engatusarme, Nayra, ¿entendido? No estaremos jamás a salvo hasta que tu padre esté entre rejas, por no hablar del mamón de Marcos. Les has jodido la vida, los has arruinado, ¿qué te hace pensar que no trataran de acercarse a ti y hacerte daño?

—La policía y la Guardia Civil los están buscando, eso es lo que me hace estar tranquila. —No cede ante mí, no agacha la cabeza para besarme, sigue cabreado y ahora la que me estoy enfadando soy yo, porque odio que sea tan pesimista, que se deje dominar por sus miedos, que viva entre sombras en vez de disfrutar de lo que tenemos—. ¡Maldita sea, Endika! ¿Es que no te das cuenta de que todo lo he hecho por ti, que ahora podemos tener la vida que siempre hemos querido, que todo se acabó?

—Ese es el problema, Nayra, que lo has hecho por mí, no por ti o por Jon, que te has expuesto sin medir las consecuencias de tus actos.

—¿Y qué hubieras preferido, que me quedara quieta, que me escondiera, que no luchara por nosotros? —lo suelto y doy dos pasos atrás para enfrentarme a él y a todo eso que tanto teme—. Estoy cansada, harta, agotada de que unos y otros tratéis de tomar las riendas de mi vida, de que decidáis qué es lo mejor para mí, de mantenerme en la ignorancia. Se acabó. Mi vida está junto a ti, aquí, en Ondárroa, en Lanzarote o en el puñetero polo norte, y no voy a consentir que ni mi padre ni Marcos ni tus malditos miedos y demonios se interpongan entre nosotros. ¿Que mi padre o Marcos quieren buscarnos y tratar de hacernos daño? Perfecto, que lo intenten, a ver si lo consiguen. —Lo cojo de la mano y lo acerco al balcón—. Ahí abajo hay una patrulla de la Guardia Civil vestidos de paisanos, vigilando por si se acerca uno de los dos a nosotros. Ese otro coche es el del equipo de guardaespaldas que he contratado. —Me mira desconcertado al darse cuenta de que sus temores ya no tienen fundamento—. ¿Lo entiendes ahora? Nada ni nadie me apartará de ti. —Mira por el balcón, observa tanto a los agentes como a los guardaespaldas, se frota la cara, se rasca la cabeza, me mira de reojo y suspira. Al final, se da la vuelta y se acerca a mí.

—Nunca vas a rendirte, ¿verdad? —Pues no, pero eso ya lo sabe, así que ni me molesto en contestar. Simplemente, me quedo mirándolo, perdiéndome en sus ojos, mostrándole todo lo que siento por él—. Está bien, nena, tú ganas. Esta vez lo haremos a tu manera. —No hay resignación en sus palabras, solo esperanza—. ¿Cuál es el siguiente paso que vamos a dar, ojos violeta? —pregunta mientras vuelve a abrazarme.

—De momento, nos quedamos aquí hasta que te recuperes del todo. Después, ya veremos qué hacemos. —Siento cómo cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra—. Y ahora, acuéstate un rato. Tienes que descansar. —Levanta las cejas y se muestra reticente—. O vas por tu propio pie o le digo a Yeray que te lleve a rastras. Tú decides.

Sacude la cabeza, sonrío y me besa.

—De acuerdo, como quieras. ¿Os quedáis a cenar? —les pregunta a Yeray y a May.

—No. Vamos a salir por ahí —responde Yeray—. Esta preciosidad quiere enseñarme la ciudad.

—Vale, pues nos vemos mañana. Voy a tumbarme un rato. —Endika me da un beso y yo me quedo un momento con May y Yeray, agradeciéndoles todo lo que están haciendo por nosotros. Sí,

definitivamente, la familia no siempre es la que te da la sangre. Cuando entro en el dormitorio, Endika está de pie junto a la cuna de viaje, observando embelesado a Jon, que duerme como un bendito. Veo que una lágrima corre por su mejilla, perdiéndose entre su barba. Se percata de mi presencia, deja de observar a nuestro hijo, apenas da tres pasos hasta plantarse frente a mí, toma mi rostro entre sus manos y me besa con fiereza, dejándome sin aliento. Separa sus labios de los míos con suma lentitud, como si no quiera hacerlo, succionando mi labio inferior, arrancándome un gemido—. Nunca podrá pagarte que no me hicieras caso. No viviré el tiempo suficiente para compensarte todo el daño que te hice.

—Cariño... —musito, mientras me aferro a su cuello, tratando de calmar su dolor. De repente, mis pies ya no tocan el suelo. Estoy entre sus brazos y me lleva a la cama—. Te vas a hacer daño en la espalda.

—A la mierda con mi espalda —responde mientras me deja con cuidado sobre la colcha—. A la mierda con todo y con todos, nena —sigue diciendo al tiempo que se quita la camiseta y se desabrocha el corsé.

—Endika, te harás daño. —Me preocupa su espalda, pero a él parece importarles todo un pimiento. Solo desea lo mismo que yo: amarnos sin límites una vez más. Así que lo imito y me desabrocho la blusa que llevo. Se acerca a mí como un felino hambriento, me desabrocha los vaqueros y me deja en ropa interior. Me devora con la mirada mientras me acerco a él y le bajo los pantalones del chándal y los calzoncillos. Me empuja con suavidad, obligándome a tumbarme de nuevo, y se posa sobre mí. Su hinchado pene se clava en mi vientre, sus labios recorren mi cuerpo, sus manos terminan de desnudarme y su lengua me arranca los primeros gemidos de placer cuando se cuele entre mis pliegues y lame mi botón de placer. Los escalofríos previos al orgasmo erizan mi vello, sus jadeos se ahogan en mi sexo y alcanzo mi primer orgasmo cuando sus dedos se introducen en mi interior. Lo obligo a tumbarse, acaricio su torso, lamo sus pezones, tiro de ellos, anclo mis rodillas a su cadera y, con suma lentitud, lo acojo en mi interior, deslizándome lentamente por su grandeza, sin dejar de mirarlo a los ojos, derretidos por el placer, permitiendo que se hunda en lo más profundo de mi ser. Sin prisa, deleitándonos en cada movimiento, en cada embestida, nos amamos hasta alcanzar el clímax juntos. Caigo desmadejada y extasiada sobre su pecho, satisfecha y plena, amada y amando, sintiendo cómo sus brazos me envuelven, cómo sus labios besan mi frente, cómo su calor se funde con el mío, cómo los dos formamos la mitad de un todo sabiendo que, pase lo que pase, lo que nos une no es ser hermanos, es amarnos como nadie jamás ha amado. Curaremos nuestras heridas, peharemos contra nuestros miedos, enfrentaremos nuestros demonios, superaremos cada traba que la vida nos ponga. Seremos felices. Ambos lo sabemos y ambos sonreímos mirándonos a los ojos, antes de que Endika se vuelva a poner el corsé y de dormirnos uno en brazos del otro.

CAPÍTULO XIX

Lanzarote, 2018

No hay peor ciego que el que no quiere ver y, durante mucho tiempo, he estado ciego sin ser capaz de ver lo que tenía delante, sin comprender que ella es mi luz, sin entender que me culpaba de algo de lo que no era culpable, que me consumía en mis miedos, temores y demonios internos que no tenían razón de existir. Ahora, a su lado, junto a ella, peleando por eso que ambos queremos, anhelamos y deseamos, he encontrado paz, esa paz que yo mismo me negué a tener, consumiéndome en el infierno, arrastrándola conmigo. Lo hice todo mal desde que Carmelo me reveló lo que supuestamente me separaba y unía a Nayra. Yo fui el que le di el poder de decidir sobre nuestras vidas y nuestro futuro, el que se equivocó una y mil veces, el que la hirió. Yo nos condené y ella nos salvó.

Sí, me equivoqué, pero no volverá a suceder. Cometeré errores, como todos, pero jamás nadie volverá a tener mi vida en sus manos. Eso, mi vida, mi corazón, mi alma y todo cuanto soy solo le pertenecen a una persona y se llama Nayra, mi guerrera, mi ángel y mi hada, con la que comparto la felicidad de las pequeñas cosas del día a día como despertar a su lado cada mañana, que su rostro y su sonrisa sean lo primero que vean mis ojos, que nuestros buenos días se compongan de besos y abrazos, corretear detrás de nuestro hijo, que ha empezado a dar sus primeros pasos. Sentarnos en el porche a ver las estrellas, reír con ella, soñar junto a ella, amarnos sin condiciones, sin reservas, sin miedos, sin temores. Sí, aquí soy feliz, en esta isla de fuego y volcanes, de luz y áridas tierras, de sol y mar, aunque realmente el aquí no es lo que importa, es el quién. Y ese quién siempre será Nayra.

Tras pasar quince días en Bilbao, decidimos que esa vida en común que íbamos a iniciar sería aquí, en Lanzarote, donde llevamos seis meses junto a su familia, que también es la mía. A mí nada me quedaba en mi tierra y aunque así hubiera sido, lo habría dejado por ella. Cuando sustituyeron el corsé que había llevado durante dos meses por otro menos rígido y que me daba más libertad de movimientos, le pregunté a Nayra qué era lo que realmente quería hacer con nuestra vida. Me confesó que le gustaría asentarse aquí, en La Geria, y seguir con el legado de la persona que consideraba que era su única familia de sangre, el de su abuela. Aun a riesgo de que Fayna me cortara los huevos cuando me viera, accedí a mudarnos aquí, pero una vez más, me equivoqué. Y cuando se trataba de estas dos mujeres, me equivocaba mucho y a lo grande. Recuerdo nuestra llegada y su recibimiento. «Te lo dije, muchacho, nadie ama como vosotros amáis, así que esta vez no permitáis que nadie se interponga entre vosotros», y cómo si tal cosa, sacó a Jon del carrito y se puso a jugar con su bisnieto como si nada hubiera pasado, como si yo no le hubiera roto el corazón a su nieta en multitud de ocasiones, como si ninguno de los presentes hubiera pasado por un infierno por mi culpa.

Porque sí, de eso sí soy culpable, no de lo demás, de eso no lo soy, pero sí de herir a la persona que más amo y amaré en toda mi vida. Aunque sanaré cada herida que le causé, acallaré cada dolor que le infligí, resarciré el sufrimiento por el que la hice pasar. Es simple, solo tengo que amarla como siempre la he amado, cuidarla como siempre quise hacerlo, mimarla como

siempre la debí mimar. Sencillo y gratificante a la vez, porque ya no hay lágrimas de dolor o culpa. Ahora, las que derramamos son de alegría o felicidad. Se puede ser feliz, solo tienes que intentarlo, buscar el camino para ello y, una vez lo has encontrado, el paraíso se abre ante ti, tocas el cielo con las manos y el infierno desaparece.

Nuestra vida es sencilla, no necesitamos más que lo que tenemos, compartir un techo junto a nuestro hijo y Fayna, porque sí, nos mudamos con ella a petición expresa suya, trabajar en las tierras y viñedos junto a Yeray, que se ha convertido en mi incondicional amigo y en mi hermano, ganándonos alguna sonora bronca por parte de Fayna cuando hacemos algo mal, mientras Nayra lleva todo lo relacionado con la gestión empresarial de la bodega, buscando nuevos mercados, nuevos clientes y todo lo demás. Es buena en su trabajo, muy buena, y cuenta con May, que ha decidido invertir parte de su dinero y convertirse en la socia de Nayra y Fayna.

El sueño de Nayra se ha cumplido, al menos, parte de él, porque ahora toda nuestra familia está junta y debo reconocer que es un sueño maravilloso. No negaré que sigo estando preocupado por nosotros, porque ni el desgraciado de Carmelo ni el cabrón de Marcos ni el mamón de Osvaldo han sido localizados, detenidos y apartados definitivamente de nuestras vidas, pero saber que los siguen buscando, que seguimos contando con la protección de las fuerzas de seguridad y con los guardaespaldas que Nayra contrató me da cierta calma. Muy locos deberían estar para asomar las narices por las tierras de Fayna, pero bueno, de locos está el mundo lleno.

Como cada noche, tras darle la cena a Jon y acostarlo en su habitación, salgo al porche, donde Nayra me espera.

—Ven aquí, ojos violeta —le digo mientras la cojo en brazos, la siento en mi regazo y la acuno contra mí antes de darle un beso de esos que tanto nos gustan, cargado de pasión, amor, deseo, anhelo y lujuria.

—Deberías dejar de besarme así, guapito de cara. Al menos, mientras mi abuela sigue despierta —susurra, rodeando mi cuello con sus brazos, apoya su cabeza en mi hombro y enterrando su rostro en el hueco de mi cuello.

—Que se vaya acostumbrando, porque no pienso dejar de hacerlo. —Pongo mi dedo en su barbilla y la obligo a mirarme a los ojos—. Nunca me cansaré de besarte ni de admirarte ni de amarte, ¿lo sabes, verdad? —Asiente con esa preciosa sonrisa en su rostro, haciendo que el mundo deje de girar. Pero hay algo extraño en sus ojos, en esas amatistas que me atrapan cada vez que me mira—. ¿Qué sucede, *maitia*?

—¿Puedo preguntarte algo?

Noto el titubeante timbre de su voz.

—Nena, puedes preguntarme lo que quieras. ¿Qué pasa? —La estrecho un poco más contra mí y siento cómo tiembla ligeramente.

—¿Te gustaría tener más hijos? —Vale, eso no me lo esperaba, así que me quedo mirándola como un gilipollas, con la boca abierta y los ojos a punto de salirse de las órbitas—. Olvídalo —me dice intentando levantarse de mi regazo.

—¿Dónde te crees que vas, preciosa? —La retengo contra mí y vuelvo a devorar sus labios—. Por supuesto que me gustaría tener más hijos contigo, pero no entiendo por qué me lo preguntas ahora. Faltan dos meses para la boda. —Sostengo su rostro entre mis manos, impidiendo que aparte sus ojos de los míos.

—Porque nunca he sabido si en realidad querías ser padre o no. Jamás lo hemos hablado.

Veo una sombra de miedo y dolor en sus ojos, recuerdo la crueldad que cometí con ella al pedirle que abortara a nuestro hijo, acaricio sus labios con las yemas de mis dedos y pego mi

frente a la suya.

—¿Sabes qué pensé cuando te viniste a vivir conmigo la primera vez? —Niega con la cabeza —. En lo maravilloso que sería tener hijos contigo, y no me refiero al proceso de engendrarlos — se ríe por mi comentario—, sino a cómo sería cuidarte, mimarte y consentirte mientras aquí — pongo una mano sobre su vientre—, crecieran nuestros hijos. De todas las estupideces y gilipolleces que he cometido, de la que más me arrepiento es de no haber estado a tu lado durante el embarazo y el parto de Jon, de haberme perdido esos dieciocho meses a tu lado viendo cómo tu barriguita crecía y los primeros meses de vida de nuestro hijo. Eso jamás me lo perdonaré.

—Nene... —susurra mientras acerca sus labios a los míos y me da un casto beso. Ha sentido el dolor en mi voz, pero con su simple presencia y su maravillosa mirada, consigue acallararlo y hacerme perder la razón.

—¿Quieres que empecemos a intentarlo ahora mismo? —le pregunto agarrándola por la cintura, obligándola a sentarse a horcajadas sobre mí y pegando mi hinchada verga a su sexo—. Porque yo no tengo ningún problema, ojos violeta.

—Mira que eres tonto cuando te lo propones —replica, frotándose contra mí. Me chifla que haga eso. En realidad, me chifla toda ella—. ¿Lo dices en serio? ¿Quieres más hijos?

—Todos los que tú quieras, preciosa. Por mí, como si quieres un equipo de fútbol. —Se carcajea de mí y yo río con ella. La aferro con firmeza por la cadera, la pego a mí aún más, sin que quepa una gota de aire entre nosotros, y vuelvo a tomar su rostro entre mis manos—. Nos vamos a ahorrar una pasta en condones —le digo, alzando un poco mis caderas. No la penetro porque estamos vestidos, que si no, ya estaría hundido en su interior. Vuelve a reírse.

—Estás loco.

—Por supuesto, loco por ti, ojos violeta. Creí que ya lo sabías. —Soy incapaz de apartar mis ojos de ella, de dejar de acariciar sus mejillas, sus labios, de besar su cuello, de atraparla por la nuca para devorar esa boca que me vuelve completamente loco y cuando quiero darme cuenta, me está desbrochando los pantalones—. Tu abuela está despierta todavía —consigo musitar con mis labios pegados a los suyos.

—Pues tendremos que ser silenciosos —me replica, colando su mano entre mi calzoncillos y acariciando mi pene.

—Nena... —farfullo, porque me cuesta respirar, porque me está excitando como solo ella sabe hacerlo, porque me falta muy poco para sucumbir.

—Empótrame contra una pared y fóllame, Endika. Me muero de ganas de que lo hagas. —Sus deseos son órdenes para mí, así que vuelvo a besarla con fiereza, con pasión y con ansia, mientras me levanto, hago que rodee mi cintura con sus piernas, la anclo a mi cadera y me dirijo a la parte trasera de la casa, donde no hay luz y nadie nos verá. La aprisiono entre la pared y mi cuerpo, devoro sus labios y le quito el suéter fino que lleva. Su piel se eriza por el contacto de mis manos y el fresco de la noche. Beso su cuello, su escote, me pierdo en sus pechos, la oigo gemir, jadear y contener los espasmos de placer. Tira de mi camiseta, sus manos acarician mi torso y me estremezco a cada roce de sus yemas—. Nene, quiero sentirte dentro. —Tiene la voz ronca a causa del deseo y se frota de nuevo contra mi erección—. Por favor, cariño —me suplica.

—Impaciente —le susurro al oído mientras la bajo de mi cintura para desabrocharle los pantalones y desnudarla. Ella hace lo mismo conmigo. Me agacho y lamo su sexo, deleitándome con su sabor. Tira de mi pelo y me obliga a dejar de saborearla y a ponerme en pie.

—La culpa es tuya —dice mientras vuelve a subirse a mi cadera. Sabe cómo colocarse para que mi verga quede en su entrada—. Fóllame, dios del sexo.

Ahí está esa mirada que me enloquece, esa mezcla de deseo, timidez y lujuria.

—Como deseas, ojos violeta. —Esta vez me hundo en ella con lentitud, saboreando cada milímetro de su interior, disfrutando de su humedad y calor, perdiéndome en su chispeante mirada, deleitándome en sus placenteros gemidos hasta llegar a lo más profundo de ella—. Te amo, *maitia* —confieso, embelesado por ella. Sonríe, me toma por la nuca, acerca sus labios a los míos y nos fundimos entre besos y embestidas, entre gemidos y jadeos, entre escalofríos y espasmos de placer, hasta alcanzar el orgasmo juntos. No puedo dejar de mirarla, de contemplar su belleza, de extasiarme en lo afortunado que soy por tenerla. La estrecho más contra mí, dándole calor con mi cuerpo, ya que hace frío y no quiero que se resfríe. No salgo de su interior, porque en su menudo cuerpo es donde está mi lugar en el mundo y, con ella aferrada a mí, me agacho para recoger nuestras ropas. Abro la puerta trasera de la casa, me cercioro de que Fayna no anda por ahí y corro hasta nuestro dormitorio, con Nayra sentada sobre mi cadera, mi verga en su interior y riéndose sobre mi hombro derecho como si fuera una niña pequeña. Una vez llegamos a nuestra habitación, sigo amándola, esta vez sobre la cama y bajo la colcha, hasta quedar agotados y dormirnos uno en brazos del otro. Sí, quiero más hijos con ella. En realidad, lo quiero todo con ella, porque Nayra me eleva al cielo y ya no me arrastraré más en el infierno, porque ella es mi todo y porque lo nuestro es tan grande que ni siquiera se le puede poner nombre.

Es domingo y vamos a comer a casa de May y Yeray. Han organizado una comida familiar y aquí estamos todos: los padres de May, los de Yeray, las dos hermanas de mi amigo —la mayor con su marido y su hijo de cuatro años, la pequeña con su novio—, Fayna, Nayra, Jon y yo. Todos reímos, charlamos, parloteamos, disfrutamos de la compañía de unos y de otros, y abrazamos y felicitamos a Yeray y May cuando nos anuncian que van a ser padres. ¡Qué poco se necesita para ser feliz!

—Tienes mala cara, Yeray, ¿no has dormido bien? —Es miércoles y estamos revisando las cepas de los viñedos.

—No. A May se le antojaron fresas anoche. Dime tú de dónde coño saco fresas, a la una de la madrugada, en pleno mes de noviembre —refunfuña tras bostezar—. Me va a volver loco. —Siento una punzada de envidia. Yo me perdí eso con Nayra.

—Pues será mejor que te armes de paciencia, colega. Solo está preñada de tres meses. Te quedan seis por delante.

Se frota los ojos y vuelve a bostezar.

—Gracias por recordármelo —masculla. Me río e imagino qué pasará cuando Nayra se quede embarazada de nuevo. A saber qué se le antoja, aunque no creo que sean fresas, porque no le gustan—. Vamos a revisar las otras cepas antes de que me quede dormido de pie —me dice, sacándome de mis pensamientos. Cuando nos acercamos a la casa de Fayna para comer, frunzo el ceño y acelero el paso. Hay una patrulla de la policía allí—. ¿Qué ha pasado? —me pregunta Yeray siguiendo mi casi alocada carrera.

—Ni puta idea —respondo. Consigo volver a respirar cuando entro en casa y veo a Nayra, con Jon en brazos, hablando con los agentes. Por un segundo, he pensado en lo peor, pero cuando veo que están bien, me calmo, aunque solo momentáneamente—. ¿Qué ocurre? —pregunto, acercándome a ella y rodeándola con mis brazos. Nayra se pega a mí, buscando mi calor y mi protección.

—Han encontrado a mi padre y a Osvaldo.

La estrecho un poco más entre mis brazos, siento cómo tiembla, le doy un beso en la coronilla y May y Yeray se llevan a Jon para que nosotros podamos hablar con los agentes. Fayna nos acompaña.

—Esta mañana se ha localizado al señor Osvaldo Perdomo en Casablanca —comienza a relatar uno de los agentes.

—¿En Marruecos? ¿Qué coño hacía allí? —pregunto mientras sigo abrazando a Nayra, que parece no poder dejar de temblar.

—Esconderse y seguir con su negocio de tráfico de personas. Llevamos meses colaborando con la policía de aquel país y, al final, los hemos localizado.

—O sea, que Carmelo estaba con él, ¿no? —Si ha hablado en plural es que ese par de hijos de puta andaban juntos.

—Sí, pero el señor Carmelo Santana ha fallecido. Cuando se les descubrió, opusieron resistencia, hubo un tiroteo y fue alcanzado por una bala. No se pudo hacer nada por él.

«Pues que se joda el muy desgraciado, ojalá se pudra en el infierno», pienso, pero callo. Dos problemas menos.

—¿Y Marcos Perdomo? ¿Estaba con ellos?

—No. No sabemos dónde está. La policía de Marruecos y nuestros compañeros están interrogando a su padre, pero no está colaborando. —Dejádmelo a mí media hora y veréis cómo canta hasta *La traviata*—. Señorita Santana, debemos preguntarle qué quiere hacer con el cadáver de su padre para proceder con todos los trámites para su repatriación.

—Si no lo reclamamos, ¿qué pasaría con él? —pregunto.

—Será enterrado en una fosa común en Marruecos.

Por mí, como si lo dejan en mitad del Sahara para que se lo coman las alimañas.

—Decidas lo que decidas, nena, te apoyaré —le digo a Nayra pasados unos segundos en los que ella no ha dejado de mirarme. Aunque su padre sea el mayor hijo de puta del mundo, es su padre, el único que ha conocido, y comprendo que esté dudando en qué hacer con él—. ¿Podemos responderles mañana?

—Sin problemas, señor Basarrate —dice el agente que ha llevado la voz cantante todo el rato—. Gracias por su tiempo —nos dicen a modo de despedida mientras me estrechan la mano. Fayna los acompaña hasta la puerta.

—¿Estás bien, nena? —Nayra sigue temblando entre mis brazos.

—No. Abrázame, por favor.

No comprendo qué le pasa, pero hago lo que me pide o, más bien, suplica. Entierra su rostro en mi pecho y siento sus brazos aferrarse a mí con fuerza, como si tuviera miedo a caer en el abismo y yo fuera su tabla de salvación.

—*Maitia*, ¿qué está pasando? ¿Hay algo que debería saber? —le pregunto acariciando sus cabellos.

—Carmelo ha dejado una carta diciendo que tú y yo somos medio hermanos. Creo que será mejor que suspendamos la boda. —Siento entrecortarse su respiración a causa de las lágrimas que corren por sus mejillas.

—¿Qué? —pregunto confundido mirando a Fayna, que ha regresado y nos está escuchando. Mueve afirmativamente la cabeza—. ¿Me estáis diciendo que ese hijo de la gran puta está intentando jodernos incluso después de muerto?

—Cariño, ya sabes que si se descubre que somos... —empieza a decir Nayra.

—¿Qué? Que un puto código me impide casarme con la mujer que amo si se sabe que somos

hermanos, ¿es eso lo que me estás diciendo? Porque ahora mismo me paso el Código Civil por los cojones. Me importa una mierda. No vamos a suspender nada.

—Pero Endika... —Me mira con tristeza. Puede que Nayra no desee una boda por todo lo alto, pero siempre ha querido casarse y no voy a permitir que ese desgraciado le robe ese sueño.

—Ni peros ni hostias, Nayra. No le voy a dar el placer a tu padre de seguir jodiéndonos la vida, y mucho menos ahora que está muerto. Que se joda él, el Código Civil, Dios y su puta madre. Tú y yo vamos a casarnos, le pese a quien le pese y se joda quien se tenga que joder, así tenga que buscar un puto país donde el matrimonio entre medio hermanos esté permitido.

—Cariño, no comprendes que...

Sigue habiendo tristeza en su voz y resignación. No voy a consentir que se rinda, que deje vencer a ese cabrón.

—Eres tú la que no lo comprende, Nayra. No necesito un maldito papel para considerarte mi mujer porque ya lo eres. Esto no se trata de si una maldita ley de los cojones me permite legalizar lo que tú y yo tenemos. Se trata de que tu padre, una vez más, quiere jodernos la vida, quiere llevar la batuta de nuestras vidas, tener el puto poder de decidir lo que podemos o no podemos hacer. Y no me sale de los huevos darle ese poder. Ya lo tuvo, consiguió separarme de ti, que me sintiera culpable de algo que no era, que mis demonios me consumieran, que te hiriera, que por poco te perdiera y eso se acabó. Es nuestra vida, es nuestro futuro, somos nosotros los que decidimos. Así que no, no vamos a cancelar nada. ¿Que se descubre que somos hermanos? Me importa un carajo. ¿Que anulan nuestro matrimonio? Me la suda. Nadie va a impedir que cumplamos nuestros sueños y sé más que de sobra que tú siempre has querido casarte. Así que decide si quieres hacerlo aquí o si me pongo a buscar por internet algún lugar en el mundo en el que el matrimonio entre medio hermanos sea legal. Pero casarnos, por mis cojones que nos casamos.

—¿Por qué ese empeño?

Sigo viendo esa pena y ese dolor en sus ojos y maldigo al desgraciado de Carmelo Santana.

—Porque te amo, porque es otra forma más de decirte que te quiero como nadie te ha querido ni te querrá, que por ti mataré o moriré, que te cuidaré y mimaré, que no permitiré que nada ni nadie me separe de ti, que me ato a ti de todas las formas posibles, así sean humanas, legales, divinas, posibles o imposibles, que no volveré a fallarte, que seré el hombro en el que te podrás apoyar cada vez que lo necesites, que secaré tus lágrimas, que amaré tu cuerpo, tu alma y tu corazón, que seré tuyo por y para siempre. Porque eres mi mujer, la madre de mi hijo y de los que tendremos, mi compañera, la que hace que mi mundo gire, la que solo necesita un pestañeo para postrarme a sus pies. Porque quiero que le quede claro al mundo que nadie tendrá nada como lo nuestro, nunca. Porque lo nuestro es tan grande que ni siquiera le podemos poner nombre. Por todo eso, nena. —Tomo su rostro entre mis manos y le doy un dulce beso—. ¿Qué decides, lo hacemos aquí o busco por internet?

—¿Y por qué no lo hacéis de las dos formas? —suelta Fayna de repente. Ambos la miramos extrañados y sin terminar de comprender qué quiere decir. Se da la vuelta, abre un cajón del mueble del salón y saca una carpeta—. Me he tomado la libertad de investigar por mi cuenta y en Suecia el matrimonio entre hermanos de un mismo padre es legal. Aquí tenéis todos los trámites que se necesitan hacer. Casaos aquí y después allí. —Esta mujer nunca va a dejar de sorprenderme, en la puñetera vida—. Te lo dije, mi niña bella, que escogieras qué era lo que querías que te atara o te separe de él, si lo considerabas tu hombre o tu hermano. A mí me importa un pimiento si tenéis el mismo padre y Endika tiene razón, esto no es más que un intento

desesperado de Carmelo por seguir imponiendo su maldita voluntad, de seguir demostrando que él tiene el control de vuestra vida, incluso después de muerto. ¿Quieres un consejo, mi maravillosa guerrera de ojos grandes? Deja que tu padre se pudra en esa maldita fosa común en Marruecos, cástate con Endika, ten todos los hijos que quieras con él y sé feliz. Al carajo con el resto.

Nunca he tenido dudas de que Fayna es una mujer fuera de lo común, pero juro que es capaz de dejarme boquiabierto. Tiene más cojones que el resto del mundo. Es una guerrera, una luchadora, una mujer casi tan maravillosa como su nieta. Nayra se separa de mí, abraza a su abuela y le da dos sonoros besos en sus mejillas. Luego, regresa a mis brazos.

—¿Qué decides, *maitia*? ¿Le hacemos caso a tu abuela? —Me sonrío, da un brinco y se encarama mi cintura para devorar mis labios de una forma tan prohibitiva e indecente que consigue que se me ponga dura—. ¿Eso es un sí? —le pregunto cuando separa su boca de la mía, succionando mi labio inferior y arrancándome un placentero gemido. Asiente, sin poder apartar sus ojos de los míos, haciendo que mi mundo deje de girar.

—Espero no encontrarme vuestras ropas tiradas por el pasillo cuando regrese de dar un largo paseo por los viñedos —vuelve a soltar Fayna antes de desaparecer.

¡La madre que la parió! Me río, Nayra me imita y se restriega contra mi erección. Espero que el paseo de Fayna sea largo, muy largo.

He pasado la mejor Navidad de mi vida, al menos, que yo recuerde. Mi primera Navidad con Nayra y nuestro hijo. He disfrutado como un enano con ellos, poniendo el árbol, llevando a Jon a la cabalgata de los Reyes Magos, viendo cómo se les iluminaban los ojos, tanto a él como a Nayra, cuando abrió sus regalos. Unas Navidades llenas de risas, de alegrías, de felicidad. Una vez más, soy feliz, y me preguntó cómo fui tan gilipollas de pensar que podría vivir sin ella. Desde el instante en que la vi, esa opción dejó de existir, porque si hay dos personas destinadas a estar juntas, a atarse de todas las formas posibles, a amarse más allá de lo imposible, ser las dos mitades de un todo, esos somos nosotros, sin lugar a dudas.

Y hoy, quince de enero, vamos a atarnos de una manera más casándonos. Elegimos este día porque tal día como hoy nos conocimos. En aquella sala, aquella noche, con aquella música y aquel primer beso, empezamos nuestra historia y decidimos continuar con ella gritándole al mundo que nadie se amaré como nosotros nos amamos. Estoy nervioso y el trajín del día de hoy no ayuda a que me calme. Jon se ha despertado a las siete de la mañana, ha bajado de su cama y ha venido a buscarnos, metiéndose entre nosotros, y no ha parado de brincar en la cama hasta que nos ha sacado de ella. Después, a las ocho, los del *catering*, que han empezado a prepararlo todo para la boda. May ha llegado a las ocho y media de la mañana, me ha sacado prácticamente a empujones de casa y me ha mandado a la suya con Yeray. Aquí estoy, poniéndome el esmoquin con el que le daré el sí quiero a mi guerrera, con el que me ataré a mi hada en una ceremonia civil que se celebrará en casa de Fayna. Me tiemblan tanto las manos de los nervios y de la emoción que soy incapaz de hacerme el puñetero nudo de la corbata.

—Si no lo veo, no lo creo. El chulo de Endika histórico perdido porque se casa —me chincha Yeray mientras entra en la habitación—. Anda, quita, que ya te hago yo el nudo. —Aparta mis manos de la corbata y consigue dejarla perfecta en menos de un minuto—. Listo. Ahora a ver si eres capaz de aguantar hasta la hora de la ceremonia. —Se me queda mirando fijamente y me da una palmada en el hombro—. Acojona, ¿eh?

—¿El qué? —Ni idea de qué quiere decir.

—Que te pongan la sogá al cuello. Casarse. A eso me refiero.

—No, Yeray, a mí no. Nayra ya me puso esa supuesta sogá cuando la conocí. Y no veas cómo me gusta.

—Lo sé. —Vuelve a darme otra palmada—. Le basta una simple mirada para que te postres a sus pies. —Sonrío, más que nada porque es cierto—. Entonces, ¿por qué estás así de nervioso?

—Porque me muero de ganas de verla vestida de blanco, andando hacia mí, entregándonos de nuevo y de una nueva forma. Porque nunca en mi maldita vida creí en el amor, hasta que ella apareció. Nunca creí en el matrimonio ni en el amor eterno, hasta que ella se cruzó en mi vida. Porque una vida, por muy larga que sea, no me será suficiente para amarla, Yeray.

—¡Joder, colega, eso es una declaración y lo demás tonterías! —De pronto, me abraza y palmea mi espalda—. Espero que seáis muy felices. Os lo merecéis.

—Gracias, amigo, por todo. Nunca os podré pagar ni a May ni a ti todo lo que habéis hecho por nosotros. —Sonreímos, nos chocamos la mano, me aparto de él, miro la hora en el reloj, echo un último vistazo a mi aspecto en el espejo y, junto a mi incondicional amigo, me dirijo a compartir con mi guerrera uno de los días más felices de nuestra vida.

El jaleo que hay montado en casa de Fayna es monumental. Camareros para arriba y para abajo, la hermana mayor de Yeray riñendo a su hijo para que se esté quieto, Fayna dando órdenes a diestro y siniestro, los invitados llegando... Un caos. Recibo las felicitaciones de los padres de Yeray y los de May, de las hermanas de mi amigo, de los trabajadores de Fayna a los que hemos invitado, hasta que May aparece con nuestro hijo vestido con un diminuto esmoquin. Está para comérselo. Es un niño dicharachero, inquieto, un puro nervio, guapo y maravilloso como su madre. Corre hacia mí cuando me ve, con los brazos en alto y gritando.

—Papá. —¡Dios!, se me cae la baba cada vez que me llama así—. Mamá *apa* —me dice señalando al interior de la casa.

—Sí, enano. Mamá siempre está guapa. Preciosa, diría yo —le respondo mientras lo cojo en brazos, teniendo cuidado de que no me manche el esmoquin con sus zapatos.

—¿*Eciosa*? —Asiento y sonrío. Nuestro hijo tiene la misma sonrisa que Nayra. Se va a llevar a todas las chicas de calle cuando crezca—. ¿Vamos a *juga*? —pregunta intentando bajar de mi brazo.

—Ahora no, campeón. Primero tenemos que hacer algo muy importante. ¿Vas a portarte bien y a obedecer a la tía May? —Lo dejo en el suelo y me mira muy serio, como si comprendiera lo importante que es este momento para nosotros.

—Sí —responde como si fuera un hombrecito antes de salir disparado hacia May, que me hace un movimiento con la cabeza indicándome que es el momento de dirigirme a mi sitio, que no es otro que frente la mesa donde la jueza, la misma que lleva el caso de Carmelo, Marcos y Osvaldo, nos espera para la ceremonia civil. Compruebo que llevo los anillos en el bolsillo de la chaqueta y me encamino a mi lugar, nervioso como nunca lo he estado en mi vida. Jon se sienta al lado de Fayna, se escucha la famosa canción que suena en todas las bodas, y que ahora mismo ni recuerdo cuál es, y quiero morirme cuando la veo. Deja de ser mi guerrera, mi ángel y mi hada para convertirse en mi diosa. Ahora mismo, Venus y Afrodita se están muriendo de celos porque ni siquiera ellas le pueden hacer sombra a Nayra. Decir que está preciosa, espectacular o maravillosa es quedarse jodidamente corto. Me tiemblan las piernas, me flaquean las rodillas cuando veo que se acerca hacia mí con ese increíble vestido de novia, con esa espectacular sonrisa, con sus ojos chispeando ante la expectación del momento que vamos a compartir. Floto, quiero correr hacia ella, quiero postrarme ante ella, arrodillarme, llorar y reír, siento que voy a

colapsar cuando llega a mi lado y su perfume me sacude. Ninguno de los dos es capaz de dejar de sonreír ni de mirarnos, olvidamos a todos y a todo, solo existimos nosotros y esto que sentimos.

—No se ha inventado la palabra para describirte ahora mismo, ojos violeta —le digo tomándola de la mano y besando su dorso sin apartar mis ojos de los de ella.

—Estás increíblemente guapo —me responde—, y sexi.

Me tengo que tragar dos cosas: mi carcajada y mis ganas de besarla.

—¿Empezamos? —pregunta la jueza.

Ambos asentimos y ella empieza con la ceremonia, pero ni siquiera la escucho o la veo. No hago más que girar la cabeza para encontrarme con los ojos de Nayra, con su sonrisa. Estoy tan nervioso y tan feliz que por poco se me caen los anillos al suelo. Con las manos temblorosas, consigo poner el suyo en su dedo, bajo su atenta y anhelante mirada. Ella hace lo propio con el mío y solo deseo firmar ese puñetero papel para poder besarla. Estampo mi rúbrica en el papel, ella hace lo mismo, nos quedamos mirándonos y, sin más, sin saber si la jueza ha dicho que somos oficialmente marido y mujer, atrapo su rostro entre mis manos y la beso. Es un beso largo, lento, cargado de todo ese amor que nos tenemos, de todo lo que sentimos, de todos nuestros anhelos, sueños, amor y esperanzas. Con la misma lentitud que la he besado, separo mis labios de los suyos, volvemos a sonreír y, sobre nuestras cabezas, cae una lluvia de arroz y pétalos de rosas mientras todos gritan el famoso «vivan los novios», incluido nuestro hijo, que se ríe sin comprender qué pasa, pero compartiendo nuestra felicidad.

Definitivamente, soy feliz y lo más importante, la hago feliz. ¿Cómo pude pensar, ni por una milésima de segundo, que podría vivir sin ella? No tengo opción a eso, estoy atado a ella, irremediablemente, de todas las formas posibles, en un por y un para siempre que se me hará corto. Porque sí, hasta la eternidad no es suficiente tiempo para amarnos. Reímos, recibimos besos y abrazos de todos los invitados, la tomo de la mano y la llevo a la tarima de madera que hará las veces de pista de baile. No va a sonar ningún vals, de eso, ni hablar. Me he devanado los sesos, escuchado cientos de canciones, hasta encontrar la nuestra, esa que relate nuestra historia, lo que tuvimos y perdimos, lo que recuperamos y cuidaremos, lo que viviremos. Suena *All I ever needed*, de Bret Michaels. La acerco a mí, la rodeo con uno de mis brazos y nos balanceamos juntos, al compás de la música. Agacho mi cabeza, la obligo a mirarme a los ojos y le susurro la letra en nuestro idioma, aun sabiendo que ella la entiende perfectamente.

—No necesitamos fortuna ni fama, solo un pequeño refugio bajo la lluvia, tu mano para aferrarte. Cuando las cosas se pusieron difíciles, tiraste de mí, me atrapaste. No necesitamos un castillo hecho de piedra, solo que estés aquí a medida que envejezco —sus ojos empiezan a anegarse de lágrimas de felicidad—, tu corazón para aferrarme. Todo lo que alguna vez necesité fuiste tú, eras tú. —Sus brazos rodean mi cuello—. Recuerdo nuestro primer baile y nuestro primer beso, me imaginé mi vida contigo justo así, contigo a mi lado. Estoy a tu lado. —El mundo ha dejado de girar, el tiempo se ha parado, solo estamos ella y yo, y es perfecto—. Compartiremos la risa, la alegría y el dolor, pero es un momento como este el que espero que nunca termine. —Nos perdemos uno en los ojos del otro—. Te doy las gracias por compartir tu vida conmigo, por darme una razón para creer, por amarme por quien soy. Tú eres lo que siempre necesité. —Una de esas lágrimas escapa de sus bellos ojos, la seco con la yema de mi pulgar y la beso. Jamás me cansaré de hacerlo—. Te amo, *maitia*, y lo haré para siempre —le susurro con mi frente pegada a la suya.

—Y yo a ti, cariño —musita, con la felicidad envolviendo sus palabras, su cuerpo, su corazón y su alma—. Lo nuestro nunca terminará, jamás, porque nadie ama como nosotros nos amamos.

Sí, se puede ser feliz. Yo lo soy ahora mismo mientras giro sobre mis talones, con ella entre mis brazos, volando hacia ese futuro que siempre quisimos y que se nos negó, que yo nos negué. Pero la felicidad es efímera, breve y parece que se nos niega una vez más cuando un estruendo interrumpe nuestro baile, cuando algo impacta en el pecho de Nayra, cuando un líquido rojo y espeso brota de ese menudo cuerpo que es mi hogar, cuando los invitados corren despavoridos y ella cae entre mis brazos, con sus ojos fijos en los míos, llenos de amor, miedo y muerte.

CAPÍTULO XX

Lanzarote, 2019

No sé dónde estoy, no hay luz a mi alrededor, ni oscuridad ni calor ni frío. Nada. Doy vueltas sobre mí misma buscando algo, lo que sea, pero sigue sin haber nada. Trato de pensar en lo que ha ocurrido y solo recuerdo un ruido, algo entrando en mi pecho y sus ojos llenos de miedo, de pánico, de amor. ¡Endika!, quiero gritar, pero no puedo. Necesito encontrarlo, así que empiezo a andar o, por lo menos, lo intento porque mis pies parecen flotar. Ahí está, viene hacia mí andando con calma y corro hacia él. ¡Qué guapo está con el esmoquin! Nunca me cansaré de él, ni de mirarlo ni de admirarlo ni de sus gigantes y tiernos abrazos ni de que sus enormes manos me acaricien ni de que sus labios me besen ni de perderme en esas hermosas esquirlas de hielo azul que tiene por ojos. Jamás tendré suficiente de él. Me atrapó con una sola mirada y jamás escaparé de él. Existe el amor a primera vista y nosotros nos enamoramos en un solo segundo.

Veo que lleva su alianza en su dedo anular y le sonrío, a él, a mi hombre, a mi compañero, al padre de mi hijo, a mi marido. Eso es lo que él es para mí, nada más. Trato de abrazarlo cuando llego a su altura, pero se desvanece entre mis brazos como si fuera una cortina de humo, un fantasma. «No me dejes, *maitia*». Es su voz, pero él ya no está. Entro en pánico, vuelvo a girar sobre mí misma para buscarlo y allí, a lo lejos, en mitad de esta nada que parece querer engullirme, veo una ventana o, al menos, eso parece. Corro hasta ella y me asomo. Reconozco el lugar, es Playa Famara con sus enormes acantilados, su arena parda y la isla La Graciosa frente a ella. Hay algo tirado en la arena, junto al acantilado, y gente a su alrededor, unas cinco o seis personas, todas vestidas con diferentes uniformes. Cuando se apartan, veo con claridad qué es lo que está tirado en la arena.

Es Endika. Lo sé porque reconozco esa imponente e impresionante espalda con esas llamas tatuadas y mi rostro perfectamente dibujado en ella. La arena está mojada y no es por el agua del mar. Es su sangre, esa que se supone que compartimos, la que empapa la fina arena y una de las personas allí presentes tapa su cuerpo con lo que parece una sábana. ¡Endika!, quiero gritar de nuevo, pero tampoco puedo. La ventana se cierra y solo queda la nada. Tengo miedo, pánico, necesito encontrarlo, necesito que me abrace, que me bese. Otra ventana se abre y corro hacia ella. Es la casa de mi abuela, nuestra habitación, nuestra cama, pero él no está ahí. Están Fayna, May, Yeray y Jon, contemplando algo que hay sobre nuestra cómoda. Mi abuela llora.

Aunque está de espaldas a mí, veo cómo sus hombros se sacuden al compás de su llanto. May la abraza, trata de consolarla, pero mi amiga y hermana también llora desconsoladamente. Yeray sostiene a nuestro hijo en sus brazos, le da un beso en su cabecita y les dice algo a mi abuela y a May, que salen de la habitación. Ahí, sobre nuestra cómoda, una enorme urna funeraria con una inscripción. Nuestros nombres, el de Endika y el mío, y una frase: «Lo nuestro es tan grande que no se le puede poner nombre». Mi abuela se gira antes de cerrar la puerta de nuestro dormitorio y observa una fotografía que hay junto a la urna, una en la que estamos Endika y yo sonriendo abrazados, gritándole al mundo que nos amamos como nadie amará. «Ahora estaréis juntos para siempre, como siempre debió ser», dice antes de marcharse definitivamente. La ventana se cierra

y desaparece.

¿Qué significa eso? ¿Qué está pasando? No comprendo, no entiendo, no puede ser. Él no puede estar muerto, no, eso no. Quiero llorar, gritar, llamarlo, que me saque de aquí, pero no puedo. Vuelvo a correr por la nada, hasta que detengo mi alocada carrera en seco cuando Endika vuelve a aparecer frente a mí. Sigue llevando el esmoquin, su chaqueta está abierta y su blanca camisa manchada de sangre. «Si mueres, moriré contigo. Si me dejas, te seguiré. No viviré sin ti, ojos violeta, no lo haré. Te amo demasiado». Alarga su brazo y me tiende su mano, también manchada de sangre. «No me dejes, nena, no lo hagas, porque sin ti mi vida no tiene sentido». Lo miro a los ojos, que una vez más me muestran todo lo que siente: amor incondicional, ese que va más allá de la vida o la muerte, que es eterno, que ambos sentimos. «Vuelve a mí, nena, no me abandones». Es su voz, es él quien habla, aunque sus labios no se muevan. Tomo su cálida mano, me acerco a él y esta vez sí puedo envolverlo entre mis brazos. Me pongo de puntillas y él agacha su cabeza para besarme, para atrapar mis labios, para rozarlos con los suyos, con un suave beso, eterno y efímero.

—Llévame contigo, cariño. No permitamos que nada ni nadie nos separe, guapito de cara —le digo cuando sus labios se separan de los míos. Sonríe, se muerde su labio inferior, me alza como si pesara menos que una pluma y me acuna entre sus brazos—. Te amo, nene, más de lo que puedas imaginar —confieso mientras rodeo su cuello con mis brazos, recuesto mi cabeza sobre su hombro y le doy un beso en su mejilla. Endika sigue sonriendo mientras anda. No sé adónde vamos, no tengo ni idea, pero me da igual. Cualquier lugar será como el paraíso porque él está conmigo, porque seguimos estando juntos y lo estaremos para siempre.

Todo es caos, desesperación, incompreensión, dolor, sufrimiento. El infierno ha abierto sus puertas. El diablo ha aparecido, cobrándose su venganza, arrebatándome lo único que me importa, que le da sentido a mi vida, que hace que quiera vivir o morir. Nayra me mira con esos indescriptibles ojos que parecen apagarse por segundos.

—No me dejes, *maitia* —le susurro mientras presiono la herida de bala de su pecho, esa que está justo al lado de su corazón, esa que quiere apartarla de mi lado—. ¡¡¡Que alguien llame a una puta ambulancia!!! —grito, viendo cómo los demás corren, cómo los agentes de Policía Nacional y de la Guardia Civil se abalanzan sobre el hijo de la gran puta de Marcos que no sé de dónde coño ha aparecido, cómo Yeray se lleva a May y a nuestro hijo hacia el interior de la casa, cómo los trabajadores de Fayna corren y cómo ella, la abuela de mi mujer, acelera el paso para llegar a nuestro lado. Solo necesito un segundo para ver todo eso, un maldito y eterno segundo. Vuelvo a fijar mis ojos en mi mujer, en mi ángel, mi hada, mi guerrera y mi diosa—. Si mueres, moriré contigo. Si me dejas, te seguiré. No viviré sin ti, ojos violeta, no lo haré. Te amo demasiado. —Sigo hablándole, atrapándola en mi mirada, viendo cómo cada vez le cuesta más respirar, sintiéndome impotente por no poder hacer nada más. Si muere..., no, no puedo pensar en eso, ella no puede dejar de existir. Fayna se arrodilla a nuestro lado, mira a su nieta y me mira a mí. Será una mujer fuerte, con más cojones y agallas que todos los hombres que conozco, toda luz y fuego, pero se está derrumbando ante mí, cayendo junto a mí en el infierno, en ese que se abre ante cada desesperada bocanada de aire que Nayra da—. No me dejes, nena, no lo hagas, porque sin ti mi vida no tiene sentido. —Alguien me pasa una toalla para que siga presionando la herida y trato de detener o ralentizar la hemorragia. Sigo mirándola a los ojos hasta que ella los cierra, sumergiéndome en el abismo, en el averno, en la más absoluta de las desesperaciones—. Vuelve a mí, nena, no me abandones —musito antes de besar sus labios. Escucho sirenas, alguien me aparta

de ella, me la arrebató de entre mis brazos. La ponen en una camilla, la meten en una ambulancia y me dirijo al coche en el que está Yeray gritándome para que corra y así ir tras la ambulancia hasta el hospital. No siento nada, no veo nada, no puedo pensar en nada, solo en ella, en que no me puede dejar, en que la muerte no me la puede arrebatar, en que sin ella mi vida carece de sentido. Lloro, grito, la llamo por su nombre, me desespero y descubro lo que realmente es el infierno.

No sé dónde estoy y tengo frío, mucho frío. Ya no siento dolor, al menos, no el físico que me ha provocado el disparo. Oigo voces lejanas, muy lejanas. Trato de abrir los ojos y no puedo. Estoy a oscuras otra vez en esta especie de nada que me envuelve. Sigo teniendo frío, veo una luz, allá en el horizonte, parece tan cálida y yo tengo tanto frío que avanzo hacia ella, pero escucho un grito, un desgarrador aullido. Reconozco esa voz. Es Endika. Ahora siento dolor, mucho, que me desgarró por dentro, que me parte el alma y el corazón, que hace que detenga mi avance hacia esa luz. Lo vuelvo a escuchar, ese bramido de sufrimiento, de desesperanza, de desaliento y abatimiento, de negación y culpa. La luz avanza hacia mí, siento su calor y huyo de ella. No, no es ese calor el que quiero, el que necesito.

Oigo el llanto desesperado de Endika y acudo a él. Es a él al que necesito, que sea su cuerpo el que me dé calor, no el de esa luz, que sean sus brazos los que me rodeen, recostarme contra su pecho y escuchar el latido de su corazón, de ese que nunca dejó de amarme. La luz se va y solo queda oscuridad y frío. Le sigo oyendo llorar y quiero alcanzarlo para secar sus lágrimas a besos, para calmar su tormento con abrazos, para decirle que todo irá bien a partir de ahora, pero no encuentro el camino. Estoy perdida. Intento gritar para que venga a buscarme, como siempre ha hecho, pero no me sale la voz. Me hundo más en la oscuridad. Intento llorar, pero tampoco puedo. Siento un roce en mi mano, unos dedos entrelazarse con los míos, un cálido beso en el dorso de mi mano. Siento calor, su calor y su dolor, el de Endika, y mi corazón late desbocado hacia él, aunque no consigo despertar.

—Siempre te amaré, ojos violeta. —Escucho que me habla con la voz entrecortada por el dolor y el sufrimiento—. Fuiste, eres y serás mi más bonita casualidad, *maitia*. —Una gota cae sobre mi mano. Es una lágrima, suya, de mi hombre, de mi único y gran amor—. Vuelve a mí, cariño, porque no sé vivir sin ti. Vuelve, perdóname y ámame como solo tú sabes hacerlo. —Otra lágrima cae sobre mi mano, otro beso se deposita en mi dorso, otro llanto desgarrador rompe el silencio. La oscuridad y el frío regresan cuando pierdo el contacto con él.

Las horas se hacen eternas, los minutos interminables, los segundos pasan demasiado lentos, el tiempo parece haberse detenido. No sé cuánto tiempo lleva Nayra en el quirófano, no sé si sigue viva, si queda esperanza para nosotros, no sé nada. Tampoco veo, escucho o siento nada más que no sea este puto agujero en mi pecho, esta oscuridad en mi corazón, esta desesperación, dolor y sufrimiento que me consume por dentro. Yeray me trae un café, pero soy incapaz de darle un trago, de dejar de mirar esa maldita puerta por la que se la han llevado para intentar salvarla.

—Si le pasa algo, si no sobrevive... —musito entre lágrimas sin ser capaz de plantearme la posibilidad de una vida sin ella. Eso no es concebible, bajo ningún concepto.

—Vivirá —suelta de repente Fayna, que está sentada a mi lado. Ni siquiera me había dado cuenta de que está junto a mí, de que una de sus menudas manos se posa sobre mi pierna, de que está sufriendo tanto como yo, pero ella se aferra a la esperanza de que su nieta salga de esta. A mí ya no me queda esperanza, no cuando he visto cómo los ojos de mi hada se apagaban ante mí—. No te dejes consumir por la desesperación, muchacho. No lo permitas. Sigue luchando por ella

como ella siempre hizo por ti.

—¿Cómo, Fayna, cómo lo hago? —Tiro el puto café a la papelera que hay a mi lado, me froto el rostro con fuerza, me rompo un poco más por dentro.

—Llámala, haz que vuelva a ti, Endika. —La miro sin comprender qué quiere decir—. Estáis conectados, hijo, de una forma que nunca he visto en mi vida, que no sé ni explicar. Sentís, vivís, respiráis al mismo tiempo, al mismo compás, formáis las dos mitades de un todo, os amáis como jamás nadie ha amado ni amará. Llámala con esto —dice poniendo su dedo en mi corazón— y ella volverá a ti. A veces, solo se necesita creer para que los milagros existan. Cree en ella, en ti, en vosotros y en lo que tenéis, y ella vivirá por y para ti, como lleva haciendo desde que te conoció.

De repente, yo soy diminuto y ella enorme, son sus brazos los que me rodean, es esta mujer que siempre me sorprende la que consigue sacar las fuerzas de mi interior, la que me da consuelo, la que me devuelve la esperanza con sus palabras. No pudieron ponerle un nombre mejor. Fayna es luz, es fuego, es una guerrera como su nieta y tal vez, solo tal vez, tenga razón. ¿Por qué no creer en los milagros? ¿Por qué dejarme arrastrar al infierno? ¿Por qué no luchar por Nayra? ¿Por qué creer que la muerte me la puede arrebatarse? Porque soy gilipollas, porque nunca creí que tuviera derecho a ser feliz, a que me amaran sin reservas, sin miedos, sin temores, más allá de todo lo posible o imposible.

Cierro los ojos y deposito cada uno de mis pensamientos, de los latidos de mi corazón, de mis esperanzas y sueños en Nayra. La llamo, la reclamo, trato de que regrese a mí, de que vuelva a ser la luz de mi vida. Lo hago y, por un breve instante, puede que fruto de esta locura y desesperación que estoy sintiendo, noto su presencia a mi lado, la calidez de su inexistente mano sobre la mía, escucho el latido de su corazón, su menudo cuerpo entre mis brazos, su cabeza descansar sobre mi hombro. La siento, aun sabiendo que no está aquí. «No me dejes, maitia. Vuelve a mí, regresa a mi lado. Déjame hacerte feliz, nena. Te amo, ojos violeta, como nadie te ha amado, como nadie te amará. Recuérdalo, preciosa. Lo nuestro es tan grande que ni siquiera se le puede poner nombre». Veo su sonrisa, siento sus labios sobre los míos, escucho su voz. «Llévame contigo, cariño. No permitamos que nada ni nadie nos separe, guapito de cara. Te amo, nene, más de lo que puedas imaginar».

Pero todo desaparece cuando la maldita puerta se abre y los médicos salen. Trato de aferrarme a ella, a su alma, que parece no querer separarse de mí, mientras escucho lo que dicen los doctores. De momento, solo de momento, sigue viva, pero no pueden asegurarnos que sea así por mucho tiempo. Su estado es de suma gravedad, no saben si sobrevivirá y nos advierten que nos preparemos para lo peor. Como si eso fuera posible, como si alguien pudiera prepararse para perder a su único motivo para vivir.

—Quiero verla —exijo mientras me pongo en pie.

—Lo siento, señor, pero eso no es posible —me responde el doctor.

—He dicho que quiero verla. Es mi mujer y necesito verla. —Yeray trata de calmarme, poniendo su mano sobre mi hombro, mientras yo sigo acribillando con la mirada al médico. Fayna se pone ante mí, delante de ese hombre al que aplastaré como una cucaracha si no me deja estar un momento con ella, y mira al doctor.

—Déjele pasar. —No puedo ver los ojos de Fayna, ya que está de espaldas a mí, pero sí veo los del médico. No sé qué ha visto en la mirada de Fayna, ni pajolera idea, pero sea lo que sea, me concede ese momento que necesito para estar con Nayra.

—Un minuto, ni un segundo más —dice el doctor, mirándome de nuevo a mí—. Acompañeme.

Solo hay una cosa que sería peor que ver lo que ven mis ojos en estos momentos, y eso sería

tener que verla metida en una puta caja, sin vida, llorando su muerte. Porque lo que ven mis ojos es horrible. Mi hada, mi guerrera está tumbada en una cama, con unos malditos cables pegados a su pecho monitorizando sus lentas pulsaciones, con unos tubos en la nariz insuflándole oxígeno a sus pulmones, pálida, sin luz, casi sin vida. No puedo reprimir las lágrimas y tampoco lo intento. ¿Para qué? Me acerco a ella con cuidado, mirándola, escuchando los pitidos de esa odiosa máquina, temiendo que deje de pitar. Por primera vez en toda mi vida, tengo miedo, pánico, terror del de verdad. Si dejo de escuchar ese sonido, ese detestable a la par que maravilloso pitido, mi vida dejará de tener sentido.

—Siempre te amaré, ojos violeta —se me entrecorta la voz, se mezcla con mi dolor y mi sufrimiento mientras tomo su mano. Apenas queda calor en su cuerpo—. Fuiste, eres y serás mi más bonita casualidad, *maitia*. —Una de mis lágrimas cae sobre su mano. Espero alguna reacción por su parte, pero no llega. Sigue dormida, en el limbo entre la vida y la muerte—. Vuelve a mí, cariño, porque no sé vivir sin ti. Vuelve, perdóname y ámame como solo tú sabes hacerlo. —Otra lágrima cae sobre su mano, beso su dorso deseando que abra los ojos y que ilumine de nuevo mi vida. Otro llanto desgarrador rompe el silencio. El mío, cuando el médico pone su mano sobre mi hombro y me obliga a salir de allí. La angustia y la desesperación regresan cuando pierdo el contacto con ella.

La nada me sigue envolviendo. Sigo sin encontrar el camino que me lleve de regreso hasta él, sigo sintiendo frío, teniendo miedo. Las fuerzas empiezan a fallarme, estoy cansada, muy cansada. De nuevo, la luz aparece ante mí y ya no tengo ganas de correr, de huir, de pelear, de luchar. Alguien aparece a mi lado y, aunque en un principio creo que es Endika, cuando lo miro, veo que no es él. Es la muerte que viene a buscarme, a llevarme con ella, encarnada en un hombre al que no puedo verle el rostro porque lo oculta bajo una capucha, pero sé que es ella. Me tiende la mano y yo alzo lentamente la mía para dejarme llevar. «¿De verdad vas a dejarme, nena? Lucha, *maitia*, lucha por nosotros. No me abandones». ¡Endika!, quiero gritar, pero de nuevo no puedo. Aparto con rapidez mi mano, no permito que la muerte me toque, recobro las fuerzas. «¡Endika!, ¿dónde estás?», consigo gritar. «Estoy aquí, a tu lado, ojos violeta, amándote. Regresa, cariño. Regresa y devuélveme la vida». Lo veo, ahí está, junto a la muerte, encarándola, peleando contra ella, luchando por mí. «No permitas que nada nos separe, nena. No lo permitas». Corro hacia él, siento su calor envolviendo mi cuerpo, uno de sus brazos en mi cintura y escucho el sonido de su corazón. Las fuerzas vuelven a mí y me aferro a su mano con fuerza. No lo consentiré, no cederé, no me rendiré. La muerte me mira, me desafía y pierde. Porque no me apartará del lado de Endika, hoy no. Derrotada y cabizbaja, se marcha y yo, por fin, encuentro el camino de regreso al único lugar en el que quiero estar, al lado de Endika.

Llevo cinco malditos e interminables días metidos en este hospital. No me he movido de aquí, ni siquiera he ido a casa a ducharme o cambiarme de ropa ni a ver a Jon. Ha sido Yeray el que me ha traído una bolsa de aseo y una muda limpia de ropa todos los días, el que cuida de nuestro hijo junto a May. Vivo en la sala de espera de urgencias del hospital, me aseo en el baño de esta maldita sala, como por obligación la comida que me trae Yeray, duermo, si es que se puede llamar dormir a lo que hago, en una de estas sillas. Los médicos han insistido en que me vaya a casa a descansar y que regrese en horario de visitas. Una mierda de horario que se compone de tres medias horas al día. Una por la mañana, una a mediodía y la otra a última hora de la tarde.

¡Y una mierda! No me pienso mover de aquí, no hasta que ella despierte, no hasta que regrese a

mí. Comparto el horario de visitas con Fayna, ya que se nos permite entrar a los dos a ver a Nayra al box de la UCI en el que está permanentemente vigilada y monitorizada, en coma, sin que lo médicos puedan decirnos por qué está así, por qué no despierta. Le hablo, cada vez que entramos al maldito box de los cojones, le hablo deseando, implorando, rezando para que reaccione a mis palabras, a mis leves caricias en sus manos o sus mejillas, incluso hoy le he dado un ligero beso en sus labios, pero nada, sigue sin despertar y yo sigo muriendo cada día un poco más.

Estoy desesperado, la angustia empieza a hacer mella en mí, el pesimismo quiere apoderarse de mí, mis esperanzas parecen desvanecerse y, en un exasperado intento de joder a la muerte y al destino que quieren arrebátarmela, me quito los zapatos, la camisa y me tumbo al lado de Nayra con sumo cuidado, para atraparla entre mis brazos, para darle calor con mi cuerpo ante la atenta mirada de Fayna, que sonrío dando su aprobación a lo que estoy haciendo.

—¿De verdad vas a dejarme, nena? —le susurro al oído—. Lucha, *maitia*, lucha por nosotros. No me abandones. —Igual me estoy volviendo loco, pero juraría que hay una lágrima tratando de escapar de sus ojos—. Estoy aquí, a tu lado, ojos violeta, amándote. Regresa, cariño. Regresa y devuélveme la vida. —Sí, es una lágrima la que resbala por su mejilla. La seco con el suave acariciar de mis labios, la estrecho un poco, solo un poco más entre mis brazos y pego su cabeza a mi pecho para que escuche el latido de mi corazón—. No permitas que nada más nos separe, nena. No lo permitas. —La puerta del box se abre. Sé que el médico me va a sacar a patadas de aquí, lo veo en su iracunda mirada, que me fusila cuando ve lo que estoy haciendo. Supongo que piensa que me he vuelto loco, porque muy cuerdo no debe ser encontrar a un tío medio desnudo tumbado en la cama donde tienes a una de tus pacientes al filo de la muerte. Miro a Nayra por última vez, cierro los ojos y deposito el enésimo beso sobre sus labios—. Te amo, ojos violeta —le susurro con los ojos cerrados y nuestros labios apenas separados por unos milímetros.

—Y yo a ti, guapito de cara. —Definitivamente, se me ha ido la cabeza, he perdido la chaveta.

—Te lo dije, muchacho. Si crees, los milagros existen —oigo que dice Fayna. Una mano acaricia mi mejilla con extrema suavidad, abro los ojos y el milagro se materializa ante mí. Nayra está despierta, me mira, me sonrío, ha vuelto a mí. Y como el hombre enamorado que soy, rompo a llorar, pero esta vez de felicidad.

Lo conseguí, encontré el camino, regresé a su lado. Bueno, no lo hice sola. Una vez más, él vino a mí, acudió hasta mí, me salvó. Mi gigante rubio, mi gran amor. Me pierdo en sus ojos, dejo que su cuerpo le dé calor al mío, me embeleso mirándolo, sonrío y él me devuelve la sonrisa mientras las lágrimas corren por sus mejillas perdiéndose entre su barba. Tiene cara de cansado, ojeras y el pelo revuelto, pero sigue estando guapísimo, sigue siendo mi hombre, mi motivo para vivir. Lo tomo por la nuca, lo acerco más a mí y lo beso. Su aliento roza mi cara, sus brazos envuelven con suavidad mi cuerpo. Me devuelve la vida con su sola presencia y su mirada.

—Bájese de ahí ahora mismo. —Oigo que ordena alguien. Dejo de mirar un momento a Endika para ver dónde estoy y quién habla. Esto parece una habitación de hospital y una máquina monitoriza los latidos de mi corazón. Mi abuela está aquí y me sonrío cuando nos miramos. También hay un médico. Él es quien le ha ordenado a Endika que se aparte de mi lado. Vuelvo a fijar mis ojos en él y siento cómo trata de separar su cuerpo del mío para obedecer al doctor.

—No —musito aferrándome a él—. No te separes de mí, no me dejes —suplico.

—He dicho que se baje de ahí —vuelve a ordenar el médico.

Lo acribillo con la mirada. Mi abuela es la que media entre ese hombre y yo.

—Déjelos a solas unos minutos, por favor —le dice plantándose frente al doctor—. Ambos lo

necesitan.

El hombre mira a mi abuela, observa cómo me aferro con más fuerza a Endika y refunfuña algo que no entiendo.

—Cinco minutos —dice antes de dejarnos a solas.

Mi abuela nos sonríe y marcha detrás de él. Vuelvo a fijar mis ojos en los de Endika, vuelvo a perderme en ellos, vuelvo a sentir la vida correr por mi cuerpo.

—Me has hecho pasar por un infierno, ojos violeta —me dice antes de besarme con suavidad—. Creí que te perdía. —Las yemas de sus pulgares recorren el perfil de mis labios antes de acariciarlos con los suyos.

—No encontraba el camino de regreso —confieso con mi frente pegada a la suya—. Pero viniste a buscarme. —Aparto mi frente de la suya y lo miro a los ojos—. Sabía que vendrías, que no me dejarías.

—Nunca, nena, jamás te dejaré. Iré donde tú vayas, cariño. Siempre estaré a tu lado.

—Lo sé, lo vi. —Arruga la frente sin comprender mis palabras—. Te vi en Playa Famara, tirado en la arena, sin vida. Te habías arrojado desde el acantilado. —Una lágrima se escapa de sus bellos ojos—. Lo hubieras hecho. —No pregunto, solo constato un hecho—. Te hubieras quitado la vida si yo hubiera muerto.

—No tengo vida sin ti, *maitia*, así de simple. —Nuestros labios se rozan de nuevo, recuesto mi cabeza sobre su pecho, escucho el latido de su corazón y sobran las palabras. Sobran porque no necesitamos nada más que no sea el uno al otro, que estar juntos, que amarnos como nos amamos. Endika tiene razón, la simpleza de nuestro amor consiste en que ninguno de los dos tiene vida sin el otro, en que somos las dos mitades de un todo, en que ninguno de los dos puede existir sin el otro. Cierro los ojos, escucho la potente melodía de su corazón y me dejo embriagar por todo eso que siento cuando él me toca, abraza o besa de esta forma, con tanta devoción que creo que voy a desfallecer.

Han subido a Nayra a planta, le han asignado una habitación y, aunque no sabemos cuánto tiempo más permanecerá en el hospital, me tomo la licencia de dejarla con su abuela durante una hora para ir a casa, darme una rápida ducha, coger algo de ropa, a Jon, que se pone a brincar cuando me ve, y regreso al hospital. May y Yeray están allí, con mi mujer, mi guerrera, mi hada. No sé a quién le tengo que dar las gracias de que ella siga aquí, si a Dios, a los médicos o a ella misma, que no se rindió y siguió peleando por nosotros sin dejar que la muerte me la arrebatara. Pero sea a quien sea, gracias. Con nuestro hijo en mis brazos, me acerco a la cama de Nayra. Ya no lleva ese puñetero tubo en la nariz ni esa máquina conectada a su pecho. Ya no está pálida, vuelve a tener luz, vuelve a ser mi guerrera, mi ángel, mi hada y mi diosa, y sonríe cuando nos ve. Jon quiere lanzarse a sus brazos, pero no se lo permito. Con cuidado, dejo al niño sentado al lado de Nayra. Ella lo abraza, se comen los mofletes el uno al otro y yo contengo el llanto de felicidad que quiere escapar de mis ojos.

—Mama *eciosa* —dice dándole un sonoro beso en la mejilla a Nayra.

—Tú sí que eres guapo, mi niño bello —le responde ella. Una enfermera entra para tomarle la temperatura a Nayra, cojo a Jon y lo siento a mi lado en el sofá que hay en la habitación. Saco uno de sus cuentos y se lo paso para que se entretenga. Siento cómo Nayra nos observa, la miro y ambos sonreímos—. Gracias por amarme, guapito de cara.

—Un placer, ojos violeta —le respondo guiñándole un ojo, antes de seguir mirando el cuento con Jon, que no hace más que preguntar qué es esto o qué es lo otro. A eso de las ocho y media de

la tarde, May, Yeray, Fayna y Jon se marchan, después de que mi amigo me haya traído un bocadillo y una botella de agua de la cafetería. Me lo zampo a la velocidad de la luz porque estaba muerto de hambre y ni siquiera me había dado cuenta. Nayra vuelve a insistir en que me vaya a casa, a descansar y a cuidar de nuestro hijo—. Déjalo correr, nena, porque no pienso salir de este puto hospital si no es contigo agarrada de mi brazo. Punto y final de la discusión.

—Pero estás cansado y Jon te necesita —repite consiguiendo que me enfade, ligeramente, pero que me enfade. A terca, no la gana nadie.

—Escúchame bien —le digo mientras me levanto del sofá y me acerco a ella, tomo su rostro entre mis manos y la miro a los ojos—, no pienso moverme de aquí, no me voy a separar de tu lado, nada ni nadie va a conseguir que te deje ni un puñetero minuto sola mientras estés aquí. No me he movido en los cinco malditos días que has estado en coma y no lo pienso hacer ahora. Jon no me necesita, tiene a tu abuela, a May y a Yeray. Eres tú la que me necesita, soy yo el que te necesita. ¿Para qué coño quieres que me vaya a casa? ¿De verdad crees que podría dormir en nuestra cama, sin ti a mi lado, sin tu cuerpo pegado al mío, sin tu calor, sin tu aroma? ¿Todavía no te has dado cuenta de que mi lugar en el mundo está donde estés tú, de que te amo más allá de todo lo posible o imposible? ¿Acaso no recuerdas que te dije, tras aquella primera noche en la que dormimos juntos, que si te convertías en mi chica sería tu peor pesadilla, tu tormento, tu anhelo, que te perseguiría, te exasperaría, te cuidaría, que te lo daría todo y te lo reclamaría todo? —Sus ojos se empañan con lágrimas de felicidad, amor y deseo—. Accediste a ello, no huiste, no te alejaste, decidiste convertirte en mi hada, en mi guerrera, en mi ángel, en mi mujer, en la luz de mi vida, en mi todo. Así que deja de insistir, porque no me pienso apartar de tu lado. Ni siquiera la muerte me separará de ti, ojos violeta, ni siquiera ella, porque vayas donde vayas, te seguiré. —La beso, trato de que sea un suave y dulce beso, pero cuando ella entreabre sus labios, no lo puedo remediar y recorro cada recoveco de su interior con mi lengua, la enredo con la suya, me quedo sin aire. Separo nuestras bocas, succionando su labio inferior—. Te amo, *maitia*, y no tienes ni puta idea de cuánto.

—Creo que me hago una ligera idea, nene —responde mientras acaricia mis labios con sus dedos—. Yo también te amo, guapito de cara, y tampoco tienes ni puñetera idea de cuánto. —Me río, sacudo la cabeza y me aparto de su lado porque, una vez más, sus ojos y su mirada hacen que pierda la razón. No puedo dormir con ella entre mis brazos, pero por lo menos estamos en la misma habitación, puedo escuchar su suave respiración y que sea lo último que vean mis ojos cuando los cierro, tumbado en el sofá. Sabiendo que ella será lo primero que vea cuando despierte, consigo dormir después de cinco días. Y sueño, sueño con la vida que tendremos, una maravillosa vida juntos. Pero para alcanzar esa vida que ambos deseamos, me queda una cosa pendiente por hacer. Y la haré. Cuando Nayra salga del hospital, la haré. Y con ella, con ese último paso que daré, cerraré todas las heridas del pasado, las tuyas y las mías, y ya nada ni nadie empañará nuestra felicidad.

CAPÍTULO XXI

Lanzarote, 2019

Despierto y lo primero que escucho son los suaves ronquidos de Endika. Abro los ojos y lo veo acostado en ese sofá cama, con la mitad de sus piernas colgando. Lo observo con detenimiento, recorriendo cada rasgo suyo, cada músculo de su cuerpo, cada milímetro de él. Me bajo con cuidado de la cama, la herida del disparo me duele un poco. Cojo con mi mano el gancho con ruedas del que cuelga el gotero y que me suministra la medicación por vía intravenosa, ando despacio, muy despacio para no marearme y llego a su lado. Me tumbo con cuidado, me aovillo contra él, entierro mi cabeza en su pecho, aspiro su aroma, siento su calor y cierro los ojos.

—Vas a conseguir que el médico me eche a patadas del hospital, nena. —El muy puñetero está despierto—. Si entra y te ve aquí, la vamos a liar. —Deposita un beso en mi coronilla.

—Me importa un bledo. —Se ríe por mi comentario—. Necesito sentirte, cariño. — Alzo mi cabeza para perderme en sus ojos—. Eres lo único que necesito. —Sostenemos nuestras miradas unos segundos, perdiéndonos el uno en el otro—. Bésame.

—Tú quieres que ese médico me asesine, ¿verdad? —responde poniendo cara de gamberro. Alzo las cejas, sonrío y le pongo ojitos—. No necesitas mirarme así, *maitia*, ni tratar de seducirme para postrarme a tus pies. —Sus yemas recorren el perfil de mis labios—. Te dije que satisfaría cualquier deseo que tuvieras, cualquiera, ojos violeta. —Sus labios atrapan los míos con suavidad, su lengua recorre cada recoveco de mi boca, se enreda con la mía, su aliento se mezcla con el mío y todo desaparece, para quedar solo nosotros dos—. Me vuelves loco, preciosa, completamente loco —sentencia antes de recostar mi cabeza sobre su pecho, abrazarme y permitir que estemos así unos minutos, pasados los cuales me obliga a levantarme con cuidado.

Me acompaña al baño porque me estoy haciendo pis, me lleva de regreso a la cama, me tapa con la sábana para que no me enfríe, pliega el sofá cama, coge la silla de plástico que hay en la habitación y se sienta a mi lado, tomando mi mano con la suya, mirándonos y sonriendo; hasta que las enfermeras y el médico entran para revisar mi estado. Detesto tener que perder el contacto con él, aunque solo sean unos minutos, pero lo detesto. Endika se queda en el fondo de la habitación, lo más alejado posible, con las manos en los bolsillos y observando con detenimiento, sin dejar de mirarme ni un solo segundo.

El médico nos dice que si sigo así, si no hay infección ni fiebre, que si sigo mejorando de esta forma que escapa a su entendimiento, me dará el alta en unos tres o cuatro días. Entiendo que no comprenda cómo es posible que hace menos de veinticuatro horas estuviera en coma, en el limbo entre la vida y la muerte, y que ahora esté fresca como una rosa. Él no lo puede comprender y yo no puedo explicarle que todo cuanto necesito es a Endika, a su incondicional amor, a su mirada, sus caricias, sus abrazos.

No lo entendería, no comprendería que burlé a la muerte porque él vino a por mí, así que para qué explicárselo. A media mañana, aparece mi abuela con nuestro hijo, que corre hasta mí para encaramarse a la cama, con ayuda de Endika, y llenarme de nuevo la cara de besos. Sin querer, se apoya en la herida de bala y yo me quejo. Endika lo coge, lo sienta en los pies de la cama y lo

regaña.

—Campeón, tienes que tener cuidado con mamá, ¿vale? Está malita y no puedes saltar así encima de ella hasta que se ponga buena, ¿entendido?

—¿Mamá tiene pupa? —me pregunta con esos ojos idénticos a los de su padre llenos de preocupación.

—Sí, mi niño bello, mamá tiene pupa —le respondo—. Pero no pasa nada, me pondré bien y jugaremos todo lo que quieras.

—¿Onde tienes pupa, mami? —Es un niño curioso, despierto y atento, que siempre quiere saberlo todo.

—Aquí —le digo señalando mi pecho. Con esa curiosidad innata en él, me levanta el camisón, bajo la atenta mirada de Endika, que se oscurece, se llena de furia, de rabia y de odio cuando ve mi herida. Jon me da un beso en ella.

—Ya *tá*. Mami *tá* curada —dice, totalmente convencido de que con su beso me ha sanado del todo.

—Sí, enano, mamá ya está mejor, pero ahora ven aquí y bájate de esa cama —le dice Endika, bajándome el camisón y cogiendo a Jon en sus brazos—. Vamos a la máquina a por una chuche. —Se inclina sobre mí y me da un beso en la frente—. Ahora regresamos, ojos violeta. —Veo cómo se marchan y mi abuela se acerca a mí, se sienta en la cama, me toma la mano y me sonrío.

—Nunca tuve dudas de que él te traería de vuelta, mi maravillosa guerrera de ojos grandes. —Sonrío porque su sabiduría me deja sin palabras—. Pero no me vuelvas a hacer pasar por eso o te despellejo. —Quisiera reírme, pero sé que si lo hago, la herida me dolerá.

—Gracias, abuela —le respondo dándole un beso en la mejilla—. Gracias por todo. —Es todo cuanto digo mientras nos abrazamos.

Mis dos hombres regresan a los pocos minutos, con Jon sonriendo mientras se come su chocolatina y se llena la cara de chocolate, con Endika tratando de limpiarle la cara con toallitas y sonrío feliz porque no necesito más que esto para serlo.

No me he movido de su lado en los ocho días que ha permanecido en el hospital ni lo haré el resto de mi vida. La he cuidado, mimado, adorado y hasta venerado, y lo seguiré haciendo porque sin ella no tengo nada y con ella lo tengo todo. Salimos del hospital abrazados, con ella aferrada a mi cintura, con mi brazo rodeando sus hombros, pegándola a mí y con nuestro hijo dando brinco delante de nosotros, riendo, siendo felices. En casa nos reciben Fayna, May y su incipiente barriga donde crece su hijo, Yeray y los trabajadores de la bodega y de los viñedos. Comemos en familia porque eso es lo que somos. Reímos y charlamos, hasta que me doy cuenta de que Nayra empieza a estar cansada y la acompaño a nuestro dormitorio para que se eche una siesta y descanse. Me tumbo a su lado, la estrecho entre mis brazos, la acuno contra mi pecho y pretendo darle un casto beso en los labios, pero ella se me adelanta, me devora y me excita.

—Nena... —refunfuño cuando consigo separar mi boca de la suya. Pega más su cuerpo al mío sin que quepa una gota de aire entre nosotros, me atrapa en su mirada y trata de hacerme sucumbir—. Todavía estás convaleciente —la regaño, desterrando el deseo que despierta en mí—. *Maitia*, estate quieta. —Ha empezado a tirar de mi camiseta interior para desnudarme. En su bello rostro aparece esa sonrisa que me vuelve loco, tímida y lujuriosa a la vez—. Para de una vez —le ordeno mientras atrapo sus manos para que deje de desnudarme.

—¿Por qué? —pregunta pegando su sexo al mío, que responde de inmediato hinchándose—. Ambos lo deseamos.

—Cierto, pero sigues estando convaleciente y la casa está llena de gente. —Giro sobre mi cuerpo, me poso sobre ella con cuidado, recostando mi peso en mis antebrazos, permitiendo que rodee mi cintura con sus piernas—. Además, no lo haremos hasta que no nos vayamos de luna de miel. Así que pórtate bien.

—Nunca me ha gustado portarme bien, no contigo. —Trata de atrapar mis labios, pero se lo impido porque si lo hace, sucumbiré—. ¿Y qué significa eso de que no lo vamos a hacer hasta que nos vayamos de luna de miel? —pregunta arrugando la frente.

—Significa exactamente eso, que no pienso hacerte el amor hasta que estemos de luna de miel.

—Pero...

—A callar, Nayra. Sé que no habíamos planeado nada, que no íbamos a ir a ningún lado porque parece que vivimos en una luna de miel constante, pero lo he pensado mejor. Tengo una sorpresa reservada para ti, iremos a un sitio y luego a celebrar nuestra unión.

—¿Cuándo y dónde?

Ya me extrañaba a mí que se conformara con tan poco.

—Ya lo verás, pero tardaremos unas semanas en irnos.

Su cara es un verdadero poema y yo me tengo que tragar una carcajada.

—¿Unas semanas?! Será una broma, ¿no? —Niego con la cabeza—. No lo puedes decir en serio. No me puedes dejar sin sexo unas semanas.

—Pues sí, lo digo totalmente en serio. —Agacho la cabeza y le susurro al oído—: Te vas a tener que aguantar unas semanas porque luego consumaremos nuestro matrimonio de todas las formas posibles. —Pego más mi hinchada verga a su sexo y no la penetro porque seguimos con la ropa interior puesta—. Te haré mía y seré tuyo, te amaré y me amarás, nos follaremos, sucumbiremos a todos y cada uno de nuestros deseos y no pararemos hasta que te quedes embarazada de nuevo. —Succiono su lóbulo, lamo su cuello, siguiendo el curso de su yugular, y le doy un último beso—. Y ahora a dormir. Tienes que descansar. —Me libero de sus piernas, me tumbo bocarriba y ella se recuesta en mi pecho.

—¿No me vas a dar ni un anticipo? —protesta, y me río.

—Ni uno. Y ahora duérmete de una puñetera vez. —Le doy un beso en la coronilla y la estrecho un poco más contra mí.

—Eres un aguafiestas —refunfuña por última vez. Puede que ahora lo piense porque no tiene ni la más remota idea de lo que tengo preparado para ella, pero sé que le gustará y que será un nuevo inicio para nosotros.

Llevo diez días haciendo básicamente tres cosas: descansar, tratar de averiguar qué cuernos es esa sorpresa que Endika me está preparando e intentar seducirlo. Solo tengo éxito en lo primero, porque en las otras dos cosas estoy fracasando estrepitosamente. He revisado su correo electrónico, su móvil, sus llamadas, su WhatsApp, todo, y no hay nada que me dé una mínima pista de qué está tramando. Y lo sabe, el muy puñetero sabe que lo estoy investigando y que me frustró por no tener ni pajolera idea de nada. Y ya no te hablo de mis intentos de seducción, porque ahí sí que estoy fracasando.

Anoche me puse un picardías negro y transparente acompañado de un minúsculo tanga, me puse mi perfume y salí de nuestro baño más que dispuesta y convencida de que lo iba a seducir y que iba a tener una buena sesión de sexo con él. Pues no, de eso, ni hablar. Por supuesto que se excitó cuando me vio, su pene reaccionó y se hinchó, pero la capacidad de aguante de Endika llega a exasperarme. Me miró, se empalmó, cogió una almohada y empezó a sofocar sus carcajadas

escondiendo su cara.

—Que no se te olvide meter ese conjunto en la maleta cuando nos vayamos de viaje de novios —me soltó cuando me tumbé a su lado—. Te lo arrancaré a mordiscos. —Su voz se había agravado un par de octavas a causa del deseo, pero no sucumbió, ¡qué va! Me dio uno de esos besos que hacen que mi entrepierna palpite furiosa y hambrienta y me acunó sobre su pecho.

—Eres un demonio —refunfuñé frustrada.

—Lo sé, y tu demonio te comerá enterita, de los pies a la cabeza, sin dejar un milímetro de tu piel por besar o lamer. Te tomaré de todas las formas posibles, tocarás el cielo con las manos y te retorcerás de placer. Pero cuando nos vayamos de luna de miel —me dijo con la lujuria reflejada en su voz—. Y ahora a dormir, ojos violeta. —Suspiré frustrada y al borde de una combustión espontánea.

Esta noche no hemos podido dormir ni Endika ni yo. Ayer me llamó la jueza que lleva el caso de mi padre, de Marcos y de Osvaldo y nos citó a las nueve de la mañana en su despacho del juzgado. Endika conduce en silencio, tenso, y aunque me ha dicho que no me preocupe, ambos sabemos que eso es imposible. Los dos lo estamos. Aparca cerca de los juzgados de Arrecife y, agarrados de la mano, nos dirigimos hacia allí. Una vez dentro del edificio, el ujier nos acompaña hasta el despacho de la jueza. Endika se tensa aún más cuando entramos y vemos al fiscal allí.

—Buenos días —decimos los dos a la vez.

—Buenos días —responde la jueza—. Siéntense, por favor. Tenemos que hablar con ustedes.

—Ustedes dirán —dice Endika, tras tomar asiento a mi lado y agarrarme de la mano porque estoy temblando.

—Verá, señor Basarrate, queríamos hablarle del acuerdo al que hemos llegado con el señor Marcos Perdomo —empieza a decir el fiscal, consiguiendo que Endika lo acribille con la mirada. Aprieto su mano con suavidad tratando de calmarlo—. Como ustedes saben, el señor Marcos Perdomo está implicado en una red de tráfico de personas y de narcotráfico. A cambio de una reducción de su condena, hemos conseguido que nos facilite el nombre de esas personas para poner en marcha el operativo para detenerlos y desarticular dicha red.

—¿Me está diciendo que van a imponerle una condena menor a ese desgraciado que por poco mata a mi mujer? ¿Eso es lo que me está diciendo, señor fiscal? —pregunta entre dientes Endika mientras yo aprieto con más fuerza su mano.

—No exactamente —dice la jueza—. No voy a imponerle una condena leve al señor Perdomo porque sus delitos son muy graves, pero no será tan dura como cabría esperar. Hemos preferido que se enteren por nosotros.

—¿De cuántos años estamos hablando? —pregunta Endika, que sigue apretando los dientes.

—Voy a pedir treinta años de prisión, sin posibilidad del tercer grado ni de permisos penitenciarios hasta que cumpla un tercio de la condena —responde el fiscal.

Endika se frota la cara, suspira, se pone en pie y empieza a dar vueltas como un león enjaulado.

—Así que ese hijo de la gran puta va a estar en la calle dentro de unos diez años, ¿no? ¿Es eso lo que nos están queriendo decir? ¿Que el precio que va a pagar por intentar matar a mi mujer son diez míseros años entre rejas? —Endika se ha plantado frente al fiscal con los puños cerrados, con su respiración acelerada y con la furia recorriendo su cuerpo. Me acerco a él y tomo su rostro entre mis manos para que me mire a los ojos.

—Tranquilo, cariño —le susurro, pero no lo voy a calmar con tanta facilidad. Sigue apretando los dientes, tanto que oigo cómo le rechinan. Las aletas de su nariz se mueven al compás de su

encolerizada respiración. Sigue apretando los puños, está a punto de explotar—. Cariño, por favor...

—¿Por favor qué, Nayra? Ese cerdo por poco te mata y solo va a estar diez años de mierda en prisión. No me pidas que me calme, nena, porque ahora mismo lo único que quiero es estrangularlo con mis propias manos.

—Comprendo que se sienta así, señor Basarrate, pero...

—Usted no comprende una mierda, fiscal. No tiene ni puta idea de lo que es ver a la mujer que amas agonizando entre tus brazos porque un cobarde ha tratado de matarla. No sabe qué se siente cuando estás cinco eternos y malditos días viendo a tu mujer debatirse entre la vida y la muerte. No tiene ni zorra idea.

—Señor Basarrate —la jueza alza la voz, supongo que enfadada por el tono y las palabras que está utilizando Endika—, cuide su lenguaje. —Él la acribilla con la mirada y yo lo abrazo en un desesperado intento de calmarlo—. Señor fiscal, déjeme a solas con ellos. —El hombre recoge su maletín, se despide de la jueza con un leve movimiento de cabeza y sale—. Siéntense —nos ordena. Pese a las reticencias de Endika, consigo que se siente a mi lado y lo vuelvo a tomar de la mano—. Créanme cuando les digo que a mí me hace tan poca gracia como a ustedes el trato al que ha llegado el fiscal con esa sabandija, pero, por desgracia, así ha sido. Llevamos años detrás de esa red de tráfico de personas y drogas y hasta ahora solo habíamos conseguido detener a los eslabones más bajos. Con la declaración del señor Perdomo, podemos desarticularla definitivamente.

—Así que ese mamón ha vendido hasta a su padre con tal de salvarse él, ¿no? —dice Endika.

—Así es. Nos ha dado nombres, datos, lugares, de todo a cambio de esa reducción de condena. Por supuesto, se le juzgará por pertenencia a banda criminal, tráfico de personas, un delito contra la salud pública y por el intento de asesinato de la señora Nayra Santana, pero me temo que su condena no será todo lo dura que a mí me gustaría.

—Pero usted representa a la justicia... —Esta vez soy yo la que hablo.

—Y no siempre la justicia es justa, créame. A veces tenemos las manos atadas, como en este caso. Además, hay algo más que deben saber. El señor Perdomo asegura que ustedes son medio hermanos, que el señor Carmelo Santana era el padre de ambos. —Abro los ojos desmesuradamente, miro a Endika y veo cómo permanece impassible ante las palabras de la jueza—. Y que ustedes lo sabían incluso antes de casarse. Ya saben que si eso es cierto, su matrimonio carece de validez.

—¿Y qué? —responde Endika—. Anúlelo si quiere. Ninguno de los dos necesitamos un papel para saber lo que realmente somos. Nayra es mi mujer, le pese a quien le pese.

—Lo sé —responde con total tranquilidad la jueza, desconcertándonos a ambos—, lo supe desde el primer momento en que los vi. Lo supe cuando la señora Nayra vino a denunciar a su padre, exigiendo que usted quedara libre de cualquier cosa o cualquier delito que hubiera podido cometer por tratar de protegerla a ella. Lo supe cuando interrogué a la señora Fayna mientras su mujer se debatía entre la vida y la muerte y usted permanecía a su lado. Y también sé que, aunque a veces la justicia tiene las manos atadas, también puede ser ciega y no ver lo que no le interesa ver —dice acercando un sobre a nosotros—. Pedí que se les hiciera una prueba de ADN para confirmar lo que el señor Marcos Perdomo aseguraba. —Abre el sobre y pone unos documentos frente a nosotros. Una lágrima quiere escaparse de mis ojos, pero consigo reprimirla—. Es cierto, comparten el mismo padre, son medio hermanos, su matrimonio carece de validez y debería ser anulado. —Endika pasa un brazo por encima de mis hombros para tratar de calmar mi silencioso

llanto—. Pero como he dicho, la justicia es ciega —dice rompiendo los documentos delante de nosotros y sacando otro sobre—. Esta es la única verdad que el mundo sabrá sobre ustedes dos. —Endika coge el segundo sobre, lo abre y vemos otro informe, los resultados de otra prueba de ADN, donde pone que no somos hermanos, que Carmelo solo es mi padre, no el de Endika.

—Pero... —musito sin casi voz. No comprendo nada, absolutamente nada.

—No voy a anular su matrimonio, nadie, excepto su familia y yo sabrá la verdad. Nadie. Carmelo Santana era un hombre cruel, libertino, despiadado y no existe mayor justicia en el mundo que dejar que se pudra en el infierno en el que estará consumiéndose, no hay mayor verdad que ustedes se aman por encima de todas las cosas. Los he investigado, he averiguado el infierno por el pasaron por culpa de ese hombre, sé el calvario que ambos padecieron y, a pesar de todo y de todos, ustedes encontraron el camino para ser felices. Cuando supe que se querían casar, fui yo la que pedí officiar esa ceremonia, lo hice aun sabiendo que realmente eran medio hermanos.

—¿Por qué? —pregunta Endika adelantándoseme.

—Porque la madre de Nayra fue una de mis mejores amigas antes de que conociera a ese desgraciado de Carmelo. —Abro los ojos sorprendida por las palabras de la jueza—. Su madre y yo fuimos muy buenas amigas, casi como hermanas. Ambas proveníamos de una familia humilde, trabajadora y luchadora, pero su madre siempre fue demasiado caprichosa y cuando conoció a Carmelo, en él vio la posibilidad de tener todo lo que siempre había soñado, como si eso fuera a darle la felicidad. La apartó de su familia y de sus amigos, la aisló e hizo de ella cuanto quiso. Por suerte, pudo abrir los ojos a tiempo y le jodió la vida a Carmelo, aunque no vivió el tiempo suficiente para ver cómo ese hombre enloquecía por haber perdido lo que más quería: su dinero.

»La estafó a usted, hizo pasar por un infierno a su marido, fue quien instigó el asesinato de la señora Eburne Basarrate, traficó con personas, con drogas, la manipuló a usted, o por lo menos lo intentó, todo para recuperar su fortuna. ¿Cree que iba a consentir que Carmelo Santana o sus secuaces se salieran con la suya? No, no lo haré, es la única forma que tengo de honrar la memoria de su madre, de hacer verdadera justicia. —Las lágrimas escapan sin control de mis ojos. No puedo creer que esta mujer que ni siquiera conozco esté haciendo todo esto por nosotros, por mi madre, y no sé cómo agradecerérselo.

—¿Qué quiere a cambio? —pregunta Endika. No comprendo su pregunta.

—¿Qué le hace pensar que quiero algo a cambio?

—Nadie hace nada por nada, eso hace años que lo aprendí. Usted puede perder mucho si esto se llega a saber.

—Es usted muy inteligente, señor Basarrate. Ciertamente, sé lo que puedo perder, pero no se preocupe, sé cómo cubrirme las espaldas. Y también quiero algo. Sé lo que le hizo al asesino de su madre...

—Pero usted me prometió... —empiezo a decir yo.

—Sé lo que le prometí y no voy a romper esa promesa, pero quiero una cosa de ustedes: que sean felices, porque eso es lo que más rabia les puede causar a los secuaces de su padre. Y si usted quiere, señor Basarrate, Marcos está en el calabazo de este mismo juzgado, esperando a que lo interrogue de nuevo. Hágame un favor y hágaselo a usted mismo: demuéstrole quién tiene el verdadero poder, que hay cosas que no se pueden comprar con dinero, que no siempre uno consigue lo que quiere usando los métodos que ellos han usado. Hágale saber que el control de sus vidas les pertenece a ustedes, no a ellos. Eso sí, no deje a nadie más paralítico, porque no podré protegerlo de nuevo. —Endika se deshace de mi abrazo, se levanta y pasea por el despacho, haciendo crujir sus nudillos y suspirando con fuerza.

—¿Puede retenerlo en ese calabozo una hora más? —La jueza asiente—. ¿Y puede darme una copia de ese falso informe de la prueba de ADN? —Vuelve a decir que sí con la cabeza mientras se lo pasa a Endika—. Bien, acompáñame, nena —me ordena ofreciéndome su mano para que me levante de mi silla, al tiempo que se guarda el informe en el bolsillo de su cazadora—. Ahora regresamos.

—¿Dónde vamos? —pregunto antes de salir del despacho.

—A cobrarnos nuestra venganza —responde fríamente mientras salimos de aquí.

No sé qué es lo que va a hacer ahora, de qué forma quiere que nos cobremos esa venganza, no tengo ni idea, pero sea lo que sea, lo seguiré hasta el fin del mundo o los confines del infierno.

Si algo he tenido siempre muy claro, porque yo mismo viví con ello, es que no hay nada peor para un hombre que vivir con miedo. Él es tu peor enemigo, te nubla la mente, te turba los sentidos, te arrastra al más cruel de los infiernos. Y ahí es donde se va a consumir el hijo de la gran puta de Marcos lo que le quede de vida. Hemos ido al banco y Nayra sigue sin tener ni idea de qué planeo, pero así y todo, sigue a mi lado. Esto no lo hago por mí, lo hago por ella. Porque se merece ser feliz, vivir en paz, disfrutar de la vida que desea tener conmigo a su lado. Creí que solo me quedaba cerrar un capítulo de mi pasado para lograrlo, pero por lo visto, serán dos.

Marcos es el primero, y voy a disfrutar como un jodido cabrón, saborearé cada segundo ante él, me regocijaré en su miedo, me deleitaré en ver cómo sus demonios internos lo consumen. La mejor venganza que existe es el miedo, el pánico, el terror con el que vivirá el resto de su vida mirando siempre detrás de él, vigilando su espalda, sin tener paz, sin poder ni siquiera dormir tranquilo. Un policía nos conduce hasta el calabozo donde está Marcos, sentado en ese camastro cutre y, probablemente, lleno de mugre. Dejo a Nayra a un par de metros de mí para que escuche nuestra conversación, pero que él no la pueda ver, y me planto frente a los barrotes de esa celda provisional que ahora ocupa.

—Hola, Marcos —me gustaría insultarlo de mil maneras posibles, pero no le voy a dar ese placer, no va a saber cuáles son mis cartas hasta que a mí me salga de los cojones mostrárselas.

—¿Endika? —pregunta sorprendido mientras gira su cabeza para mirarme. Todo el abatimiento que hacía mella en él, desaparece cuando me ve—. ¿Qué coño haces tú aquí?

—Una visita de cortesía —respondo con ironía, desquiciándolo un poco más—. Me han contado que has vendido hasta a tu padre por salvar tu pellejo.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —pregunta acercándose a los barrotes—. ¿No te han contado que también he destapado vuestro gran secreto? —Se siente orgulloso por tratar de jodernos la vida. ¡Cómo voy a disfrutar con esto!

—Algo me han comentado. ¿Te refieres a esto? —le respondo sacando el falso informe y acercándoselo—. Léelo, te va a encantar —le digo cuando veo su reticencia a coger los papeles—. Considéralo un regalo que te hago. —Me mira confundido, coge el informe y lo lee con detenimiento, con los ojos a punto de salirse de las órbitas—. ¿Sorprendido?

—Esto no puede ser cierto. Carmelo me dijo...

—¿Qué? ¿Que Nayra y yo éramos hermanos? ¿Eso fue lo que te dijo? Te mintió, te utilizó y tú fuiste tan gilipollas que te lo creíste a pies juntillas, te tragaste cada mentira que te contó. ¿Y todo para qué? ¿Para conseguir a Nayra y a su dinero? Me pregunto cómo se puede ser tan estúpido.

—¿Qué coño sabrás tú? —me dice mientras tira los papeles al suelo, furioso. Es mi momento y voy a disfrutarlo.

—Sé más de lo que te imaginas, sé cómo se mueven las cucarachas como vosotros, sé de lo que

sois capaces de hacer. Lo sé todo. Sois vosotros los que nunca supisteis de lo que yo soy capaz. No tienes ni puta idea de hasta dónde pueden llegar mi ira y mi poder. ¿De verdad pensasteis que teníais el control de mi vida o de la de Nayra, que ibais a impedir que estuviéramos juntos? Llevo años jugando con vosotros, regocijándome en ver cómo fracasáis una y otra vez, cómo dabais palos de ciego, sin tener ni puta idea de qué era lo que yo tramaba.

—¿De qué hablas?

Empiezo a ver el miedo en sus ojos, miedo a haber vivido en una mentira.

—¿No te contó Carmelo qué le pasó al asesino de mi madre? —Niega con la cabeza y yo me acerco a los barrotes para que me escuche bien, para que no pierda detalle de nada, para que sepa lo que es realmente vivir con el pánico en el cuerpo—. Tras arrancarle la confesión de quién fue el verdadero instigador de ese crimen, pagué a otro preso para que lo dejará paralítico. —Sus ojos se abren de forma desmesurada—. Lo hice y después chantajeé a Carmelo con sacarlo todo a la luz. Durante años, habéis sido mis títeres. Pero deberías preguntarte una cosa, Marcos, si fui capaz de hacer eso por mi madre, ¿qué no haría por la única mujer a la que amo? ¿Hasta dónde soy capaz de llegar por ella, más siendo tú el culpable de que casi la perdiera?

—¿Qué quieres decir?

—Todo en esta vida tiene un precio, Marcos, todo, incluida la vida de una persona. —Saco el sobre que llevo dentro de la chaqueta y le muestro el dinero que he sacado del banco—. El precio de la vida de mi madre fueron diez mil euros. Tú no vales tanto. Creo que con tres mil será más que suficiente. —Doy un paso más hacia los barrotes y él da dos hacia atrás, alejándose de mí—. Solo tengo que acercarme a algún preso que esté desesperado, ofrecerle esto y sufrirás un accidente en la cárcel que te costará la vida. O incluso puedo armarme de paciencia, sentarme a esperar a que te concedan el tercer grado, buscar un sicario y, por la mitad de ese dinero, encargarle que termine con tu vida. O incluso, y eso es lo más gracioso de todo, ni siquiera necesito gastar un puto euro en ti. Me bastaría con hacer una llamada, con decirle a tus socios, a los que consigan escapar, quién fue la persona que los delató, para que sean ellos quienes terminen con tu vida. ¿Qué opción prefieres?

—No eres capaz. —El terror empieza a hacer mella en él.

—No tienes ni puta idea de lo que soy capaz, no me conoces, no sabes cuál puede ser el alcance de mi ira ni cuánto poder tengo. No lo sabes, pero lo averiguarás. Cuidate mucho en la cárcel, vigila tu espalda, y cuando salgas, si es que sales, huye como la rata apestosa que eres. Lárgate lo más lejos posible, porque si te quedas en esta isla, si permaneces cerca de Nayra, no vivirás el tiempo suficiente para contarlo. Eso si no me canso antes. La paciencia nunca fue una de mis virtudes. Recuérдалo cada día, Marcos, tu vida durará lo que yo quiera que dure. Disfrútala mientras puedas. —Le lanzo una última mirada a ese desgraciado, una mirada fría, cruel, despiadada, que hace que él se ponga a temblar como la sabandija que es, instalando definitivamente el terror en él. Nayra se acerca a mí, Marcos vuelve a mirarnos y ella, tras darme un beso en los labios, lo mira con desprecio—. ¿Nos vamos, nena?

—Por supuesto, cariño, pero creo que eres demasiado generoso. Su vida no vale ni un mísero euro.

Sabía que no se amedrentaría, que no se sorprendería de mis actos, que no me juzgaría. Por algo es mi guerrera, por algo fue ella la que siempre luchó por nosotros, la que nos salvó.

—Siempre puedo regatear. —Miramos por última vez a Marcos, me guardo el dinero en el bolsillo de la chaqueta y nos marchamos, sabiendo que él jamás vivirá tranquilo y nosotros sí.

—Lo harías, ¿verdad? —me pregunta Nayra de camino a casa. Hemos estado en silencio hasta

ahora.

—La jueza no ha dicho nada de no terminar con la vida de esa rata —le respondo mirándola de reojo—. Te lo dije en su día, ojos violeta, por ti mataré o moriré. Si Marcos me da un simple motivo, una excusa, por muy mediocre que sea, lo aplastaré. A él o a quien sea. Y si lo que te asusta es lo que me pudiera pasar a mí después si se descubriera, no te preocupes, tenemos los pasaportes en regla y tengo una lista de países que no tienen tratado de extradición con España.

—¿Me lo dices en serio, Endika?

Tomo un camino de tierra que no lleva a ninguna parte y detengo el vehículo. Le desabrocho el cinturón, la cojo por la cintura y la siento en mi regazo.

—¿Qué es lo que te sorprende, Nayra? ¿Que realmente sea capaz de hacerlo, que lo tenga todo planeado o que haya encontrado la excusa perfecta para deshacerme de ese mierda? —Acaricio sus labios mientras me pierdo en sus ojos—. Lo haría, créeme que lo haría si fuera necesario, pero Marcos no es más que un cobarde y no hay nada peor para alguien como él que vivir con el terror de no poder controlar su vida. Yo mejor que nadie lo sé, porque durante años fui un cobarde que dejó que los demás llevaran las riendas de su vida. Pero eso se acabó, se terminó el día que decidiste escogerme como hombre, el día que decidiste que lo único que nos iba a atar es este amor que sentimos.

»No necesito pagarle a nadie para que termine con la vida de Marcos, yo mismo lo acabo de hacer, haciéndole creer que si se me antoja, lo eliminaré como la cucaracha que es. Vivirá aterrorizado el resto de sus días, en un continuo y perpetuo infierno, como yo viví cuando temía por ti, cuando no sabía cómo protegerte. Para él, lo más importante es su vida; para mí, eres tú. Mientras crea que no puede protegerse de mí, mientras siga creyendo que yo tengo el control, se consumirá por sus miedos y sus demonios como hice yo cuando pensé que tu padre tenía ese control sobre mí. Sin embargo, yo tengo algo que él jamás tendrá: a ti, al más bello, maravilloso y espectacular motivo para vivir —le digo antes de besarla con todo el amor, la pasión y el deseo que siento por ella. Pega su frente a la mía, rodea mi cuello con sus brazos y enreda sus dedos en mis cabellos. Su aliento roza mi rostro, su menudo cuerpo se amolda al mío, como si estuviera hecha para mí, para que encajemos a la perfección.

—¿Sabes qué es lo más curioso de todo? —Niego con la cabeza—. Que cuantas más trabas nos ponen, que cuantos más obstáculos se nos cruzan en el camino, que cuantas más cosas parecen querer separarnos, más unidos estamos. Y si te soy sincera, no me importaría que cumplieras con las amenazas que le has lanzado a Marcos, así nos arrastraran al infierno. Porque incluso el infierno sería maravilloso si estuviéramos juntos —confiesa antes de volver a besarme—. Te amo, guapito de cara.

—Y yo a ti, ojos violeta, y no te imaginas cuánto. Pero ya no habrá más infierno en nuestras vidas, nena, no más. Tú y yo vamos a alcanzar todos y cada uno de nuestros sueños, vamos a tener todo lo que deseemos. Vamos a ser felices, preciosa, tanto que el mundo se va a morir de envidia. ¿Y sabes por dónde vamos a empezar? —Niega con la cabeza—. Por hacerte el mejor regalo de bodas que te pueda hacer y por tener nuestra primera noche como marido y mujer. Por ahí vamos a empezar. ¿Te apuntas, *maitia*?

—Me apunto —dice sonriente, y tengo que esforzarme por no sucumbir al deseo que despierta en mí. No lo haré, no consumaré mi matrimonio con ella ni aquí ni ahora. Y no será porque no lo desee, sino porque ella se merece todo lo que le acabo de prometer. Y lo cumpliré.

Trece de febrero y no tengo ni idea de qué hacemos aquí. No sé qué es lo que se trae entre

manos Endika y no hay manera de que suelte prenda. Estamos en Ondárroa, en la casa que fue de su madre, y hay un par de personas que no sé quiénes son esperándonos en el porche.

—¿Vamos? —me dice mientras me abre la puerta y me da la mano para que me apee del coche.

—¿Qué hacemos aquí, cariño? —le pregunto mientras él me sube la cremallera del abrigo para que no coja frío. La temperatura es bastante baja.

—Ahora lo verás. —Pasa uno de sus enormes brazos por encima de mis hombros, pega mi cuerpo al suyo y andamos en dirección a la entrada de la casa, donde esas dos personas nos están esperando—. Buenos días —saluda Endika con total naturalidad y familiaridad. Recuerdo a la mujer que está al lado del hombre. Es la vieja amiga de Edurne, aquella que cuidaba de mi marido cuando era pequeño.

—Hola, Endika, ¿qué tal te va? —pregunta ella con cariño en su voz.

—Muy bien, Amaia. —Me suelta un segundo, le da un abrazo a la mujer, mira al hombre, se saludan dándose la mano y regresa a mi lado—. ¿Pasamos dentro y terminamos con esto?

—Por supuesto, señor Basarrate —dice el hombre. No es Endika quien abre la puerta, es Amaia quien lo hace. Me fijo en que la casa ha cambiado. Se ha reformado, pintado, hay muebles nuevos, nada queda de lo que un día fue el hogar de mi marido. El hombre saca unos papeles del maletín que lleva, los pone sobre la mesa y le da un bolígrafo a Endika—. Puede revisar los documentos antes de firmarlos y si tiene alguna duda, pregúnteme.

—¿Los has revisado tú? —le pregunta a Amaia.

—Sí, todo se ha redactado tal y como tú pediste que se hiciera.

—Perfecto —responde antes de firmar esos documentos que no tengo ni idea de qué son—. Aquí tienen. —Le pasa los papeles al hombre y Amaia saca una caja de dentro de una enorme bolsa y se la pasa a Endika, con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

—Cariño, ¿de qué va todo esto? —La curiosidad y los nervios me están consumiendo.

—Ahora lo verás, acompáñame fuera —me dice, tomándose de la mano y cogiendo la caja. Volvemos a salir al exterior, Endika me suelta, deja la caja en el suelo, la abre, coge lo que hay en su interior, se acerca a unos ganchos que hay en la fachada de la casa y cuelga una placa. Cuando leo lo que pone, las lágrimas empiezan a brotar sin control de mis ojos.

«Casa de acogida para mujeres maltratadas. En memoria de Edurne Basarrate».

—Cariño... —digo sin apenas voz a causa del llanto.

Endika se acerca a mí, rodea mi cuerpo con sus brazos, me estrecha contra él y clava su mirada en mí.

—Te dije que te haría el mejor regalo de bodas posible y este es. He donado la casa a la asociación de mujeres maltratadas, para que todas ellas tengan un lugar en el que empezar de cero donde se sientan a salvo, donde puedan empezar a tomar las riendas de su nueva vida. Con ello, cierro la última brecha que quedaba en mi interior, entierro mi póstumo miedo, termino con mi último demonio. Siempre tuviste razón, nunca tuve opciones de salvar a mi madre porque ella no quería ser salvada, por el motivo que fuera, pero no quería. Se acabaron la culpa, el remordimiento, el dolor y el sufrimiento. Me libero de todo ello para empezar esta nueva vida contigo, en la que las únicas lágrimas que derramaremos serán de alegría, en la que compartiremos risas, haremos realidad nuestros sueños y nos amaremos como solo nosotros sabemos amarnos. —No lo puedo evitar, rodeo su cuello con mis brazos, pego un brinco, me encaramo a su cintura y lo beso, lo beso como jamás lo he besado, con inmenso orgullo. Siempre supe que no era un hombre como los demás, pero hoy no solo me lo ha demostrado a mí, también se lo está mostrando al mundo. Es imposible no amarlo, no cuando descubres ese enorme y

generoso corazón que esconde tras esa fachada de hombre duro y chulo, no cuando ves su alma dulce y apasionada, no cuando descubres que no hay otro hombre como él en el mundo—. ¿Qué me dices, ojos violeta, aceptas compartir esa nueva vida conmigo?

—Aceptaré cualquier cosa que quieras, guapito de cara, con sumo placer. —Vuelvo a devorar sus labios y él gira sobre sus talones, conmigo aferrada a él, como quien se aferra a la vida. No cabía esperar menos, al fin y al cabo, él es mi vida y yo la suya. Pensaba que nos íbamos a quedar aquí, que pasaríamos la noche en Ondárroa, pero no. Regresamos a Bilbao, nos hospedamos en un hotel, dormimos juntos sin llegar a consumir nuestro matrimonio. Esto empieza a ser desesperante, pero algo me dice que no será por mucho tiempo más. Tal vez sea por ese brillo lujurioso en sus ojos que ya no puede ocultar o que cuando me acerco a él su pene se hincha, desesperado por ser liberado, o porque esa nueva sonrisa que no sé descifrar y que no se borra de su rostro. Pero, sea por lo que sea, sigo dejándome llevar por él y por esto que sentimos. Y cuando descubro nuestro siguiente destino, me quedo sin palabras.

—¿Nos vamos a París? —le pregunto en el aeropuerto de Bilbao.

—Sí. Dicen que es la ciudad del amor, ¿no? Pues pasaremos nuestro amor por allí —me dice con esa nueva sonrisa dibujada en su rostro—. ¿Qué me dices, te apuntas a esto también?

—Me apunto a lo que haga falta —le respondo poniéndome de puntillas para alcanzar sus labios—. Llévame a donde tú quieras y haz conmigo lo que quieras, guapito de cara.

—No sabes lo que acabas de decir, ojos violeta —me responde mordiéndose el labio inferior y sonriendo de nuevo—. Te recuerdo que dicen que los niños vienen de París. —Me río mientras sacudo la cabeza.

—Pues a ver si es verdad que vienen de allí, porque me tienes desesperada perdida.

—Bueno, ya sabes que lo bueno se hace esperar —responde estrechándome contra su cuerpo y agarrándome una nalga—. Y ya hemos esperado lo suficiente —sentencia antes de agarrarme de la mano y dirigirse al mostrador de embarque. Si alguien me hubiera dicho que Endika prepararía nuestra luna de miel para celebrarla un catorce de febrero en la ciudad del amor, lo hubiera tildado de loco. Pero una vez más, consigue sorprenderme, dejarme con la boca abierta y poner el mundo a mis pies. Cuando aterrizamos en París, un coche de lujo nos está esperando y nos lleva, ni más ni menos, al Shangri-la, uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Endika no deja de sonreír, atento a cada gesto mío, a cada suspiro que doy por estar disfrutando con él de esta maravillosa sorpresa y luna de miel. El botones nos acompaña a la *suite* Chaillot, una de las más espectaculares del hotel. Endika le da las gracias más la propina y me observa con detenimiento—. ¿Te gusta?

—Gustarme es poco, pero no alcanzo a comprender por qué haces todo esto. No necesitamos una *suite* de lujo con vistas a la torre Eiffel para celebrar ni consumir nuestro matrimonio. —Me acerco a él lentamente, meciendo mis caderas.

—Te equivocas —me dice atrapando mis labios de una forma tan enfermiza que consigue arrancarme un gemido. Me coge en brazos y se encamina al enorme dormitorio. Sonríe expectante ante lo que va a pasar—. Tengo una sorpresa más —me susurra al oído y mira al frente. Sobre la enorme cama, hay dos fundas de traje. Una es claramente de hombre y la otra parece una funda de vestido de novia. Arrugo la frente y lo miro—. Vamos a continuar por donde lo dejamos —me dice mientras me deja en el suelo. Se acerca a la cama y coge la funda de hombre—. Te espero en el salón. Tómate el tiempo que necesites —musita en mi oído antes de darme un beso en la mejilla y dejarme sola. Con las manos temblorosas, consigo abrir la funda que hay sobre la cama y empiezo a llorar de la emoción. Es una réplica exacta a mi vestido de novia, del que llevé el día

que nos casamos. «Póntelo y haz que Afrodita y Venus se mueran de envidia, ojos violeta», eso es lo que pone en la nota que lleva el vestido. Temblando como una hoja, consigo vestirme, peinarme, ponerme los zapatos de tacón y salgo al salón, donde él me aguarda vestido de esmoquin, con las manos en los bolsillos y contemplando el atardecer de París con la torre Eiffel de fondo. Se gira, me observa de los pies a la cabeza, sonrío, deja su móvil sobre la mesa y pone nuestra canción, esa que sonaba el día de nuestra boda—. ¿Me concedes este baile, *maitia*? —No lo dudo ni un segundo y tomo la mano que me ofrece, dejo que su brazo rodee mi cintura y que pegue mi cuerpo al suyo.

—¿Cómo lo has conseguido? —le pregunto perdiéndome en sus ojos.

—Soy un hombre de recursos —responde sonriendo—. Y por ti bajaría la luna si hiciera falta. —Gira sobre sus talones al tiempo que mis pies dejan de tocar el suelo—. ¿De verdad pensaste que iba a permitir que nos robaran esto, nuestro momento, nuestro gritarle al mundo que nadie ama como nosotros amamos? —Mis pies siguen sin tocar el suelo, mientras él se mece conmigo entre sus brazos—. Nunca podré agradecerte lo suficiente que me escogieras, que lucharas por nosotros. No me bastará con una vida para demostrarte cuánto te amo. Ni siquiera la eternidad será suficiente tiempo para ello. Te dije que nunca tendría suficiente de ti, que te lo reclamaría todo y que todo te lo daría, que sería tu peor tormento y tu mayor anhelo, que te amaría como nadie te ha amado ni te amará, que cumpliría cualquier deseo que tuvieras. —Sus labios rozan los míos con una sutileza extrema—. Dime, nena, ¿qué deseas?

—Ya tengo todo cuanto deseo —respondo casi sin aire.

—¿Estás segura de que lo tienes todo? —Me estrecha un poco más y siento su hinchada verga sobre mi vientre—. Y yo que pensaba que querías consumir el matrimonio. ¡Qué decepción! — Esa nueva sonrisa se vuelve a reflejar en su rostro.

—Mira que eres tonto cuando te lo propones. —Mis dedos se enroscan en sus cabellos—. Creo recordar que dijiste que los niños vienen de París. —Nos sostenemos la mirada unos segundos—. Hazme tuya, guapito de cara. Ámame como si fuera la primera y la última vez.

—Como desees, ojos violeta —responde antes de besarme como solo él sabe hacerlo. En la ciudad el amor, con la torre Eiffel como testigo, en una eterna luna de miel y el inicio de una nueva vida en común, nos amamos, sin reservas, sin miedos, sin temores, hasta alcanzar el cielo y quedarnos en él para siempre.

Epílogo

Hay cuatro momentos en la vida de un hombre que lo marcan. El primer beso, y no me refiero al primero que das, sino al primero que le das a ella, a la que sabes que será la mujer de tu vida. Podrás besarla mil y un millón de veces, pero ninguna será como esa. Ese beso te marca para siempre. El mío fue una fría noche de un quince de enero, en una sala de conciertos y baile, con *Cadillac Solitario* sonando de fondo. Me marcó, sacudió cada fibra de mi cuerpo, me ató a ella. Bendito beso.

El segundo momento es la primera vez en que haces el amor con esa mujer, con la mujer de tu vida. Tocarás el cielo, flotarás, te entregarás y nada será igual, nada. Sentirás cosas que nunca creíste sentir, y no me refiero al simple y maravilloso placer del sexo. ¡Qué va! Si el primer beso me marcó y ató, esa primera vez me postró y me encadenó a ella. Decir que fue maravilloso es quedarse muy corto. Nos entregamos el uno al otro, al placer de la carne, al deseo de nuestros corazones, al anhelo de nuestras almas, sin miedos, sin reservas, sin nada más que no fuera este amor. El mío fue una preciosa noche de un siete de febrero, en Bilbao, en aquel piso en el que vivía con vistas al río. Me postré y encadené a ella aquella maravillosa y única noche porque, por muchas veces que nos entreguemos, que nos amemos, que intentemos satisfacer y saciar este interminable y anhelante amor que nos tenemos, ninguna vez será como aquella. Bendita primera vez.

El tercero es cuando se casa, crea o no crea en el matrimonio, aunque no necesite un maldito papel para saber que esa mujer es la mujer de su vida. Verla andando hacia mí, con aquel precioso vestido blanco, con sus indescriptibles y maravillosos ojos llenos de ese amor que nos profesamos, con sus manos temblando, con su espectacular sonrisa, convirtiéndose en la diosa a la que adoraría el resto de mi vida, fue lo más hermoso que mis ojos habían visto hasta el momento. Casarse no es más que gritarle al mundo que os pertenecéis el uno al otro de todas las formas posibles. Me casé otro quince de enero. Fue un momento maravilloso, hasta que ese disparo atravesó el pecho de Nayra. Pero ni siquiera la muerte me la arrebató porque estamos atados de una forma que jamás podré explicar, que no podrás entender, porque nuestro amor no tiene parangón.

El cuarto es cuando un hombre se convierte en padre. Nada te prepara para ese momento, absolutamente nada, créeme. Porque por muy duro, chulo y fuerte que te creas que eres, te sentirás una mierda ese día, en ese momento en que estés al lado de la mujer a la que amas, viendo cómo ella sufre unos dolores que tú no puedes imaginar, sabiendo que no puedes hacer nada más que estar ahí y que ni siquiera tu presencia la aliviará, observando cómo ella es el sexo fuerte y que solo ella es capaz del mayor de los milagros: traer a vuestro hijo al mundo. Ella gritará de dolor y tú empuqueñecerás, ella sufrirá y tú te sentirás impotente, ella te dará la mayor lección de tu vida, el mayor regalo que jamás recibirás y no podrás pagárselo jamás. Ella es la fuerte, tú, el débil. Llevará durante nueve meses a esa personita que con tanto amor y pasión habéis engendrado, la

traerá al mundo y tú no podrás ni agradecersele ni pagárselo ni hacer nada más que volver a postrarte a sus pies y venerarla por ese maravilloso y único regalo que te está dando.

—Vamos, Nayra, un empujón más —le dice la comadrona, animándola.

—Venga, *maitia* —la aliento mientras ella aprieta con tanta fuerza mi mano que creo que me va a romper los dedos. Empuja, grita y un llanto irrumpe en el paritorio. Nuestro segundo hijo ha nacido y es una niña, que berrea a pleno pulmón mientras trato de contener las lágrimas de felicidad. Le doy un dulce beso a mi diosa en la frente—. Te amo, ojos violeta, no te imaginas cuánto. —La comadrona pone a la pequeña sobre el pecho de Nayra y, al sentir el contacto y el aroma de su madre, calla, como si supiera que está a salvo entre sus brazos, que ella siempre la protegerá. Sí, me siento diminuto al lado de Nayra, pero es una sensación maravillosa, única e indescriptible. La matrona me pasa las tijeras para que corte el cordón umbilical y lo hago, a pesar de que estoy cagado de miedo. Llámame gilipollas, pero si no has pasado por un momento así, no tienes ni puñetera idea de lo que te hablo. Y créeme, te cagarás en los pantalones.

—¿Cómo se va a llamar? —pregunta la matrona.

Nayra me mira expectante porque hemos decidido que el nombre se lo voy a poner yo y ella no tiene ni idea de cuál va a ser. No se lo he dicho, por mucho que ha insistido.

—Fayna, se va a llamar Fayna. —Abre los ojos desmesuradamente, asombrada por mi decisión —. Es lo mínimo que os debo a ti y a tu abuela. A ti, por darme todo lo que me has dado, por amarme a pesar de todo, por luchar siempre por nosotros, por burlar a la muerte para quedarte a mi lado. Y a tu abuela por haberte criado, por haberte dado todos esos valores que te dio, por hacer de ti la mujer más maravillosa que existe en el mundo, por apoyarnos en todo, por estar siempre a nuestro lado. Os lo debo, nena. Es mi forma de daros las gracias por amarme — respondo antes de besar sus labios. Sí, mi cuarto momento es hoy, veintitrés de noviembre, y de nuevo caigo postrado ante mi guerrera, mi ángel, mi hada, mi diosa, ante mi todo y mi nada, ante la única mujer que amo y amaré. Mi vida se compondrá de muchos más momentos y en todos ellos estará Nayra, porque sin ella mi vida no tiene sentido, carece de importancia, de relevancia. Porque no tendré suficiente con una vida para amarla, porque ni siquiera la eternidad será tiempo suficiente para nosotros y este amor que tenemos, que es tan grande que no podemos ni ponerle nombre.



AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecerle a ti el que hayas leído esta novela. Los lectores sois la otra parte de estas historias que creamos los escritores, porque sin vosotros, esto no tendría sentido. Así que gracias por leer la historia de Endika y Nayra, por confiar en ellos y por creer en ellos. Espero, de todo corazón, que la hayas disfrutado y que no te haya hecho sufrir demasiado. Gracias, lector o lectora, por seguir nuestras novelas, por confiar en nuestro trabajo y por cuidar y mimar a «nuestros bebés» cuando caen en vuestras manos. Si me lo permites, me gustaría pedirte un favor. Tanto si esta novela te ha gustado como si no, deja tu comentario en la plataforma en la que la hayas adquirido. Para los autores es muy importante vuestra opinión, nos ayuda a crecer como escritores, a corregir errores, a mejorar y a darnos un poco de publicidad en este difícil mundo, para qué te voy a engañar. Gracias por todo y espero que nos veamos en la siguiente historia.

En segundo lugar, quiero agradecerles a dos personas muy especiales para mí que siempre están ahí, que disfrutan y sufren con mis historias, que le ponen precio a mi cabeza y que planean la forma más cruel y macabra de asesinarme. Ellas son mis dos lectoras cero, mi lokita y mi bruji, pero hoy decido poner sus nombres aquí porque con esta historia se lo han ganado a pulso, porque las he hecho llorar, sufrir, padecer, reír, que se tengan que dar alguna ducha de agua fría y aguantar las múltiples putadas que les he hecho mientras escribía esta novela. Felisa Sala y Nieves Alonso, gracias, niñas, por todo, por vuestras lágrimas, vuestras risas, vuestras amenazas, cafés, videollamadas a tres, amenazadores mensajes de voz a las dos menos cuarto de la mañana, vuestra paciencia, aliento y apoyo. Os quiero, aunque ya sabéis que Satanás a mi lado es un niño de teta cuando me pongo a escribir.

En tercer lugar, a mi maga particular, a Chris Axcan, porque una vez más consigue plasmar a la perfección la portada que yo tengo en mi mente, hasta el punto de que cuando la veo, se me pone la piel de gallina, se me saltan las lágrimas y se me encoge el corazón. Gracias, *carinyet*, por ser como eres, por tu magia, por tu amistad y por todo lo demás (ya sabes a lo que me refiero).

En cuarto lugar, a mi familia, por su apoyo constante, por su paciencia, por su amor incondicional y por ser mi pilar en cualquier momento de mi vida, así sea bueno como malo. Os quiero.

En quinto lugar, a mis amigos y amigas, a esos que un día la vida puso en mi camino y que decidieron quedarse en ella, compartiendo conmigo aventuras, alegrías y momentos menos afortunados. Gracias por estar siempre ahí.

En sexto lugar, a todas las autoras y los escritores de novela romántica, porque en muchos de vosotros he encontrado a grandes amigos, buenos compañeros y excelentes personas. Somos un pequeño gran clan de enamorados de la literatura romántica. Un abrazo enorme a todos y cada uno de vosotros.

En séptimo lugar, a Carol, la correctora de esta novela, por su infinita paciencia con esta loca descerebrada y muy pesada. Gracias, preciosa. Y ya sabes, la próxima vez que te acerques por mi ciudad, tenemos un café o unas cervezas pendientes.

A mis chicas del club de lectura, porque disfrutamos de una pasión, la lectura, y de una bonita amistad.

Gracias a todos y todas.

Nos vemos en la siguiente historia.

NOTA DE LA AUTORA

La historia de Endika y Nayra surgió como tantas otras que han pasado por mi mente, en un momento cualquiera, por algo que vi, viví o experimenté, y ambos se colaron esa noche en mis sueños, sin dejarme dormir, robándome hasta el aliento en ocasiones. Escribir esta historia supuso un reto para mí, porque os puedo asegurar que llegué a sentir el dolor de ambos, y hubo momentos en los que las lágrimas no me dejaban escribir. Pero lo conseguí y dejé plasmada esta historia que provocó tantas sensaciones en mí y en mis dos lectoras cero, incluido maquinarse cómo asesinarme con mucha premeditación y alevosía.

Decidí ubicar parte de esta historia en la isla de Lanzarote, haciéndole así un pequeño homenaje a esa tierra de fuego que me enamoró cuando tan solo tenía quince años y leí la trilogía de Alberto Vázquez Figueroa, Océano, Yaiza y Maradentro. Tuve la suerte de poder visitarla en el año 2013 y recorrer todos y cada uno de los lugares que salen en la novela. Es una isla preciosa, bella y única. Si tenéis la oportunidad, no dudéis en visitarla.

Para la parte que pasa en Bilbao tiré de “San Google que todo lo encuentra”. No he tenido la suerte de poder visitar el norte de España, aunque espero poder hacerlo en breve. Si he metido la pata en algo, os pido disculpas y espero que me perdonéis.

En el siguiente apartado podréis encontrar una *playlist*. Todas esas canciones, algunas de ellas aparecen en la novela, sonaban de fondo cuando escribía esta novela. Ellas han inspirado muchas de las escenas que aparecen, algunas dolorosas, incluso crueles, otras ardientes, apasionadas, y otras bellas y únicas, porque como dicen Endika y Nayra, hay historias de amor que no tienen parangón, que son tan grandes que ni siquiera se les puede poner nombre, pero sí una banda sonora. Os la dejo por si os apetece escucharla mientras leéis esta novela. Aclaro que sé que la canción de Dani Fernández no salió en el año que se pone en la novela, si no más tarde, pero quería, o más bien necesitaba, que apareciera en la historia.

Sin más me despido de vosotras y vosotros y espero poder veros en la próxima historia.

Un abrazo.

PLAYLIST

Cadillac Solitario; Loquillo.
Labios Compartidos; Maná.
Disparos; Dani Fernández.
All I Ever Needed; Bret Michaels.
Not Stroung Enough; Apocalyptica.
Broken Pieces; Apocalyptica.
Amazed; Duncan James.
Never Alone; BarlowGirl.
When The Stars Go Blue; Tyler Hilton & Bethany Joy Lenz.
Last to Know; Three Days Grace.
I Wish The Best For You; Emerson Hart.
Wearing Scars: Wearing Scars.
You Can't Break A Broken Heart; Kate Voegele.
Tears Of An Angel; Ryan Dan.
The Time of My Life; David Cook.
Come On Get Higher; Matt Nathanson.
I'll Be; Edwin McCain.
It's All Coming Back To Me Now; Meat Loaf, Marion Ravn.
Home; Daughtry.

ACERCA DE LA AUTORA

Mercedes Perles vive en la ciudad de Dénia, rodeada de su familia y amigos. Lectora empedernida y escritora por vocación, es autora de varias novelas de romántica. Entre sus obras se encuentran la Saga el Ángel, compuesta de tres libros: El Ángel de la Destrucción (2009) La llama del Ángel (2010) y Almas Gemelas (2012). Es la autora de la saga Valyrias, compuesta por: La Reina Valyria (2011) y La Princesa de Luz (2013). Asimismo es autora de la novela ganadora del X Certamen de novela romántica de la Editorial Terciopelo, con la novela ¿Quién me lo iba a decir? (2016). Sus últimas creaciones son No Me Olvides (2019) y Entre el cielo y el infierno (2020)

Sus vicios son pocos: leer, escribir, disfrutar de sus amigos y su familia y EL CAFÉ.

Su mente sigue creando historias y dedica su tiempo libre a plasmarlas.

^[1] ADE: *Administración y Dirección de Empresas*.

^[2] Txakoli: *clase de vino tinto*.

^[3] Maitia: «cariño», en euskera.

^[4] Samael: *arcángel de la muerte*.